

«UNA OBRA CUMBRE DE LA CIENCIA FICCIÓN DE FUTURO PRÓXIMO.»

**CIXIN LIU**, AUTOR DE EL PROBLEMA DE LOS TRES CUERPOS

CHEN QIUFAN

MAREA

TÓXICA

  
NOVA

# MAREA TÓXICA

---

**CHEN QIUFAN**

Traducción de David Tejera Expósito  
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia y Gisela Baños

**NOVA**

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@NovaCiFi



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Nota de Ken Liu sobre la traducción de lenguas y nombres

En *Marea Tóxica* hay una gran variedad de lenguas siníticas (o, para ser más precisos, «topolectos», de los que hablaré más adelante). El idioma de los oriundos de Isla de Silicio se basa en el dialecto de Shantou (también conocida como Swatow), que forma parte de la familia de lenguas chinas min nan, entre las que también se incluye el hokkien, del que a su vez forman parte el taiwanés y el dialecto de Amoy.

Los residuales, trabajadores migrantes de las regiones de China con menor desarrollo económico, llevan al lugar sus propias variedades regionales de chino (la mayoría de las cuales son dialectos del mandarín), pero se comunican entre ellos y con los oriundos de Isla de Silicio en mandarín estándar, que es la lengua franca de la China contemporánea.

Además, dado que Isla de Silicio se encuentra en la provincia de Cantón, cerca de Hong Kong y de la ciudad del mismo nombre, muchos de los habitantes del lugar entienden y hablan el cantonés (sobre todo, el dialecto hongkonés en mayor o menor medida) y conocen la cultura cantonesa (entre la que se incluye Hong Kong).

La gente con un poco más de formación también adereza sus palabras con alusiones y referencias extraídas del chino clásico, que es una lengua literaria.

Esta riqueza lingüística, que también forma parte del día a día de muchos chinos, presenta varios desafíos a la hora de trasvasar el texto para los

lectores anglohablantes. La desafortunada tendencia que tienen los medios occidentales de dar importancia únicamente al mandarín estándar y al cantonés de Hong Kong, las dos lenguas siníticas más reputadas de la actualidad, dificulta la representación de un paisaje lingüístico que, en realidad, es mucho más variado. (En chino, la eficiente solución a la controversia entre lenguas y dialectos es la palabra *fangyan*, que literalmente significa «habla regional». He decidido tener en cuenta el uso actual y traducirla como «topolecto» en lugar de «dialecto», que es una palabra más problemática e imprecisa.)

He limitado mucho el uso de palabras y expresiones chinas en esta traducción por razones de legibilidad. Para mostrar parte de esa riqueza lingüística, he usado la fonética del dialecto teochew en lugares puntuales y dejado las marcas tonales en las notas al pie de página para agilizar la lectura. (Solo hay un momento en toda la novela en el que he dejado las marcas tonales en el texto para que se distinga el teochew del mandarín.) Las palabras que se han incorporado al inglés desde el cantonés, como *dim sum* o *hakau*; desde el mandarín, como *fengshui*; o incluso desde el japonés, como *nori*, están escritas de esta manera, ya que les resultarán familiares a los lectores anglohablantes. He usado un pinyin basado en mandarín estándar sin marcas tonales para el chino clásico y los neologismos contemporáneos, como *shanzhai*, que considero que terminarán por incorporarse al inglés.

Los nombres chinos están casi todos escritos en mandarín con un pinyin sin marcas tonales y anteponiendo los apellidos, como es costumbre en China. Esta regla se infringe con los personajes de Hong Kong, para los que he usado un cantonés fonético y sin marcas tonales con los nombres antepuestos, como es costumbre en Occidente.

## Prólogo

Las nubes se agitaban en el sudeste como caballos a la fuga. El tifón Saola, que aún se encontraba a trescientos kilómetros de la costa, se acercaba a Hong Kong.

La ruta del tifón, acelerada y errática, hacía honor a su nombre.

A Sug-Yi Chiu Ho le vino a la mente por un instante el aspecto de aquel animal tan grácil que ahora solo existía pixelado en imágenes de bases de datos o disecado en museos.

«Saola» (un animal cuyo nombre científico es *Pseudoryx nghetinhensis*) era una palabra de los dai que se usaba en Vietnam. Los científicos tuvieron que esperar a que hubieran pasado dieciocho años desde que descubrieron unos cráneos insólitos para que los lugareños admitieran que habían visto un espécimen vivo. Cinco años después, estaban extinguidos.

Los saola tenían unas franjas blancas que les recorrían el morro. Unos cuernos largos y rectos que se curvaban un poco hacia delante y que les granjearon el nombre de «unicornios asiáticos». Cuando existía, la especie poseía las mayores glándulas odoríferas de entre los mamíferos que no estaban extintos, lo que se convirtió en una de las razones principales de su extinción. En el folclore de Vietnam y Laos eran un símbolo de buena suerte, felicidad y longevidad.

Ahora todo eso parecía un chiste.

«Menudo frío.»

La mujer, Sug-Yi, se aferró al lateral de la pequeña lancha motora con una mano mientras usaba la otra para abrigarse mejor con la chaqueta. El Observatorio de Hong Kong había emitido la alerta por ciclones tropicales de nivel ocho, que indicaba una velocidad del viento constante de entre sesenta y tres y ciento diecisiete kilómetros por hora con rachas ocasionales que podían superar los ciento ochenta.

«Sin duda he acertado con el día.»

La *Flor de Tusílogo* se elevó, rompió a través de unas olas coronadas de espuma y se acercó al *Larga Prosperidad*, un carguero de 8.000 TEU. El carguero había cruzado el Pacífico desde el puerto de Nueva York y New Jersey. Se dirigía a los muelles de Kwai Tsing, desde donde el cargamento se distribuiría a los puertos más pequeños de China.

El timonel le hizo un gesto a Sug-Yi y ella asintió. El fuerte viento le azotaba la cara, que tenía una palidez particular. Los números que descendían por las gafas de Sug-Yi indicaban que el objetivo había aminorado la velocidad en diez nudos, como exigía la norma de las autoridades portuarias, para reducir la cantidad de polución vertida en las aguas del puerto y la estela del barco, que podía afectar a embarcaciones más pequeñas.

«Pero también es una buena oportunidad.»

Hizo un gesto a la tripulación para indicarles que se mantuviesen alerta.

La *Flor de Tusílogo* aceleró y se acercó al *Larga Prosperidad* hasta que quedaron a la par e igualó la trayectoria y la velocidad. Al lado de aquel contenedor gigante, fabricado por Samsung Heavy Industries, de 334,8 metros de eslora y 45,8 de manga, la lancha motora parecía una rémora unida a un tiburón peregrino.

—¡Rápido!

El rugido del motor ahogó casi por completo la voz de Sug-Yi.

La escalerilla de cuerda magnética salió disparada como una tela de araña y

se sujetó con firmeza a unos dos metros por debajo de la barandilla de estribor del *Larga Prosperidad*. La parte inferior de la escalerilla siguió unida a la lancha motora para darle más estabilidad. Un miembro armado del equipo de asalto empezó a subir por ella con mucha destreza. Colgaba de la parte inferior de la escalerilla y le daba la espalda al mar para aprovecharse de los garfios que tenía en la suela de las botas, y también para evitar marearse al ver el mar agitado.

Pese a estar muy bien entrenado, el hombre solitario se balanceaba muchísimo en la escalerilla, como un insecto herido atrapado en la tela de una araña al que no dejaban de sacudir el viento y las olas. Los veinticinco metros que tenía que recorrer parecían poca distancia, pero iban a ser difíciles.

«¡Deprisa, deprisa!»

El miedo de Sug-Yi se incrementaba a cada segundo. La *Flor de Tusílago* había interceptado al *Larga Prosperidad* con tanta facilidad que la tripulación del carguero aún no había podido reaccionar. Pero se agotaba el tiempo. Cuando llegaran a las aguas poco profundas del puerto, las olas serían todavía más altas, y las maniobras, más peligrosas.

—¿Lo estás grabando? —preguntó a la joven que tenía al lado, que asintió muy nerviosa mientras la cámara en miniatura que tenía junto a la oreja subía y bajaba al ritmo de su cabeza. Era su primera misión. Sug-Yi le indicó que estabilizara la grabación.

«El espectáculo debe continuar.»

Soltó una carcajada. ¿Cuándo había pasado de disgustarle aquella filosofía a convertirse en una de sus fieles practicantes? Era similar a esas «acciones directas no violentas» que empleaba Greenpeace: tumbarse en las vías para detener trenes, abordar balleneros, interceptar residuos radiactivos... Lo hacían una y otra vez, y cada actuación era más radical que la anterior, una manera muy tenaz de poner a prueba la tolerancia de los gobiernos y las



megacorporaciones. Eran acciones que le daban a su organización una notoriedad creciente y que también ayudaban a que la población fuese más consciente de los problemas medioambientales y quizá ayudasen a aprobar leyes al respecto.

«Es una buena justificación, ¿verdad?»

Recordó una charla que había dado su mentor, el doctor Guo Qide, fundador de la organización Flor de Tusílagó, durante la última fiesta de bienvenida de nuevos miembros.

Había atenuado las luces y proyectado un cuadro en la pantalla gigante: un barco de vela con tres mástiles que navegaba entre olas gigantescas y estaba a punto de volcar. Parte de la tripulación escapaba aterrorizada en botes salvavidas y dejaba detrás a algún que otro incauto que se afanaba a bordo del barco. El claroscuro del mar negro contra las olas blancas llamaba mucho la atención.

—Este cuadro, *L'Incendie du Kent*, se pintó en 1827 y es obra de Jean Antoine Théodore Gudin. —La cautivadora voz del doctor Guo sedujo al público—. El barco representa el mundo en el que vivimos, el que estamos a punto de perder. Algunos ya han saltado a los botes salvavidas, pero otros aún son ajenos a lo que ocurre y no están al tanto.

»Nuestro trabajo en Flor de Tusílagó es tocar los tambores, hacer sonar el gong, hacer el payaso, lanzar fuego por la boca y usar cualquier medio a nuestro alcance para llamar la atención de todo el mundo. Debemos hacer ver a la población que el barco está a punto de naufragar. El problema es que los responsables de que estemos así creen que pueden escapar ilesos. A menos que consigamos entretrejer nuestros destinos, nos dejarán atrás y seremos nosotros quienes paguemos por sus errores.

Un grito muy agudo interrumpió la duermevela de Sug-Yi. Levantó la cabeza y vio que varios miembros de la tripulación del *Larga Prosperidad* la miraban

desde la borda. Intentaban soltar el enganche magnético de la escalerilla, pero como el casco del carguero estaba diseñado para maximizar el espacio en la cubierta de la bodega, la parte superior se curvaba hacia afuera en un ángulo muy pronunciado. Para conseguir llegar hasta la escalerilla, los tripulantes tenían que inclinarse tanto que sus cuerpos quedaban colgando en la nada. Intentaron sin éxito enfrentarse a los vientos huracanados que les impedían llegar hasta ella y cejaron en su empeño.

El hombre de la escalerilla empezó a subir aún con más brío. Solo le quedaban diez metros para llegar.

Un chorro blanco de agua rompió contra la cubierta del *Larga Prosperidad* y lo golpeó. La escalerilla se agitó como un columpio. Las manos del hombre se soltaron de la cuerda y empezó a caer hacia el mar embravecido de abajo.

Sug-Yi se tapó la boca con la mano, pero no fue capaz de apartar la mirada. La joven de la cámara gritó.

Pero el hombre dejó de caer. Se quedó colgando bocabajo en el aire: los ganchos de la suela de las botas lo habían salvado en el último momento. Se dobló en el aire, cogió la cuerda con las manos y continuó el ascenso.

—¡Bien hecho! —gritó Sug-Yi.

La tripulación del *Larga Prosperidad* empezó a rociar al hombre con la manguera de alta presión, como si fuese una llama que ascendiese por la escalerilla. El principal peligro al que tenía que enfrentarse el abordador no era el impacto de la superficie contra su cuerpo, sino la privación temporal de oxígeno debido al agua que le cubría la nariz y la boca. Por suerte, estaba preparado. Se bajó el visor para que le cubriese la cara y siguió ascendiendo impertérrito. Ocho metros, siete metros...

Sug-Yi esbozó una sonrisa. Se sentía identificada con el hombre: hacía años, de joven, se había impregnado del olor de un saola para colarse en autobuses, vagones de metro y ferris llenos de gente que se tapaba la nariz y la

miraba con indignación, para proclamar a todos los que la oían que hasta el perfume más valioso se convertía en un hedor intolerable cuando se fabricaba a costa de la extinción de una especie.

Fueron muchos los que le preguntaron si había valido la pena hacerlo. Ella había respondido que sí una infinidad de veces. Claro que había valido la pena. Aunque el mundo entero hubiese empezado a pensar que solo quería llamar la atención, había sido fiel a sus principios, y eso era suficiente.

La tripulación del carguero apagó la manguera de alta presión.

«¿Y si se les ha ocurrido otra argucia?»

—¡Cambian el rumbo! —gritó el timonel de la lancha motora.

Sug-Yi miró las lecturas de las gafas: el *Larga Prosperidad* había empezado a virar hacia la *Flor de Tusílago* y acelerado hasta los doce nudos al mismo tiempo. Era un intento de interrumpir la misión de la lancha motora sin llamar la atención de las autoridades portuarias. Esta empezó a balancearse de arriba abajo de manera errática debido al oleaje que levantaba el carguero. La escalerilla osciló y empezó a bambolearse como una serpiente, y el hombre que estaba sujeto a ella se aferró con todas sus fuerzas.

—Acelera y colócala en paralelo —ordenó Sug-Yi—. Mantenla estable.

El hombre intentó seguir subiendo. Su cuerpo se contorsionó para ajustar su centro de gravedad y su postura, de modo que pudiera mantener la escalerilla más estable y equilibrada. Cinco metros, cuatro metros... Era como un practicante de yoga muy habilidoso que bailaba en una cuerda en mitad de una tormenta.

«Ya casi está.»

Sug-Yi contuvo el aliento y empezó una cuenta atrás silenciosa.

El siguiente objetivo del hombre era usar unas ventosas para escalar desde el punto en el que se había clavado la escalerilla hasta la cubierta, todo ello mientras evitaba a los tripulantes. Cuando llegase allí, se encadenaría a un

contenedor como Houdini, preferiblemente después de haber desplegado la bandera de la organización Flor de Tusílogo, y esperaría a la llegada de los medios de comunicación y del Departamento de Protección Ambiental. Según la sentencia con la que habían quedado absueltos los seis activistas de Greenpeace en el caso de la central de energía de Kingsnorth, mientras Flor de Tusílogo fuese capaz de alegar una «excusa legal» relacionada con el activismo medioambiental, las acciones que habían llevado a cabo aquel día no se considerarían ilegales. Claro que todo dependía de que la información de la que disponían fuese rigurosa: actuaban bajo la premisa de que los contenedores que había en el barco, que habían salido de New Jersey e iban en dirección a Isla de Silicio, transportaban la llamada *Dádiva del diablo*, un residuo tóxico capaz de desatar un desastre ecológico.

No era un plan sencillo, pero estaban a punto de superar la parte más complicada.

... dos metros, un metro. El hombre consiguió llegar al otro extremo de la escalerilla, pero no se puso los guantes con ventosas. En lugar de ello, se quedó colgando de la cuerda y empezó a balancearse de un lado a otro como un péndulo.

—¿Qué hace? —preguntó Sug-Yi, enfadada.

—Es que... a Thomas le gusta el *parkour* —murmuró la joven de la cámara sin dejar de grabar.

«Así que se llama Thomas.»

Durante aquellos años se habían unido a la organización nuevos miembros muy idealistas y habilidosos, por lo que era imposible que Sug-Yi supiese el nombre de cada uno de ellos.

«Ser joven es una bendición. Casi siempre.»

Thomas siguió balanceándose mientras calculaba con inquietud el ángulo y la distancia. La maniobra que tenía en mente implicaba que debía soltarse

cuando su cuerpo se encontrara a más altura, volar por los aires y, al mismo tiempo, girar noventa grados para aferrarse a la borda, lo que requería mucha fuerza, flexibilidad y plenas facultades mentales.

—¡Thomas, para! —gritó Sug-Yi—. ¡No saltes!

Demasiado tarde. La mujer vio cómo el cuerpo atlético y proporcionado del hombre salía despedido por los aires y le dio la impresión de que, por un instante, se quedaba congelado mientras rotaba noventa grados despacio y con elegancia, y sus manos terminaban por chocar con fuerza contra el costado del barco. Las planchas de acero vibraron cuando su cuerpo se vio arrastrado por la gravedad. Lo único que le quedaba por hacer era flexionar los brazos y apretar los abdominales para impulsarse hacia arriba y completar la pirueta.

Sug-Yi se preparó para aplaudir la audacia.

Quizá fuese el viento, o quizá el agua que anegaba la borda, pero se oyó un rasguño estridente contra el metal y la mano de Thomas se resbaló. Empezó a caer sin remedio. Asustado, se agarró con una mano a la escalerilla ondeante, pero el peso lo hizo caer contra el casco del carguero. Se oyó un chasquido brusco y ruidoso que parecía venir del visor y la cabeza se le quedó girada en un ángulo poco natural. Las manos de Thomas se aflojaron, y siguió cayendo.

Su cuerpo se zambulló en el mar con un chapoteo silencioso, una imagen imborrable.

La joven cámara se quedó aturdida. Las lentes que tenía junto a la oreja habían capturado la escena al completo, así como los gritos y los llantos. Era un vídeo que terminaría por reproducirse una y otra vez en medios de comunicación y en todo tipo de páginas web. Más tarde, los comentaristas de internet lo llamarían «anuncio de reclutamiento» para la organización Flor de Tusílago. ¿La consigna de la campaña? «Ser joven no es sinónimo de ser imbécil.»

Sug-Yi lo contempló todo anonadada. No dio la orden de recuperar el

cuerpo ni tampoco se movió ni mostró emoción alguna.

«¿Acaso valía la pena hacerlo?»

No distinguió si la pregunta iba dirigida a Thomas o a sí misma.

El *Larga Prosperidad* siguió acelerando hacia la lancha motora. El timonel de Sug-Yi no había recibido nuevas órdenes, por lo que no hizo nada. El casco de la *Flor de Tusilago* chocó contra el del carguero y la lancha se elevó por los aires entre los chirridos del metal al deformarse. La tripulación se aferró a lo que tenía más a mano para evitar caer al mar por la borda, que no dejaba de inclinarse. El agua helada, espumosa y tumultuosa empezó a inundar la cubierta.

La lancha comenzó a hundirse.

## PRIMERA PARTE

# VÓRTICE SILENTE

El Convenio de Basilea sobre el Control de los Movimientos Transfronterizos de los Desechos Peligrosos y su Eliminación es un tratado internacional que se diseñó para reducir el transporte de desechos peligrosos entre naciones y, sobre todo, para evitar su traslado de países desarrollados a países menos desarrollados (PMD).

El convenio se aprobó el 22 de marzo de 1989 y entró en vigor el 5 de mayo de 1992. La Unión Europea y ciento setenta y nueve países lo han ratificado.

Estados Unidos, el mayor productor de residuos electrónicos, nunca lo ha hecho.

Entrada de Wikipedia  
relativa al Convenio de Basilea

La exquisita maqueta de madera de un junco tallado a mano que había en el centro del expositor de cristal relucía a causa del barniz de color caoba, que le daba un aire antiguo. A su alrededor no había ninguna escena holográfica. En lugar de ello, el fondo era un mapa hecho a mano de Isla de Silicio, que en realidad era una península unida al continente por un istmo, aunque todo el mundo la considerase una isla, y del océano que la rodeaba. Era evidente que el cartógrafo se había esforzado demasiado en capturar la belleza innata del lugar, ya que le había aplicado unos colores demasiado intensos que le daban un aspecto antinatural.

—... es un símbolo de Isla de Silicio, y representa las buenas cosechas, la prosperidad, la armonía...

Scott Brandle estaba fascinado con la maqueta del barco y no le prestaba mucha atención al parloteo del guía. El color y la textura de la reproducción, sobre todo las velas hinchadas como si soplase el viento, le recordaban a las langostas cocidas que habían servido durante la reunión la noche anterior. Ni era vegetariano ni era un ferviente defensor del Foro Mundial para la Naturaleza, pero le había resultado muy sospechoso el hecho de que hubiese tres pinzas en el plato y de que, al parecer, hubieran remendado el caparazón de la langosta con mucho cuidado. Pensar que aquella «langosta fresca» que tenía una extremidad adicional hubiera sido criada en una piscifactoría



cercana le había quitado el apetito, por lo que se había limitado a contemplar cómo los funcionarios chinos se atiborran.

—Señor Scott, ¿qué le gustaría investigar mañana? —preguntó el director Lin Yiyu, ya borracho, en el topolecto local.

Chen Kaizong (también llamado Caesar Chen), el asistente de Brandle, no corrigió la confusión de Lin al usar el nombre en lugar del apellido de su jefe y la tradujo de manera literal.

—Me gustaría entender mejor Isla de Silicio.

Aunque Scott había bebido algo de *baijiu*, la bebida espirituosa destilada que era ineludible en las reuniones sociales chinas, aún estaba muy sobrio, por lo que omitió anteponer la palabra «verdadera» al nombre del lugar.

—Bien, bien.

El director Lin, con la cara roja debido al *baijiu*, se giró y le dijo algo al resto de los funcionarios. Todos rieron a carcajadas. Kaizong no lo tradujo al momento. Un rato después le dijo a Scott:

—El director Lin dice que se asegurará de cumplir sus deseos.

Ya habían pasado más de dos horas bajo el intenso aire acondicionado del Museo de Historia de Isla de Silicio y la visita no parecía estar llegando a su fin. El guía no dejaba de hablar con mucho acento mientras los llevaba por las iluminadas salas de exposiciones. Les había mostrado los más de mil años de historia de aquel lugar, que se remontaba hasta el siglo IX, con poesía antigua, correspondencia gubernamental, fotografías restauradas, artefactos y herramientas recreados, falsos documentales y dioramas hechos con maniqués de plástico.

No obstante, las exhibiciones del museo no mostraban la menor traza de cuál era el ideario de sus diseñadores. Puede que todo aquello se hubiese montado para mostrar cómo Isla de Silicio había progresado de la pesca y la ganadería hasta la era industrial moderna y de ahí a la era de la información,

pero lo único que veía Scott eran estancias llenas de artefactos aburridos que reflejaban una propaganda machacona. El lugar conseguía un efecto hipnótico que era muy parecido a sus recuerdos de los discursos de su instructor militar durante los entrenamientos.

Pero el intérprete, Chen Kaizong, había quedado fascinado por las presentaciones, como si no supiese nada acerca de Isla de Silicio. Scott se había dado cuenta de que, desde el momento en el que Kaizong había puesto un pie allí, la prematura indiferencia que había mostrado el chico se había convertido en una satisfacción y una curiosidad que parecían más propias de un joven de veintiún años.

—... maravilloso... increíble...

El inexpresivo Scott pronunciaba un elogio de vez en cuando, como si fuese un robot.

El director Lin asintió agradecido. La sonrisa de su gesto se parecía a la de los maniqués de plástico, y llevaba una camisa de rayas dentro de los pantalones de pinza. A diferencia de los otros funcionarios, aún no tenía una tripa prominente. No se podía decir que su presencia fuese avasalladora, pero sí que daba la impresión de ser una persona muy eficiente. Al lado de Scott, que medía casi un metro noventa, Lin Yiyu tenía la apariencia de un insecto palo.

Aun así, era un hombre capaz de hacer sufrir y dejar sin palabras a Scott, como un mudo a quien le obligasen a masticar hierbas amargas.

«Dice una cosa, pero piensa otra», razonó Scott. Al fin había entendido lo que había querido decir el director Lin la noche anterior. Antes de llegar a China, había comprado un ejemplar de *China para ignorantes*, donde había leído una perla de sabiduría: «Los chinos no suelen decir lo que piensan». Su reacción había sido pensar: «Pues igual que los estadounidenses».

Quizá habían obligado a acudir a los funcionarios que estaban presentes en

el banquete de bienvenida la noche anterior. No había visto por allí a ninguno de los mandamases. A tenor de la cantidad de *baijiu* que habían consumido, sin duda los funcionarios habían conseguido (o incluso rebasado) el objetivo de crear un ambiente distendido durante el banquete. En realidad, el director Lin no se había mostrado nada cooperativo, y Scott tenía muy claro que aquel viaje de investigación para TerraGreen Recycling Co., Ltd. no estaría libre de contratiempos.

Las personas clave de los tres clanes principales de Isla de Silicio no iban a aparecer. Lo único que Scott podía esperar era que le llevaran de visita por alguna calle muy característica y alguna fábrica aldea Potemkin, que le invitasen a comer un *dim sum* sabroso y selecto y que le regalasen una montaña de souvenirs para llevar de vuelta a San Francisco.

Pero ¿acaso no era esa la razón por la que TerraGreen Recycling había enviado a Scott Brandle y no a otra persona? Una ligera sonrisa adornó las angulosas facciones de Scott. Quitando el accidente de Ahmedabad, había tenido éxito en muchas ocasiones, como en Ghana o en Filipinas. Isla de Silicio no sería una excepción.

—Dígale que iremos a la aldea Xialong esta tarde —susurró Scott mientras se inclinaba para susurrarle al oído a Kaizong—. Oblíguelo.

Luego frunció los labios, le dedicó una sonrisa impertérrita y echó un vistazo a su alrededor. A Kaizong le quedó muy claro que su jefe iba en serio, por lo que tuvo una breve conversación con el director Lin.

El museo estaba demasiado iluminado y demasiado limpio, igual que la historia blanqueada y reescrita que intentaba mostrar, igual que la versión de Isla de Silicio que los oriundos intentaban enseñar a los forasteros. Todo estaba envuelto en un optimismo tecnológico que era demasiado ficticio y superficial. En aquel lugar no se mencionaban el Convenio de Basilea, las dioxinas o el furano, la neblina ácida, el agua cuyo contenido en plomo

superaba el límite permisible en dos mil cuatrocientas veces, la tierra cuya concentración de cromo excedía el límite marcado por la Agencia de Protección Ambiental en mil trescientas treinta y ocho veces, y, como era de esperar, tampoco se mencionaba a los hombres y mujeres que bebían esa agua y dormían en esa tierra.

«Toda historia es historia contemporánea», recordó que había asegurado Chen Kaizong durante la entrevista.

Scott negó con la cabeza. El director Lin y Kaizong se afanaban por mantener una conversación amistosa, pero como no conseguían llegar a ningún acuerdo empezaron a alzar las voces. Si hablasen en mandarín, quizá habría conseguido intercambiar algunas palabras con Lin gracias a la ayuda de un programa de traducción, pero se comunicaban en el antiguo topolecto de Isla de Silicio, que contaba con ocho tonos y unas reglas de sandhi tonal muy complicadas. No tenía otra elección que confiar en el talento especial de su ayudante, un recién graduado y especializado en Historia de la Universidad de Boston que solo había contratado por su herencia lingüística.

—Dígale que, si tiene alguna objeción...

La mirada de Scott se centró en una foto grupal e intentó arriesgarse a nombrar al azar a cualquiera que apareciese en los documentos que había revisado antes del viaje. Se encontraba en una zona que contaba con una velocidad de transferencia de bits restringida en la que no podía acceder a bases de datos remotas, y las caras de todos los chinos le parecían iguales.

—... haremos que sea el ministro Guo quien lo convenza directamente.

El ministro Guo Qidao estaba adscrito al Departamento Provincial de Ecología y Medio Ambiente y lo habían seleccionado para convertirse en viceministro del Ministerio Nacional de Ecología y Medio Ambiente. Se podría decir que había sido el que había preseleccionado a las empresas que iban a formar parte de la licitación del proyecto.

«Hay ocasiones en las que un zorro puede mentar a un tigre para conseguir sus objetivos.» Era otro de los trucos que había aprendido de *China para ignorantes*.

La discusión terminó. El director Lin había adoptado una postura de sometimiento y parecía más enjuto y escuchimizado. Se frotó las manos. Parecía mucho más preocupado por no hacer bien su trabajo que por la amenaza del ministro Guo. Scott no le había dejado alternativa. Lin se esforzó por dedicarle una sonrisa, carraspeó y se dirigió hacia la salida.

—Misión cumplida. Pero primero iremos a comer.

La sonrisa amplia y petulante de Kaizong era justo la que se podía esperar de alguien que se había graduado en una universidad cara de la Costa Este.

«Esperemos no encontrarnos con más comida peligrosa como esa “langosta fresca”», pensó Scott para sí mientras pasaban junto a la maqueta del junco. Se alegraba por salir de aquel museo tan frío y lleno de falacias. La maqueta del junco le parecía una metáfora perfecta: en su idioma, el navío y la basura se podían designar con el mismo vocablo, un juego de palabras que quizá fuese el único nexo de unión entre Isla de Silicio y lo que se exhibía en el museo.

Se puso la máscara protectora de 3M, atravesó la neblina que se había formado junto a la salida a causa de la condensación y se zambulló en la húmeda y resplandeciente luz tropical.

El restaurante servía cerveza en lugar de *baijiu*, pero era un cambio que no tranquilizaba a Scott. El lugar parecía ser menos respetuoso con la salud y la higiene que el de la noche anterior. La estancia privada en la que se encontraban se llamaba El Pinar, y el antiguo aparato de aire acondicionado zumbaba como si alguien hubiese golpeado una colmena. Aun así, el sitio parecía estar impregnado de una pestilencia indeleble. En la pared había una

enorme mancha de humedad que parecía la *terra incognita* de algún viejo mapa. La mesa y las sillas estaban relativamente limpias, o quizá diera esa impresión porque el propietario había elegido colores oscuros en los que costaba apreciar la suciedad.

No tardaron en traerles la comida. Emocionado, Kaizong le presentó a Scott cada uno de los platos: le explicó cuáles eran los ingredientes y la manera en la que se preparaban. A Kaizong le sorprendía que, a pesar de que se había marchado de Isla de Silicio con siete años, aún era capaz de recordar el sabor y los olores. Era como si cruzar el Pacífico le hubiese hecho viajar más de doce años al pasado.

A Scott se le había quitado el apetito, sobre todo después de que le contaran cómo se preparaban el hígado de pato, el pulmón de cerdo, la lengua de vaca, los intestinos de ganso y otros órganos animales. Eligió arroz *congee* y una sopa, decisión con la que también pretendía ingerir la menor cantidad de metales pesados. Resistió el impulso de sacar el equipo de pruebas. La regulación del acceso a la red imposibilitaba conectarse a las bases encriptadas remotas desde aquel lugar, por lo que era imposible determinar la composición de la comida, el aire, el agua y la tierra, y los peligros derivados. Como cabía esperar, también era imposible valerse de la realidad aumentada.

El director Lin se percató de la inquietud de Scott. Señaló los *rickshaws* eléctricos que transportaban agua por las calles en el exterior.

—El restaurante pertenece al clan Luo. Traen el agua de la aldea Huang, que se encuentra a nueve kilómetros de distancia.

El clan Luo controlaba el ochenta por ciento de los restaurantes y las zonas recreativas de alta gama de Isla de Silicio. El poder económico del clan se fundamentaba en gran cantidad de talleres de desmantelamiento de residuos electrónicos que había en la isla, entre los que se encontraban los de la aldea Xialong, lugar que ellos pretendían visitar esa misma tarde. El poder del clan

Luo era tal que tenían prioridad para seleccionar los contenedores que pasaban por Kwai Tsing, y los otros dos grandes clanes se repartían las sobras. El triunvirato de los clanes Luo, Chen y Lin había quedado reducido a la dominancia exclusiva del clan Luo, un claro ejemplo del efecto Mateo. El clan tenía tanto poder que era capaz de influir en las políticas del gobierno.

Scott reflexionó sobre lo que acababa de decir el director Lin e intentó averiguar si había algún significado oculto en sus palabras. En ese momento recordó otra perla de sabiduría china: «No puedes levantarle la voz a alguien que te ha alimentado. No puedes levantarle la mano a alguien que te ha agasajado».

Cada vez se sentía más molesto con esas trampas de los chinos, ya que tenía que descifrar todas y cada una de las frases con una clave criptográfica imprevisible que cambiaba según el tono y el contexto. Decidió permanecer en silencio.

—Venga, venga, ¡bebamos!

Era la mejor manera de romper un silencio incómodo en una comida. El director Lin levantó una cerveza espumosa.

Varias rondas después, la cara de Lin volvía a estar roja como un tomate. Scott decidió ser más cauto ahora que sabía cómo reaccionar. Los chinos también tenían un dicho similar a *in vino veritas*, pero el director Lin no parecía hacer honor a él.

—Señor Scott, permítame serle sincero. —Lin se aferró al hombro de Scott y le soltó en la cara el aliento cargado de alcohol—. No pretendo entorpecer su escrutinio ni su investigación. Tengo mis propios problemas, pero, por favor, deje que le dé un consejo: el proyecto no va a funcionar y es mejor que se marche de aquí cuanto antes.

Kaizong terminó de traducir y, al mirar a Scott, vio un indicio de enfado en su gesto.

—Entiendo. Tenemos jefes diferentes. ¿Me permite que yo también le dé un consejo? Este proyecto va a ser beneficioso para todas las partes. No tiene ningún inconveniente. Todo se puede discutir, eso sí. Y, si lo sacamos adelante, será un modelo para todo el sudeste chino. Se trata de un paso muy importante para la estrategia de reciclado nacional del país. Una ayuda que no olvidaremos.

—¡Ja! —El director Lin soltó una risotada burlona y se bebió lo que le quedaba en el vaso—. Interesante. Primero los estadounidenses tiran su basura en la puerta del vecino y, poco después, aparecen para decir que le ayudarán a limpiarla y que lo hacen por su bien. Señor Scott, ¿le parece una buena estrategia nacional?

La inteligencia del contraargumento de Lin pilló por sorpresa a Scott. Parecía que aquel hombre era algo más que el burócrata cobarde que había supuesto que era. Se pensó bien la respuesta e hizo todo lo posible por que sus palabras sonasen sinceras.

—El mundo está cambiando. El reciclado es una industria emergente que mueve cientos de miles de millones de dólares. Quizá incluso llegue a controlar el destino de la producción mundial. Isla de Silicio tiene una clara ventaja en ese aspecto. Cambiar de paradigma es mucho más sencillo en este lugar que en los países desarrollados, ya que ustedes aquí pueden actuar sin tener en cuenta los impedimentos políticos y legales a los que ellos se tendrían que enfrentar. Lo que necesitan es tecnología y prácticas de gestión modernas para aumentar la eficiencia y reducir la polución. En estos momentos, tanto el Sudeste Asiático como África Occidental son focos de inversión para las empresas que pretenden quedarse una parte del pastel. Pero le puedo garantizar que los términos que les ofrece TerraGreen Recycling son los mejores. Además, somos muy generosos con los que nos ayudan...

Scott hizo mucho hincapié en la palabra «generosos». Recordó cómo los



funcionarios de Filipinas le habían insinuado que aceptaban sobornos.

El director Lin no creía que el estadounidense fuese a ser tan directo, que dejase a un lado las palabras rimbombantes y vacuas y la amabilidad impostada que se esperaba de él. Titubeó, levantó el vaso vacío, lo volvió a bajar y tomó una decisión.

—Me alegro de que haya sido tan directo conmigo. Pondré mis cartas sobre la mesa también. El problema no es el dinero, sino la confianza. Los oriundos del lugar no confían ni en los chinos que viven fuera de la isla. Imagínese cuál es su opinión sobre los estadounidenses.

—Pero no todos los estadounidenses son iguales. Del mismo modo que no todos los chinos son iguales. Usted mismo me ha demostrado que no se parece a los demás.

Scott acababa de usar un truco fruto de la experiencia y que funcionaba en cualquier parte del planeta.

El director Lin lo miró con sus ojos amarillentos y llenos de voluminosos vasos sanguíneos. Parecía borracho, pero no lo estaba. Un instante después, carraspeó y dijo:

—Se equivoca, Scott. Todos los chinos son iguales. Sin excepción.

Scott se quedó sorprendido. Era la primera vez que el director Lin lo había llamado «Scott» en lugar de «señor Scott». Pero la pregunta que Lin le hizo a continuación le sorprendió aún más:

—¿Tiene hijos? ¿Cómo es su ciudad natal?

La experiencia social limitada pero no inexistente de Scott con los chinos le había demostrado que la mayoría se dedicaban a conversar sobre política internacional y tendencias mundiales. Algunos hablaban de negocios y eran pocos los que sacaban temas como la religión o las aficiones, pero nunca se había encontrado a nadie que hablara sobre la familia ni le hubiese preguntado por la suya. Los chinos eran diplomáticos natos: no dejaban de hablar del

mundo a escala global y se preocupaban mucho por toda la gente, pero las conversaciones con Scott nunca versaban sobre sus vidas privadas como padres, hijos, maridos o hermanos.

—Tengo dos hijas: una de siete años y la otra de trece. —Scott sacó la cartera y le enseñó una fotografía arrugada al director Lin—. Es una foto vieja. Siempre me olvido de cambiarla. Crecí en una pequeña ciudad de Texas que ahora es poco más que un pueblo fantasma, aunque en el pasado era muy bonito. ¿Ha visto las películas de *La matanza de Texas*? Algo así, pero menos espeluznante.

Scott rio, y Kaizong hizo lo propio.

El director Lin agitó la cabeza y le devolvió la fotografía.

—Cuando sean mayores serán todas unas rompecorazones. Yo solo tengo un hijo. Tiene trece años y va a secundaria.

Se hizo el silencio. Scott asintió para que Lin continuase. La verdad es que no tenía ni idea de adónde conducía aquella conversación.

—La mayor esperanza que albergan todos los habitantes de Isla de Silicio es ver a sus hijos marcharse de este lugar: cuanto más lejos, mejor. Nosotros ya somos viejos y no podemos abandonar el nido, pero los jóvenes son diferentes. Son como folios en blanco, llenos de potencial para albergar todo tipo de imágenes. En la isla no hay esperanza. El aire, el agua, la tierra y la gente llevan mucho tiempo rodeados de basura. Ha llegado un punto en nuestras vidas en el que ya no somos capaces de distinguir la basura de lo que no lo es. Dependemos de los residuos para alimentar a nuestras familias y para hacernos ricos, pero cuanto más dinero ganamos, peor para el medio ambiente. Es como si nos aferrásemos a la soga que tenemos atada al cuello; cuanto más tiramos de ella, más nos asfixiamos, pero si la soltamos caeremos sin remedio al pozo sin fondo sobre el que nos encontramos y nos ahogaremos.

En lugar de traducirlo al momento, Kaizong se emocionó un poco y empezó

a discutir con el director Lin en el topolecto local. El director no dejaba de negar con la cabeza.

—Esa es justo la razón por la que hemos venido —aseguró Scott—. Mis padres eran como usted. Querían que me marchara de casa para vivir en una gran ciudad, pero al hacerlo me di cuenta de que es imposible obviar la responsabilidad que todos tenemos sobre nuestros hombros. Uno puede mirar hacia otro lado y hacer caso omiso de ciertas cosas o enfrentarse a ellas para cambiarlas. Todo depende del tipo de persona que pretenda ser.

Era un discurso digno de una película de Hollywood. Scott no contaba con conseguir mucho apoyo por parte del director Lin, pero, tal y como estaba la situación, evitar granjearse un enemigo le valía tanto como hacer un amigo.

—Es muy complicado —continuó el director Lin sin dejar de agitar la cabeza—. He leído su propuesta y su oferta con mucha atención. No sé lo suficiente como para opinar sobre la tecnología, pero sé que TerraGreen Recycling es una empresa líder en reciclado y el plan medioambiental que nos propone es muy atractivo. No obstante, hay un gran problema: dicho plan requiere la destrucción de los miles de talleres que hay por toda la isla y que la empresa organice, desmantele y procese los futuros desechos electrónicos. ¿Entiende lo que supone para ellos?

Scott sabía a quién se refería con ese «ellos». Los clanes Luo, Lin y Chen monopolizaban la industria de reciclado y procesado de desechos electrónicos en Isla de Silicio, que contaba con una capacidad de procesado anual de millones de toneladas y unos beneficios económicos que ascendían a miles de millones de dólares. Para una industria tan grande, un avance así supondría una redistribución de beneficios que sin duda sería inclemente y sacrificada.

—Nuestro plan consiste en crear decenas de miles de nuevos puestos de trabajo respetuosos con el medio ambiente y muy rentables. Y gracias a la magnífica tecnología de la que dispone TerraGreen Recycling, el proceso sería

mucho más eficiente y reduciría las pérdidas que hay actualmente con el procesado y desmantelado manuales. Los resultados económicos mejorarían en un treinta por ciento, pero lo más importante es que realizaríamos una inversión especial para ayudar a Isla de Silicio con un completo plan de descontaminación medioambiental. Devolveríamos a este lugar su antigua gloria: los cielos azules y el agua limpia.

Básicamente, lo que acababa de hacer Scott era recitar la propuesta de negocio. Kaizong se quedó impresionado por la memoria de su jefe, sobre todo porque lo había hecho sin poder usar la realidad aumentada.

—Ya lo sabía. —El director Lin parecía haber recuperado la sobriedad y había pedido una taza de té bien cargada—. Pero a todo el mundo le da igual. A los oriundos no les importa. Ellos solo quieren conseguir tanto dinero como sea posible a costa de la poca vida que queda en este lugar. A los trabajadores migrantes también les da igual. Ellos solo quieren ganar dinero tan rápido como les sea posible para regresar a sus aldeas natales y abrir una tienda o construir allí un nuevo hogar y casarse. Odian la isla. A nadie le interesa el futuro de este lugar. Solo quieren marcharse y olvidar este período de sus vidas. Tirarlo igual que tiran la basura.

—¡Pero al gobierno debería importarle!

Scott no había podido evitarlo.

—El gobierno tiene cosas más importantes de las que preocuparse. —El director Lin dio un gran sorbo de té. Hablaba con tranquilidad y el rubor había desaparecido de su rostro. La sonrisa amable y educada había vuelto a aparecer en su cara, como si el padre sincero en el que parecía haberse convertido hacía un instante nunca hubiera existido—. Se está haciendo tarde. Tenemos que llegar a la aldea Xialong. Créame, no se quedará mucho tiempo en este lugar.

«Hay dos Islas de Silicio», pensó Scott Brandle mientras veía la escena que se desplegaba poco a poco por la ventana del Land Rover.

Los funcionarios del gobierno les habían llevado a visitar Ciudad Isla de Silicio. Scott se había sorprendido al reconocer una gran cantidad de coches caros entre el caos del tráfico, coches cuyos conductores no dejaban de tocar la bocina: BMW, Mercedes-Benz, Porsche... Hasta le dio la impresión de ver un Maserati color rojo rubí aparcado al lado de la acera, junto al que su dueño estaba acuclillado y comía marisco a la barbacoa que había comprado a un vendedor callejero.

A pesar de lo mal considerado que estaba en comparación con otras regiones administrativas de China, Ciudad Isla de Silicio era un lugar próspero. Scott vio muchas tiendas de moda especializadas en marcas de lujo, de esas que solo esperaba encontrar en las mayores ciudades de China. Entre los lugareños se había puesto de moda construir mansiones caras y tradicionales de estilo *hiasuanhoun*,<sup>[1]</sup> pero también les gustaba añadir elementos europeos, lo que le daba al lugar una especie de exotismo deslumbrante, aunque incongruente y artificial. No era infrecuente que un visitante sintiese que había acabado en una feria de arquitectura de tercera: una casa tenía influencia mediterránea y la siguiente era propia de un minimalismo escandinavo.

Tal y como se decía en la guía de China de Scott: eran los nuevos ricos de la China contemporánea. Compraban los mejores bienes materiales que el mundo podía ofrecer y los usaban para darles sentido a sus vacías existencias.

Scott no vio llevar máscara a ningún peatón. Sabía que los sistemas respiratorios prostéticos aún no se habían popularizado en aquel lugar. Ciudad Isla de Silicio estaba a barlovento del resto de la isla, por lo que la calidad del aire al menos era pasable, aunque tuviese un hedor penetrante que complicara respirar. Le recordaba al olor de una planta incineradora de

caucho que había visitado en Filipinas, una experiencia que le había costado pasar toda una semana con náuseas. Pero la gente parecía estar acostumbrada.

El Land Rover avanzó despacio entre el tráfico. De vez en cuando, un *rickshaw* eléctrico de tres ruedas que llevaba agua potable se abalanzaba entre los coches, lo que ocasionaba un estallido de bocinas e insultos. Pero todos los conductores de *rickshaws* hablaban un topolecto que no era el del lugar y no les prestaban atención. Una tonelada de agua costaba dos yuanes en la aldea Huang que estaba a nueve kilómetros de distancia, pero en aquel lugar se podían comprar cuarenta litros por la misma cantidad de dinero. A los oriundos no les importaba que los beneficios fueran tan escasos, pero sus negocios en la isla eran lo que causaba que el agua freática y superficial no fuese potable.

«Es el precio que uno debe pagar a cambio del desarrollo económico», decía todo el mundo. Era una frase hecha que habían sacado de la televisión.

—Ya casi hemos llegado a la aldea —dijo el director Lin, girado hacia Scott desde el asiento delantero del acompañante.[2]

—Vaya... —espetó Kaizong sin poder contenerse. Scott siguió la mirada del intérprete, frunció los labios y no dijo nada. Había pasado mucho tiempo leyendo informes sobre las condiciones en las que se encontraba Isla de Silicio, pero leerlo no era comparable a la imagen que acababa de ver al otro lado de la ventana del vehículo.

Había una infinidad de talleres algo más grandes que un cobertizo hacinados como fichas de *mahjong* a ambos lados de las calles. En medio se dejaba un carril muy estrecho para que los carros pudiesen transportar hasta el lugar los desperdicios que iban a ser procesados.

Chasis de metal, pantallas rotas, placas de circuitos, componentes de plástico y cables, algunos de ellos desmantelados y otros esperando su procesamiento, se encontraban desperdigados por todas partes como si fuesen

montañas de estiércol y rodeados de trabajadores, todos ellos migrantes de alguna parte de China, que revoloteaban de un lado a otro cuales moscas. Estos escudriñaban entre los montones para sacar las piezas más valiosas que luego meterían en hornos o en baños de ácido para descomponerlas aún más y extraer así cobre, estaño, oro, platino y otros metales preciosos. El resto o bien se incineraba o bien se dejaba tirado por el suelo, lo que generaba más basura todavía. Nadie llevaba equipo de protección.

La imagen estaba velada por un miasma plúmbeo, una amalgama de neblina blanca que se generaba debido a los vapores del agua regia de los baños de ácido y al humo negro generado por la incineración constante de PVC, materiales aislantes térmicos o placas de circuitos en los campos y la ribera del río. La brisa marina entremezclaba ambos colores hasta que era imposible distinguirlos y se filtraban entre los poros de todos los seres vivos.

Scott observó a los hombres y mujeres que vivían entre la basura, a quienes los oriundos llamaban residuales. Las mujeres hacían la colada en las aguas negras y con las manos desnudas; las burbujas de jabón formaban un borde argénteo entre las alfombrillas flotantes de lentejas de agua. Los niños jugaban por todas partes, correteaban por las orillas negras donde resplandecían la fibra de vidrio y los restos chamuscados de placas de circuitos, brincaban por los campos abandonados donde refulgían la ceniza y las brasas del plástico quemado, nadaban y chapoteaban en la superficie de las charcas verduzcas donde flotaban películas de poliéster. Parecían estar muy seguros de que aquella era la apariencia natural del mundo y nada perturbaba su alegría. Los hombres iban con el pecho al descubierto para enseñar las películas corporales baratas que los cubrían. Llevaban puestas unas versiones *shanzhai* de gafas de realidad aumentada y pasaban el poco tiempo libre del que disponían tumbados en la orilla de granito de los canales de riego, que estaban llenos de pantallas rotas y desechos de plástico. Los antiguos canales,

construidos hace cientos de años para transportar el agua a los sedientos arrozales, ahora resplandecían debido a las luces fragmentadas que proyectaban todos los elementos que formaban parte del proceso de desmantelar lo inservible.

—Ya hemos llegado. ¿Aún quiere salir del coche? —preguntó el director Lin con tono burlón, aunque él también era un visitante.

—No podemos hacernos con el cachorro del tigre sin entrar en su guarida.

Scott se esforzó por decir el refrán en un mandarín con mucho acento. Se puso la máscara y abrió la puerta del coche.

El director Lin negó con la cabeza y le siguió a regañadientes.

Scott sintió el aire caliente y lleno de polución, así como un hedor apabullante. La máscara filtraba las partículas y el polvo, pero no solucionaba el problema del olor. Por un instante creyó haber vuelto a los suburbios de Manila en los que había estado hacía dos años, pero en Isla de Silicio el olor tenía una concentración diez veces mayor. Intentó tranquilizarse, pero no dejaba de sudar, y la mezcla con las sustancias químicas desconocidas que había en el aire formaba una película viscosa que se le pegaba a la piel y las ropas y le dificultaba cada uno de sus pasos.

Delante de ellos había unas enormes puertas de piedra con un mensaje que rezaba XIALONG en caligrafía clerical. En otras circunstancias, Scott Brandle habría considerado examinar los ideogramas para dilucidar su antigüedad y su calidad, pero en aquel momento lo único que fue capaz de recordar fue el principio de la advertencia grabada en las puertas del infierno en la *Divina comedia* de Dante.

*Per me si va ne la città dolente,  
per me si va ne l'eterno dolore,  
per me si va tra la perduta gente.*



Scott la había leído cuando estudiaba italiano en la universidad, pero nunca pensó que llegara a recordarla en lo que le quedaba de vida. En aquel lugar, la estrofa parecía más que apropiada. Hizo todo lo que pudo para olvidar el último verso de la advertencia de Dante.

Los trabajadores dejaron lo que estuviesen haciendo y les contemplaron con curiosidad. La mayor parte de las miradas se centraban en Scott. Aunque llevase máscara, lo delataban la altura, la piel pálida y el pelo rubio y corto. Los migrantes habían visto extranjeros, sin duda, pero les desorientaba ver por allí a ese *laowai* tan bien vestido, como un Jesús de Nazaret que cruza olas de calor, nubes de miasma tóxico y calles llenas de inmundicia.

Al cabo, todos esbozaron una sonrisa que se propagó de un rostro a otro como una brisa helada que tirase de las comisuras de sus labios.

—Tenga cuidado. Muchos son adictos. —La voz del director Lin era poco más que un tenue murmullo en la oreja de Chen Kaizong. Scott, que iba delante, se detuvo antes de oír la traducción.

Un brazo prostético se retorció en el suelo delante de él. No sabía si era obra de alguien, pero el ganglio de estímulos del miembro estaba abierto y la batería interna medio desmontada, que aún le proporcionaba energía, quedaba al descubierto. La electricidad que fluía por la piel artificial hasta los nervios sintéticos chisporroteaba en el extremo roto y activaba unas contracciones recurrentes en los músculos. Los cinco dedos de la prótesis se enterraban una y otra vez en el suelo y levantaban un poco el antebrazo, como si se tratase de una oruga gigantesca del color de la carne humana.

El brazo chocó contra una pantalla de cristal líquido abandonada, y las uñas rotas rechinaron contra la suave superficie de cristal, lo que hizo que no siguiese avanzando.

Un chico se acercó a la carrera, lo cogió y lo volvió a soltar en la tierra orientado en otra dirección. Su gesto parecía sugerir que el brazo era poco

más que un coche de juguete cualquiera. Fue así como ese juguete estrambótico continuó su viaje interminable hacia ninguna parte, un viaje que acabaría en el momento en el que se le agotasen las baterías.

Scott se acuclilló. El chico le miró la máscara, sin miedo y sin curiosidad.

—¿Dónde puedo encontrar manos como esa? —preguntó en mandarín. Como no sabía si su acento iba a ser demasiado marcado para que el chico lo entendiese, se ayudó gesticulando con las manos.

El chico se quedó quieto un instante y luego señaló un cobertizo que no estaba muy lejos. Después se dio la vuelta y salió corriendo.

Scott se puso en pie. En su mirada resplandecía la ilusión de haber descubierto un tesoro oculto.

Desde el exterior se veía que no había nadie en el cobertizo, pero en mitad de la estancia se vislumbraba un montón de productos de silicona desguazados a los que habían despojado de sus componentes electrónicos. La silicona restante tenía que descomponerse con un proceso industrial especial que separaba los monómeros del aceite de silicona. Los talleres locales no tenían el equipo necesario para hacerlo, por lo que se amontonaban por el lugar a la espera de que los recogiese una empresa de reciclado especializada.

El director Lin terminó la explicación y luego añadió:

—Hoy en día, los ricos se intercambian las partes del cuerpo con la misma facilidad con la que antes cambiaban de teléfono. Las prótesis desguazadas se envían aquí. La mayoría no se han descontaminado y aún tienen sangre y fluidos corporales, que suponen un gran peligro para la salud pública... —Se quedó en silencio en ese mismo momento, como si se hubiese dado cuenta de algo. Luego cambió de tema a la desesperada—. Es un lugar muy sucio, señor Scott. ¿Por qué no volvemos a la aldea? Es donde hay mayor concentración de talleres.

Kaizong le dedicó una mirada de complicidad. Sin duda, el director Lin

intentaba ocultar algo. Tradujo para Scott lo que Lin acababa de decir, pero añadió una suposición de su cosecha. Scott sonrió, pero le dio igual y continuó de camino al cobertizo.

Una sombra acechante surgió de improviso por la izquierda de aquel espacio cerrado. Scott oyó gritar al director Lin y luego percibió que un olor podrido y nauseabundo se acercaba a él. Se agachó, se tiró a un lado y empujó con ambas manos lo que quiera que se estuviese abalanzando sobre él.

Unos pocos gruñidos más tarde, Scott vio que se trataba de un gran pastor alemán. El perro rodó por el suelo, se estabilizó en un instante y se preparó para volver a atacar.

Scott levantó los brazos para prepararse y centró la vista en los ojos verdes y relucientes de la criatura. Tensó el cuerpo, listo para enfrentarse al perro.

Pero justo en ese momento, una orden silenciosa pareció apoderarse del pastor alemán; el animal agachó la cabeza, metió el rabo entre las patas y corrió a volver a ocultarse en las sombras de detrás del cobertizo.

—Es un perro chipeado.

El director Lin levantó el teléfono. Su pecho se agitaba como si lo hubiesen atacado a él.

A los lugareños les gustaba tener perros grandes con chips implantados para persuadir a los ladrones. Gracias al condicionamiento pavloviano mejorado electrónicamente, cualquiera que entrase en una zona designada sin enviar una señal predeterminada, sería atacado sin cesar por el perro chipeado hasta que el intruso quedase incapacitado. Cada aldea tenía su propia frecuencia para la señal, que se cambiaba a menudo. Solo existían unos pocos con la autoridad suficiente como para disponer de la lista de frecuencias. El director Lin era uno de ellos.

—Los perros han matado a unos pocos, la mayoría activistas medioambientales radicales. —Lin le dedicó una sonrisa—. Debo admitir que

no esperaba que fuese usted tan ducho en el arte del combate cuerpo a cuerpo, señor Scott.

Scott le devolvió la sonrisa y se llevó la mano izquierda al pecho. El miedo y la adrenalina le habían causado arritmias, y necesitaba un instante para que la pequeña caja que llevaba implantada en la cavidad torácica hiciese su trabajo.

Kaizong intentó ocultar la sorpresa. Estaba seguro de que la reacción tan rápida de Scott y las maniobras defensivas automatizadas que había mostrado eran resultado de un entrenamiento extenso y profesional. Al parecer, su jefe no era solo un asesor empresarial de éxito. Quizá el objetivo de aquel viaje a Isla de Silicio no se limitase a la valoración del proyecto.

Scott entró en el cobertizo y se detuvo delante del montículo de prótesis color carne. Se acuclilló y buscó a conciencia en la pila. Notó un pungente olor a desinfectante. Cócleas artificiales y translúcidas, labios falsos, extremidades artificiales y órganos sexuales alargados entrechocaban a medida que el montículo se desperdigaba a su alrededor. El rosado falso de los miembros resplandecía en su campo de visión, como si estuviese atrapado en el almacén de Jack el Destripador. Al fin encontró lo que buscaba.

La cadena alfanumérica SBT-VBPII32503439 casi no se distinguía grabada en el interior de una prótesis rígida que parecía haber salido de un molde y se parecía a la parte superior de una extraña concha. Emitía un resplandor blancuzco como el de un hueso y, al parecer, en el pasado había tenido algún tipo de circuito integrado.

Scott levantó el tesoro delante del rostro del director Lin y se lo lanzó. Él lo cogió con manos trémulas y un rictus de desagrado.

—Director Lin, me gustaría pedirle un favor. —La voz de Scott adquirió un tono cortés muy deliberado—. ¿Me ayudaría a encontrar al responsable del procesado de esta montaña de basura?

—No es tan fácil. No somos como ustedes. No tenemos modernos sistemas de gestión ni bases de datos... Podría llevar mucho tiempo. —El director Lin sopesó la prótesis. No se parecía a nada que hubiese estado unido a un cuerpo, al menos a un cuerpo normal—. ¿Qué leches es esto?

—Créame, no quiere saberlo.

Sonó un ruido detrás de él y Scott se giró con cuidado. Varios trabajadores pasaron corriendo junto al cobertizo y no se detuvieron.

El director Lin asintió pensativo. La península era tan pequeña que no había secreto que no terminara por descubrirse, solo era cuestión de tiempo.

—Haré lo que pueda para encontrar al responsable antes de que termine su viaje de investigación —dijo con sinceridad.

En ese momento, el director Lin vio que más gente pasaba corriendo junto al cobertizo en la misma dirección que los anteriores trabajadores, con una mezcla de emoción y miedo en el rostro. Detuvo a un joven y, como ninguno de los obreros era oriundo de la isla, hizo lo que pudo para preguntarle en mandarín.

—¿Qué ha pasado?

—Acaban de comprimir a alguien.

El joven lo esquivó y siguió su camino.

El director Lin torció el gesto y salió disparado detrás del joven. Scott y Kaizong le siguieron. Vieron que se había formado una multitud junto a otro cobertizo y todos discutían airadamente. Los tres se abrieron paso entre la multitud para llegar al frente y se sorprendieron al llegar.

Había un hombre cubierto de sangre en el suelo, y sus miembros se sacudían descontrolados. Las pinzas de un brazo robot negro le rodeaban la cabeza y el cuello. A través de los huecos que había entre las tenazas robóticas se veía su rostro deformado por la presión y los espumarajos sanguinolentos que rezumaban por los orificios de su cabeza. Había perdido el sentido y gruñía

como un animal malherido. Su cuerpo no dejaba de retorcerse y parecía como si en la línea de ensamblaje se hubiese unido por error una cabeza robótica al cuerpo de un hombre.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó el director Lin a la multitud. Lo único que pudo sacar en claro de la cacofonía de respuestas fue que, mientras desmantelaba el brazo robótico, el hombre había activado los circuitos de retroalimentación de emergencia y la mano se había aferrado a su cabeza con la fuerza de un tornillo de banco. Sin duda, había tenido muy mala suerte y los espíritus le habían abandonado. Todos negaron con la cabeza para mostrar su conmiseración.

Scott se acercó a la carrera e hizo un gesto a Kaizong para que sujetara los hombros del afectado y así evitar hacerle daño en la columna vertebral. Luego examinó con minuciosidad el brazo robótico: fabricado por Foster-Miller, Inc., USA y modelo Garra espiritual III (descatalogado), seis grados de libertad y equipado con microbaterías integradas que eran capaces de suministrar energía a los servomotores hasta treinta minutos después de que se hubiese desconectado la fuente de energía principal. Aquel modelo en particular era uno muy básico y militar que se usaba en operaciones antidisturbios, seguridad pública, desactivación de explosivos y situaciones similares.

«Habéis tenido buena y mala suerte.»

Scott se sintió muy impotente. El hombre había tenido suerte porque el brazo solo podía ejercer quinientos veinte newtons de fuerza. Si el robot hubiese sido un modelo industrial, la cabeza habría quedado hecha tofu al instante. Pero, al mismo tiempo, había sido desafortunado porque debido al uso que le daban los artificieros, el brazo estaba hecho de una aleación especial muy resistente. Las herramientas normales no podían hacerle mella.

—¡Haced hueco! ¡Haced hueco!

La multitud se apartó al oír los gritos, y entraron en el cobertizo dos hombres con un soplete de plasma sobre los hombros. Uno de ellos dedicó una mirada agradecida a Kaizong al ver que sostenía a la víctima por los hombros y luego una recelosa a Scott.

«No servirá de nada —pensó Scott—. De hecho, lo empeorará todo.» Pero no dijo nada y se apartó.

El soplete de plasma emitió un arco de luz azulado. Se empezó a oír un siseo a medida que el arco se acercaba a las juntas del brazo robótico. La luz cambió de color cuando empezaron a arder las impurezas. El corte en el metal se volvió negro, luego rojo y luego blanco. Todo el mundo parecía muy esperanzado y contuvo el aliento. Se pusieron de puntillas, pero no se atrevieron a acercarse.

El hombre unido a la garra empezó a patlear con más fuerza y soltó unos aullidos quejumbrosos y vehementes.

«El metal es un buen conductor del calor.»

Scott miró hacia otro lado.

El pelo del hombre empezó a arder. Le salieron unas ampollas translúcidas y resplandecientes en el cuero cabelludo que no tardaron en convertirse en quemaduras burbujeantes. Los que llevaban el soldador de plasma lo apagaron al momento y buscaron telas húmedas para apagar el fuego. Un olor a carne quemada y un humo blanco empezaron a inundar el lugar. Algunos se llevaron los dedos a la nariz. Otros empezaron a vomitar.

«Dios mío.»

Scott sabía que, llegados a ese punto, la única solución era conectarse a la Garra espiritual con permisos de administrador e introducir el comando necesario para apagar los servomotores. Pero él no tenía las herramientas y tampoco sabía si el procesador aún funcionaba. Lo único que podía hacer era rezar para que las baterías se acabaran lo antes posible.

Kaizong y otro hombre se afanaron para sostener al herido contra el suelo. Kaizong sintió que el cuerpo bajo él se debilitaba, como si una sustancia desconocida se agotase en su interior. El hombre dejó de forcejear y lo soltó. El cuerpo se quedó inerte.

La garra robótica se soltó con un chasquido muy ruidoso. Todos se sobresaltaron. La cabeza aplastada del hombre quedó colgando hacia el suelo.

Scott miró a la multitud que tenía delante. Se fijó bien en la expresión de los residuales, que era una mezcla de impotencia, embotamiento, miedo y emoción. Vio asco en la cara del director Lin y conmoción en la de Kaizong. Llegó a sentir incluso que se veía a sí mismo, una cara pálida que llamaba la atención entre las amarillas que la rodeaban. No veía bien el gesto de dicha cara, todo estaba demasiado borroso.

Scott Brandle no pudo evitar pensar en otra frase en italiano:

*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.*

El último verso de la advertencia grabada sobre la puerta del infierno.



Mientras ojeaba las aburridas aunque coloridas fotografías que mostraban la vida cotidiana y unos paisajes muy ordinarios, a Chen Kaizong le llamó la atención una en blanco y negro. Le costaba creer que fuese obra de un niño.

Se había tomado cerca de los talleres de reciclado, una zona que los padres de los niños, oriundos de Isla de Silicio, les habían dejado muy claro que había que evitar. Un residual que sostenía una extremidad protésica estaba sentado delante de una caótica pila de basura. El pelo y las ropas hacían muy difícil determinar el género del individuo. Una expresión extraña se perfilaba en su rostro: él o ella no miraba a la cámara, sino a algún lugar fuera del encuadre, con la mirada perdida.

«Es una fotografía extraña y hermosa.»

Kaizong cerró el álbum que contenía las mejores fotografías de los estudiantes y contempló el patio.

Los niños ya llevaban dos horas bajo un sol abrasador. Tenían las caras rojas y no dejaban de sudar. Debajo de sus ojos entornados se proyectaban unas grandes sombras. Se agitaban como gusanos y cambiaban el pie de apoyo una y otra vez; mientras tanto, se rascaban la frente o se limpiaban el sudor, pero con cuidado de no llamar la atención de los profesores.

El director que se encontraba en el estrado siguió con su discurso apasionado, en el que se dedicaba a describir cómo la educación básica iba a cambiar el futuro de Isla de Silicio. Había dos grandes unidades portátiles de

aire acondicionado, una a cada lado del estrado, y el aire frío que soltaban se convertía al momento en una neblina blanca que flotaba hacia las celebridades que había apostadas bajo unos parasoles rojos.

«Ya basta.»

Kaizong se inclinó hacia delante y susurró al oído de Scott, quien arqueó una ceja y le respondió también entre susurros. Kaizong se levantó y caminó hacia el director Lin. Más susurros. El director frunció el ceño, escribió algo con presteza en un pedazo de papel y le pidió a un acomodador que le llevase la nota al director del colegio.

Los altavoces se quedaron en silencio, y el público se libró por un momento de los chasquidos de estática que restallaban debido a la acalorada diatriba del director. El hombre del estrado siguió hablando un instante para terminar lo que estaba diciendo. Todos aplaudieron con entusiasmo, y la visita de las distinguidas celebridades llegó a su fin.

—Señor Brandle, ¿está bien? —preguntó el director del colegio en inglés con acento muy marcado.

—Estoy bien, solo me duele un poco la cabeza. Será por el aire acondicionado. Gracias.

—¿Tiene planeado hacer algo esta tarde?

—Es probable que lo cancele todo. Tengo un asunto que resolver.

Kaizong sabía que la respuesta iba dirigida a él. Se había quejado poco antes de que, a pesar de que llevaban una semana entera en Isla de Silicio, aún no había tenido tiempo para visitar a sus parientes. Aunque si atendía al grado de parentesco, él y el resto de los miembros del clan Chen solo compartían un trastatarabuelo.

Kaizong había terminado el viaje a su tierra natal sensiblero y de un humor de perros.

Se había interesado mucho por su jefe desde el viaje a la aldea Xialong. En

Google no aparecía nada que él ya no supiese de la vida profesional de Scott. No había nada sospechoso. Supuso que Scott Brandle habría desarrollado esa gran capacidad para el combate cuerpo a cuerpo durante los dos años que había pasado en el ejército, pero había más misterios que le perturbaban.

Le empezaba a doler la cabeza de verdad. Ya no estaba acostumbrado al aire del lugar, al hedor, al ruido y al desorden incesante. No entendía cómo los jóvenes de las calles se cubrían los hombros desnudos con películas corporales de OLED de poliimida para que las corrientes eléctricas que fluían por sus músculos suministrasen energía a las coloridas pantallas que no dejaban de mostrar texto e imágenes. En Estados Unidos, dicha tecnología de películas corporales se usaba con herramientas de diagnóstico para vigilar las constantes vitales de los pacientes, pero en aquel lugar se había convertido en un distintivo del estatus social para la cultura callejera.

No tenía forma de explicarle a Scott que el ideograma *pu* que los jóvenes llevaban en el hombro no venía de *putong*, palabra del mandarín que significaba «común», sino que se pronunciaba con el segundo tono del topolecto de Isla de Silicio y significaba «joder».

El lugar que recordaba era pobre pero alegre y esperanzador. La gente era muy amistosa y se ayudaba. En aquella época, el agua de las charcas estaba limpia y el aire olía a salitre. Uno podía coger conchas y cangrejos en la playa. Un perro no era más que un perro y lo único que se arrastraba por el suelo eran orugas. No obstante, en los tiempos que corrían todo le resultaba extraño y desconocido, como si una falla en su cerebro separase la realidad que contemplaba de los distantes recuerdos.

Kaizong pensó en lo que le había dicho su padre cuando le anunció al anciano que iba a regresar a Isla de Silicio:

—Sí, deberías ir. Es tu patria. Pero recuerda: no te inmiscuyas mucho, así lo verás todo mucho más claro.

Siempre había pensado que todo lo que le decía su padre no eran más que aforismos inútiles.

Kaizong reparó en que el hombre de mediana edad que tenía delante, dotado de frente amplia, nariz aguileña y una dulzura innata en la sonrisa, se parecía mucho a su padre, aunque el parentesco fuese muy lejano.

Chen Xianyun, que de joven había sido socio de su padre, ahora era director ejecutivo del clan Chen. Era quien tenía la voz cantante en lo relativo a los asuntos cotidianos de la familia y los negocios. Tan solo el líder del clan estaba por encima de él.

Kaizong abrió los brazos por costumbre, como si esperase un abrazo, pero el pariente a quien no sabía muy bien cómo tratar ya le había tendido una mano recia.

—Tío Chen, espero que estés bien. —Kaizong recolocó los brazos con torpeza para estrecharle la mano—. Mi padre siempre habla de ti. Me alegro de conocerte al fin.

—¡Ja! Supongo que tus padres estarán bien, ¿verdad?

—No les falta salud. Gracias por preguntar. Pensaban venir de visita el año que viene.

—Bien, genial. ¿Por qué no almuerzas conmigo? Como es festivo, hay mucha comida deliciosa.

Kaizong llevaba tiempo oliendo los sabrosos aromas que salían de la cocina. Estaba harto de comer todos los días en restaurantes y le apetecía mucho un plato casero. Aceptó agradecido la invitación de Chen Xianyun.

Lo que más le gustaba no eran los platos llenos de carne o pescado, sino una especie de pastelillos que no había probado en años: hechos con *cekêgcao* silvestre, una hierba.<sup>[3]</sup> Primero se hervía en un caldo y se mezclaba con manteca y harina de arroz densa para formar una masa. Luego, la masa se rellenaba con una mezcla de pasta de judías, arroz glutinoso, cacahuetes,

gambas y cerdo. Después, se moldeaban unos pastelitos con forma de corazón metiendo la masa en unos moldes de madera. Se ponían al horno sobre una base de hojas de platanera o bambú fresco y, una vez horneados, quedaban impregnados de una fragancia de hierbas. Los habitantes de Isla de Silicio solo los hacían en ocasiones especiales, como días de fiesta importantes.

Kaizong y el tío Chen siguieron hablando y, antes de que se diese cuenta, ya se había comido tres pastelillos de *cekêgcao* marinados con tres tazas de té *ganghu*.<sup>[4]</sup> Los pastelillos grasientos no le resultaron pesados gracias a lo digestivo que era el té.

El tío Chen también parecía estar de muy buen humor, por lo que le formuló a Kaizong varias preguntas sobre su experiencia mientras vivía fuera. Asentía de vez en cuando a medida que Kaizong respondía, pero no expresó opinión alguna.

Kaizong se terminó por dar cuenta de que el líder del clan evitaba de forma deliberada hablar de los planes que TerraGreen Recycling tenía para Isla de Silicio. A Kaizong le resultó muy curioso y le dieron ganas de saber qué opinión le merecía el proyecto a aquel poderoso clan con el que él tenía relación de consanguinidad.

—Tío Chen... —titubeó, y eligió las palabras con mucho cuidado—. Me gustaría mucho saber qué opinas sobre el polígono industrial de reciclado...

Chen Xianyun sonrió incluso antes de que terminase la pregunta. Bajó los palillos y le respondió con otra pregunta:

—Kaizong, estudiaste Historia, ¿verdad? ¿Podrías ayudarme a resolver el siguiente misterio? ¿Sabes por qué mantenemos este primitivo sistema de clanes si estamos en pleno siglo XXI?

Kaizong no sabía qué responder. Había leído información sobre su tierra natal en los libros, claro, pero nunca había vivido con los clanes: una vida colectiva que llevaba más de un milenio desarrollando una sociedad patriarcal

basada en la economía de las granjas familiares y cuyos individuos tenían en común el apellido, los antepasados, la capilla compartida del clan y hasta las propiedades, reguladas por las leyes del clan. Unos lazos que se estrechaban gracias a que todos los miembros rezaban juntos y los enterraban en el mismo sitio.

—Supongo que... —empezó a responder—. Supongo que es porque el sistema de clanes ha conseguido evolucionar para adaptarse al mundo moderno. Los clanes actuales son más parecidos a una sociedad por acciones. Todos los miembros son accionistas y cada uno de ellos recibe beneficios según su categoría. Siguen las mismas reglas internas y también están habituados a dicha cultura empresarial. Además, como todos tienen el mismo apellido y los mismos antepasados, se identifican mucho más que en una empresa, lo que hace que la gestión sea mucho más sencilla.

Kaizong sirvió otra taza de té para el tío Chen.

—Muy bien dicho. Se nota que has estudiado fuera, pero te has olvidado de lo más importante.

Chen Xianyun unió los dedos índice y corazón, los cerró un poco y tocó la superficie de la mesa, un gesto para dar las gracias.

—Lo más importante es la sensación de seguridad —continuó el tío Chen—. Si alguien roba o ataca al miembro de una empresa, sus compañeros no tienen la obligación de defenderlo. Sin duda podría denunciar y pedirle ayuda a la ley, e incluso puede que eso fuera útil. Pero cuando la ley no es suficiente, las únicas personas con las que puede contar son los miembros de su clan.

»Lo que podría expresarse de otra forma: si perteneces a un clan poderoso, todo el que quiera meterse contigo debe tener en cuenta que las consecuencias podrían ser mucho peores que los beneficios.

«Al parecer, los rumores de que los habitantes de Isla de Silicio se

comportan como mafiosos no iban desencaminados», pensó Kaizong. Tenía ganas de discutir.

—Pero ahora vivimos en una sociedad basada en leyes.

—¡Ja, ja! —El tío Chen rio con amabilidad y le dedicó al joven una mirada llena de lástima y afecto—. Recuerda que desde el principio de los tiempos solo ha existido una sociedad, y se basa en la ley de la selva.

Kaizong quería seguir afianzando su postura, pero en el fondo sabía que el tío Chen conocía la situación mucho mejor que él. Muchas veces, la verdad no estaba escrita en libros, sino grabada a fuego y sangre en las profundidades de la tierra.

—Volviendo a tu pregunta —continuó el tío Chen—, lo que yo piense sobre la propuesta no es importante. Lo que importa es la opinión general. —Se levantó y dio unas palmaditas a Kaizong en los hombros—. Me gustaría que recordaras que eres uno de los nuestros. Te garantizo que estarás a salvo mientras te encuentres dentro del territorio del clan Chen, pero ten mucho cuidado cuando vayas al del clan Luo.

»¿Por qué no te relajas un poco? Esta noche iremos a ver la Fiesta de las Ánimas. ¡Nos divertiremos mucho!

Kaizong estaba sumido en sus pensamientos y no respondió a la invitación.

Recordó un acontecimiento que había tenido lugar hacía dos años.

Estaba en una clase de Historia Internacional que impartía el profesor Toby Jameson en el campus de la Universidad de Boston, junto al río Charles. El anciano tenía una melena blanca que le daba un aire al coronel Sanders y preguntó:

—¿Alguien puede darme algún ejemplo de la globalización?

El joven a quien hizo responder tartamudeó un poco antes de levantar la hamburguesa que tenía a medio comer y decir:

—Pues McDonald's.

Toda la clase estalló en carcajadas.

—Muy bien —dijo el profesor Jameson—. La respuesta es mejor de lo que se imagina. No es solo un cliché sacado de una lista, como podrían serlo las empresas como Nike, las películas de Hollywood o los teléfonos Android. No, cuando entramos en un McDonald's y pedimos una comida por cinco dólares con noventa y cinco centavos, ¿qué nos sirven? Patatas de los Andes, maíz de México, pimienta negra de la India, café de Etiopía, pollo de China y, cómo no, la única contribución de Estados Unidos: Coca-Cola.

»¿Entienden a qué me refiero? La globalización no es algo nuevo. Es una tendencia que lleva cientos de años en boga, miles incluso. En la era de los descubrimientos quedaba patente a través del comercio, la escritura y la religión, los insectos, las aves migratorias y el viento, hasta en las bacterias y los virus. Pero el problema es que nunca hemos alcanzado el consenso al respecto, nunca hemos intentado crear un sistema justo del que todos nos podamos beneficiar. En lugar de ello, nos hemos visto envueltos en un ciclo interminable y rotundo de saqueo, explotación y expolio: desde el Amazonas, pasando por el Sudeste Asiático, Oriente Próximo, la Antártida e incluso el espacio exterior.

»En esta era de globalización no hay ganadores permanentes. Uno perderá algún día todas sus posibles ganancias, y tendrá que pagarlo con intereses.

El profesor golpeó con fuerza el estrado, como si fuese un juez que sentencia con su martillo.

—La clase ha terminado.

Kaizong volvió al presente. La realidad era que TerraGreen Recycling quería ofrecer a los habitantes de la península una solución tecnológica capaz de contrarrestar los efectos negativos de la globalización y salvarlos del infierno en el que vivían. Pero la respuesta de los lugareños había sido: «No, preferimos vivir entre basura y desperdicios».



«Qué locura.»

Su frustración no se debía solo al proyecto. Kaizong era muy consciente de las expectativas idealizadas que se había hecho del viaje de vuelta a su hogar.

Había una laguna en su memoria desde su infancia en Isla de Silicio hasta que había ingresado en la universidad en Estados Unidos. Era como si dos bobinas de cinta estuviesen unidas a la fuerza pero fuese muy evidente que faltaba la parte intermedia.

Se sentía muy confuso. Era un niño al que habían arrancado de raíz de su entorno familiar, lejos de su familia y de sus amigos, y al que habían lanzado con brusquedad a un mundo extraño en el que el idioma de su niñez había sido reemplazado por sílabas extrañas e incomprensibles y en el que lo único que veía era a desconocidos de otras razas que tenían un aspecto muy diferente del suyo. No sabía leer, no sabía escribir, no podía dormir bien, ni tampoco comer bien... Hasta su percepción del tiempo y del espacio había quedado alterada por completo y al despertarse tardaba unos veinte minutos en recordar dónde se encontraba. Durante ese medio año, Kaizong (que se había cambiado el nombre a Caesar) recorrió con sus padres ciudad tras ciudad buscando un lugar donde asentarse. No había tenido ni la oportunidad ni el valor de trabar conversación con ningún desconocido.

Incluso había dejado de hablar con sus padres.

No dejó de sentir esa ansiedad hasta que ingresó en la universidad. Aun así, no terminó de sentirse integrado en la sociedad en la que vivía. No era como los chinos de segunda generación, ni tampoco como los estudiantes chinos que terminaban el instituto en su país y después se iban a estudiar a Estados Unidos. No importaba lo mucho que se esforzase ni las buenas notas que sacara, era como si una pared invisible lo separase del resto del mundo. Kaizong-Caesar se sentía como una criatura atrapada entre mundos paralelos, incapaz de encontrar un lugar donde encajar. Se decantó por la carrera de

Historia, un lugar separado del mundo real por el tiempo. Allí se sentía más seguro.

Cuando vio la lista de trabajos que ofrecía TerraGreen Recycling, no dudó ni un momento en presentarse como candidato. Lo impulsaba un deseo mucho tiempo reprimido. Anhelaba volver a su hogar, al mundo al que había pertenecido en el pasado, hablar su topolecto, comer la comida de su infancia, ver la tierra y el mar en los que había nacido. Se veía capaz de usar su intelecto y sabiduría para introducir en el lugar la avanzada tecnología y la avezada gestión de TerraGreen Recycling y, de ese modo, contribuir a la mejora de su tierra natal. Creía que el esfuerzo le permitiría sentirse integrado, recuperar la sensación de formar parte del mundo e incluso esperaba que ayudase a aplacar el distanciamiento con sus padres.

Pero entonces comprendió que lo que anhelaba no era su tierra, sino su infancia.

Era el decimoquinto día del séptimo mes del calendario lunar, e iba a tener lugar la Fiesta de las Ánimas, el festival tradicional que los taoístas llamaban Festival Zhongyuan, y los budistas, Festival Yulan.

Sea cual fuese el nombre, era el día en el que los fantasmas que habían pasado un año sufriendo en el infierno podían regresar al mundo de los vivos para darse un respiro. Era la única oportunidad al año que tenían los muertos para comer comida de verdad. Se suponía que los vivos tenían que preparar todo tipo de aperitivos deliciosos, dinero fantasma y varillas de incienso como ofrendas para los fantasmas. La idea era generar karma para confortar a los espíritus que no tenían familia que se ocupase de ellos y para conmemorar a tus ancestros y mantener vivos los recuerdos de la familia.

—Supongo que tiene cierto parecido con el Halloween de Estados Unidos

—le dijo el tío Chen a Kaizong.

Los lugareños habían construido un altar de decenas de metros de altura en la plaza que había delante de la capilla del clan Chen. En lo alto de este había una estatua de dos metros del Rey Fantasma, la deidad más importante del festival, quien se suponía que ahuyentaba a los espíritus y fantasmas malignos. Delante del altar estaba la mesa de ofrendas llena de pilas bien colocadas de frutas, carnes, dinero fantasma, lingotes de plata y oro hechos de papel y otros obsequios que habían preparado todas las familias. El humo que salía de las varillas de incienso de dos metros había formado una espesa niebla que lo cubría todo. Detrás de la mesa de ofrendas habían colocado tres montañas falsas de papel maché decoradas con unas esculturas de masa de harina que imitaban las manos de Buda, y también varios mantras budistas que hacían referencia al sufrimiento que tenemos que soportar y el alivio que supone Buda.

Todas las estructuras que se habían levantado para la ocasión estaban pintadas de colores estridentes y decoradas con patrones intrincados y abstractos que recordaban a nubes en el cielo, olas en el mar o briznas de hierba mecidas por el viento. Todo le daba al lugar un ambiente de celebración, justo lo contrario que la solemnidad que cabría esperar en un festival que conmemora a los fantasmas y los ancestros.

A través de la niebla púrpura que formaba el humo de incienso, la ruidosa multitud se agolpaba por las calles y callejones en dirección a los banderines que ondeaban alrededor del altar. Hombres y mujeres llevaban niños a sus espaldas y ofrendas en las manos. Junto al altar, unas compañías de teatro tradicional representaban historias budistas que alababan a los niños responsables mientras los acróbatas realizaban trucos, los ingenieros ajustaban y aplicaban películas corporales y los pequeños se reunían frente a

las casetas de varios vendedores de comida que tenían a la vista las tentadoras mercancías.

«No, no se parece en nada a Halloween —pensó Kaizong—. Se parece más al... al Mardi Gras.»

Pero no dijo nada. La escena que tenía delante empezó a superponerse con las de sus recuerdos de infancia. No, no del todo. No eran las imágenes, sino los olores, las pungentes fragancias del incienso que habían transportado de inmediato a Kaizong al remoto pasado de principios del siglo XXI.

Se imaginó que volvía a estar con su abuela fallecida. La mujer le cogió de la mano y lo ayudó a atravesar la hacinada multitud mientras sostenía una varilla de incienso encendida sobre sus cabezas hasta llegar a la mesa de ofrendas. Allí, se arrodilló, hizo tres reverencias y dejó las ofrendas sobre la mesa. Luego cerró los ojos y empezó a murmurar varias oraciones para que sus ancestros y sus familiares fallecidos no sufrieran después de la muerte.

Kaizong tenía los ojos anegados en lágrimas, aunque nunca había llegado a creer en la vida después de la muerte.

—Solíamos empezar el festival después del anochecer. Había luces colgando por todas partes y era muy bonito. —El tío Chen, «director ejecutivo» del clan, tuvo que saludar a una cantidad ingente de miembros de este a medida que pasaban junto a ellos—. Pero un año, la red eléctrica se sobrecargó y provocó un incendio. Por eso se decidió que las celebraciones se llevarían a cabo durante el día.

El tío Chen cogió un papel del suelo, un billete de dinero fantasma, y se lo pasó a Kaizong entre risas.

—Supongo que la inflación ha subido mucho en el infierno de un tiempo a esta parte. ¡Mira todos los ceros que tiene el billete!

Kaizong reparó en que unos pocos hombres se dedicaban a recoger de la

mesa de ofrendas las pilas de dinero fantasma, así como los lingotes de oro y plata de papel, y se los llevaban en unos carros.

—¿Se llevan el dinero para quemarlo?

—Es una vieja costumbre. En el pasado, cada familia tenía que quemar las ofrendas de papel en un pequeño horno que colocaban delante de su hogar, pero ahora se considera una fuente de contaminación, por lo que se llevan todo el papel a la fábrica para convertirlo en pulpa y reciclarlo. Protección medioambiental, lo mismo para lo que has venido tú.

Kaizong examinó a conciencia el dinero fantasma: tenía impresos un número de serie, una fecha de fabricación y una página web.

—¿Para qué es la página web?

—Pues sirve para tener unos ahorros en el más allá. Se pueden abrir cuentas y comprar dinero infernal para los familiares muertos: se ve que allí usan monedas, lingotes y tarjetas de crédito. Los muertos pueden usar el dinero de las cuentas para comprar productos, propiedades o cualquier servicio disponible en el más allá. Ah, y también para pagar los impuestos, claro.

*Los sims: más allá.* Kaizong estuvo a punto de soltar una carcajada. Las tradiciones que no habían cambiado durante cientos o miles de años habían empezado a diluirse poco a poco debido a la llegada de la ciencia y la tecnología.

—Pero ¿para qué iba uno a pagar por algo así? No existe.

El tío Chen contemplaba la escena. El ambiente cargado del incienso y el bullicio de la multitud parecían haberlo transportado a un lugar muy lejano. Respondió despacio y con solemnidad:

—Hay gente que cree en la existencia del más allá, que cree que sus seres queridos fallecidos viven allí y que es posible hacer algo para que sepan que estás pensando en ellos. Para ellos es real.

El padre de Kaizong le había contado que la mujer del tío Chen había

muerto de cáncer hacía dos años. Antes de morir, había sufrido unos dolores terribles y suplicado a su marido que le desconectara el soporte vital para acabar con su sufrimiento. No obstante, el tío Chen no había podido hacerlo. En sus últimos días, tan deteriorada por la enfermedad que casi ni parecía humana, le había cogido la mano y le había dicho: «No te culpo. No tengas miedo. Te espero en el más allá».

El tío Chen había roto a llorar desconsolado. Se arrepentía de no haber podido cumplir la petición de su pareja. Perder la dignidad antes de la muerte era mucho peor que morir.

Poco después había implantado unos chequeos físicos periódicos en todo el territorio controlado por el clan Chen. Los oriundos de Isla de Silicio no eran los únicos que se beneficiaban de ellos: también lo hacían los migrantes que trabajaban procesando desperdicios.

Kaizong sabía que en Isla de Silicio había pruebas de una incidencia entre cinco y ocho veces superior con respecto a los territorios colindantes de enfermedades respiratorias, piedras en el riñón y trastornos sanguíneos. Por si fuera poco, la población también sufría un incremento anormal de la tasa de cáncer. Todas las familias de las aldeas contaban con al menos un miembro que había sufrido cáncer terminal.

En muchos estanques contaminados se habían pescado incontables peces extraños llenos de tumores cancerígenos. Los partos de fetos muertos no descendían, y algunos rumores afirmaban que una migrante había dado a luz a un bebé muerto que tenía todo el cuerpo de color verde oscuro y soltaba un hedor metálico. Los ancianos decían que el mal se había apoderado de Isla de Silicio.

Kaizong contempló la expresión solemne del tío Chen, vio a los jóvenes tomar fotografías y grabar vídeos de los rituales para luego poder enviarlas a las direcciones de correo electrónico de sus parientes fallecidos, observó las

caras jóvenes o apergaminadas de los que rezaban en silencio iluminadas por las llamas titilantes de las velas y el incienso. El ambiente lo conmovió.

Quizá algún día todo lo que veía fuera sustituido por una realidad virtual, una simulación tecnológica, pero nunca se podría sustituir la predisposición de la gente a echar de menos a sus seres queridos. La humanidad necesitaba las ceremonias, una plataforma, un medio para cruzar la frontera entre la vida y la muerte; para conectar el pasado con el presente; para dar forma al borrón de los recuerdos y los anhelos y convertirlos en objetos, actos o representaciones rituales con las que reavivar los sentimientos que habían quedado adormecidos por el paso del tiempo y evocar el dolor provocado por la pérdida, antes desgarrador y extenuante, al mismo tiempo que dicha infinidad de recuerdos.

«La historia es el proceso a través del que se blanquea el color emocional de los acontecimientos.»

Kaizong al fin había entendido por qué decidió estudiar Historia. Quizá la experiencia que había adquirido al migrar sin descanso de una a otra ciudad en su infancia le había vuelto muy cuidadoso con su empatía. Solía mantenerse distante, ya fuese con la familia, sus compañeros o con cualquier organización o relación personal. Eso le permitía alcanzar una verdadera objetividad, un rasgo muy deseable en cualquier historiador.

No obstante, en ese momento Kaizong empezó a comprender el impacto y la importancia de la expresión «uno de los nuestros».

Una de las caras de la multitud le había llamado la atención: tenía un gesto aterrorizado que contrastaba muchísimo con las del gentío, que tenían un rictus apacible y reflexivo. Sus facciones eran delgadas y jóvenes, pero resultaba imposible adivinar a qué género pertenecía fijándose solo en el pelo o en la ropa. La persona aterrorizada trataba de entremezclarse con los devotos, pero no dejaba de abrir los ojos como platos, y mirar hacia atrás y luego retorcer

aún más el gesto, aliviada por algo. Llamaba la atención como una piedra que acabase de caer en un lago apacible y se convirtiese en el centro de las ondas que empezaran a desplazarse por un entorno emborronado.

Una cosa era segura: no se trataba de un oriundo de Isla de Silicio. Aunque daba la impresión de haberse esforzado por pasar desapercibida, los rasgos faciales y algunos pequeños detalles de la ropa habían echado por tierra el disfraz.

Por alguna razón que se le escapaba, a Kaizong le sonaba de algo. No conseguía explicar de dónde procedía dicha familiaridad: quizá sus facciones hubiesen activado una especie de módulo de reconocimiento de patrones en el giro fusiforme derecho de su cerebro, para luego segregarse neurotransmisores con los que se le habían acelerado las pulsaciones.

Siguió la mirada de esos ojos penetrantes y descubrió varios jóvenes lugareños miembros de bandas que buscaban algo entre la multitud. Tenían un aspecto llamativo: unos monos de licra blanca ceñidos y salpicados de patrones fosforescentes en la parte trasera que se iluminaban como pequeños árboles de Navidad a medida que caminaban, unos pantalones de chándal anchos de colores chillones y unas zapatillas de correr. También cortes de pelo militar con diseños complejos que se habían hecho con hojillas de afeitarse especiales. Miembros adornados con *piercings* metálicos y, cómo no, el *sine qua non* de la cultura de bandas: pedazos de resplandecientes películas corporales con los nombres y los logotipos de las facciones.

A Kaizong le habían advertido muchas veces de que se alejase de esa clase de hombres, ya que detrás de ellos había una compleja red de poderes que era imposible empezar a desentrañar siquiera.

Uno de los pandilleros se giró de repente, como si hubiera visto algo. Frunció los labios y enseñó los dientes en lo que pareció una especie de sonrisa muy inquietante. Cuando el pendiente que llevaba en el labio superior



chocó con el aro de la nariz, la película corporal que llevaba sobre los hombros se iluminó y mostró la imagen de una llama resplandeciente. Gritó algo, y los otros dos se giraron en su dirección. Los tres empezaron a atravesar despacio la multitud con la expresión de un cazador que se acerca a una presa que ha caído en su trampa y se prepara para torturarla.

Kaizong soltó un taco en voz baja. Se giró y vio que la presa lo miraba. Tenía unos ojos amables, aterrorizados y desesperados que le imploraban ayuda en silencio. El corazón estuvo a punto de salirse del pecho cuando al fin se dio cuenta de por qué la cara le resultaba familiar: era la misma que había visto tan destacada en la foto ganadora del álbum que había estado repasando en la visita a su antiguo colegio.

La presa se escabulló entre el gentío y consiguió escapar hacia una calle peatonal estrecha que había detrás de la capilla del clan. Los jóvenes pandilleros se apresuraron detrás.

De haber estado en Estados Unidos, Kaizong se habría quedado en el sitio y evitado meterse en problemas innecesarios, porque sabía que alguien terminaría por llamar a la policía. Pero estaban en Isla de Silicio, y no sabía a ciencia cierta si aquello era algo habitual, porque los transeúntes se habían quedado impasibles. Kaizong miró en la dirección en la que habían desaparecido los pandilleros, apretó los puños, los abrió y los volvió a apretar.

—Tío Chen, ¿puedes esperarme aquí un momento? No tardo nada.

Los laterales de la estrecha calle estaban llenos de vendedores que ofrecían cirios y varillas de incienso. El fuerte olor de las varillas era insoportable. Kaizong veía sobre él una estrecha línea de cielo gris plomizo. La calle estaba atestada de gente, pero no vio ni rastro de la banda. Preguntó a algunos transeúntes, pero ninguno los había visto.

Al final de la calle había una anciana que vendía rollitos de primavera

fritos. Después de mucho pensar, le señaló con timidez una tienda discreta que había enfrente.

Kaizong miró con detenimiento y reparó en que entre esa tienda y la contigua había un callejón angosto del tamaño aproximado del torso de un adulto. Estaba muy bien disimulado.

El interior del oscuro callejón parecía una alcantarilla y los efluvios a podredumbre del lugar le provocaron arcadas. Era como Los Ángeles en *Depredador 2*, pero diez veces más sucia. Se planteó de nuevo si llamar a la policía, pero decidió no hacerlo.

Oyó un grito más adelante y el estómago le dio un vuelco. Se acercó corriendo al tiempo que intentaba pensar en la manera de enfrentarse a los pandilleros. Era licenciado en Historia, así que los combates callejeros no eran su fuerte.

Fue entonces cuando descubrió que la persona a la que perseguía la banda era una chica. La habían tirado en un charco de agua sucia y unas ratas habían salido a la carrera por la pared. Ella se afanaba por recuperar el aliento, pero no lloraba; tampoco había pronunciado palabra.

El hombre que tenía las llamas resplandeciendo en los hombros le dijo algo y luego le dio una fuerte patada en la cabeza. Otro de ellos se bajó la cremallera y empezó a orinarle encima.

—¡Quietos!

Kaizong se había quedado sin tiempo para urdir un plan.

La banda se quedó mirando a aquel recién llegado tan bien vestido sin saber muy bien cómo reaccionar.

—¿Alguno de vosotros conoce a este imbécil?

El de las llamas hizo caso omiso a Kaizong y les preguntó a sus compañeros.

—No es de aquí... pero, joder, tampoco habla como un extranjero —

respondió el último de los tres hombres.

Kaizong sospechaba que ese hombre empleaba un equipo de realidad aumentada para examinarlo, pero no llevaba gafas, ni tampoco parecía el tipo de persona que pudiera permitirse implantes de retina.

—Da igual quién sea yo, lo importante es que vosotros sepáis quién es el director Lin Yiyu.

Todos se quedaron en silencio un instante al oír el nombre del director Lin. Pero la alegría apenas le duró unos tres segundos a Kaizong.

—¡*Pu!* Conozco a este cabrón. ¡Es ese falso extranjero! ¡El que quiere construir la fábrica! —gritó el de la cremallera abierta.

Kaizong se quedó de piedra. Sabía que las noticias locales habían dedicado mucho tiempo a cubrir la tarea de Scott Brandle, pero nunca se habría imaginado que unos pandilleros lo reconociesen.

«El precio de la fama.»

—Vaya, por eso habla tan bien nuestro topolecto. Has intentado usar al director Lin para asustarnos, ¿verdad? Ja, ahora que sabemos quién eres, ¿sabrías tú decirnos quiénes somos, *sengmukzai?*<sup>[5]</sup>

El de las llamas acababa de usar un término que significaba algo parecido a «atontado» para burlarse de él. Los tres se movieron para rodear a Kaizong y evitar que se escapara.

Él tensó los músculos y se esforzó para recordar las pocas clases de taekwondo a las que había ido en la universidad. El problema es que se había saltado tantas que solo le venían a la mente unas pocas posiciones. Levantó ambos puños y miró a sus oponentes con toda la rabia que fue capaz de reunir, con la esperanza de que creyesen que estaba dispuesto a luchar hasta la muerte.

Los hombres se acercaron más y más y luego se detuvieron. Uno de ellos incluso retrocedió varios pasos.

«¿Habrá funcionado?»

Antes de que Kaizong reaccionase, una mano recia y tranquilizadora le tocó el hombro por detrás.

—Qué valiente te veo, navajero.  Ahora te atreves a orinar en el territorio del clan Chen?

Era Chen Xianyun, el tío Chen. Detrás de él había varios hombres con la misma expresión agresiva.

—Vaya,  jefe Chen! Lo siento, pero el jefe Luo nos pidió que encontrásemos a esta persona. Solo hemos seguido órdenes —respondió el de las llamas, que ahora era el navajero, con tono más calmado. El de la cremallera abierta se la volvió a cerrar, pero a medio camino se le trab  con algo y profirió un aullido de dolor.

—Me importa un carajo quién busque a esta persona. No os la llevareis hoy ni aquí.

Las palabras de Chen Xianyun estaban cargadas de una rabia que no dejaba lugar a dudas.

— Claro, claro! Lo que diga el jefe Chen. —El navajero apagó las llamas de los hombros. Escupi  con rabia y se giró para marcharse con sus dos acólitos. Cuando se encontraba a medio camino del callejón, se giró para espetar la última frase—: No tenía ni idea de que la capilla del clan Chen se usaba para acumular basura. Ahora s  por qué apesta a dos manzanas de distancia.

— *Pu!* —maldijo uno de los hombres del tío Chen mientras el ideograma *Chen* aparecía resplandeciente y azul en sus hombros. Estuvo a punto de ir tras el navajero, pero los suyos y el tío Chen lo sujetaron.

—El clan Chen me recuerda a la luna el decimotercer día del mes lunar, tenue y menguante. Ja, ja...

La risotada estridente del navajero se perdió en la oscuridad de la salida

del callejón.

—Tío Chen, ¿cómo sabías que estaba aquí?

Kaizong se había relajado por fin y sintió que estaba a punto de caer rendido al suelo.

—Kaizong, vivo aquí desde siempre. ¿Acaso creías que no había reparado en lo que viste?

Kaizong se acercó a la chica, que aún seguía tirada en el charco. La tocó e intentó despertarla con cuidado. Abrió los ojos de pronto, se apartó de él para hacerse un ovillo junto al pie de la pared y empezó a temblar. Tenía todo el cuerpo lleno de agua sucia, como una bolsa de basura de la cocina.

—No pasa nada, no pasa nada. —Kaizong empezó a hablar en mandarín para no asustar más a la chica—. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? Te llevaremos a casa.

Ella tardó un rato en recuperar la compostura. Cuando se convenció de que ya no estaba en peligro, respondió:

—Me llamo Mimi y vivo en la aldea Nansha.

—Es territorio del clan Luo —añadió Chen Xianyun entre susurros. Luego preguntó—: ¿Por qué te seguían? ¿Has robado algo?

—¡No! —espetó Mimi con rabia—. ¡No he hecho nada! Pero hoy era el festival y quería salir... para ver el entusiasmo de la gente. Me persiguieron durante todo el camino, así que empecé a correr hasta que llegamos aquí...

—Esos perros locos del clan Luo cada vez son más descarados. —Como Xianyun no fue capaz de detectar prueba alguna de que la chica mintiese, suspiró y les impartió una orden a sus hombres—: Llevadla a su aldea, pero con cuidado de que no la vea nadie del clan Luo.

—¡No! —Kaizong se levantó. Él mismo se sorprendió de la intensidad con la que había hablado—. Llevarla allí sería como devolver un cordero a la guarida del tigre.

—Es una residual del clan Luo.

Xianyun apartó la vista, incapaz de aguantarle a su sobrino la mirada cargada de rabia.

—¡Los residuales que trabajan para el clan Luo también son personas! Tío, precisamente en días como hoy no debemos hacer cosas de las que luego nos arrepintamos. Todos están mirando.

Kaizong señaló hacia el cielo. Sabía que los hombres de la generación de su tío creían en fantasmas, espíritus, el karma y el destino. Era más efectivo hablar de castigos divinos en el más allá que darle una charla filosófica sobre moralidad.

Xianyun reflexionó al respecto. Al cabo, ordenó a sus hombres que acompañasen a Mimi a su casa para que la chica recogiese lo que necesitara y traerla de vuelta para asentarla en uno de los talleres del clan Chen.

—Espero que ese navajero solo dijese que seguía órdenes de Luo Jincheng para justificar sus locuras. Si no...

Al ver la ansiedad que recorría el rostro de su tío, Kaizong reparó en que la cosa no acabaría allí. Empezó a comprender las complejidades de lo que él había llamado «sensación de seguridad». Los clanes eran feudos independientes que elaboraban las reglas para sus territorios. Para el clan Luo, una residual no era una persona, sino algo más parecido a una oveja, un aparejo de granja o una bolsa de semillas. Si un residual se asentaba en los territorios del clan Chen con el beneplácito de los líderes, los Luo podrían considerarlo un insulto y una traición. Y a Kaizong, que era responsable de la traición de Mimi, podrían considerarlo un ladrón que buscaba desatar un conflicto.

Mimi se había quedado muy desconcertada por la conversación que mezclaba mandarín y el topelecto local. Kaizong tardó un tiempo en explicarle

de qué habían hablado y qué habían decidido. Cuando lo entendió, consiguió pronunciar un «gracias» con mucha dificultad.

Se estaba haciendo tarde. La plaza que había frente a la capilla del clan Chen estaba desordenada: el altar a medio desmontar se recortaba contra el sol del ocaso como un esqueleto; la estatua del Rey Fantasma, que ahora era una carcasa de plástico duro, estaba tirada en el suelo con una sonrisa enigmática en el rostro; la mesa de ofrendas ya estaba retirada, pero quedaban en el suelo algunos cirios y varillas de incienso junto a dinero fantasma desperdigado mezclado con fruta y verduras pisoteadas; los banderines ondeaban en la fría brisa; los espíritus solitarios y los fantasmas hambrientos habían quedado saciados y se habían marchado; los vendedores contaban el dinero y le daban la comida sobrante a los perros chipeados, que la devoraban concentrados y moviendo la cola rápida y mecánicamente.

Todo se repetiría al año siguiente.

—¿De verdad crees que las vidas de los residuales valen menos que las de los lugareños? —le preguntó Kaizong a su tío.

La cara de Mimi apareció ante sus ojos de repente. Había algo en aquel rostro que le había perforado la retina para grabársele imborrable en los recuerdos. Chen Xianyun proyectaba una sombra muy alargada debido al sol. Cruzaba toda la plaza, que ahora había quedado bañada por una luz cobriza en la que parpadeaba dorada y resplandeciente la basura que había quedado en el lugar. No le respondió a su sobrino.

Kaizong recordó a otro alumno de la Universidad de Boston, un doctor en Teología Sistemática que se había graduado en 1955 y había contado un sueño que conmovió a todo el mundo.

Un sueño que aún no se había cumplido.

En Isla de Silicio, ni siquiera la basura era tan sencilla como todo el mundo pensaba. Después de abrir las cajas llenas de residuos y antes de procesarlas, había que sacar los objetos que aún se encontraban en buen estado, repararlos y venderlos en los mercadillos de segunda mano, pero siempre había algo que se quedaba atrás. Los residuales tenían buen ojo para encontrar dichos objetos y solían quedárselos como si fuesen tesoros. Mimi había visto cómo el hermano Wen, a quien todos llamaban así porque actuaba como si fuese el hermano mayor de la gente, cortaba un componente de silicona de una muñeca para adultos japonesa desguazada y se lo metía debajo de la ropa sin que nadie lo viese. El hueco cuadrado que había quedado entre las piernas de la mujer artificial había dejado al descubierto una maraña de cables y unos conductos estrechos y complejos. Esos elementos daban la impresión de que alguien había abandonado el cuerpo en un solar después de una operación fallida y los cirujanos no se habían molestado en coser la incisión.

Mimi no le preguntó al hermano Wen por qué lo había hecho. Tenía dieciocho años y una buena educación sexual. Le hacía caso a su madre, se cortaba el pelo a un tamaño seguro y se cercioraba de llevar ropa ancha que ocultase las curvas de su cuerpo. No quería que llegara el día en que alguien la dejase abandonada en un solar como habían dejado a esa muñeca.

El hermano Wen, que era de la misma parte del país que ella, había llegado un año antes. No parecía tener trabajo, pero ganaba más dinero que cualquiera



de ellos. Hasta los oriundos de Isla de Silicio lo respetaban. No iba por ahí pavoneándose ni metiéndose en peleas como los camorristas locales. En lugar de eso hacía honor a su nombre, ya que Wen se escribía con el ideograma de «amable». Aunque diese la impresión de ser una persona delicada y blandengue, cientos de residuales de aldeas de todo el lugar acudían a su llamada.

Medio año antes había conseguido organizar varias revueltas para luchar por mejores condiciones laborales y beneficios para los trabajadores. Como era de esperar, los jefes estaban acostumbrados a despedir en masa a trabajadores indisciplinados y sustituirlos por novatos, pero el hermano Wen había organizado las protestas con muy buen ojo, justo antes de las inspecciones de trabajo del gobierno. Los supervisores, aterrorizados por si les daba problemas con los inspectores del gobierno, se habían visto obligados a ceder a las demandas.

Como consecuencia, la reputación del hermano Wen subió como la espuma y empezaron a aparecer rumores que afirmaban que los jefes tramaban deshacerse de él. Como todos estaban preocupados por su seguridad, fue a ver voluntariamente al director Lin Yiyu y se las arregló para convencerlo de que los invitase a él y a los líderes de los tres clanes de Isla de Silicio a comer *dim sum*. Después del encuentro, cesaron los rumores de que habían contratado a matones para acabar con el hermano Wen. De hecho, daba la impresión de que Wen se había convertido en una suerte de representante sindical para los residuales. Cuando los trabajadores no estaban satisfechos o necesitaban algo, acudían a él para negociar con los jefes, y Wen solía encontrar la manera de obtener una solución aceptable por ambas partes. A pesar de todo, no abandonó su chabola decadente y se pasaba el día recogiendo componentes extraños e insólitos de la basura, para añadirlos a la colección que había ido acumulando frente a su casa y trastear con ellos como

si fuese uno de esos inventores de las historias que viven entre montículos de desperdicios.

El hermano Wen era un misterio para Mimi, y a pesar de que hablaban el mismo topolecto, a la chica le daba la impresión permanente de que el hombre nunca decía lo que pensaba de verdad.

—Me recuerdas a Ah Hui, mi hermana pequeña —le decía el hermano Wen al tiempo que le daba unas suaves palmaditas en la cabeza. Pero cuando Mimi le preguntaba por su hermana, él cambiaba de tema con la mirada fija en el horizonte, lo que añadía cierto matiz misterioso.

Mimi estaba acostumbrada a valerse por sí misma desde pequeña, pero envidiaba al resto de los niños que tenían familiares que cuidaban de ellos. La atención que le prestaba el hermano Wen le había hecho pensar que su deseo quizá se había cumplido, pero una voz interior no dejaba de advertirle:

«Hay algo muy extraño y peligroso en este hombre. ¡No bajes la guardia!».

Hacia más o menos un mes, el hermano Wen le había enseñado un dispositivo muy insólito a Mimi.

Lo hizo cuando ella y otras chicas jugueteaban persiguiéndose con extremidades prostéticas. Al ver acercarse al hermano Wen, dejaron de reír y se hizo un respetuoso silencio. Wen pidió a algunas que se acercaran, comparó lo que llevaba en las manos con las cabezas de las chicas y luego agitó la suya.

—Hermano Wen, ¿qué llevas ahí? —preguntó Lanlan, que era de Hunan y dormía en la misma chabola que Mimi.

Wen negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—¡Pues dánoslo! —Las chicas rieron y se empujaron con alegría—.

Podemos ponérselo.

Wen sonrió.

—¡Puede que tengáis la cabeza demasiado grande y no os sirva! —Le dio el objeto con aspecto de casco a una de ellas. Todas gritaron y ovacionaron al verlo, como si admirasen una intrincada corona.

—Hermano Wen, no creo que sea para cabezas humanas —dijo Mimi. La «corona» tenía forma de cuenco y seguro que se adaptaba a la parte trasera de la cabeza como un casco, pero también tenía una cresta que la recorría por el medio con el correspondiente surco en el interior, lo que hacía imposible que cualquier cabeza cupiese en el objeto. El interior mostraba indicios de que se había arrancado a la fuerza algún otro componente y también manchas de un líquido amarillo desconocido.

Wen se dio varias palmadas en la cabeza.

—Mimi, sí que te pareces a mi hermana. Tienes la cabeza bien amueblada.

—No solo es lista, también es más elegante que nosotras. Seguro que la corona le queda genial.

Las chicas se pusieron de acuerdo y le colocaron el casco a Mimi.

Tenía la cabeza demasiado grande para el dispositivo, y también quedaba un hueco espacioso entre su cráneo y el surco curvado del interior. Antes de que el hermano Wen pudiese evitar que la broma fuese más lejos, una de las chicas empujó el casco con fuerza. Se oyó un chasquido, y Mimi sintió algo frío y afilado que se le clavaba en la piel justo debajo del hueso occipital.

Gritó, se quitó la «corona» y la tiró al suelo.

—Pero ¿qué hacéis? —gritó el hermano Wen. Las chicas, asustadas por lo que acababa de ocurrir, salieron corriendo.

—¡Estoy sangrando! —Mimi sintió cómo el líquido espeso y pegajoso le resbalaba por la nuca.

—Menos mal que la herida no es muy grave.

El hermano Wen sacó una toallita desinfectante del bolsillo y la presionó contra la herida, que restañó al instante.

Mimi se sentó en una pila de basura y rebuscó en ella con una prótesis. El hermano Wen la miraba con gesto preocupado y, en ese momento, Mimi se dio cuenta de algo: quizá todo lo que hacía Wen para ayudar a los residuales fuesen gestos superficiales que le ayudaban a saciar un anhelo secreto. Se sorprendió de haber llegado a esa conclusión, estaba acostumbrada a fijarse en las sombras y las luces de las personas, pero nunca había reflexionado sobre las almas que se ocultaban detrás de sus rostros.

«Almas.» Mimi paladeó la palabra. Solo la había oído en las típicas letras de canciones, pero era algo que nunca había experimentado: algo invisible e informe que, a pesar de todo, existía de verdad. ¿Cómo serían las almas si pudiese verlas? ¿Tal vez como conchas desperdigadas en la arena de una playa? ¿O acaso como las nubes en el cielo? Seguro que cada persona tenía un alma de color, forma y textura diferente.

Mimi se había quedado sumida en sus pensamientos y no se había dado cuenta de que, no muy lejos, un objetivo Leica de 35 milímetros le había sacado una foto.

—Eh, chico, ¿qué haces? —gritó el hermano Wen.

El chico era un lugareño que llevaba uniforme escolar. Los niños de los residuales no podían permitirse la matrícula de los colegios de verdad y solo podían asistir a las escuelas ambulantes organizadas por los voluntarios. Tenían que compartir libros de texto y los uniformes eran un lujo que solo estaba a su alcance en sus mejores sueños. La cámara era demasiado grande para las manos del chico, lo que le daba un aspecto ridículo. Sabía que no podía estar allí, y el miedo hizo que se quedara clavado en el sitio en silencio.

—¿Crees que puedes ir por ahí sacando las fotos que te plazca? Supongo que sabrás que te saldrá caro.

—No... no tengo dinero. Mi padre...

—Sé que tu padre es rico. Cuando descubra que te has colado a hurtadillas en este lugar, te va a dar unos buenos azotes. —Wen se acercó con el casco y esbozó una sonrisa amable y forzada—. ¿Qué te parece si hacemos un trato? Estaremos en paz si te pones este casco para ayudarme, ¿te parece?

—¡Hermano Wen!

Mimi se quedó con la palabra en la boca, porque Wen se giró y le hizo un gesto para que se quedase en silencio.

El chico miró el casco, se lo pensó y terminó por asentir.

Mimi se dio la vuelta hasta que oyó el chasquido familiar, seguido de un grito y unos sollozos estridentes. Cerró los ojos, respiró hondo y contó hasta tres. Después abrió los ojos y se acercó al chico. Le ayudó a quitarse el casco y le limpió la herida. La piel de debajo de su hueso occipital tenía una perforación del tamaño de una aguja por la que rezumaba sangre.

—No pasa nada, tranquilo. —Se esforzó por no mirar a Wen, tenía miedo de no poder contener la rabia que sentía en el interior—. Eres un buen chico. Vuelve a casa cuanto antes.

Mimi besó al niño en la frente. Cuando ella era pequeña, su madre lo hacía cada vez que se caía o se tropezaba, como si el gesto bastase para aliviar el dolor, y funcionaba. Lo besó de nuevo, y él levantó la cabeza y le dedicó una mirada llena de agradecimiento con la cara llena de barro y los surcos que habían dejado las lágrimas. Luego salió corriendo como si la vida le fuese en ello, y su enjuta figura se perdió en el horizonte por el camino polvoriento.

—¿Por qué te preocupas? Solo es un niño mimado que ha nacido aquí. —El hermano Wen alzó la voz—. ¿Te has olvidado de cómo nos tratan ellos? ¿O de cómo tratan a nuestros hijos? Lo hago por ti. Y si ese casco...

—Nada de lo que comentas es culpa de él —murmuró Mimi, que se marchó en dirección a su chabola.

—Se acerca el día del Juicio Final, no lo olvides —oyó que decía el hermano Wen en la distancia—. No lo olvides.

El día antes de la Fiesta de las Ánimas, un mes después del incidente con el casco y el niño, en el territorio de los Luo...

La cara de la *lohsingpua*,<sup>[6]</sup> una bruja local de Isla de Silicio, tenía un aspecto particularmente espantoso a la luz de la película verde que le brillaba en la frente: sus ojos parecían dos pozos sin fondo vacíos bajo las sombras que proyectaba la línea de las cejas, y los iris no reflejaban luz alguna. Acompañada por la máquina eléctrica de oraciones, la mujer murmuraba un hechizo incomprensible muy despacio, con la misma entonación que utilizaría si se tratara de un antiguo salmo y con la mirada perdida. Mientras, esparcía con una rama de granado por los rincones de la estancia una poción medicinal hecha con aceite de cártamo y una mezcla de una docena de hierbas, entre las que había cisca, *siêngcao*,<sup>[7]</sup> siete hojas de melocotón y abeto de la Cochinchina.

Las gotas de aquel aceite sagrado que se usaba para exorcizar a los espíritus malignos también caían sobre el cuerpo inconsciente que yacía tumbado en mitad de la habitación. Unas esferas transparentes cubrían la cara pálida del niño como si fuesen lágrimas que no se habían enjugado.

Luo Jincheng contemplaba intranquilo la escena, pero no le había quedado otra opción. Los especialistas le habían diagnosticado a su hijo menor, Luo Zixin, una extraña forma de meningitis viral y era imposible aislar el virus del líquido cefalorraquídeo. Aunque la presión intracraneal del chico era estable por el momento, se había quedado en un coma profundo y su electroencefalograma era lento y difuso. Los doctores le habían dicho que el cerebro de su hijo se podía comparar con un ordenador en modo de

suspensión: aunque los indicadores no mostraban ninguna anomalía, algo reprimía la actividad cortical, como si su cerebro esperase a que alguien ejecutara un comando capaz de despertarlo.

«Cuando un problema no se puede resolver con medios de este mundo, lo mejor es dejarlo en manos de los dioses y de los espíritus», solían decir los ancianos.

La *lohshingpua* le había dicho que el pequeño Zixin había entrado en contacto con algo impuro. Si el niño se había topado con algún fantasma, era probable que su alma se hubiese perdido a consecuencia del sobresalto. Había que realizar una ceremonia «para recuperar el alma».

Luo Jincheng oyó el salmo hipnótico de la bruja y recordó el exorcismo que había presenciado de pequeño. Analizado en perspectiva, el ritual parecía la mediación en una disputa económica que cruzaba la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Al igual que en el mundo real, la mayoría de los problemas se podían resolver con dinero. Después de que la médium comunicase el dinero que solicitaban los espíritus, los familiares de los afligidos reunían los billetes de dinero fantasma y actuaban como representantes de los ancianos del clan para llevarlo frente a los enfermos, agachar la cabeza y presentar el pago. Tenían que arrodillarse tantas veces como edad tuviese el aquejado, y luego el dinero fantasma se desperdigaba por la ciudad en un ritual que recibía el nombre de «la entrega». En aquella época, el gobierno aún no había limitado la explotación forestal, por lo que el papel era barato y los fantasmas tampoco pedían mucho.

Si el estado del enfermo era muy grave, había que realizar el ritual llamado «sacrificio a la intemperie», que requería que se realizase una celebración en un cruce de caminos al aire libre. Había que cocinar la comida con las manos purificadas para mostrar devoción, y los cocineros no podían probarla. A los transeúntes se les prohibía mostrar miedo o sorpresa y tenían que pasar por

allí sin mirar, sobre todo sin mirar atrás. De lo contrario se contagiarían de la enfermedad del afligido. Los lugareños sabían que nunca había que tocar la comida que se ofrecía a los fantasmas para el ritual, pero ahora que Isla de Silicio estaba atestada de residuales impíos e ignorantes no era raro que hubiese disputas por la comida entre hombres y fantasmas. Los lugareños no podían evitar que se profanaran las ofrendas, así que poco a poco habían dejado de realizar el ritual.

Luo Jincheng nunca se había imaginado que llegaría a estar al frente de un ritual de ese tipo. Era un budista devoto y tenía una capilla en su casa. Durante las festividades más importantes, donaba grandes sumas de dinero para hacerse con incienso y ofrendas con los que rezar por la buena fortuna. Había quien bromeaba a su costa, ya que el jefe Luo tenía negocios por todo el mundo y quizá ni siquiera Buda podía abarcarlos todos. Luo sabía que casi todos los chinos pensaban igual: a pesar de su devoción por Buda, rezaba más que nada por pragmatismo. La tranquilidad interior que experimentaba era el mayor de los beneficios que le aportaba la fe.

«¿Será por el karma?» Luo Jincheng se estremeció como si un par de ojos impasibles lo contemplasen desde el vacío para sondear su alma. Había oído rumores de que el carguero de New Jersey, el *Larga Prosperidad*, había provocado la muerte de alguien mientras atracaba en Hong Kong. Los jefes de los otros clanes pensaban que se trataba de un mal augurio y se habían negado a aceptar el cargamento, pero él lo había comprado a un precio muy bajo. La valentía siempre había sido el secreto de su éxito a la hora de levantar el imperio del clan Luo, y su hijo la había heredado de él.

Sintió una punzada en el corazón cuando pensó en él, como si su cavidad torácica estuviese conectada a una potente bomba de vacío.

La *lohsingpua* notó un aroma inusual y se giró de improviso hacia su hijo. El ideograma «orden» —*chi*— se iluminó en verde en la frente de la bruja,



como si recibiese datos del más allá a toda velocidad. La mujer miraba un marco muy elegante. Un renglón de texto dorado en estilo regular estaba grabado en el tapete color crema que había debajo de la fotografía: «Primer premio del concurso de fotografía estudiantil Copa Isla Verde, escuela primaria de Isla de Silicio: Luo Zixin».

—Es la residual —afirmó con seguridad la *lohsingpua* al tiempo que señalaba a la persona que aparecía en la fotografía en blanco y negro.

—¿Ella? —Luo Jincheng cogió el marco. El paisaje de la fotografía le resultaba familiar, pero a decir verdad las chabolas de los residuales le resultaban todas parecidas—. ¿Qué podemos hacer para que Him-ri mejore?

Usó el diminutivo cariñoso de su hijo.[8]

—Tienes que encontrar a esta chica y realizar el ritual del «cuenco de aceite».

Luo Jincheng se estremeció. Había oído hablar del ritual a los ancianos, pero nunca lo había presenciado. Se decía que se trataba de un último recurso reservado para las familias adineradas que tenían enfermos moribundos y que ya habían intentado todo lo demás. La bruja tenía que pintarse la cara con aceite de tung teñido, desnudarse, ponerse una falda multicolor, sostener un cuenco de porcelana lleno de aceite hechizado, encenderlo y luego correr por las calles y los callejones a medianoche como un alma en pena que deambula por las sombras. Si uno de los transeúntes se asustaba y pegaba un grito, se suponía que la bruja tenía que estallar el cuenco en llamas contra la pared más cercana y soltar un gran alarido. Luego, el asustado que había gritado, que recibía el nombre de «sustituto chillón», moría en lugar del enfermo.

*Llega el ocaso. El sol se pone en el horizonte  
y todas las familias cierran las puertas.*

*Las gallinas, los gansos y hasta los cuervos regresan a sus nidos.*

*Pequeño, por favor, vuelve a casa.*

La *lohsingpua* empezó a entonar el cántico para expulsar a los espíritus al ritmo de la melodía clásica «Suo Nan Zhi».[9] La deprimente música estaba cargada de aflicción, y Luo Jincheng sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. El brillo verde e inquietante que surgía de la frente de la *lohsingpua* terminó por apagarse, él entonces se dio prisa para encender las luces resplandecientes y que el lugar volviese al mundo material.

Mimi corría, pero era como si tuviese las piernas metidas en arenas movedizas: cuanto más se afanaba por avanzar, más le costaba.

No sabía cuánto tiempo llevaba a la carrera ni dónde estaba. Notaba en su interior una urgencia que la obligaba a correr, pero nadie la perseguía. No sentía amenaza alguna, solo un presagio desconocido e impreciso que se abalanzaba sobre ella desde la distancia. Con el rabillo del ojo, creyó ver un resplandor indescriptible, una iridiscencia intrincada como la del lustre del metal o el brillo de los cristales que fluctuaba de la misma manera que olas o nubes al tiempo que devoraba el paisaje en blanco y negro que ella dejaba atrás.

Mimi sintió que el resplandor le tocaba el cuerpo. De repente, aquel mundo incomprensible volcó. Hacía un momento corría por una llanura, pero ahora ascendía por un acantilado vertical. La fuerza de la gravedad pasó de estar debajo a estar detrás, en algún punto lejano del horizonte. Se esforzó por intentar agarrarse a algo, a cualquier cosa, pero la pared era lisa y recta como la superficie de un espejo. Gritó, pero no emitió ningún sonido.

Sintió que caía, una caída interminable.

«¡Ayuda!»

La sensación de caída libre dio paso a la impresión de hallarse sobre algo sólido. Se dio cuenta de que estaba tumbada en una cama de madera mohosa.

La luz que atravesaba sus párpados le reveló que había llegado un nuevo día. Llevaba una semana en el territorio del clan Chen.

Había pasado más de un año desde que aquel hombre de su aldea natal la había engañado para ir a Isla de Silicio, y al fin Mimi empezaba a sentir que había merecido la pena.

Todas las mañanas, a eso de las siete en punto, las ocho mujeres que vivían en la chabola se levantaban una detrás de la otra con una diferencia de unos cinco minutos. No les hacía falta alarma, oír el canto de los gallos ni nada: se levantaban como si un rayo de luz activase los relojes biológicos que había en el interior de sus cuerpos. Se ponían en fila para bañarse y lavarse los dientes frente al pilón de piedra inclinado y cubierto de moho verde, y la espuma blanca descendía hasta acumularse en una alberca, desde donde fluía a una charca de residuos cubierta por una capa iridiscente de aceite y luego se entremezclaba con las aguas residuales de toda la isla, que se acumulaban allí después de dar muchas vueltas. Luego todo se vertía sin remordimientos al mar abierto.

Era justo como ese estafador le había dicho a su madre:

—¡Que vaya al sur! ¡Tiene que ir al sur! Todos los trabajadores migrantes van al sur. ¿Por qué te lo planteas siquiera?

Pero lo que había molestado de verdad a Mimi era la siguiente frase:

—¿No has visto todo el dinero que envían todos los meses los niños trabajadores a sus familias? ¿Qué esperas? ¿Que su padre se haga rico de repente y vuelva a casa?

Mimi contuvo la rabia. No sabía si estaba enfadada porque el hombre se había limitado a decir la verdad sin pudor alguno o porque la ilusión que su madre había cultivado y mantenido hasta ese momento hubiese quedado destrozada en un instante como si de una vasija de arcilla barata se tratara.

No se había marchado de casa a los dieciséis años como el resto de las

chicas de la aldea porque su padre les había dicho que iba a ganar el dinero suficiente para pagarle la universidad. Pero a medida que pasaba el tiempo, había empezado a enviar menos cartas, y tampoco había ni rastro del dinero. Los aldeanos le dijeron a su madre que muchos de los hombres que se marchaban a trabajar a las grandes ciudades encontraban a otras mujeres y formaban nuevas familias. Lo mejor para ella era aceptar la realidad y seguir con su vida. Su hija ya tenía dieciocho años, y necesitaba salir de allí y labrarse su propio camino.

La madre de Mimi no había dicho nada mientras ella hacía la maleta, en la que no podía faltar un gran bote de pasta de guindillas, y luego le cortó el pelo hasta que se lo dejó más corto que el de su hermano pequeño.

«Recuerda, Mimi, no te dejes el pelo más largo de lo que lo tienes —le había dicho su madre—. Y si te pones nostálgica, come un poco de mi pasta de guindillas.»

Mimi había abrazado a su madre y se había puesto a llorar hasta que le dejó las mangas empapadas.

Agotada después de haber pasado dos días y dos noches en el tren y varios viajes ajetreteados en camiones que transportaban culíes ilegalmente, ella y otras seis personas llegaron a Isla de Silicio. Era un lugar novedoso y extraño, como si hubiesen desembarcado en el futuro: el aire era húmedo como una esponja empapada y sudaba por todo el cuerpo con el más mínimo esfuerzo; las noches, alumbradas con las luces de tonalidades multicolor de los neones, eran tan luminosas como los días; innumerables pantallas encendidas abarrotaban las calles como si fuesen espíritus incorpóreos; los carteles de los clubs nocturnos competían con anuncios de curas de enfermedades venéreas; los peatones vestían con ropas tan estrafalarias que parecían de otro mundo, pero tenían la mirada fija en el horizonte y no prestaban atención ni a Mimi ni al resto de los extranjeros.

Pero ellas no pertenecían a aquel lugar, sin duda. Se dirigían a la aldea Nansha, que se encontraba a unos tres kilómetros de distancia y era un lugar muy diferente que jamás habrían sido capaces de imaginar.

El hombre le había contado unas mentiras muy convincentes:

—Trabajarás reciclando plástico, la industria principal de Isla de Silicio. El jefe Luo tiene los talleres más grandes y trata muy bien a sus trabajadores. Trabaja duro y conseguirás cualquier cosa.

Después de eso, no lo había vuelto a ver más. Mimi se imaginó que se habría marchado a otra remota aldea del interior para repetirle el reclamo a otra madre:

—¡Que vaya al sur! ¡Tiene que ir al sur!

Así era como sobrevivían los pobres.

Delante de Mimi había una pila de fragmentos de plástico de varios colores que sobresalían como los huesos del cadáver de un animal. ¿En qué la convertía una imagen así? ¿En un chucho carroñero? Las trabajadoras ordenaban los tipos de plástico con mucha facilidad: ABS, PVC, PC, PPO, MMA... Si les costaba identificar algún pedazo, quemaban un poco la punta con un mechero para distinguirlo por el olor.

Mimi ensanchó las fosas nasales y respiró un poco, ya que no se atrevía a respirar grandes cantidades de gases. El olor era tan dulce y pungente que irritaba la nariz, y sintió como si unos gusanos empezaran a bajarle por la garganta. Metió el plástico en agua fría al momento y se levantó una columna de humo. Luego, entre arcadas, lo tiró al recipiente etiquetado como «PPO». En la aldea Nansha, Mimi tenía que procesar al día decenas o incluso cientos de recipientes de esos desechos plásticos. Algunos días le daba la impresión

de que, después de una dura jornada de trabajo, había vomitado más de lo que había comido.

Mimi había oído hablar de un dispositivo llamado nariz electrónica con el que se podían distinguir los diferentes tipos de plástico de manera automática según su olor. No obstante, una de esas narices electrónicas costaba lo mismo que contratar a cien jóvenes trabajadores como ella, y seguro que la máquina no era tan eficaz. Además, el aparato podía estropearse y necesitar reparaciones, mientras que los trabajadores se podían enviar a casa pagando unos pocos yuanes, ya que no era necesario contratarles un seguro médico.

«Las vidas humanas son mucho más baratas que las máquinas», pensó Mimi. Pero, a decir verdad, ¿qué iba a hacer si los jefes decidían sustituirlos por máquinas? ¿Dónde iban a encontrar trabajo ella y los demás? Trabajando dos meses en aquel lugar ganaba más de lo que sus padres cobraban por un año de trabajo en su aldea natal. Y si vivía con lo justo, podría ahorrar mucho dinero. Había planeado pasar un tiempo así antes de volver a casa con los ahorros suficientes para abrir una tienda y darle a su familia una vida muy cómoda. Aún se aferraba a la idea de que su padre iba a aparecer en el umbral de la puerta con una pesada maleta en las manos. Se imaginaba a toda la familia sentada alrededor de la mesa compartiendo una comida tranquila y reconfortante que esperaba que no terminase nunca.

Además, también había conocido a gente muy interesante y visto inventos y artilugios fantásticos en Isla de Silicio. La vida allí era mucho mejor que en su remota aldea, donde incluso los perros estaban tan aburridos que ni salían de las casetas. «La experiencia es lo que determina lo que uno puede conseguir en la vida», le decía siempre el hermano Wen a ella y a otros trabajadores. Ella asentía y parpadeaba cada vez que lo oía, como si supiera muy bien a qué se refería el hombre.

Cuando Mimi se ponía a pensar en todo aquello, los gases dejaban de

parecerle tan nocivos.

—¡Descansa! —le gritó una de las otras chicas. Mimi se sobresaltó y se dio cuenta de que ya no trabajaba en el territorio del clan Luo. Desde que estaba a las órdenes del jefe Chen, todo el mundo la trataba muy bien y no le asignaban mucho trabajo.

Era muy común oír afirmar a los residuales que todos los oriundos de Isla de Silicio eran iguales. «Creen que todos nosotros somos basura apestosa y pasan a nuestro lado tapándose la nariz o cruzan a la otra acera nada más vernos.» Pero Mimi no estaba de acuerdo con dicha afirmación. Los Luo, por ejemplo, no eran como los Chen, aunque no sabía si ello se debía a que los miembros del clan Chen eran de verdad más amables o a que el líder les había dicho que lo fuesen. Aun así, un anciano lugareño a veces le sonreía y le ofrecía agua embotellada, algo del todo inimaginable en el territorio del clan Luo.

Mimi se sentía algo avergonzada por el poco trabajo que le encargaban, y veía a los demás limpiar los desechos de plásticos clasificados, quitarles las etiquetas de papel con cepillos de metal y llevarlos a un taller cercano, donde unas máquinas los destrozaban y pulverizaban. Ella odiaba acercarse a las máquinas, porque hacían tanto ruido que sentía que las entrañas se le iban a salir por la boca. El polvo blanco y fino que salía de ellas se le pegaba a la piel, donde las partículas se le introducían en los poros y hacían que se le irritasen y le salieran sarpullidos, partículas que no podía quitarse de encima con agua ni rascándose.

Se decía que el plástico compactado se fundía y se enfriaba en forma de cuentas para luego venderlo a las fábricas del litoral. Allí estas se volvían a convertir en productos baratos de plástico cuya gran mayoría se exportaba a los países de todo el mundo. De esta forma cualquiera se podía beneficiar de los económicos artículos «fabricados en China». Cuando dicha mercancía se

estropeaba o quedaba inservible, se convertía en basura que se volvía a enviar a China y el ciclo comenzaba de nuevo.

A Mimi le resultaba fascinante y maravilloso que el mundo fuese tan cíclico, ya que eran esos ciclos los que mantenían el rugido de las máquinas y la ocupación de los trabajadores.

Kaizong apareció frente a su chabola tres días después de su rescate. Parecía incómodo y le hablaba muy serio, como si quisiese mantenerse distante con ella de forma deliberada. Se presentó con formalidad y le explicó que esperaba que ella colaborase a la hora de responder algunas preguntas muy simples sobre la vida y las condiciones de trabajo de los trabajadores migrantes que estaban a las órdenes del clan Luo.

Pero Mimi no supo responder a la primera pregunta que le planteó:

—¿Qué opinas de Isla de Silicio?

—No lo sé. —La chica intentó dilucidar el significado que se ocultaba detrás de la cuestión. Decidió preguntarle lo mismo a él—. ¿Qué opinas tú?

Kaizong miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie.

—Me refería a si estás a gusto con tu forma de vida.

La superioridad que implicaba su tono de voz hizo rabiar a Mimi. Lo fulminó con la mirada.

—Trabajo duro para ganar dinero. ¡Lo que haga no es asunto tuyo!

La vergüenza torció el gesto de Kaizong e hizo un gesto de negación con las manos.

—No quería decir eso...

—Entonces ¿a qué te referías? —insistió Mimi.

Kaizong reflexionó un rato para expresarse bien, pero al final se dio por vencido.



—Supongo que ni yo mismo sé a qué me refería.

—Gilipollas.

Mimi no pudo evitarlo, pero se arrepintió al momento. Estaba muy acostumbrada a hablar así.

Kaizong se quedó de piedra. En su limitada experiencia social, las personas no eran tan directas ni maleducadas. Pero por alguna razón no se enfadó con Mimi.

La chica se giró y reparó en que sus compañeras de habitación oían la conversación a hurtadillas en la puerta de la chabola.

—Tranquilo, se lo decía a ellas.

Las carcajadas repiquetearon en el interior de la chabola. La incomodidad que había surgido entre ellos había desaparecido y dejado en su lugar una sensación muy agradable. Miró a Mimi y dijo, medio en broma, medio en serio:

—Eres mucho más amable que mis compañeros de universidad. Me llamaban bicho raro.

Mimi rio entre dientes. Miró el atractivo rostro del joven y sintió que se le aceleraba el corazón.

—Tenían razón. Eres un poco bicho raro.

Podía contar con los dedos el número de hombres con el que había tenido contacto antes de mudarse a Isla de Silicio. Todo lo que sabía sobre el amor lo había aprendido de las series de televisión. Su madre siempre le repetía, como si fuese un mantra: «Todos los hombres son iguales. Cuando quieren conseguirte te tratan como a una diosa, pero cuando se salen con la suya, te pisotean». Mamá decía todas esas cosas mientras papá estaba sentado en la cabaña con ellas fumándose un cigarrillo.

«¿Y cómo es que tú estás con uno?», le había preguntado Mimi, aguantándose la risa.

Mamá había titubeado sin entrar en detalles, pero terminó por poner su propio ejemplo para describirle lo que era un fracaso y le dijo que intentase no hacer lo mismo que ella. Aseguró que lo mejor era no tener ninguna cita y retrasar el matrimonio lo máximo posible hasta que encontrase al hombre adecuado.

«¿Cómo se supone que me casaré con el hombre adecuado si no puedo tener ni una cita?», había preguntado Mimi.

En ese momento, su madre había gritado y aullado, mientras su padre, incapaz de contenerse más, había soltado una carcajada. Esos eran los escasos momentos de felicidad que había vivido en casa. A Mimi se le hacía un nudo en la garganta y le daban ganas de volver pronto cada vez que los recordaba.

Mimi empezó a tener ese sueño tan raro en el que huía desesperada de un peligro desconocido después de la herida, y no dejaba de sospechar que aquel extraño casco tenía algo que ver. El resplandor iridiscente que la perseguía en el mundo onírico empezaba en el horizonte, pero poco a poco se expandía hasta cubrir la superficie del mar, como si fuese una variante de temporada de la marea roja en la que brotaran y se multiplicaran sin control miles de millones de pequeños organismos, hasta que la luz se acercaba a la sombra de Mimi, a sus pies a la carrera y corrompía su cuerpo... Después de levantarse, siempre se sentía inquieta y perturbada, a pesar de que sabía que solo se trataba de un sueño.

No estaba segura de si debía hablar del sueño con Kaizong. Le hacía muchas preguntas y parecía auténticamente interesado en las respuestas. Daba la impresión de querer saberlo todo sobre ella y de que ningún detalle le resultaba absurdo ni insignificante. Pero si le contaba lo del sueño, tendría que contárselo todo, y también lo que había pasado con aquel pequeño. ¿Pensaría

Kaizong que ella también era como el hermano Wen y que tenía animadversión a los lugareños? Siempre se había arrepentido de tratar de evitar que lastimasen al chico, y no estaba preparada para que Kaizong supiese lo que había ocurrido. Al menos, no lo estaba por el momento.

«¿Por qué te importa tanto lo que piense de ti? —Mimi negó con la cabeza y trató de conjurar aquellos caóticos pensamientos—. No eres más que una parte de la investigación para su proyecto, un sujeto al que entrevistar, un espécimen de los residuales. No eres nada.»

Mimi creía entender de dónde venían aquellos sentimientos tan negativos. Era como una de esas películas de Hollywood o telenovelas, todas ellas cortadas por el mismo patrón: un héroe salva a la chica guapa y ella se enamora. Pero ella no era guapa, y él no era un héroe. Kaizong iba a verla cada pocos días, se preocupaba por cómo se encontraba y le hacía preguntas a las que le costaba responder. Ella solía devolverle las mismas preguntas, que él se esforzaba por responder con tono grandilocuente.

Le contó a Mimi muchas de las costumbres y los puntos de vista que había al otro lado del océano Pacífico, cosas que ella no habría podido conocer jamás. Para compensarlo, ella también le contaba cosas de Isla de Silicio que no conocían ni los lugareños: el flujo de la marea, el ocaso de tonalidades rosáceas, las aguas residuales negras y contaminadas que se vertían en el mar, los espasmos mecánicos que le daban a los perros chipeados cuando recibían nuevos estímulos eléctricos.

—¿No te da miedo el qué dirán? —le preguntó Mimi a Kaizong.

—¿Por qué?

—Porque pasas todo tu tiempo libre con una residual y deshonoras el nombre del clan Chen. —Mimi bajó la mirada al pronunciar las últimas palabras—.

La marea le daba suaves mordiscos a la playa. El agua le cubría los tobillos, que estaban rodeados por una espuma blanca. En el mar no había moluscos ni cangrejos, solo basura, la basura pestilente que habían tirado al mar y que la marea había vuelto a traer a la orilla.

—¿Y tú no tienes miedo del qué dirán?

—¿Por qué iba a tenerlo?

—Porque pasas todo tu tiempo libre con un falso extranjero y deshonras el nombre de los residuales.

Kaizong lo dijo con mucha seriedad, y Mimi esbozó una amplia sonrisa.

Después de que la chica se hubiese mudado a los talleres del territorio del clan Chen, Kaizong iba a buscarla todos los días para intentar comprender mejor a los que trabajaban con los residuos. Como todos, al principio Mimi lo había tratado con recelo y le hablaba con el mismo tono frío e impaciente que se usa para responder por la calle a un comercial. Pero cuando Kaizong empezó a comer con ellos, a ayudarlos con el trabajo, a llenarse los pulmones con el hedor del plástico quemado y a meter las manos en los recipientes llenos de productos químicos con los que limpiaban los residuos, Mimi terminó por aceptarlo: la apariencia del joven no iba en consonancia con su carácter. Kaizong no era uno de esos oriundos que siempre miran por encima del hombro a los trabajadores migrantes. Sus gestos y expresiones también eran diferentes de los de esas personas. Era como si su apariencia china no fuese más que un disfraz, y bajo esta se ocultara una raza extraña que la chica no era capaz de identificar.

Las conversaciones cada vez eran más variadas. Mimi tenía muchas preguntas que hacer sobre Kaizong y sobre todo lo que había al otro lado del Pacífico. Cuando el hombre le dedicaba una de sus escuetas explicaciones, ella se limitaba a asentir sin llegar a comprenderlo del todo, soltaba un «vaya» y le hacía otra pregunta que no tenía nada que ver.

Había ciertos misterios que la inquietaban desde hacía algún tiempo.

El perro muerto, por ejemplo.

El cadáver, lleno de cortes y cuchilladas, estaba tirado junto a una pila de placas de circuitos quemadas. Debido al calor, el vientre se le había hinchado y deformado como si fuese un pez *fugu* enfadado y amenazaba con reventar en cualquier momento y soltar un reguero de vísceras podridas llenas de briosos gusanos. La fétida pestilencia del cadáver, mezclada con el hedor de la basura, formaba una mezcla inolvidable.

Kaizong se había quedado sorprendido al ver que nadie había recogido al perro muerto, pero no tardó en descubrir la razón.

—Solía darle de comer. Pobrecito. El dueño no lo quería y no le caía nada bien a los otros perros.

Mimi se acuclilló a cierta distancia, como si intentase expresarle su pena al cadáver mediante telepatía.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Kaizong.

—Buen Chico. Yo lo llamaba Buen Chico. —Mimi sonrió al recordarlo—. Movía la cola al ver a todo el mundo, pero no le importaba a nadie.

Kaizong se acercó dos pasos al cadáver. Mimi estuvo a punto de detenerlo, pero ya era demasiado tarde. La cola empezó a agitarse con violencia como si fuese un cable eléctrico y levantó una nube de polvo. La escena era ridícula y terrorífica al mismo tiempo. Kaizong se sobresaltó y trastabilló hacia atrás. Luego la cola se quedó inerte, pero cada vez que se acercaba empezaba a moverse de nuevo.

—Da miedo, ¿verdad? —dijo Mimi en voz baja—. Es como si el alma aún siguiese atrapada en el cuerpo, si es que los perros tienen alma. Este era un buen chico de verdad, no como esos perros malos que siempre ladran, muerden o se abalanzan sobre la gente. ¿Por qué ha tenido que morir así?

Kaizong había descubierto que los residuales creían en una forma muy

simple de animismo: rezaban al viento, al mar, a la tierra y a los fuegos con la esperanza de que los contenedores de basura que llegaban de costas lejanas estuviesen llenos de productos valiosos, fáciles de procesar y que no fuesen tóxicos. Y hasta se sentían impíos cuando tenían que desmontar los cuerpos artificiales, ya que los productos japoneses eran tan realistas que daba la impresión de que se trataba de cuerpos de verdad.

No tardó en descubrir lo que le había pasado de verdad a Buen Chico: era un experimento fallido de un laboratorio de investigación de cibernéticos.

Estaba programado para atacar a cualquier persona que no emitiese la señal indicada, como el resto de los perros chipeados, pero algo había ido mal durante el implante y, en lugar de atacar, el perro se dedicaba a agitar la cola. En un ambiente tan desconfiado en el que todo el mundo siempre estaba alerta y trataba a los demás como un enemigo, un perro bueno no iba a recibir mejor trato que una persona buena.

—¡Qué tontería! Las almas no existen. Está muerto, pero los servocircuitos del cuerpo aún reciben energía.

Kaizong pasó mucho tiempo intentando explicarle a Mimi todos los procedimientos que había detrás de la creación de un perro chipeado. La chica se mostró muy escéptica al ver que Kaizong sacaba el teléfono. El director Lin les había dado a Scott y a él un código de autenticación temporal para evitar otro ataque por accidente. Kaizong envió la señal maestra y le hizo un gesto a Mimi para que se acercase. Mimi caminó de puntillas hacia él, dubitativa.

Buen Chico se había quedado inerte.

Mimi soltó el aire que había contenido. Miraba a Kaizong con una mezcla en la que reinaba la admiración, pero en la que también había algo de discernimiento. Era como si la neblina tras la que se ocultaba la realidad hasta ese momento se hubiera disipado un poco y dejado al descubierto la verdad, pero al mismo tiempo el mundo hubiese perdido parte de su brillo y

vivacidad. Kaizong se sintió algo arrepentido: quizá había cosas que no debían reducirse a explicaciones mecánicas o materialistas y fuese mejor conservar su belleza sencilla y natural.

Dejar que alguien se aferrase todo lo posible a las fantasías de su infancia u obligarlo a comprender la cruda realidad cuanto antes siempre había sido un gran dilema.

Pero una noche, a la orilla de un mar lleno de resplandecientes estrellas azules, Kaizong eligió una opción muy diferente.

Alquilaron un sampán eléctrico y se marcharon al anochecer. Cuando se acercaron a la pulcra orilla de la costa artificial, el cielo y el mar se habían unido en el horizonte y formaban un todo añil. En el ambiente resonaba un grave retumbo acompañado del acompasado romper de las olas contra la orilla y los ocasionales graznidos de las aves marinas al pasar. La escena estaba cargada de una armonía evocadora.

—¿Esa es la central de energía?

Kaizong señaló unos edificios gigantes con forma de cúpula que no estaban muy lejos. Junto a ellos había una chimenea enorme pintada a rayas blancas y rojas que parecía el monumento fálico idolatrado por alguna tribu primitiva.

Antes de que Mimi dijera nada, el barquero respondió.

—¡Eso es! ¿Ve el color del mar por aquí? Es negro. Vertieron sin cesar aguas residuales en él hasta que murieron todos los peces. Yo antes era pescador, pero ahora solo puedo aspirar a la propina de los turistas a los que llevo de un lado a otro... —Se quedó en silencio de pronto, y la escasa luz hizo imposible dilucidar las facciones de su oscuro rostro—. Escuchen, es el ruido que hace el bombeo. Todos los días sacan agua del mar para los sistemas de refrigeración y, junto con el agua, también bombean un par de

contenedores de peces y mariscos tóxicos que después venderán en el mercado. ¡Qué patanes!

—Tío... —interrumpió Mimi en voz baja—. Solo hemos venido a ver las luces en el agua.

El barquero tuvo a bien dejar de quejarse. Viró el timón y navegó hasta que el sampán llegó al otro extremo de la costa. En aquel lugar, el olor a salitre era muy fuerte y hacía más calor. Al parecer era donde el sistema de refrigeración vertía el agua caliente.

—¡Mira! —Mimi cogió a Kaizong de la mano y señaló a la superficie oscura del mar.

Kaizong dirigió la mirada hacia el lugar. Se le había adaptado la vista y veía mejor a la luz tenue. En las profundidades del agua verde oscura esmeraldina habían aparecido puntitos luminiscentes de color turquesa. Al principio solo vio algún que otro resplandor esparcido por aquí y por allá, pero aparecieron más hasta que conformaron líneas y luego extrañas formas que parecieron surgir poco a poco de la superficie ondulante hasta que sus contornos se volvieron muy nítidos: eran cientos de miles de campanas translúcidas. Palpitaban al unísono, se contraían y luego se expandían, con unos movimientos tan gráciles y suaves que daban la impresión de estar danzando, como si incontables leds de color turquesa se hubiesen encendido en el mar, como una trémula y revuelta noche estrellada propia de la brocha de Van Gogh. El sampán flotó en aquel firmamento marino, y los pasajeros quedaron obnubilados por la escena. Sus emociones se aunaron con el vaivén de las olas y sintieron vértigo.

—Es maravilloso.

El rostro de Mimi reflejaba la luz y daba la impresión de haber quedado embriagada por el paisaje.

—Nunca había visto tantas medusas. —Kaizong recordó su visita al acuario



de la bahía de San Francisco—. ¿Por qué hay tantas por aquí? Pensaba que el agua era tóxica.

—En la televisión dicen que las medusas brillan cuando una de las proteínas que sintetizan reacciona con las grandes concentraciones de iones de calcio presentes en las aguas residuales —respondió el barquero—. Esta de aquí debe de ser una segunda generación.

—¿A qué se refiere?

—La central de energía vierte agua caliente y la costa artificial reduce el impacto de las mareas, por lo que cada invierno las medusas vienen aquí a reproducirse. Las crías crecen hasta convertirse en grupos de pólipos que tienen varios tubos de alimentación y se quedan así hasta el verano siguiente, cuando se dividen en varios individuos con forma de disco que luego serán especímenes adultos. Esos de ahí son adultos.

—Pero no lo entiendo. —Kaizong señaló una corriente submarina de un azul centelleante que pasó junto a ellos—. Los están volviendo a absorber.

La corriente se dirigía hacia una toma de agua, y vieron cómo esas campanas translúcidas revoloteaban formando un vórtice que aceleraba a medida que se acercaban al extremo de la tubería. Un instante después, los cuerpos resplandecientes quedaron deformados y destrozados antes de desaparecer. El viaje de sus vidas había llegado a su fin poco después de comenzar.

—Gastan mucho dinero cada año para desatascar las tuberías —les contó el barquero—. Las medusas se reproducen muy rápido.

Mimi contempló la escena durante un rato antes de comprender a qué se refería. Luego espetó, enfadada:

—¿Qué clase de padres dejarían a sus bebés en un lugar tan peligroso y emponzoñado? ¿Es que acaso no se preocupan por ellos?

Kaizong rio para sí. La jovencita era tan ingenua que sintió otro arrebató de

ternura por ella.

—Señorita, de no haber nacido en este lugar, tal vez ni siquiera habrían sobrevivido —explicó el barquero.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué no pueden mostrar algo de compasión y esperar a que las criaturas se hayan alejado de la zona antes de bombear el agua? Les da igual matar para conseguir más dinero.

—No respetan la vida de la gente; la de las medusas, ni hablemos.

Seguro que el antiguo Kaizong le habría soltado una perorata sobre la ley del más fuerte, y, a modo de conclusión, habría dicho que la presencia de la central de energía les proporcionaba a las medusas el ímpetu necesario para asegurar la evolución de la especie, y que, gracias a ello, los supervivientes se adaptarían mejor al entorno, reaccionarían con más presteza a los cambios y serían más fértiles. Pero el nuevo Kaizong decidió guardar silencio. La joven que tenía delante era víctima directa de esa manera de pensar: ella y otros como ella habían dejado sus hogares para ir a ese lugar seducidos por el eufemismo «desarrollo económico» y sobrevivir a duras penas en un entorno tóxico y lleno de polución, sufrir los prejuicios y la explotación de los oriundos, y puede que hasta morir en un lugar alejado de su tierra y sus seres queridos. Era incapaz de reafirmar lo que les habían dicho a ellos, que «todo es para que sus hijos y los hijos de sus hijos tengan una vida mejor», aunque fuese cierto.

—Tiene razón —reconoció Kaizong, que se sorprendió al oírse—. Tarde o temprano, el karma nos llega a todos.

—Tarde o temprano —repitió el barquero.

El brillo turquesa ondulante desapareció poco a poco de la cara de Mimi hasta que solo sus iris, que reflejaban la leve luz ambiental, quedaron visibles en la oscuridad, como dos tenues estrellas que no formaban parte de ninguna constelación y que se agitaban recortadas contra el mar. Kaizong no podía

apartar la mirada de la oscura silueta de la chica. Era como si todo lo que la rodeaba hubiese quedado deformado por la gravedad y el resto de las estrellas hubiesen empequeñecido hasta convertirse en elementos insignificantes del paisaje.

Mimi levantó una mano y señaló un punto de la oscuridad.

—Mira.

Kaizong entornó los ojos, pero no vio lo que ella quería que viese.

—Pensaba que todos los extranjeros llevabais implantes en los ojos. — Mimi se giró para mirarlo—. Falso extranjero, eres muy raro.

—No todos. —Kaizong se intentó peinar con torpeza el pelo, se lo había revuelto la brisa marina—. Mis padres se convirtieron al cristianismo cuando eran adultos, y la Iglesia fundamentalista cree que la humanidad solo debería contemplar el mundo con los ojos que Dios le ha dado. Todos los implantes prostéticos se consideran infracciones de la voluntad de Dios, porque el mundo debe experimentarse y comprenderse tal y como Dios lo creó.

—Vaya... —Mimi se esforzaba por comprender el significado de las palabras—. Entonces... ¿tú también crees en Dios?

—Yo soy ateo, pero como también soy chino, la devoción familiar es muy importante. Intento respetar sus creencias.

Mimi se quedó en silencio, como si rememorase algo. Se giró para mirar el mar, sobre el que parecían sobresalir varias sombras oscuras similares a lomos de extrañas bestias.

—Es la pagoda de Custodio de Marea.

Se giró hacia el barquero.

—Tío, ¿podrías llevarnos a la playa de Custodio de Marea?

—Es tarde, señorita. ¿Por qué quiere ir a un lugar tan funesto?

Kaizong notó la ansiedad que destilaba de las palabras del hombre.

—Solo para mirar —respondió Mimi en voz baja, pero su voz no titubeó.

La playa de Custodio de Marea no estaba en el mismo lugar que la pagoda. Isla de Silicio se extendía por un bajío largo y curvado que se internaba en el océano como un tentáculo y rodeaba una albufera de unos pocos kilómetros cuadrados. La pagoda se encontraba en la punta de dicho tentáculo, y la curva del bajío al completo era la playa.

A medida que la marea penetraba en la albufera, los arrecifes subterráneos que había más allá de la punta del tentáculo rompían las olas y las convertían en una espuma plateada. Cuando la marea subía aún más y llegaba hasta la playa, se formaba otra hilera de cachones con la curvatura inversa. Los oriundos llamaban al fenómeno «mareas duales que reflejan la luna». Aunque la imagen era preciosa, eran pocos los que iban a disfrutarla.

El sampán se agitó un poco cuando cruzó sobre la primera hilera, y avanzó a la luz irregular de la luna que se filtraba entre las nubes y se reflejaba sobre el agua. Las sombras de estas se movían con la embarcación, y los dos pasajeros experimentaron la sensación de estar inmóviles a medida que la playa de arena pálida se acercaba a ellos.

El barquero detuvo el sampán.

—Hasta aquí puedo llegar.

—¿Hasta aquí?

Antes de que Kaizong terminase de hablar, Mimi ya había saltado al agua que le llegaba a la cintura y salpicado en todas direcciones. El hombre se intentó dar prisa para quitarse los zapatos y los calcetines, pero la chica dio un salto, lo agarró del brazo y lo tiró al mar. El agua volvió a salpicar.

—¿A qué ha venido eso? —espetó un Kaizong empapado que salió del agua y fulminó a Mimi con la mirada.

—Tengan cuidado, ¿vale? Cuando lleguen a la orilla, limítense a seguir la carretera que va a la aldea.

Después de la breve advertencia, el barquero encendió el motor y regresó

por donde había llegado.

¡Chof!

Mientras Mimi estaba distraída, Kaizong se valió del brazo para empaparla con el agua del mar.

—Ya estamos en paz —dijo con tono petulante.

A la luz de la luna, el pelo de Mimi parecía lleno de engarzadas perlas resplandecientes que descendían por sus mechones húmedos y dejaban un rastro centelleante en su rostro. La camiseta negra que tenía ceñida al cuerpo reflejaba la luz de la luna como si fuese el escamado de un pez. La brisa había empezado a disipar las nubes de tormenta, y los ojos húmedos de la chica brillaron de pronto, como si debajo de sus radiantes pestañas se abriesen dos mares relucientes. En la superficie a su alrededor se había formado un círculo de luz, como el halo que rodea a la luna. Kaizong contuvo el aliento mientras contemplaba a la diosa selenita que se acercaba a él por el agua.

La diosa lo miró, dijo algo en voz baja y luego se giró y empezó a vadear hacia la orilla.

—Gilipollas.

Se tumbaron en la playa, agotados, e hicieron caso omiso de la arena que se les pegaba al cuerpo. Como era un lugar al que iba poca gente, estaba más limpio que las demás playas de Isla de Silicio. Las olas rompían rítmicamente contra la arena, y se distinguía el cielo estrellado entre los huecos que dejaban las nubes de tormenta al moverse. Kaizong oyó la respiración de Mimi, suave y lenta, un sonido que parecía surgir del espacio exterior.

«Es diferente. —Kaizong pensó en las mujeres a quienes había conocido: sus compañeras de clase, de alta alcurnia, tan sociables y siempre a la moda, de la Costa Este. No, la diferencia no era demográfica, sino algo más profundo, algo que no era capaz de describir, pero de lo que estaba muy

seguro—. El alma. —Pensó en esa palabra que Mimi pronunciaba tan a menudo—. Tiene que ser eso.»

—¿Qué quieres hacer en el futuro?

Kaizong miraba las estrellas. Lo dijo como si la pregunta también fuese dirigida a él mismo.

—Ganar dinero suficiente para abrir una tienda en mi aldea y que mis padres no tengan que trabajar tanto.

—Me refiero a qué es lo que tienes más ganas de hacer.

Se hizo un largo silencio.

—No lo sé... Nunca he pensado en ello. —Un breve silencio—. Me gustaría ir muy lejos y aprender muchas cosas nuevas, como has hecho tú. —La chica rio—. Quizá lo haga en mi próxima vida.

El tono tenía una trivialidad impostada.

Kaizong no supo qué decir.

A lo largo de toda la historia de la humanidad, siempre había una escuela de pensamiento que volvía una y otra vez: una devoción por el orden ignoto del universo y una fe ciega en el equilibrio natural del mundo. Dios cuidaba de Sus hijos, y el Cielo repartía su abundancia entre los miserables.[10] Todo estaba predestinado. Al toparse con injusticias en el mundo, la gente se consolaba tratando de prestar atención a las pruebas que apoyaban dicha teoría: el Cielo dotaba a algunos de una buena posición social, riquezas, belleza, talento o salud; por lo que era cierto que sí había un equilibrio. Cuando dichas pruebas no existían, se inventó la teoría de la reencarnación, pues de ese modo se dispondría de un tiempo ilimitado para equilibrar la balanza a lo largo de muchas vidas.

En cierta ocasión, Kaizong se había burlado de la teoría de conservación de los destinos, pero quizá la gente la necesitase, no porque fuese cierta, sino porque ofrecía cierto consuelo a sus vidas.

Una cara sonriente lo sacó de la duermevela. Mimi lo levantó de la arena agarrándolo por el brazo y corrieron juntos hacia el otro extremo de la oscuridad.

«¡Pero él nació aquí!», le decían siempre las demás chicas. Era oriundo de Isla de Silicio, pero no se parecía en nada a los demás. Aunque a veces le resultaba estúpido, nunca los llamaba «residuales». Tenía una mirada dulce e inquisitiva, pero siempre le costaba mirar directamente a la cara a los demás. No escupía en público, no decía tacos ni era malhablado. Y lo más extraño de todo: no tenía implantada ninguna prótesis y no usaba la realidad aumentada. Kaizong parecía un astronauta que acabase de regresar a la Tierra de un lugar a años luz de distancia, y que, nada más salir de la cápsula de aterrizaje esterilizada, se hubiera topado con un infierno putrefacto.

Mimi empezó a esperar y depender de la visita diaria de Kaizong. Las otras chicas se reían de ella por hacerlo, y a medida que la amistad de ambos se volvía más profunda, Mimi también sentía un pánico cada vez mayor: ¿y si un día dejaba de ir a verla?

Sabía por qué tenía miedo en realidad. Le aterrorizaba que no le atrajese Chen Kaizong como persona, sino su manera refinada de vestir, su mandarín estándar que a ella le sonaba tan particular, su erudición..., todo lo exótico y misterioso que había en él. Tenía miedo de que todo aquello hubiese formado en su mente una imagen idealizada de un primer amor y que le hubiese llevado a crear una ingenua fantasía en la que ella era igual de especial para él, igual de única y singular.

Recordó que una vez había sentido un flechazo. Era cuando aún iba a la escuela en el pueblo que había cerca de su aldea. En la clase contigua a la suya había un chico guapo y desgarbado que parecía salido de un manga. Mimi

caminaba más despacio a propósito cada vez que pasaba junto al aula para poder mirarlo durante unos segundos. A veces, él miraba hacia fuera y sus miradas se encontraban. A ella se le aceleraba entonces el pulso como si fuese un animalillo indefenso. «¿Me mira a mí? ¿En qué piensa? ¿Creerá que soy guapa? ¿Nos llevaremos bien?»

Aquellas fantasías la torturaban, y terminó por pedirle a un compañero de clase que intentase descubrir lo que el chico pensaba de ella. La mirada confusa que puso al oír la pregunta era indicativa de que no tenía ni idea de quién era Mimi, por lo que todo cuanto había planeado con tanto ahínco se vino abajo en un instante.

Se dijo a sí misma que nunca más volvería de dejarse llevar por esas ilusiones. Nunca. Cuando Kaizong se había burlado de ella por el corte de pelo aniñado, por un momento le habían dado ganas de obviar la advertencia de su madre y dejárselo largo hasta los hombros o la cintura, aunque seguro que una decisión así le habría dado problemas, los mismos que cuando vivía en su aldea.

Pero Mimi se había limitado a responder con frialdad un instante después:

—Es mi pelo, y me importa una mierda de rata lo que piensen los demás.

Aquel día lo había esperado más de una hora, y no había señal alguna de Kaizong en el cruce mugriento y familiar por el que siempre lo veía llegar.

Sintió que se había olvidado de ella, pero sabía muy bien que era una emoción ridícula. Respiró hondo y soltó el aire muy despacio para expulsar la ansiedad que revoloteaba como insectos a su alrededor. Sabía lo que necesitaba. Días Felices.

Tenía que encontrar al hermano Wen.



Luo Jincheng se encontraba en una azotea y contemplaba el océano. La brisa marina atravesaba los huecos del parapeto y traía consigo aroma a cambios.

A diferencia de las casas del resto de los lugareños, cuyas ventanas estaban cubiertas con rejas antirrobo de metal que hacían que los residentes vieran el cielo recortado con el patrón de una cuadrícula, la mansión Luo estaba construida sobre un acantilado junto al mar para aprovechar el terreno empinado e irregular. Luo podía disfrutar de aquel paisaje sin restricciones gracias a la seguridad adicional que le proporcionaban los perros chipeados y las cámaras de vigilancia. Desde allí veía el concurrido puerto de Shantou y, cuando hacía buen tiempo, también veía el puente de la bahía que se extendía por el océano como el hilo de una telaraña.

Si era cierto que el clan Chen se había unido a los planes de TerraGreen Recycling, eso indicaba que la situación se había vuelto más complicada. Hacía tres años, la caída internacional del precio del acero y el cobre había afectado sobremanera a la economía de esta familia. Los clanes Luo y Lin se habían aprovechado de la situación y les habían robado muchas fuentes de ingresos muy rentables. Las dos familias incluso habían conspirado con los compradores para tratar de hacer bajar los precios de manera artificial y así acabar del todo con el clan rival, pero los miembros de los Chen se habían reunido para aunar fuerzas y recursos con el fin de superar la crisis. Ahora

parecía que conspiraban con los extranjeros para alzarse de nuevo y recuperar el poder que habían perdido en manos de los otros dos clanes.

El navajero había regresado para informar de que el clan Chen había interceptado a la residual llamada Mimi y de que alguien de TerraGreen Recycling estaba metido en el ajo.

«Pero ¿por qué tomarse tantas molestias por una residual?»

Luo Jincheng reflexionó al respecto y le dio muchas vueltas, pero fue incapaz de encontrar una respuesta. Estaba seguro de que la enfermedad de Zixin aún no se había hecho pública. La *lohsingpua* pertenecía al clan Luo y no era tan imbécil como para filtrar la información en ningún caso, y tampoco parecía obra de Chen Xianyun, a menos que la chica escondiese algo más. Luo Jincheng le dijo al navajero que no actuase de manera tan imprudente en el territorio del clan Chen, pero que no fracasara si se le volvía a presentar la oportunidad.

No había enemistad alguna entre el clan Chen y él. Para Luo Jincheng la única relación que tenían ambos clanes era una competición puramente comercial. El problema era que se había inmiscuido un extranjero. Eso lo cambiaba todo, ya fuera de raza blanca o amarilla. No confiaba en ellos y era incapaz de hacer caso omiso de esa desconfianza.

Luo Jincheng había viajado a lo largo y ancho del mundo, e incluso había probado a vivir en Melbourne durante un tiempo, pero al final había regresado a Isla de Silicio. Nunca se habría llegado a sentir cómodo delante de esos occidentales que actuaban con una educación que podía llegar a tildarse de patológica, ni se habría podido acostumbrar a esperar a que cambiaran los semáforos para cruzar la calle, ni a pedir perdón por cualquier nimiedad, ni a esas sonrisas inquietantes que eran falsas y amistosas al mismo tiempo. Cuando los demás descubrían que era de China, lo miraban con admiración desmesurada y decían: «¡Vaya, qué economía tan próspera tiene el país!».

«¡Los chinos pueden comprar muchas cosas!» y, algo que no fallaba nunca: «¡Me encanta la comida china!».

Al principio, Luo Jincheng pensaba que aquello no eran más que frases vacías para parecer amables, pero luego vio a los manifestantes en las calles de Melbourne y comprendió que en esa «amabilidad» hacia China había un trasfondo de miedo y aversión. Tampoco conocía bien el idioma, con lo que era incapaz de leer las pancartas, pero el mensaje le había quedado claro cuando vio que quemaban banderas de China. Los australianos pensaban que los chinos eran los culpables del aumento de los precios de los bienes inmuebles en el país, y también que habían ido a robarles el trabajo. Además, las exportaciones chinas eran muy baratas y habían afectado a la producción local. Compararon a los chinos con rémoras que habían despojado a los australianos de sus recursos y acumulado unas riquezas increíbles sin aportar nada al bienestar del país ni a los grupos desfavorecidos.

¡CHINOS EGOÍSTAS!, rezaban las pancartas, que también tenían pintadas cruces de un rojo sanguinario.

Luo Jincheng compró un viaje solo de ida a China al día siguiente, como si fuese un transeúnte a quien hubieran asustado en mitad de la noche reventando un cuenco de aceite contra la pared junto a la que se encontraba. Abandonó la idea de emigrar, pero empezó a estudiar inglés. Contrató a un profesor muy caro, y todos los días leía periódicos en este idioma. Poco a poco consiguió hacer negocios con socios extranjeros a pesar de su marcado acento.

Luo sabía a ciencia cierta que lo que le motivaba no eran las ganas de abrirse camino en el mundo, sino la inseguridad. Estaba decidido a aplicar la máxima «conoce a tu enemigo» al campo de los negocios para así controlar la situación y no dejarlo todo en manos de un intérprete. No obstante, lo que había disparado todas las alarmas era la visita de un pariente lejano.

La mayoría de los oriundos de Isla de Silicio tenían parientes que vivían

fuera. Eran refugiados de las guerras del siglo XX y de las algaradas de los movimientos comunistas que habían llegado hasta Hong Kong y de ahí al Sudeste Asiático, donde se habían asentado. No obstante, seguían hablando su idioma y añorando su tierra. Los que conseguían prosperar a veces regresaban a Isla de Silicio para visitar a sus familiares e invertir en negocios, y los lugareños los llamaban *huêngkêh*,<sup>[11]</sup> «forasteros invitados».

Un primo del padre de Luo Jincheng había emigrado al extranjero con su familia nada más comenzar la Segunda Guerra Mundial y se había asentado en Filipinas. Después de las reformas de Deng Xiaoping, el hombre había llevado a sus hijos de visita a Isla de Silicio en varias ocasiones, y Luo Jincheng había comido en la misma mesa que él. Pero esa había sido la única interacción entre ambos.

Y cuando Luo Jincheng vio a su primo segundo, el hijo del padre de su primo, esperándolo solo en la silla sentado a la mesa de los ocho inmortales,<sup>[12]</sup> supo que había acudido en busca de ayuda.

Después de intercambiar algún que otro cumplido, Luo Jincheng sonrió.

«Dime sin tapujos lo que necesitas. Somos familia.»

El primo acarició incómodo el reposabrazos bermellón de palisandro y luego, después de pensárselo un poco, se obligó a sí mismo a responder.

«Ochenta.»

Luo Jincheng se quedó estupefacto por un momento. Sabía que los negocios en Filipinas siempre le habían ido bien al primo de su padre, y esa cantidad no debería de haber sido problema para ellos. «¿Drogas? ¿Apuestas?» No hacía otra cosa que pensar en ello. Cuando las familias del lugar perdían tanto dinero, siempre se debía a una de esas dos cosas. Puede que el primo de su padre hubiese caído en las garras del juego y dilapidado sus ahorros. No obstante, Luo Jincheng sabía que la familia de su primo había ayudado a la

suya en los peores momentos, por lo que estaba decidido a devolverles el favor.

«Te daré cien.»

No le pidió explicaciones. No era de su incumbencia, y además tenía miedo de que, al conocerlas, se viese arrastrado por los acontecimientos y acabase con más obligaciones.

Su primo frunció los labios varias veces, pero terminó por pronunciar solo un «gracias». Tener que pedir dinero prestado era muy humillante para los oriundos de Isla de Silicio.

Después de que su primo se marchase de casa, Luo Jincheng encontró una carta muy larga y escrita a mano que decía todo lo que el hombre no había sido capaz de decirle en persona. Su primo había usado papel y lápiz en lugar de su voz porque tenía miedo de que la emoción se la quebrase y no quería avergonzar a Luo Jincheng. Cuando descubrió la verdad, se arrepintió de todos los malos pensamientos que le había dedicado.

Todo había empezado con la llegada de una empresa de Estados Unidos a Filipinas. Sobornaron a los funcionarios de Manila y consiguieron el permiso para invertir y construir una planta de reciclaje de residuos de caucho respetuosa con el medio ambiente. Se obligó a que cerraran las plantas de reciclaje de caucho de la zona. También ordenaron el cierre de la fábrica de caucho que pertenecía al primo de Luo Jincheng y a su padre, se congeló su capital, se confiscó la maquinaria y se despidió a los trabajadores. El padre de su primo era el representante legal de la empresa, por lo que lo detuvieron y enviaron a la cárcel. Más tarde lo condenaron a abonar una fianza astronómica, que la familia no podía asumir, como resarcimiento por la «polución medioambiental de todos estos años».

Parte de la población local se aprovechó de la oportunidad para avivar las ya tradicionales algaradas en contra de los residentes chinos que eran propias

del lugar. Destrozaron, quemaron y robaron tiendas que eran propiedad de estos y amenazaron a las familias con ejercer la violencia. Siempre habían ansiado las riquezas acumuladas por esos extranjeros tan trabajadores, y ahora tenían la oportunidad de robarlos y atacarlos sin limitaciones, bajo el amparo de la «ley» y con la excusa de la «protección medioambiental».

El primo de Luo Jincheng había viajado para mendigar dinero y así poder pagarle al gobierno la fianza para que su padre saliese de la cárcel. Una vez conseguido, toda la familia se largaría de ese país al borde del desastre.

«El mundo es enorme —le había escrito su primo al final de la carta—. Pero ¿hay algún lugar donde podamos estar a salvo de verdad?»

Luo Jincheng sintió que ese último signo de interrogación se había escrito con tristeza y angustia.

Después de aquello, Luo Jincheng no volvió a saber nada de la familia de su primo. Todos los intentos de contactar con ellos se habían perdido en la inmensidad, como figuras de arcilla que alguien hubiese tirado al océano. Soñó con esa tierra lejana que nunca había pisado, se imaginó recorriendo densas selvas tropicales hasta que veía las casas incendiadas y enormes columnas de humo que se perdían en los cielos y que formaban junto al fuego imágenes ficticias de sus parientes. Se despertó consternado, pero solo fue capaz de rezar para que Buda velase por ellos. Se arrepintió de no haberle dado más dinero ni de haberle hecho más preguntas a su primo.

«Pero ¿qué podría haber hecho?»

Luo Jincheng negó con la cabeza. No era la primera vez que les pasaba algo así a los chinos, ni tampoco sería la última.

«Es el destino.»

No lo consolaba, pero era lo único en lo que podía pensar.

Y ahora, los estadounidenses habían llegado a Isla de Silicio y empezaban a repetir los abusos de Manila. Luo Jincheng había investigado y sabía que

TerraGreen Recycling no había estado implicada en lo de Filipinas, pero estaba seguro de que todas esas empresas eran iguales. El clan Chen era el más cercano a los estadounidenses, mientras que el clan Lin aún no había expresado con claridad qué opinaba sobre la proposición de los extranjeros debido a su relación especial con el gobierno. No obstante, el director Lin Yiyu trabajaba de manera tan activa con los estadounidenses que Luo tenía sus sospechas. El futuro de Isla de Silicio se bamboleaba como el recorrido de un tifón y no era capaz de discernir hacia dónde se dirigía.

«Ha pasado casi medio año desde que los líderes de los tres clanes se sentaron juntos a comer *dim sum*», pensó Luo Jincheng, momento en el que recordó el sabor del *hakau* que servían en el restaurante de la familia Rong. Antes de servirles el té a los demás, uno tenía que agarrar la tetera con fuerza. Esa lección no se le podía olvidar.

Ya había tenido malas experiencias con ese chaval migrante llamado Li Wen.

Mimi aún recordaba la ya lejana tarde de verano de hacía un año, cuando el aire estaba viciado, húmedo y caliente como tentáculos pegajosos que se envolvían alrededor de todos los cuerpos. El hermano Wen le había preguntado dónde quería que le aplicase la película. Ella se lo pensó un poco, se dio la vuelta y señaló la piel de la nuca, debajo de la prominencia de las primeras cervicales.

—Aquí.

El hermano Wen se quedó confundido.

—Todo el mundo quiere que las películas llamen la atención. ¿Por qué la quieres donde ni siquiera tú la puedes ver?

—La gente busca emociones, pero yo quiero tranquilidad.

Wen ajustó la película corporal para que funcionase tal y como ella quería. A diferencia de las demás, la película de Mimi mostraba un *mi* dorado (el ideograma de su nombre) cada vez que sus músculos se relajaban por completo. La mayoría de las veces, la lámina con forma de triángulo invertido estaba sombría y apagada, como un rollo de película sin revelar.

Ni ella misma alcanzaba a comprender del todo sus motivaciones. ¿Era para demostrarle a todo el mundo que era diferente de los demás? No del todo. No podía controlar la tensión que le provocaba la vida en Isla de Silicio: sentía punzadas de dolor en la espalda lastimada incluso en sueños. Mimi tenía que recuperar una y otra vez el control de su respiración para relajar el cuerpo. No sabía muy bien cuál era la fuente de dicha tensión, quizá era el hecho de encontrarse en un lugar desconocido, el odio de los lugareños, que era correspondido por los residuales, o quizá las miradas perversas de los delincuentes locales.

—Quizá lo que necesitas es esto —dijo el hermano Wen.

Mimi había visto antes el dispositivo que tenía en las manos: un par de gafas de realidad aumentada. La mayoría de la gente tenía uno. Decían que los habitantes de las ciudades ya habían abandonado esos equipos tan anticuados y se habían pasado a las lentillas, que eran mucho más ligeras y cómodas, o que incluso había quienes se habían operado para que las imágenes se proyectasen directas a sus retinas. Pero los residuales del lugar solo podían permitirse equipos de segunda mano. La realidad aumentada era algo muy diferente para ellos, pues la velocidad de transferencia de datos de Isla de Silicio estaba restringida. En las ciudades, por unos pocos yuanes al mes, uno podía acceder a cualquier tipo de información disponible según el nivel de acceso del individuo: el clima, el tráfico, compras compulsivas, comparaciones de precios, juegos de simulación, películas inmersivas, redes sociales e incluso a



las imágenes del equipo de realidad virtual de tu pareja cuando se iba de viaje de negocios a algún lugar exótico, si estaba de acuerdo.

Esas funciones tan modernas no significaban nada para los residuales. Ellos no tenían yuanes para gastar, ni tampoco la necesidad de consumir más información basura: bastante basura tenían ya a su alrededor para procesar a diario.

Mimi sintió cómo unas almohadillas plateadas y abombadas le presionaban los huesos temporales. Se trataba de sensores que eran capaces de registrar sus ondas cerebrales para convertirlas en instrucciones simples con la ayuda de un chip muy básico. Unas lentes finas, ligeras y curvadas fabricadas con nanoestructuras de carbono estaban conectadas a las almohadillas y se curvaban sobre su estrecha nariz como si fuesen un puente en arco. El enchapado de argón ionizado irradiaba un tenue resplandor añil.

Después de unos pocos ajustes, las gafas eran capaces de reconocer los patrones básicos de las ondas cerebrales de Mimi. El hermano Wen sonrió.

—Pero mírate. Mi hermana pequeña y tú sois las únicas que podríais estar guapas poniéndoos algo así.

Sacó un cable de una pequeña caja negra y lo conectó a las gafas. Lo desconectó al cabo de unos treinta segundos.

—Ya ha terminado la descarga. Para los novatos es mejor empezar con Días Felices. —Dudó un momento y luego añadió—: Prométeme que siempre que quieras repetir, lo harás conmigo. No te puedo proteger de la tentación, pero sí intentar protegerte de cualquier daño irreversible.

Mimi asintió. No tenía ni idea de lo que iba a experimentar. Oyó un ruido blanco en los auriculares, pero solo distinguió un ritmo de fondo. Sin previo aviso, se sintió tan mareada como si se encontrase en mitad de un terremoto de ocho grados de magnitud. El hermano Wen la sostuvo y la ayudó a sentarse en

el suelo. Mimi lo miró, desconcertada. Los mareos no cesaron, pero sintió que todo empezaba a cambiar.

Visto a través de las gafas, el mundo tenía una tonalidad sepia, como si estuviese bañado por un tenue ocaso. Los contornos y las líneas de los objetos estaban borrosos y chisporroteaban. Sintió cómo, de pronto y con virulencia, surgía de su mente un torrente de emociones que llevaban mucho tiempo enterradas. De golpe llegó a la conclusión de que lo que experimentaba era un acceso de nostalgia.

Aunque la parte racional de su mente sabía que aún se encontraba en Isla de Silicio, sus alrededores habían cambiado y se parecían más al pasado, como si dos puntos del espacio-tiempo se hubiesen fusionado. El cielo, los árboles, el suelo e incluso la basura tenían un aspecto diferente e irradiaban una sensación agradable y reconfortante. Mimi llegó incluso a sentir que su madre estaba junto a ella y la abrazaba (de algún modo, había vuelto a transformarse en una niña) y la acariciaba. Podía oler la fragancia característica de la mujer, a hojas de bambú. La ansiedad y la tensión desaparecieron, y le entraron ganas de quedarse para siempre en esa alucinación.

Con la misma virulencia, el filtro dorado de la evocación desapareció de su vista y todo retomó su tono soso, banal, insidioso y desagradable. Mimi levantó la cabeza y vio que el hermano Wen la había cogido. Debía de haberse caído, aunque no lo recordaba. Sintió unas náuseas que amenazaban con hacerla vomitar.

—No pasa nada —trató de calmarla el hermano Wen mientras esbozaba una sonrisa sosegada—. Ocurre siempre. Se te pasará.

Nadie regalaba nada. Todas las dosis descargadas duraban solo cinco minutos, porque se suponía que un uso prolongado podía dañar el sistema vestibular. Como era de suponer, algunos drogatas pasaban por alto las advertencias. Las drogas electrónicas se creaban en todos los rincones del

mundo, y las personas que estaban más desesperadas por escapar de la realidad o ansiaban estímulos, la mayoría pobres del tercer mundo, las buscaban con empeño. En los mercados negros, los programadores virtuosos investigaban meticulosamente para conseguir chutes gratis o producir variantes más potentes y exóticas que pudieran usarse con sustancias químicas sintéticas tradicionales. Todo ello convertía a los alucinógenos electrónicos en algo peligroso e impredecible.

Para no buscarse problemas con las autoridades, los camellos de drogas electrónicas solían almacenar sus bases de datos en granjas de servidores que orbitaban en estaciones espaciales. Desde allí, se transmitían a estaciones en tierra, desde donde se distribuían a los usuarios finales. Los drogatas solían llamar Diamantes de Lucy a esas granjas espaciales.

Mimi solo se atrevía a comprarle esas «setas digitales» al hermano Wen. Confiaba en que no le diese algo muy peligroso. Probó muchas variedades. Algunas provocaban unas alucinaciones disparatadas. Con otras, el consumidor tenía la conciencia suficiente como para realizar un viaje interior. Había unas con las que veía la misteriosa sonrisa de una mujer occidental y nada más (el hermano Wen le había comentado que ese programa se llamaba HEMK Ekstase y que seguro que era de Europa del Este, pero él tampoco sabía quién era la mujer). Juró que no volvería a probar otras. Pero era incapaz de olvidar Días Felices, que la devolvía a su infancia, a su hogar y junto a su madre.

—La *mi* de tu cuello solo brilla cuando consumes este programa —le dijo el hermano Wen.

Hacía medio año, Luo Jincheng había pensado que la reunión de los *dim sum* había sido idea del clan Lin, pero tan pronto como llegaron los primeros

platos apareció ese pequeño vándalo residual llamado Li Wen. Saludó de manera respetuosa a los líderes de los tres clanes y preguntó si se podía sentar con ellos. Los representantes de los clanes Luo y Chen no dijeron nada, pero el jefe Lin asintió de manera casi imperceptible. Al director Lin Yiyu, que también estaba presente, pareció incomodarlo mucho.

Lin Yiyu había acudido como representante del clan Lin y también como líder del Departamento de Inversiones del Gobierno de Ciudad Isla de Silicio. Eran puestos en conflicto que lo dejaban en una situación delicada. Saltaba a la vista que hacía todo lo posible por mantener la imparcialidad.

Li Wen se sentó, sonrió y dijo que no había acudido para comer ni para beber té.

—Duermo fatal y estoy muy alterado. Podría decirse que he venido a que los jefes me ayuden a tranquilizarme.

Lin Yiyu carraspeó para dejarle claro que tenía que ir al grano y dejarse de supercherías.

Li Wen miró la vaporera llena de *hakau*.

—He oído rumores que afirman que se le ha puesto precio a mi cabeza. Esos *dumplings* de gambas me recuerdan a mí.

Luo Jincheng comprendió al fin que él era el culpable de que esa reunión se estuviese celebrando. Le había pedido al navajero que propagara ciertos rumores para asustar a Li Wen y evitar que diera más problemas; al parecer, el chico lo había hecho muy bien. Era una de las razones por las que Luo tenía al navajero en tan alta estima: bastaba con darle unas pocas instrucciones con lo que quería y él intuía lo que Luo deseaba de verdad y llevaba a cabo su plan con una iniciativa cargada de crueldad y eficiencia. Sabía que en realidad se engañaba a sí mismo, pero Luo Jincheng sentía que de ese modo podía echarle la culpa al navajero y librarse del karma negativo.

Aun así, no sabía muy bien por qué los clanes Lin y Chen parecían tener

miedo de un mero residual.

Al ver que nadie pensaba retomar la conversación, Li Wen continuó:

—Llevo un año y medio en Isla de Silicio, pero me gusta mucho vivir aquí y la considero mi hogar. He estado en muchas aldeas de la zona e intentado sacar las cuentas, pero hay algo que no me cuadra. Había pensado que quizá los jefes pudieran ayudarme.

Sacó un cuaderno con una cubierta manchada de aceite y un ábaco, y empujó ambos objetos con delicadeza hacia Luo Jincheng. Este empezó a pasar las páginas del cuaderno sin dejar de mirarle de reojo. El gesto desdeñoso no tardó en dar paso al asombro. El cuaderno estaba lleno de columnas de datos entre los que se encontraban las cantidades y el tipo de desechos que recibía a diario cada aldea, el índice de reciclado, la duración de los períodos de procesamiento, los precios fluctuantes del mercado de metales y plásticos, el coste de la mano de obra, la electricidad, el agua, el alquiler, la devaluación de la maquinaria y el equipamiento, y muchas cosas más. Parecía una gigantesca matriz matemática. Luo Jincheng sabía que todos los datos se podían sacar de fuentes públicas, pero hasta el momento nadie se había molestado en reunirlos y organizarlos.

En la última página del cuaderno había unas pocas cifras en rojo: la cantidad de impuestos que deberían pagar los clanes con arreglo a esos cálculos y la cantidad que pagaban en realidad, estas últimas con la apostilla que indicaba que se habían copiado de la página web de la oficina de impuestos, cuyo titular rezaba: «Elogiemos a nuestros mayores contribuyentes».

En ese momento, Luo Jincheng comprendió que el joven enjuto que tenía delante era mucho más peligroso de lo que daba a entender su apariencia humilde. Miró a los representantes de los clanes Lin y Chen y vio en sus caras que las cifras del cuaderno eran acertadas.

—Eres muy listo, jovencito. ¿Por qué no nos dices lo que quieres? Estamos abiertos a todo tipo de sugerencias.

Luo Jincheng volvió a empujar el cuaderno por la mesa para devolvérselo. Estaba claro que alguien tan listo como Li Wen no iba a tener los datos solo en ese cuaderno de papel.

Li Wen sonrió.

—Lo único que quiero es que nos tratéis como personas, no como residuos.

Se hizo un silencio incómodo por toda la mesa. Un rato después, Lin Yiyu habló con su característica y delicada voz «oficial».

—Xiao Wen —recurrió al diminutivo para mostrar más familiaridad—, podríamos resolver muchas cosas si nos sentásemos a discutir las. Hemos trabajado durante años para incrementar el bienestar de los trabajadores migrantes, pero sin duda aún queda mucho margen de mejora.

—Me alegra que estemos de acuerdo. —Li Wen levantó la taza de té—. Lo que hay apuntado en este cuaderno vale más que mi propia vida, ¿verdad?

La taza flotaba en el aire, temblorosa y a la espera. Luego se levantaron las tazas del clan Lin, seguidas de las del clan Chen. Luo Jincheng se dio cuenta de que lo habían arrinconado. Los tres clanes eran como tres peces a los que se les habían atrancado entre sí las panículas. Si alguno tiraba con fuerza, los tres se quedarían sin boca. Aunque el clan Luo dominaba a los otros dos clanes, no podía despreciar los intereses de los demás y tomar decisiones por su cuenta. Por seguir con las metáforas marinas, un pez muy desesperado podría terminar por romper la red, y las consecuencias no serían buenas para nadie.

Luo Jincheng levantó despacio la suya y le dio un golpe seco contra las otras tres.

Mientras rememoraba aquella escena que había tenido lugar hacía medio año, Luo recordó la mirada de aquel granuja extranjero: tranquila y

calculadora, como si fuese una bomba a punto de estallar. Pero no podía hacer nada. Si se filtraban los datos que había reunido, los tres clanes y la oficina de impuestos tendrían un problema, pero además los estadounidenses podrían aprovechar la oportunidad. Eso era lo que más le preocupaba.

Y ahora su hijo también estaba enfermo, lo que le había complicado la vida aún más. Luo Jincheng se arrodillaba con devoción todos los días delante de la capilla para rezar con fervor a la estatua de Buda que había sido bendecida por los monjes. Rezaba por Him-ri, por la familia Luo y también por Isla de Silicio. Cada vez que veía la misteriosa y áurea sonrisa del Buda, prometía en silencio que si respondía a sus plegarías donaría grandes cantidades de dinero a organizaciones benéficas, renovarían los templos y todos los años ayudaría a organizar grandes festivales el día del aniversario de Buda a los que invitaría a todos los residentes de Isla de Silicio.

«Es como rubricar un contrato de negocios.» La idea revoloteó por su mente, pero la obvió al momento. Sonó el teléfono.

Era el navajero. Después de haberse pasado una semana buscando, al fin había encontrado a la residual. Y había descubierto que el clan Lin también la buscaba.

—Secuéstrala y tráela a la Sala de Ofrendas y Devoción.

Colgó el teléfono.

«¿Se habrá inmiscuido el clan Lin?»

Se arrodilló ante el Buda, extendió las manos delante de él con las palmas hacia arriba y tocó el suelo con la frente tres veces. También frunció los labios para esbozar una sonrisa igual de misteriosa, como si acabase de recibir un mensaje de otra dimensión.

Luego sintió en el interior que alguien le decía:

«Tenemos un trato.»

La luz led que había junto a la habitación del hotel y que indicaba al servicio que podía recogerla estaba apagada. Scott abrió la puerta y encendió la luz. Sin duda, el servicio de habitaciones había estado por allí: todo estaba ordenado y bien colocado, y el aire tenía cierto aroma a cítricos. Encendió la televisión que colgaba de la pared, puso un canal al azar y subió el volumen. Después solía recorrer el lugar con el teléfono: el escáner de radio no detectó ninguna emisión electromagnética inesperada.

«Este sitio está limpio.» Era el mejor hotel de la zona, y también propiedad del clan Luo.

Scott sacó el portátil que siempre llevaba encima y abrió un programa de chat encriptado con modo texto y voz. Tenía muy claro que, a pesar de todo, el lugar no era seguro. Los hombres y las mujeres de la televisión, de apariencia caucásica, hablaban mandarín estándar con fluidez y publicitaban implantes mejorados para mascotas que se habían lanzado en el mercado estadounidense la pasada Navidad.

«Son capaces de intuir mejor tu estado de ánimo y forjar contigo una mejor relación. ¡En SBT nos enorgullecemos de presentar nuestros últimos productos para todas las fiestas del mañana!»

Scott se acordó de los perros chipeados. En unos meses, los bazares electrónicos de Huaqiangbei en Shenzhen estarían llenos de copias *shanzhai* más potentes y adaptadas a los gustos locales. Y luego dichas copias se exportarían a Estados Unidos, donde los trabajadores explotados de SBT que no se podían permitir las originales las comprarían para instalarlas en chuchos sin modificar.

«Esos chinos aterradores que lo piratean y lo copian todo.»

La situación era un tanto absurda. La clase trabajadora estadounidense se quejaba de la barata mano de obra china, pero al mismo tiempo se alegraba de que los asequibles productos chinos los ayudasen a mantener unos estándares



adecuados a su ritmo de vida. Mientras, en China, los dólares se convertían en yuanes y llenaban los bolsillos de nuevos ricos, propietarios de fábricas, distribuidores, técnicos y los burócratas de poca monta que desdeñaban las imitaciones chinas y se dedicaban a intentar replicar el estilo de vida del Lower East Side de Manhattan o del Área de la Bahía de San Francisco, y también la obsolescencia programada de los productos.

Y así, los yuanes se volvían a convertir en dólares.

Conectando... Conexión establecida... Encriptación activa.

HIROFUMI OTOGAWA: ¿Es seguro?

CHANG FENGSHA: Sí.

HIROFUMI OTOGAWA: ¿Cómo va?

CHANG FENGSHA: Tengo algunos candidatos, pero necesito más tiempo.

HIROFUMI OTOGAWA: Genial, pero recuerde que el tiempo es limitado.

CHANG FENGSHA: ¿Qué es esto exactamente? ¿Cómo afecta a los candidatos?

HIROFUMI OTOGAWA: Ya conoce las normas.

CHANG FENGSHA: Solo era una pregunta.

HIROFUMI OTOGAWA: Ha sido un pequeño accidente, nada más. Esto no es más que una misión rutinaria de recuperación. Céntrese en su proyecto principal, por favor.

CHANG FENGSHA: Es más complicado de lo que imaginaba.

HIROFUMI OTOGAWA: Eso he oído. Bueno, son chinos. Normal.

CHANG FENGSHA: Me ceñiré a mi plan. ¿Puede esperar un momento?

Una ligera brisa soplaba en la cara de Scott. Debido a la polución del aire, siempre mantenía bien cerradas las ventanas de la habitación y dependía de que el sistema de aire acondicionado filtrase y renovase el aire.

«¿De dónde viene la brisa?»

Se despidió de «Hirofumi Otogawa», cerró el programa de chat y luego la tapa del portátil. Se acercó a la ventana con cuidado y vio que tenía abierta una pequeña rendija, casi indetectable, y que la brisa húmeda y cálida de las noches veraniegas entraba por ella.

El hotel tenía forma de herradura y la parte abierta daba hacia el mar. Según

los principios del *fengshui*, era una forma adecuada para conseguir riquezas. La habitación de Scott se encontraba en uno de los extremos de la U, desde donde había unas magníficas vistas al mar, lo que hacía que también fuese una de las habitaciones más caras. La ventana abierta daba hacia la parte interior de la U, por lo que desde ella solo se veían las habitaciones del otro lado.

Entornó los ojos. Las luces de neón resplandecieron por la ventana del hotel para formar un mosaico cambiante, y el sonido de las olas al romper contra la orilla llegó a sus oídos de manera intermitente. Confiaba en sus sentidos, que había perfeccionado gracias a un estricto entrenamiento, y había algo extraño en aquella situación, algo que su conciencia no era capaz de reconocer. De pronto, un brillo rojo se iluminó en una de las ventanas apagadas del otro extremo del hotel, en el mismo piso en el que se encontraba él, y luego desapareció tan pronto como había surgido.

«Un láser para escuchar sin ser visto.» Scott se dio cuenta de que la ventana se había abierto para crear un ángulo mejor para la luz y para incrementar la sensibilidad del cristal al vibrar con el sonido de su voz.

Salió corriendo de la habitación por el largo pasillo y calculó la posición de la habitación de la luz apagada. Un hombre se dirigía hacia él y, tan pronto como le vio, se giró y empujó unas puertas de emergencia. Los ecos de sus pisadas apresuradas resonaron en la escalera.

«¡Es él!»

Scott empujó las puertas con fuerza y persiguió al hombre escaleras abajo.

Los veintidós tramos de escaleras le parecieron interminables. El hombre no tenía intención de reducir la velocidad, y la intensidad de su carrera reverberó de un lado a otro y de manera caótica por la escalera. El corazón de Scott latió como si se le fuese a salir del pecho en cualquier momento. Se le aceleró la respiración y vio un mensaje de aviso rojo en su visión. Era de su marcapasos, lo necesitaba a consecuencia de otro accidente.

Las pisadas que resonaban debajo de él cambiaron de dirección de repente. Scott empujó con fuerza otras puertas de emergencia y salió a un aparcamiento subterráneo. La silueta del hombre trastabillaba a la luz de la salida, exhausto al parecer. Scott redujo la velocidad para intentar recuperar el aliento y el ritmo normal del marcapasos. Calculó que su presa medía alrededor del metro setenta, lo que significaba que su zancada era menor que la de Scott. Terminaría por alcanzarlo.

Se oyó el rugido de un motor, y el suelo vibró como si una bestia se hubiese despertado y estornudado. «Joder.» Hizo caso omiso del dolor que sentía en el pecho y empezó a correr con ahínco detrás de la silueta, pero en ese momento oyó cómo el chirrido de unas ruedas se abalanzaba sobre el hombre sin el menor indicio de que fuese a frenar.

La sombra se giró para mirar en la dirección del coche, pero no había alivio y gozo alguno en su gesto. Los faros iluminaron sus facciones cenicientas y su expresión dio paso al puro terror.

Justo cuando el coche estaba a punto de golpearlo, Scott saltó para apartarlo. El impulso lo hizo rodar hasta que se estampó contra la pared. A pesar de todo, el coche no se detuvo, pero se limitó a subir hacia la salida y desaparecer por ella.

Scott se quedó tumbado en el suelo bocarriba intentando recuperarse. Hizo caso omiso del dolor: el corazón le ardía en el pecho como un motor a punto de apagarse sobrecargado. Y empezó a tener convulsiones. Había cometido un error de cálculo y lo iba a pagar caro.

El hombre se levantó inseguro y aún muy afectado por el miedo. Miró a Scott y titubeó.

Scott se obligó a esbozar una leve sonrisa con los conmocionados músculos de la cara.

—No... No sé... —El hombre hablaba en chino—. Me pagaron y me dijeron

que corriese lo más rápido que pudiera. No sé nada, de verdad...

Scott lo entendió todo en ese momento.

«¡Qué listos son los chinos! Usaban el truco llamado “atraer al tigre fuera de las montañas”, una de las treinta y seis estrategias de la antigua China para la guerra y la política.» Al parecer, su verdadero objetivo consistía en sacarlo de la habitación para poder conectarse a su ordenador. Se relajó. Sabía que nadie podría romper el encriptado de su equipo en tan poco tiempo. Si intentaban desmontar la máquina para sacar el disco duro, activarían el mecanismo de autodestrucción. Y si intentaban robar el ordenador para llevárselo, le darían a Scott la oportunidad de seguirlos hasta su guarida.

—¿Podría ayudarme? —preguntó Scott. El hombre se afanó para levantarlo, pero la corpulencia del estadounidense hizo que ambos cayesen al suelo entre una nube de polvo.

La habitación se había alquilado con una identidad falsa. Las cámaras de grabación del pasillo mostraban que el individuo se había disfrazado de empleado del servicio de limpieza para colarse en la de Scott. El hotel no tenía ni idea de quién era el desconocido, y el director Lin Yiyu estaba tan rabioso que parecía a punto de explotar. El hombre se había aprovechado de la persecución de Scott, se había quedado allí durante tres minutos y cuarenta segundos y luego se había marchado con prisa, como si alguien lo hubiera avisado de algo.

La tapa del portátil de Scott estaba cerrada y el equipo seguía apagado, aunque el ventilador estaba caliente.

La silueta misteriosa había usado el montacargas para llegar al vestíbulo, y después se había quitado el uniforme en el baño para salir por la puerta principal del hotel y parar un taxi.

—Hemos rastreado la ubicación del taxi. —Dentro de la suite presidencial, el director Lin mantenía a Scott al tanto de la situación mientras se comunicaba con la policía por unos auriculares Bluetooth—. No se preocupe, señor Scott. No escapará.

Scott asintió. La situación le resultaba divertida. «Eres un ladrón que ha montado todo ese numerito para capturar a otro ladrón. Sin duda eres buen actor.» No le preocupaba mucho el robo de datos, pero sentía curiosidad por saber cómo terminaría aquella farsa. La doctora a la que habían llamado le tomó las constantes vitales: el marcapasos había vuelto a la normalidad, y solo se sentía un tanto agotado.

—¿Arritmia cardíaca? —preguntó la joven doctora mientras le sacaba sangre.

—Es crónico. Taquicardia paroxística. De vez en cuando me aumentan las pulsaciones sin razón aparente.

—He oído que antes de que inventasen las baterías víricas había que cambiar las de los marcapasos cada par de años. En cierta ocasión, un británico que tenía un corazón eléctrico y que necesitaba recargar las baterías cada cuatro horas sobrevivió gracias al enchufe del encendedor del coche.

Scott rio con educación. Notó una punzada en el brazo, señal de que la mujer le había sacado la aguja. Los doctores siempre cuentan chistes por algún motivo, aunque en ese caso hubiese ocurrido de verdad.

Las baterías víricas le hicieron pasar muchísimo miedo a Scott durante mucho tiempo después de que le implantasen el marcapasos. Los científicos le explicaron que los péptidos bioactivos que había en los virus mejoraban las nanoestructuras de las baterías e incrementaban su duración y la estabilidad de la fuente de energía, pero la idea de tener virus con vida encerrados en la cavidad torácica no lo dejaba muy tranquilo.

—Estará bien, pero asegúrese de descansar mucho. —La doctora metió la

muestra de sangre en el analizador portátil y contempló cómo cambiaban las cifras—. ¿Lo del corazón es congénito?

—Fue un accidente.

Scott sonrió e intentó no dar más detalles, pero los recuerdos que casi había olvidado se escaparon de su interior. La herida se reabrió. Le dio un espasmo, como si su palpitante y defectuoso órgano hubiese entrado en contacto con una fría aguja de metal.

Aún tenía la vieja fotografía en la cartera: un arroyo en mitad de la selva tropical, dos niñas guapas que reían, la luz del sol jaspeada en su piel con formas rococó que imitaban las nervaduras de una hoja.

Hacía diez años, Tracy tenía tres y Nancy siete.

Habían ido de viaje a Nueva Guinea. Un instituto de investigación propiedad de Rimbunan Hijau Group había contratado a Scott para investigar el impacto de las explotaciones forestales ilegales en el medio ambiente y las tribus indígenas con el objetivo de forzar al gobierno local a tomar medidas y que Rimbunan Hijau Group tuviese la posibilidad de monopolizar los suministros madereros de Papúa Nueva Guinea. Para Scott, el desarrollo sostenible solo era un sinónimo de saqueo legal.

No tardó en llegar a la conclusión de que al menos el trabajo estaba bien pagado y era un lugar fantástico. Cuando el proyecto estaba bien encaminado, Scott se llevó a su mujer y a sus hijas para que la familia disfrutase de unas vacaciones tropicales.

Al salir de Puerto Moresby, la capital de Papúa Nueva Guinea, Scott se dio cuenta de que encontrar un lugar inmaculado y paradisíaco era más difícil de lo que suponía. La selva estaba impregnada del rugido de las motosierras, que perseguían a las bestias y las aves hacia el interior. Las tuberías de Oil Search

Ltd. parecían una maraña de capilares que recorría los bosques, los ríos y las aldeas para succionar la esencia negra del pasado de los ricos suelos y saciar la codiciosa sed del mundo desarrollado. Los lugareños incluso habían dejado de ser sencillos y sinceros. Después de la destrucción de las selvas de las que dependían para vivir, no había más opción que venderse como mano de obra y aceptar los contratos de la empresa forestal, de usar las motosierras para cortar los árboles que en el pasado habían portado los nombres de sus ancestros.

Las miradas furtivas de los habitantes ocultaban odio y rencor, pero no perdían la oportunidad de rodear a los turistas blancos para presionarlos hasta comprar artesanía local con la que sacar algo de dinero.

Scott terminó por encontrar un lugar llamado Kemaru, que en el idioma local significaba «arco y flecha». Había una catarata y un estanque con forma de luna creciente que se había formado gracias a la caída del agua. Los manglares de la costa extendían sus gigantescas raíces aéreas por el agua y un amplio río se fundía con el mar a poca distancia de donde se encontraba. Allí se veían una playa, las suaves olas del mar de Bismarck y el archipiélago en el horizonte. Quizá Kemaru se llamaba así por el estanque en forma de arco.

No dejó de negarse a los intentos comerciales del guía local, que lo llevaron al límite de su paciencia y terminó por espetarle que se largase de su vista. El enjuto hombre de piel oscura lo fulminó con la mirada y se marchó.

Scott y Susan actuaban como los típicos turistas estadounidenses, rodeados por la luz del sol, el trinar de los pájaros, el agua fresca y las plantas tropicales exóticas. Se tumbaron en unas rocas gigantes que había junto al estanque para disfrutar de la luz del sol en sus espaldas y oír los chapoteos de sus hijas en el agua, riendo como angelitos. «Sí que es el paraíso», pensó Scott.

—Papi, ¿queremos ir allí! —dijo Nancy.

—No te alejes mucho. Y cuida de Tracy.

Scott había comprobado el lugar con anterioridad. El agua no era muy profunda y no había criaturas peligrosas.

—Claro, no te preocupes —dijo Tracy.

—Bien, cariño. Pero no estés mucho rato. Vamos a ir a la playa dentro de poco. Te va a gustar mucho.

Scott ni siquiera se molestó en levantar la cabeza.

Pasaron diez minutos, y Susan empezó a preocuparse.

—¿Tracy? ¿Nancy?

Nadie respondió.

—¡Nancy! ¡Tracy!

Scott se quitó las gafas de sol, saltó al estanque y empezó a nadar a uno de los extremos de la luna creciente. La superficie del agua estaba vacía. Se giró y empezó a nadar hacia la otra orilla. Nada. Se volvió más ansioso cuando vio que Susan empezaba a gritar desesperada.

Se hundió en el agua y abrió los ojos en busca de alguna pista. Terminó por ver algo azul enredado en las gruesas raíces de los manglares, un parpadeo, una luz fosforescente: el bañador de Tracy. Cogió aire y se zambulló a las profundidades. Al parecer, el pie de Tracy se había quedado atascado en las raíces, y los pataleos asustados de la niña la habían dejado aún más enredada. Por suerte, pesaba tan poco y era tan pequeña que Scott la desenredó con facilidad y la sacó del agua.

Tracy tenía el rostro pálido y su cuerpo estaba del todo inerte. Se la pasó a Susan.

—Hazle la RCP —gritó Scott—. Como en el vídeo. Sácale el agua de los pulmones.

Scott se volvió a meter en el agua sin titubear.

Nancy tenía que estar por allí. Abrió los ojos y nadó con fuerza. Vio la



carita de muñeca de Nancy al otro lado de la maraña de raíces parecidas a tentáculos en la que se había quedado atrapada Tracy. Tenía los ojos entornados y la boca abierta de par en par. Sin duda tenía los pulmones llenos de agua. Scott se obligó a mantener la calma y se centró en sacar el cuerpo inerte de las raíces. Parecía haberse quedado atrapada cuando intentaba salvar a su hermana pequeña.

«Cuida de Tracy.» ¿Había causado con esa reprimenda que Nancy no se atreviese a pedir ayuda para salvar a Tracy? El corazón de Scott empezó a latirle con fuerza en el pecho y se quedó sin aire en los pulmones. No tenía fuerza para sacarla de las raíces y sintió que estaba a punto de explotar.

Scott salió del agua y trató de recuperar el aliento. El guía enjuto de piel oscura seguía en la orilla.

—¡Por Dios! ¡Ven y ayúdame!

El guía negó con la cabeza, impasible, aunque era incapaz de entender lo que decía Scott.

—Cien mil kina —dijo.

—¡Te daré lo que quieras! ¡Ayuda!

El guía negó con la cabeza.

—Lo quiero ahora.

—Maldito cabrón. —Desesperado, Scott se quitó el Rolex de buceo y se lo arrojó al guía—. Ese reloj vale más de cien mil kina —mintió.

El guía examinó el reloj y se zambulló en el estanque.

Pero era demasiado tarde.

Scott golpeó al guía hasta que la cara se le quedó hecha un amasijo de carne sanguinolenta. El cuerpo de Nancy yacía tumbado a un lado, bello y pálido como la Ofelia de Millais. No podía creer que la pequeña, tan llena de vida hacía unos pocos minutos, estuviese muerta de verdad. Susan estaba abrazaba a Tracy, que se había quedado aterrorizada y no podía dejar de llorar. El

equipo de rescate de los lugareños, que había llegado demasiado tarde, rezaba por el alma de la niña y, como dictaban las costumbres locales, pegaron la frente al árbol que la había matado y siguieron murmurando. Los lugareños eran animistas, pero Scott no alcanzaba a imaginarse qué podían estar diciéndole al árbol. Sintió que el corazón se le retorció de dolor, como si le hubiesen arrancado del pecho parte de su vida.

El doctor le había dicho que el esfuerzo y las precipitadas bocanadas de aire le habían provocado una taquicardia paroxística. También le aconsejó implantarse un marcapasos. Scott llegó a la conclusión de que no solo le había cambiado el ritmo cardíaco, sino también su vida entera.

Diez años después, Tracy tenía trece años y Nancy aún tenía siete.

Mimi apretó el paso y ni se atrevió a mirar atrás.

Estaba de vuelta en el territorio del clan Luo y caminaba a toda prisa hacia su vieja chabola, pero cuando cruzó por el patio unos pocos lugareños salieron por la puerta con la fotografía en la mano.

—¡Mierda!

Mimi se ocultó por instinto en una pila de basura. Sacó la cabeza y echó un vistazo: no eran los matones del clan Luo. Eran desconocidos y vestían de forma distinta a los pandilleros, pero sin duda la buscaban a ella.

Mimi intentó decidir entre esperar y esconderse hasta que los hombres se marchasen o largarse de allí de inmediato, pero alguien le dio una palmada en la espalda y se asustó como un gato sobresaltado.

—¡Has vuelto, Mimi! Estaba preocupada por ti.

Era Lanlan, que vivía con ella en la misma chabola. No se habían visto desde que Mimi se había marchado a vivir al territorio del clan Chen hacía más de una semana. Le reconfortó ver una sonrisa familiar.

Los desconocidos se giraron al oír su voz. Desesperada, Mimi empujó a Lanlan y empezó a correr, tal y como recordaba de su pesadilla. La superficie del sendero de gravilla, las chabolas y las montañas de basura pasaban a toda velocidad a su alrededor antes de perderse a lo lejos detrás de ella. Oyó gritos a su espalda que se entremezclaban con las ráfagas de aire y parecían los siseos de una serpiente venenosa. La gravilla se le metió en los zapatos y le abrió heridas en la planta de los pies, pero ella se esforzó por seguir corriendo con la esperanza de que el dolor avivara su instinto de supervivencia.

Las voces estaban cada vez más cerca.

Justo cuando Mimi estaba a punto de darse por vencida, vio uno de los *rickshaws* eléctricos que se usaban para transportar agua. Lo conducía el tío He, que era de cerca de su aldea natal y siempre había sido muy amable con ella. No lo dudó ni un instante y saltó a la parte de atrás del *rickshaw*. El carrito se estremeció y los recipientes de agua entorchocaron y emitieron sonidos ahogados. El tío He se sobresaltó, se dio la vuelta y vio que se trataba de Mimi, pero antes de que pudiese hablar, la chica le gritó:

—¡Venga! ¡Vamos!

Se oyó el rugido del motor eléctrico, y el *rickshaw* retumbó por el camino de tierra hacia Ciudad Isla de Silicio. Mimi se apartó de la frente el flequillo sudoroso e intentó recuperar el aliento, pero vio por el espejo retrovisor que aún los seguían.

Las decenas de recipientes de agua que había en el carrito los hacían ir más despacio, y los hombres estaban en muy buena forma. Eran como una manada de lobos que iba detrás de una presa herida, y les siguieron el ritmo a pesar de las nubes de polvo, a la espera de que cometiesen algún error.

Mimi se mordió el labio inferior, tiró de lado uno de los recipientes y le dio una patada para sacarlo del carrito. Rebotó unas cuantas veces sobre la

superficie de la carretera y rodó hacia los hombres como si fuese una bola en una partida de bolos. Los dos que iban delante la esquivaron con agilidad, pero el tercero no lo había visto bien por culpa de sus compañeros y no fue capaz de apartarse a tiempo. El recipiente se abalanzó sobre él, que dio un grito y cayó al suelo. No volvió a levantarse.

—¡Mi agua! ¡Mi agua! —gritó el tío He.

—¡Te la pagaré! —respondió Mimi alzando la voz.

Tiró más recipientes de agua del carrito y uno tras otro rodaron hacia los perseguidores. Intentaron apartarse con torpeza, pero no les quedó más remedio que reducir la velocidad, lo que aumentó la distancia que los separaba del *rickshaw*. Solo quedaron unos pocos recipientes en el carrito, por lo que el *rickshaw* aceleró y Mimi sintió como si el vehículo empezase a flotar. El viaje se volvió mucho más turbulento.

—¡Aguanta! —advirtió el tío He.

Delante de ellos había un puente de piedra que se elevaba sobre una enorme acequia, un cuello de botella en la entrada al pueblo. Era demasiado tarde para frenar, y el tío He tiró del manillar con todas sus fuerzas. El *rickshaw* chirrió y giró casi noventa grados con brusquedad para virar hacia el puente. Habría sido una maniobra mucho más sencilla si el vehículo hubiera estado cargado del todo, pero ahora que Mimi se había librado de la mayor parte de los pesados recipientes, el *rickshaw* pesaba mucho menos y la rueda exterior se elevó por los aires mientras el vehículo se deslizaba por el puente y los vendedores ambulantes situados a ambos lados se apartaban para evitarlo.

El tío He hizo todo lo posible para no golpear a la multitud, pero el peso del vehículo y la velocidad a la que iba eran demasiado para él. Mimi sintió una violenta sacudida y empezó a flotar por los aires. El *rickshaw* se había chocado con gran estruendo contra uno de los embarcaderos del puente. El tío

He había salido despedido hacia el extremo del puente, donde yacía tumbado como una montaña de carne lista para comprar.

Mimi rebotó contra el suelo. Sintió dolor por todo el cuerpo y un sabor metálico y salado en la boca. Pese a estar aturdida, creyó oír cómo se acercaban los pasos y los gritos de los hombres que los seguían. Desesperada, intentó arrastrarse para escapar y aferrarse a la más mínima esperanza. Se agarró a una pierna que se había detenido junto a ella, y que tenía los gemelos duros como piedras.

—Ayuda...

La mente confusa de Mimi vio la cara de Kaizong. Deseó que estuviese allí con ella, como el día del festival, como en el callejón. Levantó la cabeza: el rostro del hombre estaba borroso debido a la luz, pero la silueta de su cara era suficiente para distinguir que reía. Oyó un chasquido agudo, como si alguien hubiese entrecocado dos piedras de jade, y luego vio una llama roja que surgía en el hombro de la silueta.

Fue entonces cuando supo que la suerte la había abandonado.

La tenue luz del sol recorría el pasillo oscuro y alargado y se proyectaba en los jarrones y las botellas que había dentro de la vitrina, donde se refractaba y se convertía en un turbio lustre amarillo verdoso. Kaizong contempló con inquietud los objetos que había en el interior, especímenes de plantas y animales remojados en alcohol medicinal: una gran variedad de serpientes, mudas de piel y órganos reproductores de los ofidios; insectos que no era capaz de reconocer, y tallos y raíces de plantas. Los exoesqueletos quitinosos y ablandados por el alcohol parecían flotar como naves espaciales en un confuso paisaje alienígena.

Los oriundos de Isla de Silicio, sobre todo los que pertenecían a las viejas generaciones, tenían una fe inquebrantable en el poder de la esencia vital de dichos animales y plantas, a pesar de estar sumergidos en alcohol, y en sus propiedades para aumentar la longevidad y mejorar la pericia sexual.

A Kaizong le aterrorizaba la idea de encontrarse con una botella de cristal que contuviese los restos flotantes de un feto desfigurado. Era imposible: las placentas de los recién nacidos eran un suplemento dietético muy codiciado, y muchos enfermeros y doctores habían ganado dinero comerciando con ellas. Hasta la madre de Kaizong había sacado algo por la suya.

«No es mala idea para un anuncio del Fondo Mundial para la Naturaleza — pensó Kaizong—. “Eres lo que comes.”»

Al final del pasillo había una puerta estrecha de cuyas junturas salía una luz

tenue. Kaizong la atravesó y salió al exterior, un terreno circular con grano puesto a secar al sol rodeado de casas de ladrillos burdas pero resistentes. Había un hombre pequeño y delgado sentado en una mecedora de bambú que se balanceaba con suavidad, rodeado por calamares y algas nori desperdigados y secándose en el suelo. Kaizong sintió cómo la brisa densa y salina del mar penetraba en sus fosas nasales.

Cuando el tío Chen le había informado de que el líder del clan Chen, el auténtico presidente de la empresa familiar, quería verlo, Kaizong había intentado imaginar el aspecto del hombre. Pero la imagen que se había formado en su fuero interno estaba tan tergiversada por Hollywood que solo alcanzaba a fantasear con las viejas películas de la mafia, como Marlon Brando en *El padrino* o Robert De Niro en *Érase una vez en América*.

Sin duda no había esperado encontrarse con el anciano consumido que descansaba en calzones y camiseta de tirantes, como si fuese cualquier abuelo de barrio.

El rostro del anciano de noventa y dos años estaba arrugado como una pasa. Tenía unos párpados entreabiertos y temblorosos que le ocultaban el blanco de los ojos. Los abrió poco a poco, como si hubiese detectado una presencia gracias al cambio en el viento, vio a Kaizong frente a él y sonrió. Las arrugas de su cara se concentraron en las patas de gallo y en las comisuras de la boca.

—¿Cómo estás, tío abuelo?

—¡Muy bien! Tú eras... eras...

—Kaizong.

—¡Ah, sí, sí! Kaizong, Kaizong... Qué buen nombre... Una referencia al *Clásico de la devoción filial*, ¿verdad? Significa «directo y claro».

El anciano se levantó a duras penas. Kaizong se apresuró para afianzar la mecedora. Se decía que uno de los ancestros del tío abuelo había alcanzado el rango de *jinshi jidi bangyan*, lo que no solo significaba que había superado el

examen que tenía lugar cada tres años en la corte imperial, un logro mucho más difícil e infrecuente que pasar los exámenes del distrito, de la provincia y de la nación, sino que también había quedado segundo entre todos los examinandos. Era normal que el tío abuelo conociese el origen del nombre de Kaizong si tenía un ancestro tan ilustre y erudito.

—¿Por qué no me ayudas a subir a la azotea? «El sol de poniente es de una belleza infinita», como dirían los poetas. Deberíamos aprovechar todas las oportunidades para contemplarlo.

Kaizong le sostuvo la cabeza al líder del clan mientras subían por la escalera de piedra que había tallada a un lado. Llegaron a una azotea sin parapeto, con forma circular y muy sencilla, que tenía el aspecto de un brazalete de piedra a medio camino entre el mar y la montaña. En el suelo, dispuestos con esmero, había ropa secándose, marisco deshidratándose al viento y paneles solares monocristalinos. Todo ello le daba al lugar una apariencia ordenada y estructurada. El sol se había empezado a ocultar bajo la superficie del mar y la luz resplandecía dorada en lugar de blanca, para luego atenuarse hasta convertirse en un rojo intenso que prendió fuego a las nubes algodonosas del horizonte. La brisa marina les acariciaba la cara y les salpicaba con su frescura salada. Kaizong se sintió revitalizado y esperó a que el anciano hablase.


El rostro del anciano resplandecía al sol del ocaso como una piedra caliza de Taihu, llena de poros y arrugas erosionados por el tiempo. Dirigió la mirada hacia el mar, y a Kaizong le dio la impresión de que las cuencas hundidas de sus ojos ocultaban una extraña luz.

—Ayer fui al templo a rezar.

Le pasó a Kaizong un pedazo de papel rojo.



Templo de Ksitigarbha  
Oráculo de la diosa Mazu  
según el ciclo sexagenario de los diez troncos y las doce ramas

Tablilla: 56	Signo: Cabra de agua
Hexagrama: 	Elemento: Madera
Estación propicia: Primavera	Punto cardinal auspicioso: Este

El cuerpo de la serpiente ansía ser el de un dragón,  
pero el sino parece dispuesto a llevarle la contraria.  
Una larga enfermedad requiere descanso y relajación.  
Se dicen muchas cosas, pero pocas sabias.

Kaizong sabía que los habitantes de la costa a ambos lados del estrecho de Taiwán acostumbraban a rezarle a Mazu para pedir seguridad en el mar, pero no tenía ni idea que la relación que podía tener con él ese ambiguo texto profético.

—¿De quién es el futuro del que se habla ahí?

—Buena pregunta. —El anciano no se dio la vuelta—. He rezado en nombre de todo Isla de Silicio.

No era la respuesta que Kaizong esperaba, pero comprendió al momento las preocupaciones de las que hablaba el poema que le había enseñado el anciano. Aunque no lo hubiese obtenido de Mazu, revelaba sin el menor asomo de duda la actitud del clan Chen con respecto al proyecto de TerraGreen Recycling. Si el anciano realmente pretendía expresar su opinión a través de la voluntad divina, Kaizong no era quién para objetar.

—He vivido durante casi un siglo y nunca he salido de Isla de Silicio. Vi cómo se secaban y marchitaban los arrozales y cómo nuestro suelo se convertía en un yermo ponzoñoso. He visto arrecifes de coral hundirse con las

explosiones, bahías inundadas de agua empezando a internarse en la tierra, puertos y puentes que brotaban a más velocidad que los cultivos. He visto navíos de guerra acercándose por el horizonte mientras los bancos de peces se alejaban cada vez más y escaseaban más que nunca. He oído por altavoces, por la radio y por la televisión una infinidad de canciones conmemorativas, pero las óperas tradicionales que hablan del sufrimiento del pueblo son cada vez menos y empiezan a desaparecer.

»Isla de Silicio padece una enfermedad muy grave y seria, pero no se puede curar con una dosis única y potente de un fuerte medicamento. Por el contrario, y como dirían los que saben de medicina, intentarlo solo serviría para avivar unas llamas aún más intensas y venenosas que atacarían el corazón.

«Qué egoísta.» Lo primero que había sentido Chen Kaizong al oír el soliloquio del anciano era repulsión.

Sabía muy bien que explotaban y oprimían al pueblo. Era algo que se había repetido a lo largo de la historia: siempre había un grupo de gente, no importaba si eran de la misma o de diferente raza, que terminaba por considerarse de una clase superior, ya fuese en nombre de los dioses, de la nación o del «progreso». Dicho grupo escribía las leyes y creaba normas que le permitiesen dominar las vidas de los demás, tanto en cuerpo como en alma.

«La supervivencia es una justificación más que suficiente.» A Kaizong no le costaba convencerse cuando leía cosas así en los libros de texto, pero cuando todo era real, cuando estaba vivo y coleando delante de él, era mucho más complicado.

Durante las últimas semanas se había inmiscuido en la vida y el trabajo de los residuales. Había visto la apariencia pálida y enfermiza de las mujeres jóvenes y sus manos ásperas debido a los potentes y corrosivos productos químicos; había respirado hedores que le habían dado arcadas, probado los alimentos repugnantes que les repartían los jefes y comprobado de primera

mano los salarios sorprendentemente bajos que les pagaban. Pensó en Mimi, en su sonrisa ingenua, en las partículas de metales pesados que tendría pegadas a los vasos sanguíneos; pensó en las células dañadas de su epitelio olfatorio y en su deteriorado sistema inmunológico. Era como una máquina autorregulada y sin mantenimiento, y, como el resto de los cientos de millones de personas que conformaban la mano de obra de aquel lugar, trabajaría sin descanso día tras día hasta que llegase la hora de su muerte.

A Kaizong le dio un vuelco el estómago. No era capaz de explicar por qué se sentía así. Vio que el anciano se había girado para mirarlo, como si estuviese en trance. Sonrió y luego dijo, con naturalidad:

—He oído que tienes una relación muy estrecha con una de las residuales.

—Se llama Mimi —corrigió Kaizong a propósito.

—Cierto. Es que no estoy acostumbrado a llamarlos por su nombre.

—Uno puede acostumbrarse con el tiempo.

Kaizong intentó reprimir la rabia y se esforzó por que sus palabras sonaran respetuosas. No quería ofender a ese anciano tan poderoso.

—Ja, ja. Los jóvenes siempre creen que la Gran Muralla se construyó de la noche a la mañana.

—No, pero sí que podría derrumbarse en una noche.

—Supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa. ¿No tenías una cita con ella esta noche?

La pregunta pilló a Kaizong por sorpresa, pero el anciano había dejado de mirarlo y ahora contemplaba el horizonte.

Kaizong empezó a recordar los encuentros con Mimi: el perro muerto y su cadáver espasmódico, el mar lleno de resplandores azulados, el aspecto similar a una divinidad que tenía la chica en la playa de Custodio de Marea... Intentaba dilucidar en qué momento los habría espiado el clan. De pronto reparó en que los resplandores que veía en las cuencas hundidas del anciano

no eran los reflejos del sol del ocaso: los pequeños puntos azules titilaron como la luz de estado de un terminal inalámbrico que recolectara secretos en el éter.

Consiguieron capturar al intruso, aunque Scott no las tuviese todas consigo.

La sala de interrogatorios estaba limpia y bien iluminada. No se parecía en nada a como se la había imaginado. El hombre tenía un rostro joven de facciones marcadas y una de las manos esposada a la silla. Cuando Scott entró en la estancia, el joven levantó la cabeza y la ladeó un poco a la derecha, como si intentase comparar la cara de Scott con la de alguien que tenía en mente. Habló en el idioma de Scott, pero con un marcado acento cantonés:

—Al fin nos vemos, señor Scott Brandle. Tenía muchas ganas.

—¿Me conoce?

—Más de lo que se puede imaginar.

—Explíquese, por favor.

—No perdamos mucho tiempo hablando de usted, ¿le parece? Exxon-Mobil, Rimbunan Hijau, el Banco Mundial, TerraGreen Recycling y el terrorífico titiritero que está detrás de todas ellas. ¿No cree que todos esos nombres comparten un mismo apellido? Avaricia.

El hombre le dedicó una sonrisa petulante.

—Un chiste muy inteligente, pero déjeme recordarle que la familia Avaricia tiene unos tentáculos muy largos, así que será mejor que vaya al grano antes de que le pegue un puñetazo en su bonita cara.

—No lo hará. —El hombre giró la cabeza en dirección a una de las esquinas del techo—. Nos vigilan y seguro que también oyen lo que decimos. Yo en su lugar tendría mucho cuidado.

Scott se acomodó en la silla con torpeza. Las patas rechinaron por el suelo y

emitieron un sonido desagradable.

—¿Quién es y qué quiere?

Bajó la voz a propósito, como si no fuese consciente de la sensibilidad del equipo de monitorización.

—Lo que yo quiera da igual. Lo importante es lo que queremos. Sabemos de las estratagemas que han usado en Venezuela, en Papúa Nueva Guinea, en Filipinas y en África Occidental. Llegan como salvadores que quieren fomentar el desarrollo de la economía local y crear empleos. Magnífico. ¡Ja! Eso no nos interesa, el mundo es como es. Lo que sí nos interesa es lo que hacen en realidad, las pequeñas grietas que serían capaces de hacer descarrilar una montaña rusa. Créame, no le conviene formar parte de un escándalo de este nivel. Será peor de lo que es capaz de imaginar, aunque usted no esté directamente relacionado.

Scott no dijo nada. Sin duda, esas personas sabían cosas que no deberían.

El trabajo debería haber sido sencillo. Solo tenía que viajar a Isla de Silicio con el nombre de Scott Brandle, un importante ejecutivo de TerraGreen Recycling, y usar una serie de técnicas habituales (tecnología avanzada de protección medioambiental, pronosticar una mejoría económica, demostraciones de insumos y resultados, promesas de beneficios sociales y nuevos trabajos a medio-largo plazo, sobornos sexuales... ese tipo de cosas) con las que darse prisa para atraer el gobierno local y hacerle firmar el acuerdo a efectos de crear en conjunto un polígono industrial para la industria del reciclado. TerraGreen Recycling aportaría la tecnología y algo de financiación, y el gobierno de Isla de Silicio se encargaría de encontrar la ubicación, del acuerdo entre los clanes locales, de rehabilitar los recursos de la actual industria de procesamiento de residuos de la zona y, en último lugar, de asignar la gran cantidad de mano de obra necesaria.

A simple vista, no era un mal acuerdo. De hecho, la balanza parecía

decantarse a favor de Isla de Silicio, ya que TerraGreen Recycling había aceptado aportar recursos adicionales para limpiar la polución del agua y de la tierra.

A cambio, la empresa tendría el derecho de comprar los recursos renovables que se reciclaran en Isla de Silicio a un precio asequible. Era un trato que resolvía de un plumazo el mayor problema del gobierno local: les proporcionaba una fuente de ingresos constante y a largo plazo con la que pagar los intereses y el crédito del banco y aumentar el PIB anual.

También era la razón por la que el director Lin Yiyu había cambiado su actitud previa e intentado cerrar el acuerdo a pesar de la presión a la que se había visto sometido. A diferencia de los funcionarios que pasaban por las oficinas locales como si fuese un trabajo temporal, él había nacido y se había criado en Isla de Silicio. Era el lugar donde se habían desarrollado todas las relaciones conyugales y consanguíneas de la familia Lin, y quería conseguir un beneficio real para las futuras generaciones de Isla de Silicio y dejar el nombre de la familia en buen lugar. Pero la realidad había sido muy cruel: se había visto entre la espada y la pared (el clan y el gobierno), y aunque había intentado salir airoso, había terminado como un perro callejero: perdido e infeliz.

Scott sabía que el trato sonaba demasiado perfecto como para ser real. Los únicos que se enfrentaban a plena luz del día eran los pandilleros que vivían en las calles. Los verdaderos asesinos mantenían las armas envainadas y se hacían con la victoria sin que los filos se manchasen con la sangre de sus enemigos.

—He oído que los sospechosos suelen morir durante los interrogatorios y que las autopsias oficiales no revelan nada —comentó Scott con tono impasible.

—Estaba listo para morir desde que puse el pie en Isla de Silicio. Y no seré

el último.

El joven lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no me dice lo que quiere y ya está?

De repente, Scott se había cansado del juego. Llevaba demasiado tiempo fingiendo ser otra persona, demasiadas personas, y ya ni siquiera recordaba cómo actuar cuando no interpretaba un papel.

—Déjeme llamar por teléfono y mi jefe se pondrá en contacto con usted. Este lugar no está limpio.

«Limpio. —La palabra le sentó como un alérgeno y se rio a carcajadas a pesar de que la mirada ceñuda del joven no daba pie al humor—. El mundo no es un lugar limpio.»

—Pues lo limpiaremos.

Aquel doble sentido fue la última palabra de Scott, quien se levantó y se marchó de la estancia. La cámara que había en la esquina del techo siguió grabando a la figura enjuta, tan distorsionada por el objetivo que llegó a parecerse a una cucaracha aplastada cuyas patas se extendían poco a poco a medida que la vida abandonaba sus articulaciones.

El sol del atardecer se había coagulado para formar un resplandor rojo y sanguinolento en el horizonte.

El rostro del anciano era como una hoja de papel ardiendo. Las llamas arrugaban y convertían en cenizas lo que quedaba de la página después del paso de tantos años. Le colgaban los párpados, pero era capaz de ver cualquier cosa. No pronunciaba palabra alguna, pero era tan tajante como el tañido de una campana de bronce.

Kaizong comprendía muy bien que la figura que tenía frente a él era mucho más que un anciano en el ocaso de su vida. Las luces chisporroteantes que

salían de sus ojos sin duda eran producto del último modelo de lentillas de realidad aumentada, aunque Kaizong no estaba seguro de qué nivel de acceso tendrían. Estaban en una zona con velocidad de transferencia restringida, y ver un anciano con un equipamiento así era inquietante. Daba la impresión de que el hombre podía arrancarse el disfraz en cualquier momento y convertirse en un asesino despiadado.

Pero el anciano se limitó a sonreír y negar con la cabeza. Luego dijo en voz baja:

—Sé que fuisteis a la playa de Custodio de Marea. No es un lugar recomendable.

«No es un lugar recomendable.»

Era una frase como cualquier otra, pero a Kaizong le sentó como una puñalada en el corazón.

—He oído rumores de que...

—Son ciertos. —Lo interrumpió el anciano—. Se llama palirromancia.

La playa de Custodio de Marea no se veía desde el lugar donde se hallaban. Desde allí solo atinó a distinguir la puntiaguda cúspide de la pagoda sobresaliendo por encima de las azoteas circundantes, que parecían conchas de tortuga. Era fácil que pasara desapercibida si uno no sabía que se encontraba allí. A medida que se ponía el sol, el mar perdió poco a poco la tonalidad áurea y rojiza, primero junto a la costa y luego a lo lejos, como si fuese plomo fundido que se enfriase hasta volverse gris. Las líneas blancas y ondulantes de la superficie parecían las de un osciloscopio: se elevaban y descendían antes de elevarse de nuevo, como una partitura musical interminable o una canción interpretada por la gravedad que sonase desde hacía eones.

Kaizong escuchó al anciano describir con apatía un acontecimiento histórico



que no estaba escrito en ningún libro. Sintió de repente un escalofrío que le recorría la espalda.

«Solo es el viento —pensó—. Por favor, que solo sea el viento.»

Se decía que la pagoda de Custodio de Marea había sido erigida por Han Yu, el viceministro de Justicia de la dinastía Tang. Han Yu se oponía al plan del emperador Xianzong[13] para alojar el hueso del dedo de Buda en el palacio, lo que le había costado el destierro de la corte y que lo degradasen a prefecto de Chaozhou. Después de visitar Isla de Silicio, que en aquel momento no se llamaba así, claro, Han Yu había ordenado la construcción de la pagoda. Tiempo atrás, en el exterior de esta había una estela de piedra grabada por el mismísimo Han Yu: «Los que observen las mareas comprenderán el mundo. Los que demuestren bondad y decencia conseguirán buena fortuna». La marea arrasó la estela durante una tormenta tropical.

Algunos pensaban que el pareado de Han Yu era una muestra de su resentimiento hacia el emperador Xianzong. Quienes afirmaban eso demostraban no haber entendido los acontecimientos. De hecho, los dos versos estaban dedicados a una de las costumbres más antiguas de los oriundos de Isla de Silicio: la palirromancia.

La palirromancia era una técnica de adivinación cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos. Se suponía que era el resultado de una sabiduría acumulada durante generaciones por los pescadores del lugar. Interpretaba la posición, el estado y el recorrido de los restos de los naufragios que llegaban a la costa gracias a las mareas para adivinar el futuro. No obstante, mientras que otros métodos de adivinación dependían de objetos inanimados como ramas, conchas de tortugas, huesos de animales, montículos de arena, monedas o varillas de bambú, la palirromancia necesitaba seres vivos.

Los antiguos habitantes de Isla de Silicio creían que los seres vivos que se ahogaban durante las mareas quedaban ligados al espíritu del mundo y se

convertían en mensajes extremadamente sensitivos y receptivos que albergaban información sobre el futuro, lo que los convertía en herramientas excepcionales para que los adivinos tuviesen visiones más precisas del porvenir.

El único estanque que se formaba en los bajíos de Isla de Silicio era el sitio ideal para realizar la palirromancia. Los antiguos habitantes del lugar se quedaban en el extremo del tentáculo y tiraban el sacrificio con vida al agua para luego irse a la playa de Custodio de Marea a esperar a que la criatura se ahogase y llegase a la costa arrastrada por la marea. Se decía que en el pasado la playa estaba dividida en doce secciones iguales y marcadas con bloques de granito grabados con sellos para ayudar durante la adivinación, pero se destruyeron durante la Revolución Cultural.

—Entonces... lo que se sacrificaba... —A Kaizong le costaba hablar y carraspeó.

—Eran terneros o corderos recién nacidos. También perros —explicó el anciano—. Al menos, la mayoría de las veces.

El sacrificio se ataba con unas cuerdas y nudos especiales para que la criatura no pudiese escapar nadando ni apoyarse en el fondo, pero las ataduras se dejaban sueltas para que pudiese sacudirse y forcejear lo suficiente para así prolongar el proceso. Al morir, el largo y lastimoso viaje por el mar dejaba los cuerpos retorcidos en posturas imposibles, como si hubiesen quedado destrozados debido a una discusión con el mundo espiritual: rostros desencajados, miradas vacías y almas anegadas.

Si el sacrificio llegaba vivo a la costa, su destino dependía del mensaje de los espíritus que llevase consigo. Si el augurio era propicio, la gente esperaba a que la criatura muriese y luego la enterraban con los rituales acostumbrados. Por otra parte, si el augurio era desfavorable la gente la lapidaba y enterraba

el cadáver en un lugar desolado sin dejar marca alguna para así evitar que la mala suerte siguiese el rastro hasta el hogar del adivino.

Kaizong sabía muy poco sobre el viceministro Han Yu, pero el tío abuelo Chen le contó que era un extremista capaz de arriesgar el pellejo para afirmar que el supuesto dedo de Buda debería ser «destruido por las llamas y lanzado a los mares indomables» para que la gente no cayese presa de una falsa fe y las futuras generaciones quedasen libres de tales peligros. Resultaba casi inconcebible que un ateo tan acérrimo hubiese escrito las palabras «los que observan las mareas comprenderán el mundo», ya que había en ellas cierto tono de admiración.

El tío abuelo Chen le explicó que se debía a que Han Yu, que había visto truncados sus planes políticos, le había pedido al adivino que le predijese el futuro y había vivido de primera mano una ceremonia palirromántica. Habían amarrado las extremidades de un perro antes de tirarlo al mar con el vientre hacia arriba. Una hora después, el cadáver había llegado a la playa con la tripa hinchada y en la misma posición. La siguiente ola había levantado el cuerpo y le había dado la vuelta, dejándole el morro enterrado en la arena.

El adivino interpretó el presagio de la siguiente manera. Aunque para Han Yu era imposible poner la balanza a su favor durante este ciclo, debía mantener una actitud discreta y esperar al siguiente, momento en el que estaba seguro que regresaría a la capital en un puesto de gran relevancia. En general, se trataba de un augurio muy propicio.

Cuando el emperador Muzong, el hijo y sucesor de Xianzong, llegó al trono, mandó llamar a Han Yu y lo ascendió a decano de la Academia Imperial, y luego a viceministro de Defensa y viceministro de Trabajo. La pagoda y la estela fueron los regalos con los que Han Yu agradeció a los espíritus los buenos presagios que le habían hecho llegar.

—Entonces ¿cuál es el significado del segundo verso del pareado: «Los que

demuestren bondad y decencia conseguirán buena fortuna»?

Kaizong se preguntaba cuál era la opinión del reputado académico sobre los sacrificios. Le costaba imaginarse a Han Yu, el héroe legendario que había perseguido cocodrilos por los ríos de Chaozhou,<sup>[14]</sup> como un ecologista que luchara por los derechos de los animales.

—A veces —los ojos del anciano empezaron a titilar— también usábamos humanos en los rituales de palirromancia.

—Falso extranjero, ¿ahora entiendes por qué el barquero no se atrevió a atracar el sampán? —había preguntado Mimi esa noche en la playa de Custodio de Marea.

Se encontraban en un cementerio que parecía una fosa común. Unas pocas placas de madera sobresalían del suelo oscuro para indicar el lugar en el que habían enterrado los cuerpos en aquel solar. Pero las placas solo tenían escrito el año de la muerte, no el año de nacimiento ni el nombre. También había desperdigados unos cuantos billetes de dinero fantasma y restos de incienso y velas quemadas. A la pálida luz de la luna, el paisaje tenía un aspecto sobrecogedor. Mimi juntó las manos, bajó los ojos y murmuró una plegaria.

—Son... —Kaizong bajó la voz, como si tuviese miedo de molestar a los fantasmas misteriosos y sin hogar.

—Son los cadáveres anónimos que las mareas traían a la costa. Algunos intentaban entrar a cualquier precio en Hong Kong; otros se supone que eran mujeres y niños que los nativos asesinaban en sus... ceremonias...

A pesar de ser ateo hasta la médula, Kaizong se estremeció al oírla. No tardó en calmarse.

«Seguro que no es más que una leyenda urbana inventada por los trabajadores migrantes para hablar mal de los lugareños.»

—¿Me has arrastrado hasta aquí en mitad de la noche para esto?

—Claro que no. ¡Mira! ¡Mira allí!

Mimi giró la cabeza para señalarle una inmensa sombra que había en una esquina del cementerio.

—Vaya.

Kaizong se detuvo delante del objeto, pasmado por su tamaño y su apariencia espeluznante.

Sacó su robusto teléfono móvil y limpió la condensación de la pantalla; esta emitía un pálido resplandor que iluminó el guardián budista-taoísta del cementerio: un exoesqueleto robótico de casi tres metros de alto, un *mecha*. Las planchas de aleación estaban cubiertas por símbolos taoístas que ocultaban por completo el auténtico color de la pintura del metal, de cada protuberancia colgaban rosarios budistas de plástico o de madera que se entrecrocaban debido a la brisa como campanillas de viento. Incluso las articulaciones estaban cubiertas de lazos de un rojo resplandeciente para atraer la buena fortuna.

El *mecha* no era tan impresionante si se lo comparaba con los cazas Su-35 que se subastaban en eBay: tan solo un juguete abandonado por algún rico muy impulsivo. El desarrollo cada vez más esotérico de la ciencia de materiales y las técnicas de fabricación había convertido a la ingeniería inversa en un arte muy difícil e impracticable. Se podrían poner como ejemplo las fibras musculares electroactivas artificiales del *mecha*, que habían sustituido a los actuadores hidráulicos tradicionales: aunque uno conociese al dedillo la estructura y la composición de dichas fibras, no había forma alguna de replicarlas. La época en la que era posible interceptar y capturar un caza enemigo y usarlo para mejorar de manera significativa la ingeniería aeronáutica de la nación era cosa del pasado.

Kaizong tenía mucha curiosidad.

«¿Cómo habrá acabado allí el *mecha*? ¿Y por qué tendrá ese aspecto tan extraño?»

Mimi abrió los ojos cuando terminó la oración. Como si le hubiera leído la mente, titubeó un instante y luego respondió:

—Es del hermano Wen.

El hermano Wen se había quedado aquel extraño descubrimiento tan pronto como había llegado a Isla de Silicio. Había conseguido reparar todos los daños visibles y reconectar las baterías víricas a una fuente de energía en su chabola privada que hacía las veces de laboratorio. Tras una investigación más a fondo, descubrió que se podía controlar el *mecha* de dos maneras diferentes. La primera era con un control remoto. Intentó piratear los protocolos de comunicaciones, pero el sistema no respondía. Abatido, se centró en el otro sistema de control: enlace mediante sensores de fuerza. Requería que alguien se metiese en la cabina del *mecha* y lo pilotase gracias a que la armadura metálica era capaz de sentir los movimientos y reproducirlos.

Como era de esperar, él no pensaba exponerse de manera innecesaria, así que eligió a un huérfano: Ah Rong.

El cuerpo flacucho de Ah Rong contrastaba mucho con el voluminoso exoesqueleto de metal mientras subía por él con el rostro iluminado por la alegría. Movi6 las manos y las piernas de un lado a otro hasta que se encendieron las luces de los indicadores. Emocionado, el hermano Wen le gritó que empezase a moverse. Como la máquina no estaba adaptada a un piloto específico, los movimientos del *mecha* eran lentos y torpes, como los de un astronauta que caminase por la superficie de la luna. Los sensores de fuerza se comunicaban cientos o incluso miles de veces por segundo con el ordenador central, que después de realizar los cálculos pertinentes transmitía las señales a las fibras musculares electroactivas. Todo eso hacía que el *mecha* se contrajese y moviese. Si los enlaces se veían afectados por algún tipo de retraso, el piloto sentía como si se moviera por un líquido viscoso, ya que la máquina replicaba los movimientos mucho tiempo después.

Gracias a la descripción de Mimi, Kaizong pudo visualizar de una manera bastante aproximada lo que había ocurrido.

Los movimientos del *mecha* de Ah Rong se volvieron más ágiles y acompasados de manera paulatina. Ah Rong también se emocionó y empezó a aplastar las montañas de desechos con los brazos mecánicos del aparato. Empezó a correr mientras la multitud de espectadores trataba de seguirle el ritmo.

Era una combinación increíble de fuerza y velocidad. El *mecha* de Ah Rong corría con las mismas zancadas grandes y ligeras que él, pero cada vez que el robot pisaba el suelo provocaba un estruendo funesto. Trotaba sin dirección ni objetivo en mente, como un Hércules ciego que buscase la manera de desatar su fuerza bruta.

El hermano Wen corrió detrás de él e hizo todo lo que pudo por seguirle el ritmo. Gritó para que Ah Rong se detuviese, porque se había dado cuenta antes que nadie de que algo iba mal.

El *mecha* de Ah Rong se empezó a mover como si intentase zafarse de algo. Agitaba los brazos y las piernas con vehemencia y destruía las casas, los árboles y los coches con los que se topaba. La multitud se desperdigó aterrorizada para intentar apartarse de aquel monstruo de metal descontrolado. La bestia dejó a su paso una nube de polvo, escombros, ramas rotas y esquirlas de cristal, y salió del territorio del clan Luo para dirigirse a la playa de Custodio de Marea, que era tierra de nadie.

Los niños residuales que corrían delante del monstruo gritaban con una emoción surgida de la ignorancia.

«¡Ah Rong está que arde! ¡Ah Rong está que arde!»

Y era cierto. Unas nubes de humo negro que olían a carne quemada salían de la cabina del exoesqueleto fuera de control. Solo entonces comprendieron todos que el *mecha* de Ah Rong pretendía llegar al mar.



Pero no lo consiguió.

Cuando Mimi llegó al lugar y se abrió paso entre la tupida muchedumbre, vio que el *mecha* de Ah Rong se encontraba de pie e inmóvil junto al cementerio. El cuerpo esquelético del chico estaba negro como el carbón y no dejaba de arder y humear en el interior de la armadura de aleación como un pedazo de beicon achicharrado. El hermano Wen trató sin éxito de apagar el fuego con puñados de arena. Los sistemas eléctricos chisporrotearon y se cortocircuitaron. Las expresiones de la multitud estaban cargadas de miedo, pero con un atisbo de satisfacción a pesar de todo, como si disfrutasen con aquella muerte tan dramática. El gesto del hermano Wen reflejaba una expresión complicada, una amalgama de remordimientos, fracaso y quizá un poco de tristeza.

Al cabo de tres días, la tragedia se había convertido en otro episodio más de las leyendas de la playa de Custodio de Marea. El huérfano Ah Rong era ahora otro ejemplo de la lógica implacable del karma: seguro que su destino era fruto de algún pecado cometido en una vida anterior.

Nadie recordó qué papel había desempeñado el hermano Wen en los acontecimientos.

Kaizong examinó las marcas de quemaduras que había en el interior de la cabina: el asiento aún tenía restos de grasa del cadáver incinerado, además de los cristales de silicato que había dejado el fuego y que rodeaban el logotipo de Lockheed Martin. «Seguro que se sobrecalentó debido a los cortocircuitos», pensó al tiempo que recordaba la escena de la aldea Xialong. Le entraron ganas de vomitar.

—Nadie quiere tocar los residuos que están relacionados de alguna manera con la muerte. —Mimi volvió a unir las manos como si fuese a rezar—. Todo el mundo cree que este lugar está cargado de mala suerte, y si alguien pasa por

aquí por error tiene que comprar dinero fantasma e incienso o hacer ofrendas a esta... deidad. Todos afirman que trajo a Ah Rong aquí para vengarse.

La voz de Mimi estaba cargada de incertidumbre, como si no se creyese nada de lo que decía pero al mismo tiempo temiese la armadura metálica.

Al principio, Kaizong no entendía por qué tenía tanto miedo. Siempre había pensado que las supersticiones eran muy cómicas. No obstante, mientras se marchaban, echó la vista atrás y vio un resplandor infausto y azulado en el interior de esa armadura infernal que en el pasado había prendido fuego a un alma inocente. Cuando se fijó bien en la luz, se dio cuenta de que en realidad no era más que el reflejo del haz luminoso del faro en la distancia al pasar por el cementerio desolado y por la blanquecina playa, que luego dejaba un rastro efímero por la superficie del mar para culminar en un punto resplandeciente en la distancia.

El mar nocturno era como una bestia negra y durmiente cuyas potentes exhalaciones estaban imbuidas de una energía hipnótica. Era un lugar que pocos se atrevían a hollar. Hace años, también había sido un cementerio para los cadáveres anónimos que habían fracasado en sus intentos por entrar de manera ilegal en Hong Kong. Luo Jincheng contempló cómo subía y bajaba la marea desde la ventana del coche, como si fuese un pergamino fúnebre de color blanco óseo que se desenrollase poco a poco a la luz de la luna y del haz del faro. Al final de dicho pergamino había un brillo anaranjado que aportaba una sensación reconfortante a la fatídica escena.

Era el lugar al que se dirigía, el lugar al que en privado la gente llamaba la Sala de Ofrendas y Devoción. Los vivos no necesitaban ofrendas en Isla de Silicio, pero los muertos sí.

La chica resultó ser más joven de lo que se había imaginado. El pecho se le

agitaba con violencia y las heridas que se le habían abierto al arrastrarla por el suelo no dejaban de sangrar. Emitía unos gruñidos animales con la boca medio abierta y tenía una mirada cargada de terror, pero no parecía confundida, como si supiese de antemano que aquel día terminaría por llegar.

Luo Jincheng les indicó que la desatasen. Después de toser un par de veces, la mordaza sucia que tenía en la boca cayó al suelo llena de babas, como una bola de pelo escupida por un gato.

—No tengas miedo. —Se acuclilló junto a ella y le dedicó una sonrisa amable—. Te dejaré marchar en cuanto respondas unas pocas preguntas.

El miedo del rostro de la chica no se atenuó.

—¿Has visto a este chico? —Luo Jincheng levantó el teléfono para enseñarle el fondo de pantalla.

Las pupilas de la chica se dilataron y se contrajeron de inmediato.

—Dime, ¿qué le hiciste?

Luo Jincheng lo preguntó con tono tranquilo, de modo que los espectadores tal vez incluso notasen algo de misericordia.

La chica se quedó quieta durante unos instantes y luego empezó a agitar la cabeza con fuerza.

Luo Jincheng miró las lámparas del techo y la cálida luz amarilla que proyectaban sobre todos los que se encontraban en la estancia, una luz que creaba una atmósfera agradable y hogareña más propia de una comedia televisiva. Los testigos habrían encajado más en la escena de no haber tenido esos instrumentos de metal resplandeciente en las manos. Luo Jincheng suspiró.

—¿Por qué no se separa de ti ese estadounidense?

La ilusión se dibujó en el rostro de la chica, como si ella se hubiese hecho la misma pregunta. Poco después, habló al fin.

—Dice que le gusta hablar conmigo...

El navajero y los otros dos matones estallaron en carcajadas. Armaron tanto escándalo que dio la impresión de que las lámparas se habían empezado a balancear.

Luo Jincheng se giró hacia ellos enfadado y se quedaron en silencio al instante. El hombre negó con la cabeza y volvió a mirar a la residual, que le pareció tan frágil que podía partirse en dos en cualquier momento. «Estoy perdiendo el tiempo, joder.» Se levantó.

—No la saquéis de aquí y traédmela el octavo día del mes lunar.

Luo Jincheng caminó hacia la puerta y se detuvo como si acabase de recordar algo. Se dio la vuelta, se fijó en la emoción innombrable que había en los rostros de aquellos mocosos que lo habían seguido durante tantos años y se dio cuenta de que en el pasado él también había sido igual. Luego espetó:

—La necesito viva.

Kaizong corría guiado por el pánico. Llegaba muy tarde a la cita con Mimi. Era como si una mano invisible le oprimiera el estómago al ritmo de los latidos de su corazón desbocado, y también sentía cómo un acceso de asfixia y de náuseas le recorría el cuerpo con cada zancada. No podía dejar de pensar en la escalofriante escena. Era incapaz de creer que tales barbarismos hubiesen sido costumbre en su tierra natal durante miles de años, que la sangre de sus venas albergase una herencia tan primitiva.

Le costaba respirar, como si fuese aquel perro convaleciente con las extremidades atadas que habían tirado al mar bravío para que se enfrentara a la muerte rodeado de espuma y patrones de luces verdeazulados para luego ser arrastrado sin remedio hacia la distante playa. El perro se convirtió en un bebé, un niño nacido fuera del matrimonio cuya suave piel se tornó pálida y arrugada debido al agua salada y adquirió la apariencia de gusanos hinchados

que se retorcían y se enroscaban en los vórtices que formaban las mareas. Luego, despacio y como si fuese un alga marina danzante, el bebé se desplegó para dar lugar a una joven cuya estrecha cintura quedó atrapada y se agitó en la corriente, forzada a mantener posturas imposibles como si fuese una marioneta sin cuerdas imbuida de una belleza frágil y despiadada.

—Las mujeres impuras y su progenie bastarda. —Las palabras del anciano resonaron en su cabeza como si fuesen un conjuro—. No dejan rastro alguno en Isla de Silicio, como la historia extraoficial que te he contado.

—Pero entonces ¿cómo es que la conoce tan bien?

Se arrepintió de la pregunta nada más formularla.

El cadáver de la mujer que se había imaginado giró despacio presa de la marea, y sus cabellos, que parecían algas marinas, dejaron al descubierto un rostro exánime.

El rostro de Mimi.

Kaizong al fin había llegado a la chabola de Mimi. Se inclinó hacia delante y se apoyó en las rodillas. El sudor le bajaba por la espalda e intentó recuperar el aliento mientras hacía caso omiso de las miradas sorprendidas que le dedicaban las residuales. Mimi no estaba en el trabajo ni tampoco en su chabola. Había desaparecido y nadie sabía nada de ella. La ansiedad se apoderó de él como una bandada de cuervos. Le temblaba todo el cuerpo, como cuando había visto las chispas azules saliendo de los ojos del líder del clan Chen.

Nunca había podido olvidar el rostro del anciano cuando le reveló la solución de aquel misterio.

—Yo también soy un observador de las mareas.

Lo dijo con rostro apacible. Toda la conversación previa con Kaizong había servido para allanar el camino a dicha revelación.

O quizá solo pretendía que Kaizong llegase tarde a su cita.

Se quedó de pie a la luz de aquel ocaso tenue y húmedo mientras contemplaba el camino vacío, perdido, a la espera de ver algo que nunca llegaría. Los músculos del rostro se le retorcieron y se estremecieron, como si intentase rechazar una idea, un pensamiento que era incapaz de apartar, como una mosca que zumbase sobre su cabeza. Pero cuanto más lo intentaba, más real y omnipresente se volvía el presagio, como un cáncer que se extendiese hasta ocupar todos los rincones de su mente.

Nunca volvería a ver a Mimi.

**SEGUNDA PARTE**

# **OLA IRIDISCENTE**

Para todas las fiestas del mañana.

Eslogan publicitario de SBT  
(Silicon-Bio Technology)

Cada quince segundos, un haz de luz blanca se proyectaba a través de la única ventana, aparecía y desaparecía en un instante y llenaba la estancia de un fulgor que dejaba en evidencia la tenue luminosidad de la habitación. Las sombras parecían cobrar vida y, asustadas, esquivaban el haz con movimientos circulares y ascendían por las paredes mohosas y agrietadas hasta que se fundían con la profunda oscuridad.

La primera vez que vio el haz de luz, Mimi se había sentido embargada por la esperanza. Se había abalanzado contra la pared y había gritado en busca de ayuda con voz quebrada y la garganta llena de sangre. Luego, la luz había desaparecido y todo había quedado en silencio, excepto el rumor del océano.

Cuando aquella claridad apareció por séptima vez, la boca de Mimi estaba sellada con cinta de embalar. Tenía el pelo despeinado y la mirada atormentada y enajenada, pero no importaba lo mucho que forcejease, ya que lo único que conseguía era formar un pequeño surco en la suave superficie plateada que tenía sobre los labios. También le habían atado las manos a la espalda con cinta, y le habían tirado hacia atrás de los hombros hasta que los omóplatos formaron un ángulo obtuso. Una mezcla de lágrimas y sudor le cubría la cara, le escocía en los ojos y le empapaba la clavícula. Le dolía todo el cuerpo, pero no sabía dónde tenía las heridas. Sentía como si un ejército de hormigas le mordiese las terminaciones nerviosas o como si muriese poco a poco a causa de miles de cortes.



Las únicas partes del cuerpo de Mimi que seguían libres eran las piernas. Le había dado fuertes patadas a las ingles de los hombres e incluso había intentado correr a través de las puertas de metal, pero ellos la habían alcanzado con facilidad y vuelto a tirar a una esquina como un perro abandonado.

El haz de luz resplandeció por decimoquinta vez. Las caras de los hombres estaban iluminadas, y la luz era tan fuerte que las películas coloridas y resplandecientes que tenían en los hombros parecían más tenues. Vio el vello que tenían en los antebrazos, los vasos sanguíneos de las fosas del codo y las agujas llenas de sangre. Sus movimientos se volvieron más lentos en aquel ambiente húmedo y cálido. El sudor les goteaba de las caras, y abrían las comisuras de los labios para dejar al descubierto unos dientes amarillentos y cerosos.

Alguien dijo algo, y el repiqueteo de las carcajadas ahogó el murmullo de la marea creciente y el zumbido del compresor del frigorífico.

Mimi contempló desesperada cómo la nuez del navajero se movía de arriba abajo y se le aceleraba la respiración, se le dilataban las pupilas y empezaba a nublársele el juicio. Pero no llegó a ocurrir lo que más temía. El navajero no se desabrochó el cinturón ni se quitó el pantalón de chándal ancho y verde oscuro. En lugar de ello, se colocó un casco que tenía una forma extraña y se quedó de pie frente a Mimi.

El casco estaba conectado por un cable a un dispositivo de sensaciones aumentadas que tenía la forma de un pulpo de seis tentáculos. El de la cabeza rapada y el de la cara llena de cicatrices lo sacaron de un tanque de líquido lleno de nutrientes y enrollaron los tentáculos pálidos y translúcidos alrededor del cuerpo y las extremidades de Mimi. La sensación fría y viscosa hizo que se le pusiesen todos los pelos de punta.

El navajero les indicó a los otros dos que se apartaran. Cerró los ojos,

como si así pudiera concentrarse. Después de soltar un profundo suspiro, se iluminó la luz roja que había en la parte superior del casco: la conexión se había realizado con éxito.

Mimi había oído hablar de ese tipo de dispositivos. El hermano Wen le había advertido contra ellos mientras le suplicaba a Mimi que se controlase un poco con sus dosis de Días Felices. Consumir tanto solo le serviría para querer más, para anhelarlo tanto que haría cualquier cosa y pagaría lo que fuese por la siguiente dosis.

Los tentáculos parecían sobrenaturales bajo la pálida luz, una tecnología salida de las pesadillas. Mimi había oído que servían para infligir una sacudida de dolor en una persona y luego convertirla en una de placer que llegaba a las terminaciones nerviosas de otra. Para la persona que llevaba el casco era una sensación más agradable, cautivadora y adictiva que la de ninguna otra droga de toda la historia de la humanidad.

Los tentáculos empezaron a moverse y se ciñeron con fuerza alrededor de Mimi. Después empezaron a resplandecer en un tono carmesí. Los nanoelectrodos que había bajo la piel sintética atacaron los nervios que transmiten el dolor con fuertes sacudidas, y una agonía indescriptible sacudió cada centímetro del cuerpo de la chica. De su garganta salió un alarido similar al de un animal moribundo, y empezaron a caerle lágrimas por las mejillas. Dedicó una mirada lastimera a su torturador mientras su cuerpo sufría las convulsiones propias de un ataque.

Pero el hombre la ignoró. El mundo ya no le importaba. Las señales de biorretroalimentación que surgían del cuerpo de Mimi llegaban sin descanso a su casco gracias a un cable de alta velocidad y se transformaban en un novedoso éxtasis.

El cuadragésimo noveno haz de luz atravesó el cuerpo de Mimi. Tenía la espalda torcida hacia atrás porque intentaba alejar la cara lo máximo posible,

en una postura con la que parecía que se iba a romper el cuello. Sintió que un líquido caliente empezaba a derramársele entre las piernas. Se había orinado. Un dolor indescriptible le nubló la vista y una infinidad de chispas resplandecientes aparecieron en el límite de su campo de visión en dirección hacia el centro. El mundo que la rodeaba se había distorsionado.

El haz de luz blanca empezó a ir más despacio, y los intervalos entre apariciones eran cada vez mayores. Mimi sabía que el mundo no iba a cambiar ni un ápice por ella. Contó en vano: la luz volvió a aparecer cientos de veces, miles quizá, y cada uno de los intervalos era mayor que el anterior, interminable. El mundo se estremecía con cada una de las sacudidas de los tentáculos, se contraía, le llenaba la visión de chispas resplandecientes. Ya no sentía dolor, solo entumecimiento y un cansancio profundo y duradero.

Mimi no sabía qué emoción experimentaba: rabia, desesperación, pena, odio... Quizá fuesen todas a la vez, aunque ninguna parecía la correcta. No era capaz de averiguar de cuál se trataba. Era algo que escapaba a las palabras, que cambiaba y se renovaba cada vez que pasaba el haz de luz, cada vez que se movían los tentáculos y cada vez que sus poros detectaban algún estímulo. Empezó a ver escenas familiares: los árboles de su aldea natal, las lágrimas de su madre, la pasta de guindillas, el vaivén de la marea en la playa, los montículos de desperdicios, el cadáver hinchado del perro chipeado, el hedor a plástico quemado, el sol del ocaso, el horizonte ondulando en la noche, el resplandor turquesa de las medusas, la extraña prótesis del hermano Wen, la luz de la luna, Kaizong a la luz de la luna, Kaizong acercándose a ella para rescatarla durante la noche de la Fiesta de las Ánimas, Kaizong tumbado en la playa junto a ella contemplando las estrellas...

Los distantes e irreales retazos de memoria se fundían en un caos ordenado a medida que los tentáculos realizaban diferentes patrones de movimientos. Mimi sintió que le ardía el interior del cuerpo, que las gotas de sudor hervían

y empezaban a evaporarse para convertirse en un vaho que le nublaba la vista. La habitación empezó a distorsionarse de forma siniestra, como si fuese un espejismo en un desierto o una pesadilla de la que no pudiera despertar.

Los dos ayudantes abandonados del navajero hablaban emocionados sobre la nueva atracción del barrio rojo de Dongguan: «fabricada en Europa del Este... un sistema de suspensión lumbar modificado... satisface los gustos más exóticos... esfínteres prostéticos con resistencia ajustable... prostitutas extranjeras con motores eléctricos...». El de la cara llena de cicatrices rio con lascivia, sus facciones se contrajeron y sacudieron como gelatina y la cicatriz que tenía en la mejilla izquierda resplandeció de un rojo sanguinolento. Era como un público distraído para el que aquella violencia tan solo era un episodio más de un culebrón de bajo presupuesto.

Mimi sintió otra sacudida cuando le arrancaron la cinta de la boca sin previo aviso, como si le acabasen de cauterizar la piel con un hierro al rojo vivo. Antes de que pudiese volver a enfocar la vista, notó que se le cerraba la garganta y se veía obligada a abrir la boca para intentar respirar. Un objeto viscoso y caliente se abrió paso entre sus labios y empezó a hacer presión en la cavidad que quedaba entre su lengua y el paladar. Uno de los tentáculos intentaba penetrar en su interior en busca de nervios frescos que atormentar.

El navajero volvió a gemir, un ruido inhumano.

Mimi visualizó la conexión que habría entre el navajero y aquel objeto que no dejaba de retorcerse. De pronto, consiguió reponerse, se tranquilizó y cerró la mandíbula como si se acabase de activar una trampa.

Oyó un grito de sufrimiento indescriptible.

Mimi contempló la cara convulsionada del navajero y sus ojos llenos de rabia. Las venas de la frente del hombre se hincharon cuando intentó levantarse y arrancarse el casco. Mimi mordió con más fuerza aún, y el tentáculo se estremeció y se contrajo en el interior de su boca. El navajero

volvió a gritar. Los dos lacayos se pasearon desesperados por el lugar, sin tener muy claro si ayudarle a quitarse el casco o intentar abrirle la boca a Mimi. El haz de luz blanca volvió a pasar por la estancia y los iluminó de uno en uno, como si interpretasen una pantomima, quietos y con el rostro inerte.

—¡Putade mierda!

El grito del navajero fue lo que terminó por insuflar vida a aquel *tableau vivant*.

Mimi vio un resplandor azul con el rabillo del ojo. El de la cabeza rapada se acercaba a ella con un taser, y el arco de luz que surgía entre los electrodos brillaba como la lengua de una víbora negra. El instinto hizo que abriese la boca e intentara apartarse, pero ya era demasiado tarde. Notó un estallido en la cabeza, y su visión se tornó en millones de margaritas púrpura que rotaban, se agitaban y danzaban con líneas anaranjadas al tiempo que todo se contraía y se entrelazaba. Ilusiones que se fundían y salían disparadas por un túnel, donde se detenían para empezar desde el principio.

Una oscuridad fría, interminable y dispersa.

El mar. Pálido como la piel de un cadáver, un mar que se extendía hasta tocar el cielo plomizo. A simple vista, parecía un bloque de poliéster solidificado: no había movimiento ni espuma ni aves, solo el horizonte exangüe como la muerte.

Mimi se dio cuenta de que tenía la mitad del cuerpo en el interior de aquel mar muerto. El agua le llegaba a la cintura, no estaba ni fría ni caliente, como si algo le anulase los sentidos y le entumeciera la parte inferior del cuerpo. Pensó en darse la vuelta, y antes siquiera de mover los músculos de la pierna, su rostro ya había girado ciento ochenta grados. Vio la orilla igual de pálida, pero en ella resplandecía una luz mate, irregular y esmerilada, como si alguien

hubiese pegado un trozo de papel de lija por la ribera. No le dio ninguna sensación de profundidad.

Apareció una silueta en la orilla. No se movía. ¿Estaría tumbado en la playa? Pero no, Mimi veía su cuerpo al completo, como si flotase sobre él y mirándolo desde arriba. La perspectiva no era la correcta.

«¿Quién es?» La cara se expandió en su visión hasta que prácticamente fue capaz de verle los poros y las arrugas bajo los ojos. Chen Kaizong contemplaba el cielo, cautivado. Su mirada traspasaba el cuerpo de Mimi y se centraba en algún lugar de las profundidades del espacio. Mimi sintió como si una llave girase en su interior y empezara a comprimirla, como si todo su cuerpo quedase constreñido y enrollado en contra de su voluntad dentro del ridículo espacio que ocupaba su corazón, esperando el momento de volver a liberarse descontrolado.

Una ansiedad muy familiar recorrió la punta de los nervios de Mimi, y Kaizong se encogió hasta volver a convertirse en una pequeña silueta en la playa distante. La chica se giró y volvió a ver la misma pesadilla que le había atormentado en innumerables ocasiones: el lejano horizonte en el que se unían el cielo y el mar, un resplandor nacarado y una capa aceitosa e iridiscente que se acercaba a ella con la rabia de una tormenta y devoraba sin compasión la palidez del mundo que le rodeaba.

No sabía lo que era, pero todos sus sentidos le daban una única orden: «¡Huye!». Por mucho que se esforzara por coordinar los músculos para mover las piernas, la distancia que había entre la orilla y ella no se reducía ni un centímetro.

Mimi abrió la boca. Quería gritar, llamar la atención del hombre que una vez la había salvado y conseguir que dejase de mirar el firmamento para que se fijase en ella. La silueta de Kaizong se movió, se acercaba y se alejaba como un títere de sombra proyectado por la llama de una vela que titila al

viento, más ilusoria que real. Lo que salió de las cuerdas vocales de Mimi no fueron palabras, sino aullidos desgarradores y metálicos insuflados de las convulsiones irregulares propias del terror.

Mimi no giró la cabeza, pero fue capaz de ver la escena que tenía lugar a su espalda. La ola iridiscente era como una especie de microorganismo mutante y aeróbico que se reproducía y se extendía sin parar por la superficie para dar lugar a una cantidad inconmensurable de senderos resplandecientes, como un Moisés que emerge del mar Rojo. El mar se había convertido en un pedazo opaco de silicio en el que habían quedado grabadas unas marcas y símbolos incomprensibles que parecían surgir tanto de un pasado remoto como de un futuro distante, y todas las líneas, las grietas y los huecos, las protuberancias y las pendientes, se dirigían a un único lugar: su cuerpo.

Mimi gritó el nombre de Kaizong, pero el bramido electrónico se disipó al instante en el aire y no dio la impresión de llegar hasta donde se encontraba el hombre. El rostro de Kaizong se elevó hacia el cielo como si fuese un moái de la isla de Pascua y pasó de tener una definición perfecta a desintegrarse, lo que provocó todo tipo de sentimientos en Mimi. Extendió los brazos con desesperación y descubrió que su propia piel reflejaba la misteriosa pátina irisada.

La ola se cernía detrás de ella y se solidificaba para formar un arco decorado con patrones fractales, una representación electrónica de arquitectura barroca. Los surcos y muescas de la superficie le indicaron a Mimi que su cuerpo frágil y dolorido era la pieza clave que faltaba para completar aquella obra maestra.

Vio una cara en la superficie lisa y metálica de la ola, un rostro trémulo e iridiscente que se parecía al suyo pero que al mismo tiempo era diferente: tenía una expresión que Mimi no reconocía como suya ni tampoco recordaba haberla visto en nadie, una de sosiego que superaba todo entendimiento, como

un espejo que se refleja a sí mismo y del que nadie puede desentrañar sus sutiles misterios. La cara parecía representar la misma existencia.

El miedo convulsionó el rostro de Mimi, y la otra cara esbozó una sonrisa a medida que se transformaba en la imagen de una mujer occidental. Le resultaba familiar, pero era incapaz de recordar en qué seta digital del mercado negro la había visto.

Kaizong volvió a aparecer una vez más a lo lejos y detrás de ella; después desapareció. Mimi abrió los brazos, como si aceptase su destino y permitiese que la ola con cabeza de hidra le cayera encima para devorarla. Oyó el chirrido de alta frecuencia que salía de sus huesos, como si todos los nervios resonasen, se resquebrajasen y estallasen para formar una infinidad de mandalas rotatorios. Sus retinas centellearon y mil millones de colores se abrieron paso a través de las últimas defensas de su conciencia. Mimi olió un aroma familiar, el de la leche de su madre, e intentó aferrarse al recuerdo tal y como había hecho cada una de las veces que había querido despertar de aquella pesadilla.

En esta ocasión lo consiguió.

La primera gota de lluvia horadó la infinita oscuridad y le salpicó la cara a Mimi.

Las siguientes empezaron a repiquetear como si bailasen claqué en su carcasa de plástico azul. El agua fría como el hielo le cayó en la boca, la nariz y los ojos, y su sistema respiratorio convulsionó por instinto, lo que le hizo escupir un coágulo de sangre y luego respirar hondo el aire que tanto tiempo llevaba sin probar. El pecho se le agitó con la violencia de un fuelle. El caos se apoderó de su conciencia y sus extremidades se quedaron inertes. Aún no había descubierto que se encontraba enterrada en un agujero de medio metro



en el suelo y rodeada por la fosa común en la que las lápidas sobresalían del suelo como dientes rotos, iluminadas por el resplandor del haz de luz del faro.

—Hermano Navaja, sigue... sigue viva —dijo una voz confundida.

El navajero se acuclilló junto al agujero, y el dolor que sentía en la entrepierna le hizo soltar un gemido grave. Miró la cara que había en la tumba y sonrió un momento después.

—Parece que los cielos quieren que esta zorra muda muera despacio.

Levantó los brazos y lanzó al hueco una palada de tierra negra que cayó sobre la mortaja de plástico azul. Siguieron cayendo paladas de tierra, y el repiqueteo animoso del plástico terminó por cesar.

Le cayó barro en el rostro pálido y blanco, una imagen que recordaba a unos cuervos posándose en un campo lleno de nieve. Los ojos de Mimi parpadearon rápido unas cuantas veces, como si protestase en silencio. El barro negro y apestoso le cubrió la bella frente, para luego acabar por la curvatura de su cara, cubrirle el exquisito puente nasal y metérsele entre los labios y los dientes. Le dio la impresión de que había tosido un par de veces, una tos ligera, insignificante, como si la lluvia negra y torrencial hubiese partido una caña de junco.

El agujero del suelo empezó a llenarse poco a poco, y el lugar quedó impoluto, como si allí no hubiese ocurrido nada.

«¿Estoy muerta?»

Mimi sabía que no se trataba de un sueño, pero su conciencia había empezado a abandonar su cuerpo destrozado para penetrar por las pequeñas rendijas del suelo anegado. Se empezó a elevar cada vez más, como una burbuja de jabón que hubiese salido del extremo de un tubo, sin dejar rastro y ascendiendo por los aires.

Se sentía cómoda en las alturas, pero ya no veía sus pies ni su cuerpo. Miró el lugar donde se encontraba enterrada, pero no lo hizo con los ojos, y

tampoco sentía ya el dolor que la había aquejado. No entendía lo que pasaba, igual que tampoco entendía sus pesadillas. La Mimi de ayer se habría esforzado por trabajar esnifando plástico quemado por veinticinco yuanes al día con la esperanza de poder ayudar a sus padres, pero ahora su cuerpo violado yacía enterrado bajo el suelo y su alma flotaba en la lluvia nocturna ajena a las gotas que atravesaban su conciencia incorpórea. Sintió frío, pero esa sensación no procedía de su piel, sino que era más bien una alucinación creada por la forma de las gotas de lluvia y por la trayectoria que recorrían en su rápida caída.

Mimi extendió los brazos de manera casi inconsciente para excavar en el suelo y salvarse, pero no tenía manos.

Los tres hombres estaban cerca, fumando. El resplandor rojizo de sus cigarrillos se atenuaba y relucía a intervalos, y el humo blanco no parecía muy denso en la lluvia. Hablaban entre susurros, y de vez en cuando tenían que volver a encender el pitillo que la lluvia había apagado. Tenían una postura tranquila, como si acabasen de volver de un día de pesca. A lo lejos, una columna de luz perforó la oscuridad del mar, se extendió y recorrió el lugar: las gotas de lluvia resplandecientes formaron un tejido denso en el aire, similar a una cachemira negra de alta calidad decorada con motivos argénteos. La silueta de los hombres estaba iluminada, pero a pesar de que sus facciones quedaban ocultas en la oscuridad era posible ver cómo sus rostros familiares se retorcían entre carcajadas.

En un instante, todos sus recuerdos regresaron al núcleo de su conciencia, como si de una tormenta se tratase: los barridos recurrentes del haz de luz y los intervalos de espera cada vez mayores, los fluidos corporales viscosos y densos, la humillación, el sabor dulzón a pescado... La ira se extendió poco a poco para formar un vórtice que terminó por convertirla en furia. Se abalanzó sobre los hombres sin preocuparse por las consecuencias, y su conciencia se

expandió como una lámina de goma, resistente, flexible y estrechándose cada vez más. Casi había llegado al hombre responsable de su violación, iba a arrancarle los ojos, romperle el cráneo, comerle los sesos, cortarle la polla en dos de un mordisco y metérsela luego en su propia boca. Iba a torturarlo de todas las formas que se le ocurriesen aunque no supiera mucho del tema.

Mimi se desesperó al ver que atravesaba los cuerpos del navajero, el de la cabeza rapada y el de la cara llena de cicatrices como si fuese poco más que una brisa en el aguacero: no hubo contacto, fricción ni calor corporal, tan solo una impotencia cada vez mayor.

«¿Es mi alma?»

De repente, «vio» la playa de Custodio de Marea que le era tan familiar. El mar titilaba a cámara lenta y penetraba en la arena por una inclinación mientras las olas de la marea parecían cicatrices plateadas que no dejaban de multiplicarse y desaparecer. Mimi supo al momento dónde se encontraba: en el territorio prohibido, en la fosa común para los bebés nacidos fuera del matrimonio y las mujeres impuras. El guardián negro de Lockheed Martin se erigía contra la tormenta, y ella se preguntó qué les había hecho a los espíritus para que le aconteciera un destino tan aciago.

Un segundo después se encontraba delante de aquel dios de la muerte, pero no se agachó para adquirir la típica pose de oración, sino que descendió desde los cielos en diagonal. De haber tenido aún un cuerpo de carne y hueso su postura en aquel momento hubiese sido similar a la de una de las apsaras pintadas en los murales de Dunhuang: una ninfa celestial con las piernas levantadas, la espalda arqueada y el rostro mirando con fijeza los ojos del gran robot mientras los adornos de su vestido se agitaban detrás de ella como olas rompientes.

La cabina vacía parecía un abismo. Mimi miró la oscuridad y detectó un aroma familiar. No era fruto de las moléculas transportadas por el aire que se

le habían metido por la nariz, sino una especie de rastro informativo dejado por el hermano Wen. Sintió que una barrera amorfa e infinita se extendía entre el robot y su conciencia en todas direcciones, como si alguien hubiese abierto la puerta de una caja fuerte para dejarla luego en su lugar. Solo tenía que darle un último empujón y un mundo del todo nuevo se abriría ante ella.

Mimi no podía resistirse a la tentación que suponía aquel abismo, como si fuese la llamada de algún instinto remoto. Ya no le quedaba nada, ni su vida siquiera.

Los tentáculos de conciencia se extendieron como algas flexibles, se retorcieron hacia el muro en busca de grietas y del mecanismo que mantenía allí dicha barrera. Para sorpresa de Mimi, fue un proceso del todo natural y ella ni siquiera tuvo que dirigir sus movimientos. En realidad, no sabía lo que hacía y lo único que podía recordar era la visión de los dedos del hermano Wen moviéndose como un borrón mientras superaba el encriptado y alteraba el código de programación, como si estuviese poseído por el espíritu de un chamán que realiza un ritual misterioso. El hermano Wen le había parecido un dios de otro mundo.

Y ahora, ella había conseguido hacer algo de lo que ni siquiera un dios era capaz.

El muro no se abrió ni se derrumbó: se limitó a desaparecer. ¿Qué era más ridículo: un muro informe o una mujer muerta peleando por su vida? El abismo absorbió la conciencia de Mimi.

La agitación que se revolvía a su alrededor le provocó un vértigo muy intenso. Las cimas no dejaban de convertirse en abismos y viceversa. Mimi se afanó por ajustar las nuevas señales que le llegaban a los sentidos, como si fuese un alma que se había introducido en un cuerpo nuevo y extraño. Necesitaba tiempo para esperar con tranquilidad a que el poder creciera en su interior, sería débil al principio, pero terminaría por volverse estable. Sintió

un temblor en el pecho que no era como los latidos de los humanos, sino de amplitud grave y alta frecuencia, como si algo hubiese molestado a una bestia muy violenta mientras dormía profundamente y esta hubiera reaccionado con un ligero estornudo que era más que suficiente para aterrorizar a todo el que la observase.

Le dieron convulsiones, una y otra vez. El movimiento no venía de la carne, sino de las profundidades de su conciencia. Los cilios invisibles y eléctricos agitaron con suavidad los miles de millones de neuronas y formaron pequeñas ondas azules y cristalinas que se extendieron y dispersaron a través de una intrincada topografía tridimensional. Le sobrevino otro espasmo muy potente. Era como si se hubiese encendido el interruptor que activaba su visión: contempló un mundo diferente a cualquier cosa que hubiese visto.

Las gotas de lluvia casi estaban inmóviles en el cielo, como cristales resplandecientes tan numerosos como las arenas del Ganges que flotaban suspendidos en la noche. Confundida, Mimi intentó parpadear, pero descubrió que no tenía párpados. Su exoesqueleto tembló, y luces similares a las del firmamento vibraron al unísono para demostrar que también eran reales. El cielo era de un verde pálido, y el mar de color añil: mirara adonde mirase, el centro de su campo de visión se volvía brillante y diáfano, con contornos muy definidos y detalles muy claros. No obstante, la visión se volvía más tenue y borrosa cuanto más se alejaba del centro, distorsionada como si mirase a través del borde de un objetivo. Tan solo oía silencio; al parecer la aleación especial del armazón absorbía y filtraba todos los sonidos.

Las gotas de lluvia empezaron a moverse despacio, como un tren que se aleja del andén. Mimi sintió cómo le sobrevinía una sensación de peso y estuvo a punto de caerse al suelo, aunque la resistió gracias al instinto y consiguió mantenerse en pie. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que ya no controlaba a un humano de carne y hueso, sino un cuerpo hecho de metal.

Mimi-*mecha* se quedó quieta, era una sensación extraña. Sabía muy bien que su cuerpo de verdad estaba enterrado, pero aun así se sacudió el agua que se acumulaba en los surcos de los hombros de la armadura y oyó el zumbido de las fibras musculares electroactivas al contraerse. No respiraba, no estaba ansiosa, no había emoción alguna que le impidiese actuar. Sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Las tres siluetas humanas, verdes y resplandecientes, titilaban en la oscuridad cerca de ella.

Mimi-*mecha* empezó a caminar, y cada zancada dejaba una profunda zanja en la tierra blanduzca y cenagosa. El cielo verde empezó a parpadear de manera irregular. Le dio la impresión de que las gotas de lluvia se habían acelerado, aunque seguían cayendo más despacio que en el mundo físico. Empezaba a llegar a la conclusión de que se trataba de una alucinación visual, como las que daban las setas digitales. Le parecía que el tiempo discurría más despacio porque su mente iba más rápido.

La armadura negra atravesó la matriz de lluvia. El viento sopló a través de las superficies perfectas, fruto de los cálculos de un superordenador, y emitió un aullido similar a la llamada de los zorros o de los búhos. Mimi-*mecha* se sorprendió al ver la velocidad a la que era capaz de moverse un cuerpo tan grande. Las tres siluetas humanas pasaron en un momento de tener el tamaño de una caracola a recuperar su tamaño habitual, y los tres rostros pálidos se iluminaron en el campo visual del robot, desencajados en una mezcla de confusión y terror, una expresión que los músculos faciales ni siquiera tuvieron tiempo de llegar a completar.

Mimi-*mecha* extendió el brazo derecho y lo dejó caer sobre los humanos. El cigarrillo que colgaba de los labios del de las cicatrices cayó a un lado, roto. Una línea roja, limpia y nítida siguió la cicatriz de su mejilla izquierda a través del resto de su rostro en diagonal y quebró la zona superior de su

cráneo. El corte continuó hasta su omóplato derecho y le arrancó también gran parte del brazo. Mimi vio que un líquido brillante y color pastel empezaba a brotar de la herida limpia y perfecta. Fue entonces cuando descubrió que el resplandor se debía al calor.

El líquido era de un verde menta tan cálido que parecía del color de la leche.

Casi al mismo tiempo, la otra mano de metal aferró el cráneo del de la cabeza rapada y lo levantó del suelo. El hombre se estremeció como un siluro en el anzuelo y agitó las piernas, que chocaron con la armadura de metal y emitieron una serie de golpes ahogados e irregulares. La mancha húmeda de su entrepierna se extendió a toda velocidad. Mimi incrementó la presión despacio y de forma deliberada para contemplar cómo se le empezaba a deformar la cabeza, que terminó por quedar destrozada entre sus dedos. Más de ese líquido verde y blanquizco rezumó del cráneo destrozado. Se dedicó a mirar para no perder detalle hasta que el cadáver cayó al suelo y solo quedó de él una mezcla de huesos, sangre y materia cerebral en la mano de *Mimi-mecha*, un líquido que resplandecía del color del jade de baja calidad.

Había dedicado mucho tiempo a aquel juego y casi había olvidado su objetivo real. El navajero se encontraba ahora a varios cientos de metros de la playa. Las llamas de la película corporal que tenía sobre los hombros titilaron y se agitaron con violencia en la noche, como si fuesen a salir de su cuerpo en cualquier momento.

*Mimi-mecha* dio dos grandes saltos, pero acabó de rodillas en la arena. Su conciencia se emborronó y se debilitó, y no fue capaz de reunir la fuerza suficiente para controlar el exoesqueleto. Mimi se dio cuenta de que no era un alma libre del todo, sino que aún seguía atada a su cuerpo enterrado y moribundo. Su conciencia terminaría por disiparse tan pronto como su cuerpo muriera.

Se afanó por levantarse, se dio la vuelta y regresó entre zancadas atronadoras al cementerio, donde empezó a desenterrar su cadáver.

Su campo de visión había cambiado: el suelo estaba dividido por líneas de luz resplandecientes que formaban una cuadrícula, y Mimi era capaz de ver los huesos, ataúdes y el ajuar funerario que habían enterrado con los cuerpos a través de la tierra. Contempló los cadáveres, que tenían poses extrañas: algunos eran gatos, había muchos más perros, y en una de las tumbas también había tres cuerpos hacinados cuyos miembros entrelazados le daban el aspecto de un monstruo de seis brazos y tres cabezas, una imagen espeluznante. Vio un pequeño cadáver en posición fetal, una cabeza demasiado desarrollada sobre un cuerpo escuchimizado, un bebé que parecía una larva de cigarra durmiendo en las profundidades de la tierra. Todas las fibras musculares del robot se contrajeron al mismo tiempo, como si se acabase de estremecer.

Mimi se vio a sí misma, una sombra enjuta que resplandecía un poco y que empezaba a apagarse, envarada como un perro muerto y tumbada en una de las cuadrículas. No le quedaba mucho para apagarse como los demás cadáveres que llevaban muertos mucho tiempo.

Clavó con más fuerza los brazos del robot en el suelo, sacó brazadas de tierra negra y volvió a clavarlos. Mimi excavaba con tanta determinación que no parecían importarle los daños que pudiera sufrir la máquina. Lo veía todo y consiguió mantener a raya la inmensa fuerza del *mecha* para controlar sus movimientos con precisión quirúrgica. El plástico azul empezó a quedar a la vista poco a poco en el suelo, como un mar que crece debido al efecto invernadero y que empieza a tragarse la tierra hasta que solo quedan unas pocas islas negras.

Mimi-*mecha* extendió los brazos y sacó con cuidado el cuerpo de la tumba para luego dejarlo en el suelo. Desenrolló la mortaja de plástico y dejó al descubierto una carne pálida como de almeja que estaba moteada de verde y



que parecía hinchada bajo la lluvia. Mimi miró el rostro familiar pero extraño al mismo tiempo y le sobrevino una sensación inusual y horrible. No era como mirar su reflejo. En un espejo, una persona podía ajustar a conciencia sus músculos faciales y su expresión con la esperanza de conseguir un buen efecto estético, pero ahora contemplaba una cara en la que no había ni rastro de vida.

Manipuló el cuerpo de la joven con sus fríos dedos de metal. Mimi no sabía qué hacer para salvarse. Vio que la luz verde del pecho empezaba a enfriarse y a parecerse al turquesa de la región circundante, lo que indicaba que la vida se le escapaba. Mimi extendió dos gruesos dedos de metal, los posó entre los pequeños pechos y empezó a empujar con fuerza en el centro del esternón, como había visto hacer en la televisión. El débil cuerpo humano se convulsionó bajo la presión metálica, pero el corazón no dio muestra alguna de vida en la cuadrícula.

«¡Despierta! ¡Despierta!»

Mimi gritó en silencio y desesperada. Perdió el control de su fuerza y vio cómo el pecho del cuerpo se hundía cada vez más a medida que los dedos de metal comprimían la carne contra el suelo. Vio que de su nariz y de su boca salía una mezcla de sangre, agua y barro. Se sintió muy esperanzada.

«¡Necesito electricidad!»

El pensamiento pareció activar los ganglios de Mimi-*mecha*. En menos de treinta microsegundos, los músculos electroactivos de los brazos crearon un circuito con terminaciones positivas y negativas cuya potencia y voltaje podía ajustar contrayendo las fibras musculares. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, de igual manera que un soldado curtido en batalla no era capaz de saber si la primera reacción al oír un disparo era producto de la amalgama de recuerdos que albergaban sus músculos o una orden de su cerebro.

«Chisporroteo.»

Titilaron unas chispas azules. La corriente fluyó del lazo izquierdo del

esternón hacia el corazón, y luego salió por el omóplato derecho.

Le dio la impresión de que el corazón verde con forma de brote se había contraído una vez.

Incrementó la potencia.

«¡Chisporroteo!»

El cuerpo entero rebotó en el suelo y volvió a caer entre salpicones de barro.

El brote verde se contrajo con violencia y luego se relajó. Mimi sintió como si una fuerza tirase de su conciencia e intentase sacarla del exoesqueleto robótico, una fuerza que parecía venir de la chica desnuda que estaba en el suelo.

«Chisporroteo.»

Otra sacudida violenta. Sintió náuseas. Un momento después, Mimi se encontraba de nuevo en el cuerpo humano, frío y asustado; pero tardó microsegundos en regresar a la seguridad acorazada de su castillo de metal.

«Chisporroteo. Chisporroteo. Chisporroteo.»

La conciencia de Mimi empezó a oscilar entre el robot y el cuerpo humano, y su visión a temblar con incertidumbre. El corazón empezó a recuperar poco a poco un ritmo regular, y la energía vital, el vigor, pero al mismo tiempo ella también empezó a perder el control de la armadura de metal. Las articulaciones inmóviles no pudieron sostener el peso del armazón, y Mimi empezó a sentir cómo el robot caía hacia delante arrastrado por la gravedad.

La chica yacía inmóvil debajo del aquel gigante de metal.

Dolor. Humedad. Temblores. Náuseas. Agotamiento extremo. Eran las sensaciones propias de los humanos que habían empezado a saturar el núcleo de la conciencia de Mimi cada vez con mayor frecuencia, y lo último que pudo ver *Mimimecha* fue cómo su armazón caía sin remedio hacia el frágil cuerpo de la chica. Entrevió el cuerpo pálido y el corazón recién curado de su

interior, un cuerpo que estaba a punto de ser aplastado por un juguete de guerra de varias toneladas como un pastel de carne.

«¡No!»

Mimi se sorprendió al oír su propia voz apagándose en la distancia debido a la tormenta. Abrió los ojos con mucha dificultad: el rostro inmenso y horroroso de aquella máquina de matar negra se cernía ante ella. El agua de la lluvia discurría por el metal siguiendo los surcos del armazón y caía entre sus labios. El robot extendió los brazos hacia el suelo lleno de barro justo cuando iba a aplastar el cuerpo de Mimi y se sostuvo sobre la joven.

La distancia de un beso la separaba de la muerte.

Mimi se afanó por apartar su cuerpo dolorido y salió de debajo del robot centímetro a centímetro. El aguacero perforó la noche infinita, la empapó y le emborronó la visión. Estaba fría, temblorosa y muy confundida, y su cuerpo habitual le resultaba muy pesado y no se doblegaba a su voluntad. El haz de luz blanca volvió a aparecer. Recorrió impasible el cielo nocturno, la superficie del mar, la playa y el cementerio, y luego se proyectó sobre Mimi, impertérrito, antes de marcharse en silencio dejando detrás un rastro de calor o compasión.

Mimi recordó la pesadilla a la que acababa de sobrevivir y empezó a vomitar de manera incontrolada bajo la lluvia.

Luo Jincheng contempló la temblorosa figura masculina que estaba hecha un ovillo en una esquina: las llamas de los hombros se habían atenuado, de su cuerpo emanaba un hedor a orina y unos regueros de baba le caían por la comisura de los labios. Tenía los ojos abiertos como platos y llenos de venas rojas, pero no centraba la vista en ningún punto en concreto. Estaba casi irreconocible. Luo no recordaba haber visto tan asustado y atemorizado al navajero. El hombre había abandonado su hogar a los nueve años para unirse a las bandas callejeras; siempre había tenido la mirada cargada de odio. Luo Jincheng lo había sacado de una pelea para convertirlo en el perrito faldero de la familia.

El chico era delgado como un brote de soja, pero lo había visto blandir la cadena de una bicicleta como una serpiente plateada entre la multitud, y también se había percatado del rastro de sangre que recorría su joven rostro retorcido por la rabia. Luo jamás olvidaría la expresión de su cara, que parecía ansiar la destrucción del mundo.

Le habían dicho que el navajero era hijo bastardo. Que a su madre la había seducido un trabajador migrante que desapareció poco después del nacimiento del chico. La familia de la madre le aconsejó que se deshiciese del niño, pero ella se empeñó en criarlo. Había crecido bajo la mirada desdeñosa de todos los que lo rodeaban, y siempre tenía una expresión cortante. «Como la de ese

migrante que no era bueno para nada», decían todos los que habían conocido a su padre.

Más tarde, su madre se había casado con un lugareño, y el padrastro había esperado a que la mujer se marchase para tirar al navajero al gallinero y a la perrera, donde había tenido que enfrentarse a gallos y perros por igual entre montañas de excrementos para conseguir despojos con los que alimentarse. Luego, el hombre le había dicho a su madre:

—Por sus venas corre suciedad y sangre chabacana. ¡Mira cuánto disfruta al revolcarse entre los animales!

La mujer se había aferrado a su hijo toda la noche y le había dicho entre sollozos:

—No puedes quedarte más conmigo. No puedo protegerte de tanto sufrimiento.

Los bonitos ojos del navajero no derramaron ni una sola lágrima.

Su madre nunca había salido a buscarlo después de que escapase de casa, a pesar de que vivía a solo unas calles de distancia. Tan cerca que casi podía oler cuando iba al baño. En varias ocasiones se había topado con su madre, su padrastro y su hermanastro por la zona, pero nunca lo habían reconocido. No tardó en desarrollar una complexión y unos músculos curtidos por las peleas, se había hecho un extraño corte de pelo, luego se lo había teñido de colores raros y por último se había dejado una barba rala, suave y azulada. Siempre caminaba con la cabeza gacha cuando pasaba junto a su familia por miedo a que lo mirasen a los ojos y descubriesen que se trataba de él.

Su hermanastro desapareció misteriosamente al cumplir cuatro años. Lo buscaron por todas partes, pero no había dejado rastro. Los rumores afirmaban que lo habían secuestrado unos extranjeros para venderlo en la región noroccidental de China. Su padrastro se había pasado casi un mes entero

llorando y gritando, y envejeció casi un decenio en unas pocas semanas. El navajero casi sintió compasión.

«Debería haberlo dejado con vida —pensó—. Y hasta haberles dejado una pista.»

Pero era demasiado tarde.

La venganza era un instinto biológico que estaba muy arraigado en su interior. Antes de matar al niño, se había quedado contemplando su carita, que se parecía un poco a la de él, pero luego había actuado sin compasión.

Se odiaba a sí mismo con un odio tan profundo como el que le inspiraba el universo. Luo Jincheng lo había entendido muy bien: esa era la razón por la que el navajero resultaba tan útil. Pero ahora lo veía ante él como un perro castrado que había perdido toda voluntad de luchar, mientras apretaba las piernas y murmuraba insensateces:

—Un fantasma. Era un fantasma.

Los asesinatos habían sido muy extraños, sin duda. En el lugar del crimen encontraron los cadáveres mutilados y un exoesqueleto abandonado y sin batería que estaba apoyado contra el suelo. Había varios rastros de huellas en la playa y en el barro, rastros obvios y muy pesados que no eran de pisadas humanas.

Luo Jincheng ocultó toda la información. Aunque llevaba décadas en el negocio de la intimidación y la violencia, y tenía una imaginación muy fértil, no consiguió averiguar qué había sucedido allí. Faltaba una pista importante en aquel intrincado laberinto de sangre, una que le permitiera desentrañar el misterio: la débil residual.

Muchas de sus fuentes le habían hablado de los malos hábitos del navajero, de cómo dependía de violentos dispositivos virtuales para sentir cualquier tipo de estimulación. Luo Jincheng supuso que se debía a la dura infancia que había tenido que soportar, pero nunca le había preguntado directamente, como

si se tratase de una especie de secreto incómodo compartido por un padre y su hijo.

Mimi era víctima y testigo, y quizá hasta sospechosa del delito, por eso se había escondido.

Se acercaba la fecha del ritual del «cuenco de aceite» que le había dicho la *lohsingpua*, y el hijo de Luo Jincheng aún seguía en coma, debilitándose y encogiéndose día a día como la piel de una manzana al sol. Las cosas no iban como él había planeado. Se sentía incómodo. Necesitaba la bendición y la calma que le aportaban los espíritus.

«¿Nuestro trato sigue en pie?»

Entrechocó dos copas de madera con forma de luna creciente sobre su cabeza, cerró los ojos y rezó antes de tirar los recipientes al suelo. Las copas se partieron en dos y cayeron con la parte curvada hacia abajo. La sonrisa de su contorno le indicaba que a los espíritus no les importaba lo ocurrido y que le restaban importancia con aquel gesto. Luo Jincheng se negó a darse por vencido y realizó el ritual otras tres veces, con idénticos resultados.

El hermano Wen, Li Wen, estaba sentado en su humilde chabola rodeado por una infinidad de aromas mientras oía la lluvia repicar contra el techo de metal corrugado. Había todo tipo de prótesis rotas desperdigadas a su alrededor, también implantes de músculos artificiales de varios grosores, herramientas de metal que colgaban de las paredes. La estancia al completo parecía un matadero sin sangre, y él, un carnicero.

Delante de él había unos jóvenes residuales acuclillados que llevaban ropas de tela compuesta de color gris opaco que estaban empapadas por la lluvia. Todos llevaban gafas de realidad aumentada cuyos cables se unían y se conectaban a la delicada caja negra que Li Wen tenía en la mano. Parecían

ansiosos por hacer preguntas, pero el ritmo pausado y metódico de Li Wen los mantenía a raya.

—Hermano Wen, ¿has encontrado a Mimi? ¿Dónde estaba?

Li Wen asintió y luego agitó la cabeza.

—... en la entrada de la aldea. Llegó por sus propios medios.

—¿Cómo está? ¡Vayamos a cortarles los cojones a esos gilipollas! ¡Ninguno tendrá descendencia!

—Está en el hospital y sigue en coma. La policía la está protegiendo. No podemos entrar, pero el clan Luo tampoco se atreverá a hacerle nada.

—¡Que les den! Exponemos nuestras vidas para que ellos se hagan ricos, ¿y así es como nos lo pagan? ¿En qué clase de mundo vivimos?

—Hermano Wen, vayamos a quemar la mansión del clan Luo. ¡Los mataremos a todos y alimentaremos a los perros con sus cadáveres!

Los demás jóvenes secundaron la propuesta.

—¡Intentad pensar por un momento!

A Li Wen se le hincharon las venas de las sienes. Su gesto dejaba entrever mucho sufrimiento. En ese instante le vino a la mente una cara familiar: la de su hermana pequeña. El semblante de la niña se sobrepuso al rostro pálido y mancillado de Mimi. Ambos le parecieron muy similares, o bien porque tenían facciones parecidas, o bien porque compartían la misma expresión de desasosiego. Li Wen no había sido capaz de proteger a su hermana, y ahora que le había ocurrido lo mismo a alguien de quien se preocupaba, sintió un dolor insoportable.

—¿Por qué dais por hecho que ha sido alguien del clan Luo? —preguntó el hermano Wen—. ¿Hay testigos? ¿Alguien ha sacado fotografías? Si atacáis sin pruebas como un atajo de perros rabiosos, ¿no os estaréis poniendo a su nivel?

Intentó aplacar ese acceso de rabia que amenazaba con manar de su pecho. La ira intentaba convertirle en una bestia, convertir su razón en una pila de



cenizas ardientes hasta que cometiese alguna atrocidad irremediable. Pero no podía ceder. Necesitaba tiempo para analizar y pensar. Por el bien de Mimi, tenía que asegurarse de que cada una de las acciones que realizara de ahora en adelante fuesen en pos de conseguir la victoria.

Los jóvenes se quedaron en silencio. Un rato después, le preguntaron al hermano Wen con timidez qué tenían que hacer.

—Si no cambian de estrategia, monitorizarán nuestras comunicaciones. Estoy seguro de que activarán el circuito cerrado de cámaras panópticas de todas las esquinas de las calles y controlarán a todos los residuales, además de analizar todas las grabaciones para leer los labios. Aunque Isla de Silicio es una zona con velocidad de transferencia restringida, así que seguro que cuentan con una conexión dedicada para hacerlo.

»Pero he desarrollado un programa que funciona como un virus controlado. Cuando se activa, mientras haya dos pares de gafas a menos de medio metro de distancia, se puede usar uno de los pares para piratear los ajustes de uso compartido del otro par y replicar un segmento concreto de una grabación. Durante los próximos días tendremos que usar los ojos en lugar de nuestra voz y nuestro oído para comunicarnos. Podéis grabar vídeos de vosotros mismos hablando en el espejo y luego difundir dichos vídeos, o también enviar escenas poco habituales que consigáis grabar. ¿Lo habéis entendido?

Los jóvenes lo sopesaron durante un rato y luego se giraron hacia Li Wen con la mirada cargada de asombro, como si fuese un dios y estuviese muy por encima de ellos. Li Wen intentó explicarse mejor para que dejaran de mirarlo así:

—Soy el principal creador de gafas de realidad virtual de la ciudad. No me ha costado mucho hacer una llave que abra las cerraduras que he puesto yo mismo.

—¿Y qué deberíamos hacer ahora?

—Mírame. —Li Wen giró hacia él la cara de uno de los residuales—. Vamos a probarlo.

»Es una guerra. Una guerra entre nosotros y ellos. Mimi es una de los nuestros. Es de nuestra familia, nuestra hermana, nuestra hija. Y tenemos que protegernos igual que protegemos la tierra, el aire y el agua. —La cara seria de Li Wen esbozó una sonrisa forzada mezclada con cierto rastro de culpa, como si él fuese el verdadero agresor—. El clan Luo quiere hacerse con Mimi. Cuentan con una red de monitorización inteligente, pero nosotros tenemos espías humanos. Si se atreven a hacerle daño otra vez, haced que todo el mundo lo vea. Haremos justicia de la manera honorable y legítima en la que lo hacen los oriundos de Isla de Silicio, nos la tomaremos por nuestra mano.

El joven que miraba a Li Wen desenchufó sus gafas de la caja que el hombre tenía en las manos, se quedó con la mirada perdida durante un minuto hasta que se iluminó la luz verde de la esquina superior izquierda de la montura y luego se giró hacia uno de sus compañeros. Los dos asintieron, como si se dedicaran un saludo ritual cargado de sentido, y al juntar las frentes se iluminó otra luz verde, como una luciérnaga que intentara aparearse.

«Al parecer, tendré que hacerlo yo mismo.»

Luo Jincheng contemplaba la escena neblinosa y húmeda por la ventana de su coche. Los espías le habían asegurado que Mimi se encontraba en la UCI del hospital central de Isla de Silicio. Estaba en coma y solo la acompañaba Chen Kaizong, ya que el estadounidense y el director Lin Yiyu se acababan de marchar. Los únicos que defendían la posición eran unos cuantos guardas que había apostado el director Lin. «Es el mejor momento para actuar», instó la voz al otro lado del teléfono.

El viento hacía rodar las gotas de lluvia de la ventana del vehículo, que se fusionaban para formar patrones intrincados que se dibujaban contra la

borrosa escena de fondo y luego desaparecían o se volvían a separar en pequeñas gotas resplandecientes.

—Son una buena metáfora del destino de la gente —susurró Luo en voz baja—. Uno cree que el destino está en sus manos, pero en realidad no hay quien lo controle. Sigue su propio camino.

Todo lo que él hacía era obra del destino, igual que los estrechos caminos que seguían las gotas de agua empujadas por el viento, los temblores del coche, las pequeñas motas de polvo que habría en la superficie del cristal y más fuerzas inimaginables. Un Luo Jincheng más joven habría considerado que esas fuerzas eran los talentos innatos de los demás, como el enfoque, la diligencia o la suerte, pero ahora sabía que eran elementos importantes pero no determinantes. Las personas se encontraban en mitad del gran lienzo del mundo, un lugar inmenso e impredecible. Él solo podía llegar a dilucidar una impresión fragmentada e incierta de dicho mundo, como un ciego que intenta averiguar la forma de un elefante solo con tocarlo. Y además, el lienzo no dejaba de ampliarse por momentos.

El coche se detuvo frente al hospital. Algunos subordinados caminaban delante de él, que los seguía a poca distancia. Se habían vestido a propósito para no llamar la atención, con la esperanza de que los confundiesen con pacientes o familiares de visita, pero sus andares mecánicos y regulares y sus poses de alerta los dejaban en evidencia. La gente se apartaba de su camino con el rostro cargado de aprensión.

Los guardias de la puerta de la habitación de la uci vieron cómo llegaban los hostiles y trataron de pedir refuerzos, pero al cabo de un minuto ya estaban inmovilizados y forzados a arrodillarse en una esquina. Les pusieron una navaja desenvainada a la altura de los ojos, una amenaza silenciosa pero muy convincente.

Luo Jincheng asintió, empujó la puerta y entró en la habitación. Kaizong

levantó la vista. Tenía el rostro agotado y también cargado de inquietud y desconfianza.

—¿Quién eres?

—Luo Jincheng.

El joven se quedó en silencio, como si rebuscase aquel nombre en sus recuerdos. Luego arqueó las cejas y le dedicó una mirada cargada de rabia.

—¿Qué haces aquí? No eres bienvenido.

Luo Jincheng agitó la cabeza, despreocupado. Se acercó a la camilla para ver mejor a la paciente, pero Kaizong le bloqueó el paso.

—¡Sal de aquí! ¡Ya! —gruñó como si fuese una bestia acorralada.

—Cuidado con esos modales, jovencito. —Luo Jincheng sacó una cajetilla azul de cigarrillos Zhongnanhai de alta calidad, cogió uno, le dio unos golpecillos y se lo llevó a los labios—. No hagas caso a las lenguas viperinas. Nunca le he puesto una mano encima a tu novia. —Señaló a la mujer que había en la camilla, llena de tubos y electrodos—. Es tu novia, ¿verdad?

Antes de que Luo Jincheng sacase el mechero, Kaizong le arrancó el cigarrillo de los labios, lo tiró al suelo y lo aplastó con el zapato.

—¡Pagarás por esto!

Kaizong le dedicó una mirada llena de rabia y cerró los puños, que se agitaron sin control como si hubiese dos fuerzas en pugna por el control de su cuerpo. En lugar de atacarlo, terminó por escupir en el suelo. Quince días antes, se habría sentido muy mal por comportarse así.

—No me cabe la menor duda. Pero, hasta que eso ocurra, me gustaría que Mimi me ayudase.

Kaizong miró el botón de emergencias que había junto a la camilla, cerca de donde también se encontraba su teléfono móvil.

Luo agitó un dedo para indicarle que no se precipitase.

—Tengo a varios de mis hombres aquí fuera, pero he entrado solo. Como

ves, un gesto de buena voluntad.

Kaizong respiró hondo, como si sopesase la situación.

—¿Qué quieres de Mimi?

—¡Has hecho una pregunta! Por algo se empieza. —Luo sacó el teléfono y tocó la pantalla unas pocas veces antes de pasárselo a Kaizong—. ¿Reconoces esta fotografía?

En ella se veía a Mimi sentada delante de la montaña de basura con el miembro protésico y mirada pensativa. La misma con la que él había tenido su primera impresión de la chica. Resistió el impulso de apartar la mirada y se centró en la cara asustada y los ojos entornados que ahora estaban cubiertos por una máscara de oxígeno en la camilla.

—La fotografía la tomó mi hijo, Luo Zixin. —El tono de Luo se volvió más amable, reposado y lleno de preocupación—. Después de aquel encuentro, se contagió con una extraña enfermedad y cayó en coma. Los doctores no pueden hacer nada por él.

—¿Y crees que Mimi sí? —espetó Kaizong con sarcasmo.

—Tenemos que llevar a cabo un ritual. —Luo parecía un tanto avergonzado, pero reveló su ridículo plan eligiendo con cuidado cada una de las palabras—. Es la ceremonia del «cuenco de aceite». La *lohsingpua* exorcizará los infortunios de mi hijo a través de Mimi.

Kaizong se quedó anonadado y se mantuvo en pie mientras se esforzaba por comprender cada una de las palabras. Luego estalló en carcajadas. La tensión del ambiente se convirtió en júbilo, y varias personas miraron por la ventana para ver qué acababa de ocurrir en el interior.

—Eres muy divertido, jefe Luo. De verdad. —La risa de Kaizong se interrumpió de pronto y acabó con la ilusión de ambiente distendido que se había generado allí—. ¿Crees que puedes arriesgar las vidas de los demás solo para intentar salvar a tu hijo con un ritual propio de ignorantes?

—Eso mismo opinaba yo de las supersticiones cuando tenía tu edad. —Luo Jincheng asintió, como si lo comprendiera. Luego recuperó su tono imperioso habitual—. Cuando uno se hace mayor, ha visto tantas cosas que no le queda más remedio que empezar a creer en según qué. ¿Por qué no sigues pasando?

Kaizong le dedicó una mirada suspicaz y siguió pasando las fotografías del teléfono. Después de pasar varias de jarrones con flores y paisajes marinos, se quedó sin aliento y se le contrajeron las pupilas. El teléfono empezó a temblarle en las manos.

—Esos son mis hombres. Desobedecieron mis órdenes, bajo su cuenta y riesgo, y le hicieron cosas feas a Mimi. Han pagado por ello. —Luo Jincheng hizo una breve pausa y se quedó mirando a Kaizong—. Pero no fui yo quien les hizo eso.

Kaizong pasó despacio las imágenes de los cadáveres destrozados hasta que acabó en la fotografía de un robot cuyo armazón oscuro y metálico estaba iluminado por el resplandor áureo del amanecer. El robot estaba inclinado hacia delante y se apoyaba sobre los brazos, que tenía enterrados en la tierra. En el suelo, justo debajo de su pecho, había un hueco del tamaño de una persona y cuyo contorno le resultaba familiar.

—No entiendo...

Kaizong arqueó las cejas y frunció mucho el ceño. Tenía todos los datos necesarios delante de las narices, pero faltaba una pieza del rompecabezas. Había un hueco.

—Lin Yiyu es un perro viejo: a menos que la carne sea grande y jugosa, no se molesta en ir a por ella. —Luo Jincheng contempló con atención la reacción de Kaizong—. Vaya, supongo que tu jefe tampoco te contó toda la verdad. Él también está usando al gobierno para encontrar a Mimi. Seguro que el clan Lin sacará algún beneficio.

—Pero ¿por qué?

—Es otra de las razones por las que estoy aquí. Esta chica es la respuesta a todos los enigmas. —Luo miró a Mimi en la camilla de hospital y añadió en voz baja—: Y quizá la única salvación de mi hijo.

Kaizong se paseó junto a la camilla y dedicó una mirada amable y apenada a los moretones, rasguños y cicatrices rojas que recorrían la piel pálida de Mimi. Luego siguió los cables y los tubos de varios colores hacia la superficie verde oscuro de la pantalla del monitor, en la que había unas ondas regulares. Se mordió el labio, y el dolor le desencajó el gesto. Sintió cómo una columna de aire intentaba abrirse paso por su esófago, pero tragó saliva para contenerla. Ladeó la cabeza y, por un instante, dio la impresión de tratarse de un príncipe que estaba a punto de besar a una princesa durmiente, pero no se movió.

—Si te la llevas ahora, no obtendrás el menor beneficio —le susurró Kaizong a modo de advertencia—. ¿Es que no lo entiendes? La guerra ya ha empezado.

Luo Jincheng se quedó inmóvil bajo la luz tenue. Tenía el rostro sombrío y los dientes apretados. Cruzó los brazos y encogió los hombros, como perturbado por las palabras de Kaizong.

Lin Yiyu y Scott Brandle estaban sentados el uno junto al otro en el asiento trasero del coche y miraban en silencio el paisaje difuminado por el aguacero que los rodeaba. Las calles grises de Isla de Silicio pasaban despacio a ambos lados del coche, como los trazos gruesos de un cuadro postimpresionista.

El teléfono de Scott empezó a sonar. Lo miró y tocó el botón para rechazar la llamada. Sonó de nuevo.

El director Lin lo miró e hizo un gesto para que lo cogiese. Scott volvió a

rechazar la llamada y le dedicó al director una sonrisa formal. Lin murmuró algo en el topolecto de Isla de Silicio.

—No tiene que ser tan educado conmigo, director Lin. Sé que entiende mi idioma.

—... solo un poco. Esto... ¿el intérprete temporal? Aquí pronto. Chen Kaizong, ocupado...

—Es usted demasiado modesto, director Lin. No necesita un intérprete para nada. He visto su currículum y sé que fue uno de los mejores estudiantes de Isla de Silicio.

Scott no había dejado de sonreír.

—Pero usted sí que necesita un intérprete, señor Brandle.

El gesto sumiso al que estaba acostumbrado Scott desapareció del rostro del director Lin, quien habló con tono distante y sin rastro de acento.

—Veo que ha decidido dejar de llamarme «señor Scott». Siento si suena un poco brusco, pero en mi opinión se notaba que estaba sobreactuando.

—A veces es necesario hacerlo para sobrevivir en Isla de Silicio. Si quiere hacer negocios aquí, tendrá que acatar nuestras reglas.

—Eso lo entiendo. Lo que no me queda claro es de parte de quién está usted. Recuerde que es imposible complacer a todo el mundo...

—Sobre todo, a los estadounidenses. —Al director Lin le brillaron los ojos con una mirada astuta—. Me considera un insensato que juega a dos bandas y hace de portavoz del gobierno y de los grandes clanes, pero que actúa a espaldas del resto de los habitantes de Isla de Silicio. Déjeme hacerle una pregunta: ¿ha pensado alguna vez que se podría decir que son como nuestros padres? No somos nada sin nuestros padres.

Scott arqueó las cejas, como si acabase de recordar algo muy interesante.

—Déjeme contarle una historia —dijo Scott—. Cuando era pequeño, en una ocasión entré corriendo en el dormitorio de mis padres y los vi desnudos en la



cama. No fue una imagen muy agradable y me quedé impactado y avergonzado. Terminé por hacer como si no hubiese visto nada y salí de puntillas de la habitación. Si los viese ahora, tal vez los taparía con una manta. Quiero mucho a mis padres, igual que usted.

—No creo que sea una analogía apropiada. Siempre hay dos versiones de la misma historia, y usted ha decidido fijarse solo en una de ellas.

—¿A qué se refiere? —Scott rio con desdén—. ¿Va a empezar a hablarme del yin y el yang o de la filosofía del taichí?

—Me refiero a que —el director Lin respiró hondo, como si se esforzase por dejar a un lado la impaciencia y la ansiedad— TerraGreen Recycling siempre trata a los tres clanes como si fuesen obstáculos en lugar de usar el principio del divide y vencerás y aliarse con algunos para plantar cara a los demás. La empresa siempre se obceca en que el gobierno dicte normativas tajantes, pero no tiene en cuenta que la experiencia le ha demostrado al gobierno que debe andarse con mucho cuidado y medir cada uno de sus pasos. TerraGreen Recycling siempre busca ganarse el favor de los habitantes de Isla de Silicio apelando a la protección medioambiental y los beneficios, pero usted no parece entender que los robots son más eficientes y más respetuosos con el medio ambiente. Los lugareños están preocupados con lo que podría pasar si hay un exceso de trabajadores y se convierten en una facción errabunda y desestabilizadora. Además, no deja de hablar del ministro de Ecología y Medio Ambiente Guo Qidao...

—Vaya. —Scott se envaró en el asiento.

—Debe tener mucho cuidado con sus bases de datos. El joven que intentó robar información de su ordenador es miembro de una organización medioambiental extremista llamada Flor de Tusílago. El fundador de dicha organización, Guo Qide, es el hermano gemelo del ministro Guo Qidao... Así que le recomiendo que no tome conclusiones precipitadas sobre ningún asunto.

En China solemos decir que hay que analizar bien el tablero antes de hacer un movimiento.

Scott le dedicó una mirada reflexiva, pero no dijo nada.

El tono del director Lin dio paso de pronto a uno mucho más persuasivo. Estaba tan acostumbrado a cambiar de personalidad que a veces a sus interlocutores les costaba seguirle la corriente.

—Por mi parte, me gustaría dejarle algo claro: no encontrará a nadie que esté más de su parte que yo en Isla de Silicio...

El sonido insistente del teléfono interrumpió al director Lin. Miró a Scott, quien cogió la llamada. Su rostro se torció al instante. Le dijo al conductor que diese la vuelta de inmediato y marcó otro número en el teléfono.

—Alguien ha entrado en la uci... —Las palabras se quedaron flotando en el ambiente, como si fuesen las bolsas de basura negras y empapadas que colgaban de los cables de corriente.

Nos llaman «residuales». Los residuos son basura, algo menor e inútil, pero omnipresente. Ellos generan residuos todos los días. No podrían vivir sin los residuales.

Creen que pueden confinarnos a las chabolas, a los estanques de aguas negras, a las incineradoras y a los solares abandonados, pero se equivocan. También estamos en las habitaciones seguras de sus hoteles, en las cocinas de sus restaurantes, en los lugares donde se almacenan los suministros médicos esterilizados de sus hospitales. Los residuales se afanan por ganarse la vida en cualquiera de los lugares en los que ellos no quieren mancharse las manos: trabajan para que tengan el agua potable que beben o los coches que conducen, son las acompañantes que trabajan en los clubs de alterne o incluso sus niñeras... ¿De verdad creen que pueden evitarnos?

Vimos que secuestraban a Mimi, pero no dijimos nada. Nos hemos acostumbrado a sus demostraciones de poder, a ser tratados como basura, a que nos humillen y nos violen, a que se libren de nosotros después de haberse aprovechado, a desaparecer sin hacer ruido. No podemos ni imaginarnos las torturas y las palizas a las que se habrá visto sometida esa chica, las quemaduras de cigarrillos, los ahogamientos, los cortes, las violaciones, las descargas eléctricas, que la enterrasen viva.

Nos limitamos a rezar para no ser las siguientes víctimas.

Pero hemos visto cómo regresaba con vida. Una noche lluviosa, volvió desnuda, asustada, cubierta de sangre y recorrió las aldeas y las calles llenas de residuales aturdida como un zombi, como un recuerdo

en vida para los testigos, uno que les anunciaba que, a pesar de ser muertos vivientes, ellos también forman parte del futuro. Esa chica fue como un oráculo que nos transmitió un mensaje: que las personas no solo viven para sobrevivir.

La guerra ha comenzado.

Se encontraban en el hospital.

—Está muy bien escrito —lo halagó Luo Jincheng, y era sincero—. ¿Es obra tuya?

—Es un panfleto que se ha empezado a distribuir por los bajos fondos —dijo Kaizong al tiempo que negaba con la cabeza.

—Entonces supongo que no lo has escrito tú. —Luo sonrió al tiempo que la cara de Li Wen le venía a la memoria—. Los estadounidenses no tienen motivo alguno para meterse en aguas tan pantanosas.

—No, pero han dejado que los lugareños lo lean a propósito.

—Esto no servirá de nada. Confía en mí, conozco a los chinos mejor que tú.

—Yo también soy chino. Los conflictos y la presión llevan mucho tiempo macerando y solo hace falta una chispa para que exploten. Llevarse a Mimi en un momento como este es echarle leña al fuego.

Luo hubo de admitir que no le faltaba razón.

—¿Y qué sugieres? —Había cambiado de opinión. Al principio pensaba irrumpir en la habitación del hospital y llevarse la chica a la fuerza, pero una corazonada le decía que aquel plan no podía llegar a buen puerto.

—Descubrir la verdad. Castigar sin piedad a los responsables. Establecer unas normas claras.

Daba la impresión de que Kaizong lo tenía muy claro.

—Ja, aún piensas como un estadounidense. —Luo le dedicó una mirada impasible. Lo que Kaizong proponía era cambiar las reglas del juego y repartir las cartas otra vez. De esa manera, TerraGreen Recycling sería capaz de aprovecharse de la situación y tomar la iniciativa—. La verdad está en esta

camilla y sigue en coma. Los responsables ya están muertos. ¿Y las normas claras? Siempre ha habido una única norma: la ley de la selva y la selección natural.

Antes de que Kaizong le respondiese, empezó a sonar una alarma que ahogó el silencio del hospital y bramó sin parar.

—¡Jefe! —gritaron nerviosos los matones que había dejado fuera.

Luo salió a toda prisa de la habitación y vio que el pasillo era un hervidero de policías armados con pistolas automáticas que se encontraban a unos diez metros de distancia. Levantó las manos y se acercó despacio para interponerse en la tensión que emanaba de ambos bandos.

—Ha sido un malentendido.

Les dedicó una sonrisa amable a los policías e hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para que tirasen al suelo las navajas, que restallaron en los azulejos.

El capitán que estaba a cargo de los policías reconoció a Luo Jincheng. Dio una orden y todas las armas apuntaron hacia el suelo al mismo tiempo. El capitán también sonrió, dio un paso al frente y estrechó la mano con entusiasmo a quien apenas un segundo antes era el líder de los sospechosos. La situación cambió tan rápido que Chen Kaizong se quedó sumido en la confusión.

—Jefe Luo, ¿qué ha pasado aquí? Nos informaron de que unos criminales violentos habían entrado a la fuerza en el hospital y tomado rehenes. El director Lin parecía muy preocupado. Llegará en cualquier momento.

El gesto de Luo se retorció incómodo. Aún no estaba listo para enfrentarse cara a cara al clan Lin.

—Ya sabe lo impulsivos que son los jóvenes. Solo ha sido una pequeña trifulca. Nos iremos de inmediato.

—Vaya... Puede que eso me cause algún problema. —El capitán de policía

parecía avergonzado—. Me gustaría que algunos se quedaran para tomarles declaración. ¿Le parece bien?

—¡Claro! Cooperaremos en la medida de nuestras posibilidades.

Luo Jincheng asintió y algunos de sus subalternos dieron un paso al frente, se dejaron poner unas esposas de polietileno de alta densidad y se marcharon con la policía. Luo Jincheng le hizo un gesto a Chen Kaizong, que aún seguía en el interior de la habitación, para despedirse e indicarle que volvería.

Solo había dado tres pasos cuando le dio la impresión de que alguien pronunciaba su nombre. Se detuvo, se dio la vuelta y vio que Chen Kaizong se había quedado conmocionado junto a la camilla.

No era un sonido, o al menos no un sonido que pudiesen captar los oídos de un ser humano. Atravesó el suelo bajo sus pies y creó un temblor inquietante, como si el viento foehn de los Alpes cruzara la uci. Sintió una gran presión en el pecho y le costaba respirar. El corazón le dio un vuelco, como si tuviese en el interior de su cuerpo una mano que hubiera empezado a removerle los órganos y a cambiarlos de posición. Se le hincharon las venas de las sienes y sintió cómo una infinidad de agujas de acero se clavaban en el cráneo, cómo las náuseas, el miedo y los mareos se apoderaban de él. Cayó de rodillas y empezó a jadear.

Le dio la impresión de que el mundo empezaba a temblar. Los contornos de todas las cosas se emborronaron y adquirieron un lustre irisado. Reparó en que lo que temblaba sin control eran sus globos oculares, pero las vibraciones no se sincronizaban con los temblores de los reflejos que veía en el cristal que tenía delante. La tenue polarización de la ventana le daba al cielo y las nubes que se veían al otro lado cierta profundidad, y la frecuencia de las sacudidas empezó a aumentar. Un pájaro negro voló a lo largo de la ventana y los cristales estallaron hacia fuera, como si el ave los hubiese roto al pasar. Las

esquirlas perladas salieron despedidas por los aires antes de caer al suelo en la calle.

Luo Jincheng vio el charco de sangre cada vez mayor que se había formado en el suelo y que parecía salir de su nariz y su boca. Vio con el rabillo del ojo que los policías se retorcían en posturas extrañas. Sus siluetas se tornaron borrosas y lentas, como fantasmas o almas en pena.

Llegó a la conclusión de que iba a morir así: una muerte absurda, cruel y carente de sentido, como su primo desaparecido y su familia en Filipinas, como su hijo en coma. Su clan parecía ser víctima de energías malignas que les dotaban de riquezas, poder y oportunidades, pero al mismo tiempo condenaban sus genes. Un trato fáustico.

«Supongo que es cosa del karma.» Vio imágenes de los hombres a quienes había matado y de las malas acciones que había hecho, como si se encontrara en un tren que atravesase un túnel y dichas imágenes se proyectasen en las paredes a intervalos rápidos, un vídeo errático que reproducía su turbulenta vida fotograma a fotograma mientras el tren se acercaba a la distante pero luminosa salida, al otro lado.

«Nos vemos en la siguiente vida.» Se despidió del mundo en silencio.

Los temblores cesaron de improviso y todo volvió a la normalidad. Su conciencia volvió a afianzarse en el mundo real y sólido.

Luo Jincheng levantó la cabeza y se obligó a enfocar la vista. Miró a través de la ventana rota y la puerta abierta y vio que Kaizong se encontraba arrodillado a los pies de la camilla, pero no parecía haberle pasado nada. Daba la impresión de estar en trance. El equipo médico de la habitación se interponía entre Luo y él como una fila de guardias. Las máquinas tiraban de los cables que aún seguían conectados a Mimi y de los de corriente de la pared, que estaban tensos como los de un puente colgante. La pantalla del monitor multifunción estaba rota, y las resistentes ondas seguían cruzándola a

pesar de la nieve electrónica. El panel que había sobre el respirador y el desfibrilador se balanceó unas pocas veces debido al impulso, se soltó y cayó al suelo.

—... un ataque infrasónico. Joder... —gritó alguien. Los demás gruñeron.

—¡Necesitamos refuerzos! ¡Necesitamos refuerzos! —A Luo Jincheng le dio la impresión de que los gritos entrecortados de los *walkie-talkies* se le clavaban en el dolorido cráneo.

Los borrones de los policías heridos empezaron a adquirir definición: algunos estaban comatosos, a otros les salía sangre por la nariz, otros aún buscaban lugares donde esconderse, otros intentaban pedir ayuda... La escena parecía una comedia sin el menor sentido.

Luo Jincheng se sacudió las esquirlas de cristal del pelo y del cuerpo y se limpió la sangre de la cara. Se levantó tambaleándose y volvió a entrar en la habitación mientras el cartel led iluminado que rezaba UCI caía y se quedaba colgando del cable. La luz verde titiló. Estaba decidido a confirmar una suposición muy absurda.

Se detuvo delante de la barrera defensiva formada por el equipo médico, como si temiese que esas máquinas inmóviles pudieran despertar en cualquier momento y abalanzarse sobre él con las fauces abiertas. No obstante, no ocurrió nada. Se quedaron inertes, emitiendo esas luces y chirridos irregulares que eran propios de un mal funcionamiento. Kaizong se encontraba en un lugar donde parecía haberse librado de la onda estacionaria, pero aun así estaba abrumado por lo que había ocurrido durante los últimos minutos. No sabía muy bien qué hacer y tenía el gesto rígido, como si inconscientemente se hubiera colocado en aquel lugar para proteger el cuerpo de Mimi, que seguía tumbado en la camilla del hospital.

—Es ella —dijo Luo Jincheng.

Kaizong lo miró sin moverse ni un ápice, pero el miedo empezó a reflejarse

en sus facciones. Dicho miedo no solo se debía a la ambivalente afirmación de Luo, sino también al amplio significado que podían tener aquellas palabras. La lógica y la intuición intentaron hacerse con el control de su mente. Abrió la boca, pero no pronunció palabra.

Luo Jincheng dio un paso al frente, titubeante. Luego otro. No ocurrió nada. Cuando estaba a punto de cruzar la barrera formada por el equipamiento médico, se oyeron unos chirridos bruscos, y todos los tubos y cables que seguían conectados al cuerpo de Mimi, así como la mascarilla de oxígeno, salieron disparados por el impulso elástico y lanzaron a Luo varios latigazos que restallaron en el silencio de la estancia.

Luo estaba preparado y consiguió apartarse. Los cables, los tubos y la mascarilla cayeron inertes al suelo como si fuesen tentáculos flácidos. Le lanzó a Kaizong una mirada indescifrable y no se atrevió a acercarse más a la camilla.

Kaizong se sobresaltó de repente, estupefacto, y se apartó.

El cuerpo de la joven, que apenas un momento antes estaba tan quieto como un cadáver, tembló un poco. Chen Kaizong y Luo Jincheng, que hasta hacía nada habían sido enemigos mortales, tenían la misma expresión en el rostro: una mezcla de terror, sospecha y esperanza. Parecía que ambos habían llegado a la misma conclusión, que la residual antaño llamada Mimi se había convertido en algo que ni ellos ni toda la humanidad eran capaces de imaginar.

El rostro pálido y lleno de cicatrices de Mimi se convulsionó, y la comisura derecha de sus labios se levantó un poco para esbozar una sonrisa amenazadora y peligrosa que se borraba y volvía aparecer a ritmo acompasado. Los ojos le temblaron bajo los párpados, como si en cualquier momento fuese a abrirlos para contemplar el mundo cruel e incomprensible en el que se encontraba. Kaizong esperó con los puños cerrados y las palmas de las manos sudorosas. Los temblores continuaron durante varias decenas de



segundos, minutos quizá, pero a los dos hombres que se encontraban en la habitación les pareció una eternidad.

Dejó de temblar, y los párpados translúcidos se tornaron rosados como pétalos. Kaizong y Luo Jincheng contuvieron el aliento casi al mismo tiempo.

Tres segundos después, empezó a temblar de nuevo.

Scott salió del taxi, se subió del todo la cremallera de la chaqueta impermeable The North Face y tiró del ala del sombrero para ocultar su rostro caucásico, pues llamaba la atención. Atravesó el muelle a primera hora de la mañana mientras evitaba a los vendedores callejeros que ofrecían la pesca del día y buscaba algo entre la densa nube de barcos pesqueros y los sampanes que iban de un lado a otro.

Enseguida encontró su objetivo: una vieja lancha motora que acababa de atracar para descargar su mercancía. La pintura de la lancha estaba desgastada y tenía manchas de óxido, como si se tratara del lomo de una gran ballena blanca que hubiese sobrevivido a muchos enfrentamientos. El barquero gritaba a los estibadores en el topolecto de Isla de Silicio, y el casco vacío, que había empezado a flotar a menos profundidad sobre el agua, se mecía con suavidad sobre la espuma de la superficie llena de basura.

Scott subió al barco de un salto e hizo un ruido sordo al caer sobre el casco. El barquero lo miró enfadado, pero justo cuando estaba a punto de soltar una ristra de improperios se quedó en silencio al ver el fajo de billetes que el estadounidense le había puesto frente a la cara.

—¿Tiene combustible suficiente? —preguntó Scott con un mandarín cargado de acento. Tuvo que repetirlo varias veces antes de que el barquero consiguiera entenderlo.

—¿Adónde quiere ir?

—A mar abierto. Solo quiero dar una vuelta.

Scott le dedicó un gesto despreocupado y miró a su alrededor con indiferencia. Nadie los miraba.

—No puedo ir muy lejos. Tengo que ir a casa a desayunar.

El barquero encendió el motor, y el rugido ensordecedor se unió a los torrentes de espuma blanca que se levantaron a popa.

La lancha dejó el ajetreado puerto y se dirigió a mar abierto dejando tras de sí una estela blanca que desaparecía poco a poco.

La temperatura, que rondaba los cuarenta grados unos días antes, había experimentado un brusco descenso a causa de una tormenta tropical. Las gotas de agua que transportaba la brisa marina golpearon la cara desnuda de un Scott incapaz de discernir si era lluvia o el rocío del mar. Miró el GPS del móvil y se esforzó para indicarle la ruta al barquero con gestos. La tierra se perdió a lo lejos, y solo se veían algunos arrecifes de coral que se erigían en la superficie como los dientes de un can.

—Si avanzamos más, nos quedaremos sin combustible para la vuelta.

El barquero parecía arrepentido por haber aceptado el trato. Frenó la lancha, tenso y muy pendiente del extranjero al que transportaba.

—Allí.

Scott miró el mapa del teléfono y luego señaló un punto del mar abierto que los rodeaba. El barquero murmuró algo en el topoclecto local e hizo avanzar la lancha a regañadientes.

—Hasta aquí.

El ruido del motor titubeó y luego cesó. La lancha siguió avanzando un poco debido al impulso y luego se quedó flotando entre el cielo y el mar.

El barquero miró a Scott con gesto precavido, como si estuviese preparado para coger en cualquier momento la palanca que había tirada sobre la cubierta. Parecía darle igual que el extranjero le sacase una cabeza de altura.

Scott le sonrió. Se tanteó los bolsillos, pero no encontró ningún cigarrillo que ofrecerle para demostrar que iba en son de paz. Se encogió de hombros y le tendió las manos con la esperanza de ser capaz de calmar al hombre. Había llegado la hora. Entornó los ojos y escudriñó el mar, pero la superficie reflejaba una calma inquietante.

El barquero de piel oscura y arrugada parecía haber llegado al límite de su paciencia, y a Scott le dio la impresión de que en cualquier momento iba a perseguirlo por la cubierta con la palanca para tirarlo de la lancha y volver a la seguridad del puerto. Oyeron el suave rugido de otro motor que venía de detrás. Se acercaba a ellos una lancha diésel ligera y de dos pisos que servía tanto para transportar pasajeros como mercancías y cuya línea de flotación estaba pintada de un verde descascarillado. No vieron a nadie a bordo.

Scott volvió a sonreír al barquero para demostrarle que era digno de su confianza.

La lancha diésel se detuvo junto a la lancha motora, y la ola que levantó hizo que la cubierta se estremeciese con violencia bajo los pies de ambos. Se abrió la puerta de la cabina, y vieron cómo se asomaba un rostro con facciones del Sudeste Asiático.

—¿El señor Scott Brandle? —preguntó con un fuerte acento extranjero.

—Soy yo.

Scott tendió la mano a la espera de que se la estrechase o, mejor aún, de que lo ayudase a subir al barco grande.

En lugar de eso, el hombre le ofreció un teléfono satelital.

—No entiendo. —Scott torció el gesto, confundido—. ¿Dónde está su jefe?

—Teléfono. —El hombre hizo un gesto con las manos para que se le entendiera mejor.

—No me parece bien. —Scott le dedicó una sonrisa forzada—. No se

pueden hacer negocios así. Tengo que ver a su jefe, ¿me entiende? ¡O lo veo o no hay trato!

—Teléfono. —El hombre le devolvió la sonrisa—. Tú... busca... ella.

El teléfono con forma de lanzadera espacial sonó en la mano de Scott, unos chirridos electrónicos extraños y con cierto ritmo jamaicano. En ese momento, Scott se dio cuenta de que el teléfono también tenía cámara. Desamparado, echó un vistazo alrededor, respiró hondo y tocó el botón para aceptar la videollamada.

—Le pido disculpas por tener que reunirme con usted de esta manera. Es el único método viable para garantizar la seguridad, tanto la suya como la mía. La red satelital pública está muy encriptada y mi lancha cuenta además con equipo para producir interferencias, por lo que cualquiera que intente oír o grabar nuestra conversación solo captará ruido blanco.

En la pantalla apareció la imagen de una mujer asiática de unos treinta y cinco años. Hablaba con fluidez, sin acento alguno, y llevaba el pelo corto de un tono que casaba con el de su piel cobriza. Parecía estar acostumbrada a este tipo de reuniones: tenía porte tranquilo, confiado y miraba con fijeza a Scott.

—Me alegro mucho de conocerlo, señor Scott Brandle. —La mujer inclinó la cabeza con respeto para saludar, como una *geisha* japonesa—. Me llamo Sug-Yi Chiu Ho y estoy al cargo de esta operación.

Scott asintió. Fue directo al grano.

—Señora Chiu Ho, uno de sus hombres ha intentado robar información confidencial de mi ordenador. ¿Se lo ordenó usted?

La sorpresa retorció el gesto de Sug-Yi, quien no tardó en recomponerse y responder con sinceridad:

—Así es. Asumo toda responsabilidad. No obstante, no quisiera que me juzgase hasta haber oído toda la historia.

—Soy todo oídos.

—Hace dos meses, nosotros, o sea, Flor de Tusílago, recibimos un informe de inteligencia que afirmaba que unos contenedores de New Jersey que iban de camino a Isla de Silicio tras pasar por Kwai Tsing contenían desechos de prótesis infectados con virus muy peligrosos que parecían provenir del programa de reciclado primaveral de SBT. Sirviéndonos de los identificadores por radiofrecuencia que envían información al fabricante, pretendíamos interceptar el cargamento antes de que entrara en el puerto de Kwai Tsing y luego revelarle la verdad al mundo.

»Pero debido a un accidente nos vimos obligados a suspender la operación. El cargamento que iba a bordo del *Larga Prosperidad* se descargó y distribuyó a varias zonas del interior de China y perdimos el rastro. No obstante, tenemos pruebas que nos hacen sospechar que los desperdicios infectados por el virus han llegado a Isla de Silicio.

»Y usted es una de esas pruebas, señor Brandle.

Scott arqueó las cejas y no reaccionó. El joven de la sala de interrogatorios le había dejado claro que Flor de Tusílago había descubierto su identidad real. «Scott Brandle» no era más que uno de sus muchos seudónimos. Los medios solían describir su profesión como «gánster económico», pero él no daba mucha importancia a los alarmismos y las exageraciones. Eso sí, no podía negar que los asesinatos eran algo consustancial a su profesión.

«La salvación siempre ha requerido sacrificios.»

Siempre se había convencido a sí mismo con esas palabras. Había interpretado los papeles de experto en energía, analista financiero de alto nivel, investigador medioambiental y empleado de grandes *chaebols* o de famosos conglomerados multinacionales. Había deambulado por el interior de

grandes países tercermundistas como un cazador hambriento. Había recorrido las selvas del Amazonas, las praderas de Mozambique, los horribles suburbios de la parte meridional de la India y también las aguas territoriales del Sudeste Asiático, que estaban llenas de recursos. Tanto él como otros hombres como él le doraban la píldora a los gobiernos locales: les convencían con un crecimiento económico de dos dígitos, la creación de muchos puestos de trabajo y, lo más importante para los gobiernos, estabilidad social. Creaban polígonos industriales, centrales de energía, aportaban agua potable y aeropuertos, compraban su confianza con pretensiones hasta que llenaban las fábricas, donde los trabajadores se veían sometidos como robots a realizar tareas repetitivas y mecánicas y a trabajar duro durante muchas horas para ganar un salario menor que los de sus progenitores.

«El mundo es como es.» Scott recordó aquellas palabras que había pronunciado el joven esposado a la silla de la sala de interrogatorios.

Los gánsteres económicos usaban cebos como tecnología avanzada, dinero fácil y condiciones favorables de compra en nombre del «progreso» y de «alianzas estratégicas», persuadían a los gobiernos locales para firmar acuerdos que requerían la realización de enormes proyectos de ingeniería para los que necesitaban préstamos desorbitados y luego les ofrecían recursos insustituibles como campos petrolíferos, minerales o los genes de animales en peligro de extinción.

Los gánsteres se largaban con su dinero, los funcionarios con sus sobornos y el pueblo se encargaba de pagar la deuda, además de quedarse con un hogar arruinado y lleno de polución.

—No veo la relación —dijo Scott con inocencia.

—Debería plantearse en serio lo de hacerse actor. —Sug-Yi le dedicó una sonrisa encantadora para descolocarlo—. Scott... ¿puedo llamarlo Scott? Entre los accionistas tanto de TerraGreen Recycling como de SBT hay una

institución llamada Fundación Arashio, de la que no hay ninguna información pública.

Scott no dijo nada.

—Dicha institución también es accionista de todas las empresas con las que ha trabajado con anterioridad.

Sug-Yi lo dijo con mucho tacto. Era su as en la manga.

—¿Me intenta chantajear? —fue la inevitable respuesta de Scott.

—Considérelo una oferta que puede ayudar a limpiarle la sangre que tiene en las manos.

—Gracias, pero prefiero el jabón.

—Scott, es su última oportunidad. Puede que Isla de Silicio se convierta en otro Ahmedabad. ¿De verdad quiere que la tragedia se repita?

—Eso fue un accidente.

A Scott se le quebró la voz mientras lo decía.

—Ciento veintiocho muertos y más de seiscientas personas que perdieron la movilidad o quedaron impedidas. ¿En serio cree que fue un «accidente»? ¿Podría repetirlo mientras mira a esos niños a los ojos?

—Estuve allí... —Bajó la voz. La cara pálida de Nancy se desdibujó debido a la humedad que anegaba los ojos de Scott—. Dígame lo que quiere.

—¡Pruebas! ¡Pruebas sólidas con las que acabar con SBT! Queremos saber cómo transportan los residuos de las prótesis a los países en vías de desarrollo y cómo se las han arreglado para cubrir su pista.

—Señora Chiu Ho, me está pidiendo que arriesgue el pellejo para ayudar a unos extremistas medioambientales a satisfacer su supuesta superioridad moral.

La mujer sonrió como si ya esperase dicha respuesta.

—Podemos ofrecerle más. ¿Recuerda cómo reaccionó el mercado de valores cuando se desveló la verdad sobre Enron?



—¿Planean hundir SBT? —Scott hizo un cálculo mental rápido. Esta gente podría ganar miles de millones si se lo montaban bien—. Siempre he pensado que no eran más que idealistas.

—Digamos que en Flor de Tusílogo somos unos idealistas que buscan conseguir resultados.

La cadencia de la respuesta de Sug-Yi tenía la precisión de un contestador automático.

—Muy bien. Dígame en qué puedo ayudar.

Por fin Scott tendría la oportunidad de hacer la pregunta que llevaba tanto tiempo callándose.

En la pantalla, la sonrisa desapareció de la cara de Sug-Yi. Parecía estar pensando por dónde empezar.

—¿Ha oído hablar del proyecto Marea Tóxica?

Kaizong vio unas siluetas blancas reflejadas en las distantes ventanas de la uci a la tenue luz del amanecer. Se apresuró, con la idea de que se trataba de personal médico que le estaba esperando.

Hacía un cuarto de hora desde que recibió una llamada urgente del hospital para confirmarle que Mimi se había despertado. Sin decírselo a nadie y sin siquiera lavarse los dientes o la cara, Kaizong había cogido un taxi para estar junto a la mujer que nunca abandonaba sus pensamientos. En la radio del vehículo sonaba el *leitmotiv* familiar de la *Obertura 1812* de Chaikovski con el que se anunciaba la hora. Eran las seis y un minuto de la mañana en Pekín. La apasionada melodía aceleró un poco y se le quedó metida en la cabeza, como si fuese la de un aviso de noticias de última hora.

El aire estaba impregnado de la fragancia de las magnolias, que, combinada

con el olor a desinfectante, creaba una mezcla dulce con cierto matiz de angustia.

Kaizong no se detuvo a esperar al ascensor, sino que subió a toda prisa por las escaleras hasta el tercer piso antes de detenerse frente a la uci a recuperar el aliento. Abrió la puerta.

La estancia estaba a oscuras, y la camilla vacía. Estuvo a punto de pulsar el botón de llamada para preguntar a los enfermeros, pero luego se dio cuenta de que había una figura que le daba la espalda frente a la ventana. La tenue luz matutina delineaba un contorno familiar.

—¿Mimi? —preguntó Kaizong, titubeante. La inquietud empezó a apoderarse de él.

La joven se quedó quieta. Unos segundos después, el ideograma *mi* empezó a resplandecer dorado en la película corporal que tenía en la nuca. A través de la tela de la bata del hospital, la luz del símbolo parecía fuerte y regular. La chica se dio la vuelta con una sonrisa en el rostro, y la línea que dividía la luz de las sombras se desplazó por su cara hasta que la sonrisa quedó oculta por completo en la oscuridad.

—Kaizong, has venido —dijo con voz nítida y amable, como si no hubiese ocurrido nada.

Él se quedó aturdido por un instante antes de darse cuenta de que le estaba saludando. Encendió las luces de la habitación y se acercó a ella mientras sometía a un minucioso escrutinio su rostro sonriente. Las heridas se le habían curado muy bien, y solo le habían quedado unas pocas cicatrices en la frente.

—¿Qué pasa? ¿Ya no me reconoces?

—No... ¿Estás bien? —Kaizong extendió un brazo para abrazar a Mimi por encima de los hombros, pero recordó que no estaba en Estados Unidos y se detuvo en mitad del movimiento.

Mimi le agarró la mano de improviso y la encerró entre las suyas, con

movimientos precisos y determinados que convertían el gesto en algo premeditado.

—Todo lo bien que puedo estar después de regresar de entre los muertos.

Kaizong se quedó impactado. Sintió unas descargas eléctricas que le recorrieron todo el cuerpo y no pudo articular palabra.

La expresión de Mimi dio paso a una de incertidumbre para luego tornarse en una de comprensión. Soltó la mano de Kaizong, agachó la cabeza y dijo en voz baja:

—He oído que me has cuidado todo este tiempo. De no haber sido por ti, tal vez habría muerto hace mucho.

Kaizong se relajó y agarró la mano de Mimi.

—No seas boba. El director Lin ha accedido a enviar guardas que no se separarán de ti ni un momento. No volverás a estar en peligro.

—¿En peligro?

—Olvidemos el pasado. Si hubiese podido llevarte a un lugar seguro... — Se quedó en silencio y se mordió el labio inferior. Se sentía como un idiota, como si sus balbuceos no tuviesen sentido alguno.

Un atisbo de duda casi imperceptible cruzó la mirada de Mimi.

—¿Qué pasó en realidad? No... No recuerdo nada...

—El doctor dice que necesitarás tiempo para recuperarte del todo. — Kaizong recordó la sonrisa de Mimi en la playa de Custodio de Marea y sintió como miles de agujas se le clavaban en el corazón. Se obligó a que la rabia no se le reflejara en el rostro—. ¿Por qué no descansas un poco? Iré a hablar con el doctor y le preguntaré si tienes que quedarte en observación o te puedo llevar a casa.

—¿A casa? —Mimi le dedicó un gesto confundido.

Kaizong se quedó sin palabras. El hogar de Mimi se encontraba a miles de kilómetros de distancia, era inalcanzable. En las conversaciones que había

tenido con ella, la chica le había confesado que le daba la sensación de que no pertenecía a ningún lugar en Isla de Silicio, y un lugar sin recuerdos no era uno que se pudiera llamar hogar. Kaizong comprendía muy bien la sensación.

—Tu casa de verdad. —Kaizong intentó consolar a Mimi con una sonrisa amable.

Se dio la vuelta y, cuando estaba a punto de marcharse, oyó cómo la chica tarareaba algo. Eran los compases de la *Obertura 1812* que Kaizong había oído antes en la radio. Torció el gesto de improviso, como si algo le hubiese arrancado la música de sus pensamientos para implantarla en las cuerdas vocales de Mimi, algo etéreo como la porcelana. Mimi lo miró fijamente, con gesto impasible y la boca medio abierta, como si fuese una caja de música con forma de mujer. Las notas surgían de sus labios, e incluso llegó a imitar el aumento de ritmo a la perfección. Repitió la corta frase musical una y otra vez sin emoción alguna y terminó por quedarse en silencio.

A Kaizong se le erizó el vello de la nuca. Contuvo el impulso de examinarla con más atención y salió de la uci, escapó de la chica a quien ya había salvado en el pasado.

Las náuseas se apoderaron de Scott cuando llegó al hotel. En parte se debían al vaivén del mar, pero también a la sensación de haber sido engañado.

Intentó conectarse al programa de chat encriptado, pero «Hirofumi Otagawa» no le respondió. Luego se dio cuenta de que eran las dos de la madrugada en la Costa Este de Estados Unidos. ¡Puto mentiroso! Scott tiró la llave de seguridad contra la mesa e intentó descargar parte de su ira en una página porno, pero el navegador no dejaba de darle un error 451, un código de estado HTTP que indicaba que la página no estaba disponible debido a las leyes locales. Era una referencia a la novela de Bradbury.

«Ni siquiera le permiten a uno desahogarse en esta zona con velocidad de transferencia restringida.»

Scott no tuvo fuerzas ni para reír. Se había imaginado que la misión en Isla de Silicio sería más limpia, al menos comparada con el resto de las acciones turbias que había tenido que llevar a cabo en el Sudeste Asiático, la India meridional y África Occidental. Se había equivocado. Mucho.

El secreto estaba en los metales raros, recursos no renovables que eran más preciados que el oro. Eran como el polvo de hadas mágico de los cuentos: una pequeña cantidad bastaba para mejorar muchísimo el valor táctico de los materiales tradicionales y realizar grandes avances en tecnología militar, que permitían a los propietarios adquirir una ventaja abrumadora en los campos de batalla modernos.

*El arte de la guerra.* Scott pensó en el clásico chino que se estudiaba en la Academia Militar de Estados Unidos. *El arte de la guerra* se había convertido en *El arte de matar*. Recordó con nitidez los vídeos que se reproducían en las reuniones internas del personal de TerraGreen Recycling.

Durante la Guerra Fría, los submarinos soviéticos de clase Papa, clase Alfa, clase Mike y clase Sierra recorrían los cuellos de botella estratégicos de los océanos de todo el mundo como fantasmas, alcanzaban velocidades de hasta cuarenta nudos y se sumergían en las profundidades entre cuatrocientos y seiscientos metros. En comparación, los torpedos estadounidenses eran lentos como tortugas. La Unión Soviética había conseguido dicha ventaja gracias al metal raro llamado renio que reforzaba de manera significativa las aleaciones de titanio con las que se fabricaban submarinos veloces, capaces de sumergirse a grandes profundidades y con mucha potencia de fuego.

Los tanques M1A1 Abrams de los estadounidenses estaban equipados con telémetros láser mejorados con itrio, lo que les permitía «ver» hasta cuatro kilómetros de distancia a través del humo y la niebla durante la guerra del

Golfo, y se sobrepusieron sin duda alguna a los carros de combate T-72 de los iraquíes, cuyos telémetros solo alcanzaban una distancia de dos kilómetros. Los Abrams podían apuntar, disparar y hacer añicos al enemigo mucho antes de que les devolvieran los disparos. De igual manera, los soldados estadounidenses llevaban unas gafas de visión nocturna mejoradas con lantano que les permitían ver a los enemigos con la misma claridad que si fuese de día y matarlos con precisión.

No obstante, casi la mitad de las reservas mundiales de estos minerales raros se concentraban en China, y China era responsable de más de un noventa y cinco por ciento de la producción global. Ya en el año 2007, el Gobierno chino impuso una cuota estricta con la que reducir drásticamente la cantidad de dichos metales que se exportaba, lo que disparó los precios. «¡China, la próxima superpotencia!», rezaban los titulares occidentales, alarmados. Las naciones desarrolladas estaban acostumbradas a adquirirlos muy baratos y, ahora que las circunstancias habían cambiado, la ventaja estratégica que les aportaba la tecnología, que habían conseguido y mantenido con gran esfuerzo, estaba a punto de desaparecer. El mundo estaba al borde de una redistribución del poder.

Scott consiguió recomponerse después de haber estado a punto de tener una crisis nerviosa. Abrió el programa VPN y esperó a que se conectase al servidor cifrado que se encontraba al otro lado del océano para enviar los paquetes de datos encriptados e indemnes fuera de China antes de volver a ser redirigidos a su verdadero destino, una página de porno duro de Europa del Este. La velocidad de la conexión era lenta, pero al menos había conseguido superar el Gran Cortafuegos Chino.

«Es la octava de las Treinta y Seis estratagemas: “Avanzar al amparo de la oscuridad”.»

Se podía decir que TerraGreen Recycling había hecho lo mismo.

La empresa había desarrollado una tecnología para reciclar los metales raros presentes en los residuos electrónicos de los consumidores. Más de un ochenta por ciento de estos metales se usaban en chips, baterías, pantallas y productos electrónicos similares que podían extraerse y volver a usarse. No obstante, la polución que generaba dicho proceso excedía por mucho los estándares de la Agencia de Protección Ambiental, y la empresa responsable tenía que pagar un fideicomiso a razón de los daños medioambientales previstos. A lo que había que sumar los costes estratosféricos de la mano de obra, ya que las leyes estadounidenses obligaban a las empresas a contratar seguros muy caros para los trabajadores y a reservar un fondo de gestión de riesgos con el que cubrir los gastos producidos por las enfermedades relacionadas con el trabajo que terminarían por sufrir los trabajadores.

En otras palabras, no merecía la pena.

Era el problema de la democracia: cuando los congresistas terminaran por comprender la seriedad de la amenaza y prepararan los proyectos de ley, los grupos interesados ya habrían solucionado sus trifulcas y llegado a desarrollar una política industrial conjunta que llevaría a los Estados Unidos de América a convertirse en un país de tercera o quizá hasta en un mero satélite de la economía de la región de la Gran China. La disolución de la Unión Europea era un claro antecedente, y todo Occidente no podía olvidar cómo ondeaban el fondo rojo y las estrellas doradas de la bandera China sobre las playas de Ibiza después de que un grupo de empresas chino las hubiese comprado en el año 2022.

Es por ello por lo que TerraGreen Recycling había tenido que desarrollar una estrategia de subcontratas muy creativa que se ciñese a las leyes del momento. La empresa se propuso trasladar los residuos y la polución del extranjero a las zonas despobladas de las naciones más desarrolladas, un proyecto que llamó Economía Verde. La empresa también ayudaría a dichas

naciones extranjeras a construir polígonos industriales y cadenas productivas, que contarían con mano de obra ilimitada y barata, todo a cambio de tener acceso prioritario y descuentos en la compra de los valiosos metales raros.

Scott recordó que la última página del informe interno tenía un triángulo equilátero enorme cuyos vértices eran círculos de colores que tenían escrito en negrita y mayúscula: **TODOS GANAN**.

El gobierno quiere desarrollo económico: les ayudamos a aumentar el PIB.

La gente quiere comer: les damos trabajo.

Nosotros queremos metales raros: hemos calculado el coste al milímetro.

Scott se había sentido incómodo. No había dejado de tener pesadillas desde el accidente con los gases tóxicos en Ahmedabad: los cuerpos hinchados con la mirada perdida y los cristalinos deformados desperdigados por el suelo bajo la nube verde de gases. Había decidido usar válvulas de gas fabricadas por empresas locales, ya que durante la subasta habían ofrecido los precios más bajos y los mayores sobornos.

Veía parpadear al mismo tiempo los ojos grises de los cadáveres, que parecían miles de perlas de agua dulce sin procesar, empezaba a gritar y se levantaba con el cuerpo cubierto de sudor. Los psiquiatras no fueron capaces de salvarlo, así que se rindió a Dios.

Pero ahora estaba a punto de volver a alejarse del camino del Señor y cometer una blasfemia.

Scott había sentido que tenía que hacer algo. Había convencido a la junta directiva para dedicar fondos a la descontaminación medioambiental como «gesto de buena voluntad», aunque las condiciones después de realizarla no iban a mejorar mucho según los estándares de la Agencia de Protección Ambiental.

«En el mundo hay muchas formas de pureza, muchas de justicia y muchas de



felicidad. Lo único que podemos hacer es elegir entre ellas o permitir que alguien lo haga por nosotros —intentó consolarse Scott—. Hago todo lo que puedo.»

Pero Flor de Tusílogo acababa de darle a entender que Isla de Silicio se iba a convertir en otro baño de sangre.

Los datos de la página pornográfica volvieron a él a través del túnel encriptado del servidor VPN. En la pantalla apareció una modelo ucraniana con el cuerpo cubierto de prendas de colores. Bailaba de manera provocativa y usaba todas las artimañas a su disposición para persuadir a los visitantes y conseguir que hiciesen clic en el botón del canal de pago, donde satisfacerían sus instintos más primitivos. Uno incluso podía diseñar el rostro y la figura del objeto de deseo: podía ser tu jefe, tu vecino, tu profesor, un estudiante, un cajero del restaurante de comida rápida local, una estrella de cine en ciernes, un criminal, un político, un transeúnte, una mascota, tu pareja o incluso tú mismo.

Scott estaba inquieto y muy poco excitado. El cursor deambuló por la página sin rumbo mientras la modelo virtual respondió a los movimientos de la flecha con gemidos exagerados y movimientos mecánicos. De improviso, recordó que tenía algo que hacer, cambió a la pestaña de un motor de búsqueda y escribió: «Proyecto Marea Tóxica». Esperó 0,13 segundos y recibió cinco mil cien resultados.

Hizo clic en el enlace llamado «Proyecto Marea Tóxica», seguro de que el servidor VPN sería capaz de entrar en la página censurada. Determinó la ruta del paquete y vio que el vídeo del enlace estaba almacenado en un servidor que se encontraba en la órbita baja de la Tierra, a unos cuatrocientos kilómetros de la superficie. El servidor se llamaba Nube.Anárquica y estaba preparado para evitar la censura impuesta por varios gobiernos. El servidor VPN tardó el doble de lo habitual en cargar la página, y la pantalla vacía

empezó a llenarse poco a poco, como si se imprimiese con una impresora matricial de un desolado yermo de información.

—¿Qué coño le ha pasado a Mimi? —apremió Kaizong cuando hablaba con el doctor.

Esa no era Mimi, o al menos no era la Mimi que él había conocido. Se parecía más a algo que imitaba de forma deliberada sus gestos y su manera de hablar. Algo inhumano. Se estremeció. Mimi nunca lo había llamado Kaizong. Siempre se había referido a él como el «falso extranjero».

—La situación es un tanto complicada... —El doctor titubeó y luego abrió tres tomogramas tridimensionales en una pantalla—. Nunca he visto... una actividad cerebral como esta.

Tocó algo en la pantalla.

—Esta es la imagen típica de un EEG cuantitativo; un mapeo cerebral, para que me entienda. —Apareció un cerebro de colores oscuros flotando en un espacio virtual. La animación mostraba varias secciones horizontales en las que unas manchas irregulares o franjas de colores aparecían y desaparecían, lo que indicaba los niveles de actividad en las diferentes regiones del cerebro—. Y esta es la de Mimi.

Kaizong boqueó al ver ampliada la imagen parpadeante.

Si la imagen de un EEG cuantitativo típico podía describirse como un paisaje pintado a trazos anchos similar a los del estilo xieyi, el cerebro de Mimi parecía una pintura realista de estilo gongbi, de esas que uno podía esperar en la dinastía Tang, llena de detalles pulcros y meticulosos. A medida

que la animación pasaba por las secciones horizontales, los patrones se convertían en algo similar a un palacio complejo y glorioso. Las regiones coloreadas parecían componentes de artesanía unidos con muescas y espigas, pero mucho más vívidos y dinámicos. La escena se parecía a la de un carnaval lleno de disfraces diseñados por Antoni Gaudí que desfilara por una ciudad gigantesca, pero cuya armonía también se veía reflejada en los más mínimos detalles, lo que le daba al conjunto una belleza armoniosa.

—¿Por qué está así?

—Buena pregunta. Hemos analizado algunos indicadores bioquímicos y creemos que un virus podría haber invadido su cerebro. De hecho, la infección ha tenido lugar en oleadas y la última de ellas fue hace un mes. Tal vez el virus nos permita explicar algunas de las extrañas características de esta enfermedad orgánica tan infrecuente, pero no es la única causa. También hemos encontrado esto en su cerebro.

Apareció otro mapa cerebral en la pantalla. Era translúcido y las dobleces casi no eran visibles. A Kaizong le dio la impresión de que una niebla parecía ocultar partes de la imagen y velarle la visión... Aunque quizá se debiese a la resolución de la pantalla.

—Estamos viendo la CCA, o la corteza cingulada anterior, lo que está detrás de su frente. —El doctor amplió la imagen en una zona determinada, lo que a Kaizong le recordó a Google Earth y a cómo se podía atravesar las capas de nubes, recorrer las regiones, las ciudades y las calles como si de un dios se tratase—. Es una región importante del cerebro que controla la cognición, la conducta, las emociones y el aprendizaje por refuerzo, y también se encarga del registro del dolor. Esto que ve es una imagen ampliada un millón de veces.

La capa de niebla se disipó poco a poco, como si la imagen empezase a internarse en una nebulosa y apareciesen una a una las estrellas, que emitían un

destello metálico y se encontraban en un universo inabarcable formado por neuronas y la matriz extracelular.

—Estas partículas de metal tienen diámetros que varían entre uno y dos coma cinco micrómetros. Son más pequeñas que una neurona. Lo normal es que este tipo de partículas dañinas se queden atrapadas en los pulmones durante la respiración y provoquen neumonitis o fibrosis pulmonar, e incluso que dañen el sistema de inmunidad adquirida. No obstante, en este caso habían sido capaces de cruzar la barrera hematoencefálica y entrar en la corteza cerebral. No tengo ni idea de cómo ha ocurrido.

Kaizong miró la simulación de la jungla de axones añiles en el ordenador, donde las partículas de metal flotaban como monolitos silenciosos que parecían sacados de *2001: una odisea del espacio* y formaban una matriz infinita que se extendía hacia los confines del universo. Le vinieron a la mente las imágenes de Mimi respirando el plástico quemado, el ambiente asfixiante, denso, pegajoso y sucio de la aldea Xialong, juguetes electrónicos desechados, solares abandonados, basura en llamas, niños que sonreían como flores crecidas en suelos contaminados.

«Porque el Señor tiene en la mano un cáliz de vino puro, lleno de amarga mistura», pensó.

La retribución de la historia siempre había estado cargada de incertidumbres: en ocasiones, la venganza se cebaba sobre toda una especie, pero también había casos en los que era tan precisa como un relámpago que cae sobre un árbol marchito en medio de un yermo, le prende fuego y lo convierte en la antorcha que ilumina el cielo nocturno.

Mimi era una elegida entre miles de millones, una de esas que había sido escogida por la historia.

—¿Su vida está en peligro? —preguntó Kaizong, inquieto.

—La verdad es que no lo sé. No tengo experiencia con nada ni remotamente

parecido. Las partículas de metal incrustadas en su corteza cerebral han formado un entramado que parece haber desarrollado una relación sinérgica con su red neuronal, pero no sé cómo. La cabeza de Mimi tenía indicios de haber sufrido heridas provocadas por descargas eléctricas, y quizá esas descargas hayan generado la energía de activación suficiente. Lo único que sé es que las técnicas neuroquirúrgicas no son suficientes para implantar las partículas con tanta precisión, y que tampoco hay manera de extraerlas.

»Es como si su cerebro se hubiese convertido en un campo de minas. Es imposible determinar cuándo las terminaciones nerviosas van a generar impulsos —el doctor chasqueó los dedos con gesto solemne— y producir una reacción en cadena.

Kaizong se quedó en silencio. Había albergado la esperanza de que podría proteger a Mimi de cualquier amenaza futura. En el fondo, siempre se había culpado por llegar tarde a la cita el día en que había ocurrido la tragedia. No había dejado de recordar ese día compulsivamente una infinidad de veces. ¿Y si pudiese viajar atrás en el tiempo? ¿Y si hubiese terminado antes de hablar con el líder del clan Chen? ¿Y si hubiese llegado a la chabola de Mimi a su hora? Quizá todo habría sido diferente...

Pero sabía que en la historia no había lugar para las ucronías.

Kaizong no podía negar que había llegado a sentirse como un emisario que volvía a casa con tesoros de lejanas tierras. Creía que todos los problemas de Isla de Silicio desaparecerían en una nube de humo tan pronto como abriese su cofre del tesoro. Pero ahora comprendía lo equivocado que había estado. No podía salvar Isla de Silicio, no podía salvar a Mimi y mucho menos podía salvarse a sí mismo. La realidad había hecho añicos su ridículo complejo de superioridad: por mucho que corriese, su objetivo no dejaba de alejarse de él.

—Si Mimi hubiera acudido a las revisiones periódicas, quizá lo habríamos detectado antes...

El tono de voz del doctor estaba cargado de arrepentimiento.

—Antes no trabajaba para el clan Chen. Pertenece al clan Luo.

A Kaizong le vino a la mente un rostro hinchado, pálido y sosegado, lleno de malicia y falsedad y que flotaba frente a él como si fuese tejido necrosado sumergido en un frasco de formaldehído. Luo Jincheng.

La cara del doctor se retorció, como si acabara de decir para sus adentros: «Vale. Eso lo explica todo».

Sin duda, la página web no parecía oficial. Era más bien una wiki creada por aficionados obsesivos. Contaba con textos, imágenes, cronologías y vídeos desperdigados al azar y sin gusto alguno por la organización. Scott echó un vistazo rápido a las secciones: muchos artículos obviaban la lógica y parecían escritos como las teorías conspirativas a las que estaba acostumbrado, producto de cerebros que tenían una imaginación muy vívida y retorcida en lo referente a la historia de la humanidad.

Scott consiguió encontrar lo que buscaba a pesar de que la página llevaba tiempo sin actualizarse.

Un resumen en vídeo que duraba quince minutos.

La primera parte era un fragmento de un documental en blanco y negro: un navío de guerra ardía en el mar, y los pecios grises y humeantes se hundían poco a poco. El texto de la pantalla rezaba:

El 3 de marzo de 1943, un bombardero B-25C estadounidense llamado *Chatter Box* destruyó el timón del destructor *Arashio* de la Armada Imperial Japonesa, lo que causó que el barco colisionase con otra nave. El destructor terminó naufragando a unas cincuenta y cinco millas náuticas al sudeste de Finschhafen, en Nueva Guinea. Se consiguió rescatar a ciento setenta y seis tripulantes, todos menos el capitán de corbeta Hideo Kuboki.

En la pantalla apareció una fotografía de Kuboki con uniforme militar.

Luego la escena pasó al laboratorio de un campus universitario. Una elegante mujer de Asia oriental estaba concentrada en los instrumentos mientras hablaba con el cámara. El vídeo no tenía sonido.

Después de la derrota japonesa, la prometida de Kuboki, Seisen Suzuki, se había marchado a Estados Unidos para acudir a la universidad y convertirse en ciudadana estadounidense. Se sacó un doctorado en Bioquímica en la Universidad de Columbia y, en 1952, bajo las órdenes del Ejército de Estados Unidos, emprendió y lideró el proyecto secreto Marea Tóxica, cuyo nombre era un guiño al navío en el que había muerto su prometido.

Scott había descubierto por fin cuál era el origen de la misteriosa institución que formaba parte de los accionistas de TerraGreen Recycling.

La siguiente sección del vídeo estaba marcada con el mensaje: «Información clasificada del Ejército de Estados Unidos». La cámara había cambiado a una fija y los números de la parte inferior derecha de la pantalla indicaban que se había aumentado la velocidad de reproducción varias decenas de veces. Se veía una estancia cerrada. Apuntaba a una ventana unidireccional que había enfrente y que reflejaba la pared en la que se encontraba la cámara, que estaba vacía y tenía un aspecto inquietante.

De 1955 a 1972, el proyecto Marea Tóxica llevó a cabo experimentos en especímenes humanos, reclusos del corredor de la muerte o condenados a cadena perpetua. El objetivo era investigar armas alucinógenas capaces de propagarse por amplias regiones de terreno y así conseguir la victoria en el campo de batalla sin tener que disparar ni una sola vez. Los investigadores realizaron pruebas con todo tipo de drogas naturales y sintéticas, hasta que decidieron usar bencilato de 3-quinuclidinilo, o QNB, que en forma gaseosa podía ser respirado o absorbido por la piel.

Un prisionero entró en la estancia y se sentó delante de la ventana unidireccional. La velocidad del vídeo había aumentado un poco, y la figura del prisionero se agitaba como si sufriese unas convulsiones incontrolables. No podía quedarse quieto, era como si la habitación estuviese llena de



monstruos invisibles que le perturbaran la razón y amenazaran su seguridad. Gritó en silencio, se golpeó la cabeza contra las paredes, se arrancó el pelo, rodó por el suelo y se tiró de la ropa hasta romperla. Unas interferencias recorrieron y distorsionaron la imagen.

De improviso, el vídeo volvió a velocidad normal. El hombre desnudo miraba hacia la cámara y se cubría la cara con ambas manos. Sin previo aviso, se metió los dedos en las cuencas y se sacó los globos oculares con la misma calma con la que quitaría el tapón de una bañera. Tiró de los ojos hasta sacar los ganglios y los vasos sanguíneos y los sostuvo en la palma de las manos mientras un líquido negruzco rezumaba de sus cuencas vacías. Se sentó, aliviado, y luego se desmoronó como si alguien le hubiese arrancado la columna vertebral.

El QNB es un inhibidor inmejorable de la acetilcolina (ACh), un neurotransmisor que incrementa la respuesta a los estímulos sensoriales y desempeña un papel importante en el aprendizaje, la memoria espacial, la atención, la contracción muscular, la conducta exploratoria y otras funciones cognitivas. El QNB actúa en los receptores muscarínicos que se encuentran en las sinapsis de los músculos lisos, las glándulas exocrinas, los ganglios autonómicos, el telencéfalo y otras partes del cuerpo, ayuda a reducir eficazmente la concentración de ACh que llega a los receptores y provoca dilatación de las pupilas, bradicardia, enrojecimiento de la piel y otros síntomas. Los casos más graves pueden provocar coma, ataxia, pérdida de sentido temporal y espacial, problemas de memoria, incapacidad para distinguir la realidad de las ilusiones, miedos irracionales y tics nerviosos, como desvestirse, hablar solo, pellizcarse, rascarse y otros similares.

El vídeo prosiguió con varios cortes bruscos: una multitud que daba extraños pasos de baile en una plaza, una tribu primitiva que realizaba una ceremonia misteriosa en la selva, hombres y mujeres jóvenes que se divertían en una fiesta disparatada, un desfile militar en el que unos soldados marchaban al paso de la oca... Las imágenes variaban en color y nitidez e iban acompañadas de música electrónica alemana retro, lo que les daba aún más empaque. Scott no estaba seguro de cuál era el cometido de dichas imágenes.

Había creído ver en ciertas partes algún que otro genocidio y hasta muestras de canibalismo, quizá en un solo fotograma, imágenes estáticas de un rojo sanguinolento, temblorosas y de iluminación tenue. Cada vez estaba más inquieto.

Lo más asombroso era que el QNB también podía llegar a causar que muchos sujetos sufrieran alucinaciones compartidas. Por ejemplo, dos individuos podían pasarse un cigarrillo invisible o incluso jugar un partido de tenis con raquetas y pelotas incorpóreas. También podía llegar a convertirse en toda una experiencia religiosa en masa cuando el número de personas afectadas alcanzaba cierta cantidad. A veces, los afectados evocaban deidades existentes como Jehová, Alá o Shakyamuni, pero en otras ocasiones creaban dioses del todo nuevos. Todo acababa en pánico y desastre en la mayoría de los casos.

Empezó la guerra: se vieron rastros verdes de balas y proyectiles sobre un desierto observado a través de unas gafas de visión nocturna, tropas mecanizadas que recorrían las ruinas de una ciudad, el rostro de un soldado afectado por el agotamiento y la desesperación, un político que gesticulaba mientras daba un discurso impetuoso, bombarderos que sobrevolaban sus objetivos, un transporte blindado de tropas explotando, un edificio derrumbándose, cuerpos que estallaban, niños jugando y corriendo por calles atestadas de cadáveres que poco después se convertían en supervivientes a los que les faltaba alguna extremidad... Nada de aquello era nuevo para Scott.

La derrota estadounidense en Vietnam y las grandes pérdidas consiguientes llevaron de manera indirecta a introducir el QNB como herramienta militar después de 1975. Ayudó al país a ganar numerosas batallas regionales y redujo en gran medida las bajas estadounidenses: Afganistán, el golfo Pérsico, Sarajevo o Etiopía. Los informes internos clasificados indicaban que los militares consideraban el QNB como un arma que no tenía efectos negativos a largo plazo y no dejaban de asegurar a los líderes civiles que su uso era compatible con la imagen pública de un país que «luchaba por la paz». La verdad era diferente, claro.

En la pantalla apareció un hombre de mediana edad. Tenía la cara

emborrionada y la voz alterada para ocultar su identidad. Los subtítulos indicaban que se trataba de un sargento estadounidense, veterano de la guerra del Golfo. Había respirado una gran cantidad de QNB debido a un error en su máscara de gas. Se había retirado hacía más de diez años y ahora trabajaba en la industria de la logística.

ENTREVISTADOR [fuera de cámara]: ¿Cómo se sintió cuando ocurrió?

HOMBRE: ... No lo recuerdo [agita la cabeza despacio]. Lo siento, no lo recuerdo con claridad... Fue terrible. [Silencio] Lo siento mucho. No me apetece recordarlo.

ENTREVISTADOR: Un informe interno asegura que cree que su alucinación estuvo conectada con la alucinación experimentada por el enemigo.

HOMBRE: [Confundido] ... Eso es imposible. Ni siquiera sabía lo que estaba viendo. Lo único que sentí fue terror, rabia e ira hacia mis compañeros, como si ellos... como si ellos fueran en realidad el bando enemigo. Quería matarlos. A todos.

ENTREVISTADOR: ¿Lo hizo?

HOMBRE: ¡No! ¡Claro que no! Nunca... [Confundido de nuevo] Quizá en sueños.

Otro integrante de su unidad había asegurado que la conducta del hombre había sido errática y que tuvieron que sacarlo a la fuerza del frente para ingresarlo en un hospital donde le realizaron una evaluación psiquiátrica y le dieron la baja médica.

ENTREVISTADOR: ¿Diría que ya no tiene ningún síntoma?

HOMBRE: [Silencio, jadeos] ... Aún tengo pesadillas, a veces. Los doctores afirman que es TEPT... pero sé que no lo es. ¿Ha leído algo de Lovecraft? ¿Cthulhu? Pues mis sueños son así. [Se le acelera la respiración] Oscuridad, caos, inmundicia... Es como si algo quisiese destrozarme el cerebro. Mire, no hablo de dolencias físicas. No es eso. ¿Alguna vez se ha levantado por la noche y contemplado la infinidad de estrellas del firmamento? Pues eso es su pupila. No deja de mirarme. ¿Puede llegar a imaginarse cómo me siento? [La cámara se acerca: las arterias de su cuello laten desenfundadas. Fundido a negro.]

Tres semanas después de la entrevista, David M. Friedman (sargento de Estados Unidos) fue encontrado muerto en su apartamento con un disparo en la boca. Tenía treinta y ocho años.

Scott tuvo que pausar el vídeo hasta que consiguió recomponerse. Era corto,

pero tenía más información de la que esperaba.

Mimi había desaparecido. La habitación de la uci estaba vacía.

Kaizong acosó a los guardas de la puerta como un obseso, pero lo único que consiguió fueron encogimientos de hombros y respuestas dubitativas. Salió corriendo por las escaleras con el corazón en un puño, hostigado por un presentimiento, igual que el día en el que había llegado tarde a la cita: si volvía a perder a Mimi, esta vez sería para siempre. No había ni rastro de ella delante del hospital. Los pacientes que se levantaban temprano y sus acompañantes paseaban por el lugar, pacientes cuya palidez resplandecía a la luz del alba.

Kaizong intentó recordar a la desesperada cualquier tipo de información que pudiese ayudarlo a ponerse en contacto con Mimi. Se arrepintió de haber seguido la misma religión fundamentalista de sus padres y no tener implantes prostéticos que le permitieran usar la realidad aumentada. Luego vio que Mimi devoraba el desayuno en la cafetería de la planta baja. No estaba sola. Había un hombre sentado frente a ella, pero quedaba de espaldas a Kaizong.

Tenía unos hombros anchos que le resultaban tan familiares que el corazón empezó a latirle con fuerza. Le recordaron la sonrisa cruel que siempre esbozaba Luo Jincheng.

Kaizong se acercó y se colocó entre Mimi y Luo. Puso las manos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y miró con fijeza a Luo para dejarle claro que ya no le importaban las consecuencias de sus actos.

—¡Kaizong! ¿Por qué no te sientas y desayunas con nosotros? El tío Luo se ofreció a traerme a la cafetería cuando le dije que tenía hambre.

Mimi lo miró con gesto inocente. Tenía granos de arroz en las comisuras de los labios, que movía arriba y abajo mientras masticaba.

—Gracias, tío Luo. Creo que debería despedirse si ya ha terminado. Mimi necesita descansar.

Kaizong se esforzó por mantener un tono neutro.

—¡No hace falta que seas tan formal! Aquí todos somos amigos. —Luo Jincheng le dedicó una sonrisa—. Mimi ha accedido a venir conmigo a visitar a Him-ri cuando termine de comer. Hoy es un día propicio. La suerte nos sonrío a todos.

Kaizong miró a Mimi, sorprendido. La chica usó los palillos para coger con indiferencia un *youtiao*, que los lugareños llamaban «fantasmas en aceite».

—Mimi no irá a ningún lado a menos que le den el alta o ella quiera marcharse.

—Deberías venir con nosotros, jovencito. Habrá más gente a la que conoces.

Luo Jincheng echó un vistazo alrededor y levantó un poco la barbilla para indicarle a Kaizong que no se precipitase. Este se dio cuenta de que había unos hombres sentados en la esquina del otro lado de la cafetería. Parecían clientes normales, pero miraban de vez en cuando hacia la mesa de Mimi con interés, como si desearan los *youtiao*, la leche de soja y el arroz con verduras.

Luo hizo un gesto para que Kaizong se sentara y empezó a hablar en el topolecto de Isla de Silicio.

—Eres como tu padre: cabezota y perverso, y no tienes ni idea de lo que te conviene.

Kaizong contuvo la ira y la incomodidad y se sentó despacio.

—Cuando tu padre y yo éramos jóvenes, no mucho más mayores que tú, de hecho, lo llamaba hermano mayor Xianzhe. Tenía ambición y quería ayudar a convertir Isla de Silicio en el mayor puerto de carga de la zona oriental de la provincia de Cantón. Pero para ello necesitaba dinero, mucho dinero y mucho tiempo. —Luo Jincheng había levantado un poco la cabeza y su mirada parecía

ahondar entre las capas de la historia hasta llegar al pasado distante del que hablaba—. El gobierno no podía esperar tanto. Querían resultados tangibles y específicos que aumentaran el PIB para poder escribir informes favorables que les diesen publicidad y les permitiesen ganar dinero. La economía de Isla de Silicio fue por otros derroteros, y mira cómo hemos terminado.

Cuando Kaizong estaba a punto de responder, Luo lo fulminó con la mirada para que se quedase en silencio.

—No saques conclusiones precipitadas, jovencito. La historia es la que es porque sigue ciertos patrones. De no ser así, seguro que hoy no estaríamos hablando aquí. Debo admitir que tu padre era un visionario, una persona atrevida y audaz. Hizo caso omiso del dinero fácil que podría haber ganado aquí y se marchó del país para llegar a Estados Unidos y convertirse en un extranjero desconocido. Trabajó para darte todas las facilidades de las que has disfrutado en la vida. Pensarás que yo soy egoísta y cómplice de la injusticia, pero no me importa. Me rijo por una máxima bien sencilla: un animal tiene que ser fuerte para evitar que cacen o esclavicen a su descendencia. Pues también lo aplico a los humanos.

»Por todo eso, tu padre y yo somos iguales. Solo nos diferenciamos en la manera en la que expresamos nuestro amor.

De no haber visto tantas veces cómo el clan Luo explotaba a los residuales, Chen Kaizong habría vitoreado y aclamado aquel discurso tan sentido. Pensó en su padre, en los lejanos recuerdos de los años que habían pasado deambulando para intentar sobrevivir en un país extranjero, y sintió una repugnancia biológica que se manifestó como un reflejo involuntario.

Era incapaz de asociar esa vida carente de rumbo y desarraigada con el amor de un padre, por mucha lógica que tuviese.

No alcanzaba a entender por qué motivo su padre había decidido hacerlo, ni siquiera después de todos los años que habían pasado. Conocía las razones

que le habían llevado a tomar dichas decisiones, pero no era capaz de aceptarlas. No entendía cómo un hombre podía arrastrar a los que dependían de él, marcharse de su tierra natal y dejar atrás su cultura y su ser en busca de seguridad. Eso solo sucedía en tiempos de guerra y hambrunas, no cuando todo era paz y prosperidad.

Mimi cogió un poco de pasta de guindillas y la mezcló con el arroz, que se convirtió en un vórtice blanco y rojo, una intensidad pungente mezclada con una suave delicadeza, una mezcla capaz de despertar las papilas gustativas. Kaizong miró a Mimi y creyó comprender al fin las sutilezas que albergaban sus sentimientos por ella: eran mucho más que la típica pareja de hombre y mujer; eran un par de prisioneros afines, cautivos de un lugar que no les pertenecía; eran extranjeros en Isla de Silicio, y aun así no podían negar la intrincada maraña de sentimientos que los unía al lugar.

—Tío Luo, estoy llena.

Mimi levantó la cabeza y se relamió la boca para limpiarse los granos de arroz que le quedaban en la comisura de los labios. El ideograma *mi* de la nuca no había dejado de brillar.

Luo Jincheng se levantó y Kaizong hizo lo propio. Los dos se quedaron mirando sin pronunciar palabra. Mimi miró hacia arriba para contemplarlos con gesto tranquilo.

—¿Puedo confiar en usted? —terminó por preguntar Kaizong, con impotencia. No pudo evitar ponerle la mano en el hombro a Luo, aun a sabiendas de la falta de respeto que entrañaba el gesto—. ¿Me promete que no le hará daño?

Luo se zafó con cuidado de la mano de Kaizong y se la estrechó con fuerza dos veces.

—Hay un dicho en Isla de Silicio: *Lodaitaocugcui, danzêgbhuno*.<sup>[15]</sup> «Si

el gran Luo dice que el resultado será “uno”, nunca será “dos”.» —Sonrió con una mezcla de orgullo y vergüenza—. Yo soy el gran Luo.

Seisen Suzuki reapareció en la pantalla que miraba Scott. Habían pasado décadas, y aunque ahora tenía el cabello canoso y la cara más arrugada, la mujer seguía haciendo gala de aquella elegancia tan única y de su temperamento tan distinguido. Aparecía en varias conferencias de empresas, organizaciones defensoras de los derechos humanos, oenegés internacionales y organismos gubernamentales. Agitaba los brazos y gritaba como si defendiese con fervor sus comentarios, pero no había mucho público. Su figura parecía envejecida y solitaria, como un sauce que se marchita para luego morir debido al paso del tiempo.

En 1997, el QNB se terminó por incluir en la Convención sobre Armas Químicas como resultado de la presión incesante de la doctora Suzuki. Dedicó los últimos años de su vida a investigar una cura para las secuelas del QNB e inventó un tratamiento experimental que usaba virus modificados genéticamente para reparar los receptores muscarínicos del cerebro de las víctimas. Pero el tratamiento no pasó de las etapas de estudio clínico debido a la falta de fondos y de la tecnología necesaria.

La doctora Suzuki no llegó a casarse. Los protocolos de seguridad militar le impidieron llegar a revelar la cantidad total de víctimas que sufrieron enfermedades provocadas por la exposición al QNB.

La escena dio paso a una imagen emborronada de color amarillo pastel. La cámara no tardó en enfocar los detalles del papel pintado de la pared. En la estancia había una anciana vestida de blanco con postura tranquila y elegante sentada frente a la cámara y que tenía una belleza y un porte particulares. En el brazo derecho se le distinguía la curva blanca de un autoinyector, en el que brillaba un led verde. Los números de la parte inferior de la pantalla indicaban que era 3 de marzo del año 2003.

La mujer asintió y sonrió a la cámara, lo que le acentuó las arrugas de la



cara.

Habló en inglés.

«Me llamo Seisen Suzuki. Soy la pecadora que inventó el QNB.

»Hace ya sesenta años, mi prometido Hideo Kuboki falleció en una batalla naval. Su trágica muerte me obligó a tomar la decisión equivocada: creer que podría detener yo sola las atrocidades de la guerra. Como todos sabrán, vine a Estados Unidos, me saqué un doctorado, me uní al ejército e inventé el QNB. Me aseguraron que miles y miles de soldados sobrevivirían gracias a mi invento y podrían volver del campo de batalla y reencontrarse con sus seres queridos.

»Decían la verdad, pero también mintieron.

»El QNB causa cambios psicológicos irreversibles a los receptores de las terminaciones nerviosas del cerebro. Los supervivientes pasarían el resto de sus vidas en un irremediable estado de delirio y terror lleno de alucinaciones. He intentado enmendar mi error, pero es demasiado tarde. Hoy confieso mis pecados y les pido perdón a todas las víctimas.

»También me gustaría hacer lo propio con todos los sujetos experimentales que resultaron heridos o murieron durante la investigación. Ya habíais pagado el precio por vuestros crímenes y no merecíais la tortura a la que os sometí. Da igual que mis intenciones para cometer tales atrocidades fuesen buenas, el mal es el mal. O quizá el mal que albergaba en el corazón y que deseaba venganza se había disfrazado con buenos propósitos para conseguir su cometido. La verdad es que no lo sé. Lo único... lo único que puedo decir es que lo siento.»

La anciana inclinó la cabeza con solemnidad. Las arrugas de la nuca se le estiraron al máximo, como unas alas membranosas.

«Hoy es el aniversario de la muerte de mi prometido, y también el día de mi redención. Espero que mi muerte, aunque insignificante, sea prueba suficiente para demostrar que la guerra no solo destruye la carne, sino también las almas. Que todas nuestras almas descansen en paz.»

Sonrió una vez más y pulsó el botón del autoinyector. La luz verde empezó a parpadear rápido, se volvió amarilla y luego se apagó.

Seisen Suzuki respiró hondo y cerró los ojos, como si paladeara los productos químicos que empezaban a fluirle por el torrente sanguíneo. La expresión de su cara cincelada por las vicisitudes de la vida cambió al momento cuando se le apaciguó el rostro. Abrió los ojos de pronto y centró la

vista en algún punto sobre la cámara, con una expresión rebosante de alegría, como si se acabase de reencontrar con un viejo amigo que no veía desde hacía mucho tiempo. Luego pronunció en voz muy baja en japonés: «*Kubokikun, hibari yori sora ni yasurô tôge ka na*».

*Querido Kuboki,  
descansa en la cumbre.  
Allí abajo,  
gorjean las alondras.[16]*

La mujer volvió a cerrar los ojos, como si durmiera, y los movimientos acompasados de su cuerpo empezaron a disminuir poco a poco hasta que cesaron, como si algo incorpóreo hubiera escapado de su envejecido cascarón. Suzuki se derrumbó como una marioneta a la que le hubiesen cortado las cuerdas y cedió despacio a la influencia de la gravedad. Bajó la noble cabeza, y luego todo su cuerpo se desplomó en la silla.

Seisen Suzuki murió a los ochenta y tres años. El proyecto Marea Tóxica se canceló en secreto y se ocultaron todos los documentos relacionados con él. Se ignora a quién se le cedió la propiedad de las más de trescientas patentes que había registrado la mujer, y también hay una cantidad desconocida de víctimas que sufren las secuelas del QNG y aún siguen desperdigadas por todo el mundo y tienen que lidiar con el día a día.

Scott seguía sentado en su habitación, incapaz de olvidar la emotiva escena de la muerte de Suzuki. Nunca habría imaginado que el proyecto Marea Tóxica ocultase secretos tan impactantes. Le recorrieron el cuerpo todo tipo de sensaciones: respeto por la científica, una pecadora normal y corriente que había esperado sola por su prometido durante más de sesenta años. Scott sintió pena por la mujer, que había cargado el peso de responsabilidades que no le correspondían.

¿Acaso yo no soy igual? Rio entre dientes cuando la idea le vino a la mente.

La pena no había resultado ser más que parte de su mecanismo de autodefensa.

Numerosos nódulos de datos complejos surgieron del mar como islas de coral y formaron un intrincado laberinto. Scott levantó las manos y, como si fuese un director de orquesta, empezó a trazar amplios arcos en el aire. Las manos se le retorcieron en una amplia variedad de gestos que los sensores de alta precisión capturaron y convirtieron en señales digitales que llegaban a los correspondientes nódulos de información para luego moverse, ampliarse, plegarse, desplegarse, revelar detalles, formar otras conexiones... Una red resplandeciente empezó a tomar forma, una de una topología irregular que rezumaba la belleza de una lógica retorcida.

Las comisuras de los labios de Scott se levantaron un poco en lo que parecía una sonrisa. Se le habían ocurrido algunas ideas para resolver el acertijo.

Giró el dedo índice con cuidado, acercó el nódulo de información que se llamaba Mimi al centro de la red y lo marcó con un símbolo de interrogación dorado.

Sospechaba que se encontraba confinada en un cascarón llamado Mimi, pero desconocía la razón.

Era como una pesadilla lejana: se había internado en el cuerpo de un gigante de acero y luego se había convertido en dicho gigante y empezado a agitar los brazos metálicos y destellantes para destrozar barreras hechas de lluvia y vientos glaciares, correr, saltar, cazar... matar. Sabía que no era real. Esperaba que no fuera real.

No obstante, ahora Mimi experimentaba la alucinación de haberse convertido en la invitada de su propio cuerpo. La sensación no había hecho más que empeorar desde que había recuperado la conciencia. Y lo peor era que no podía controlar el cuerpo hecho de carne con la misma eficacia con la que había controlado el robot. La ansiedad se apoderó de ella una y otra vez, agitó su corazón y su sistema nervioso autónomo. Pero entonces, una paz eufórica de origen desconocido surgió de un punto de su cerebro, la calmó y le hizo sentir que flotaba. Había momentos en los que el corazón le empezaba a palpar con fuerza mientras unas agujas se le clavaban en un miembro fantasma, todo para evitar que pensase o actuase.

Era como si su cuerpo intentara amansar el alma que estaba encerrada en su interior.

Recordó que se encontraba junto a una ventana después de despertar en el hospital y que miraba cómo Kaizong salía a toda prisa de un taxi. Quería

saludarle, gritarle y usar todos los medios a su disposición para hacerle saber que se encontraba allí. Quería darle un abrazo a ese falso extranjero, algo que nunca había hecho pero que siempre había soñado. «No eres más que una RESIDUAL.» Aquel nombre se le había quedado grabado a fuego en el corazón con más firmeza que la película que llevaba en la nuca, indeleble. Él había delimitado todas sus acciones y elecciones, una frontera invisible que no se había atrevido a cruzar.

Se había quedado allí, inmóvil, hasta que Kaizong cruzó el umbral de la puerta que ella tenía detrás.

Luego había oído una conversación inverosímil. Palabras inconcebibles que salían de los labios de Mimi y se perdían en el ambiente. Había visto cómo Mimi le cogía la mano a Kaizong, la soltaba, y luego el hombre le agarraba ambas a ella. Tenía claro que se había vuelto loca.

Aquel cuerpo había conseguido todo lo que ella había soñado pero no había sido capaz de hacer a pesar de tratarse de un gesto tan insignificante. Todos los ademanes parecían encaminados a controlar a Kaizong, y Mimi no había podido evitar ponerse nerviosa. Nunca había sentido de manera tan clara la diferencia que cada sexo tenía a la hora de recibir y decodificar información, y era una diferencia de la que podía aprovecharse. La vergüenza y la satisfacción inundaron su mente casi al mismo tiempo, como la pasta de guindillas mezclada con arroz.

Oyó música, una melodía que se reproducía en su mente. Era parecida a la tonadilla de una caja de música y se repetía sin cesar. Era alegre y le resultaba muy familiar, una armonía que unida a los redobles y al estruendo de las bocinas le aportaba una satisfacción muy particular.

Lo más aterrador era que sabía de dónde salía la música. De improviso, una aptitud para la lógica de la que nunca había hecho gala unió todos los fragmentos hasta formar un sendero de pistas que se desveló ante ella.

Los equipos de sonido baratos que había en los taxis no distinguían entre los medios y los graves, por lo que solo eran tolerables para los oyentes cuando se reproducía música sencilla, con tonos agudos y que no dependía mucho de la armonía. La principal emisora de radio de Isla de Silicio se había ajustado a dichas necesidades y emitía una gran cantidad de canciones *shanzhai* que contaban con esas características, por lo que se había convertido en la única que sintonizaban los taxistas. Era otra peculiaridad insoportable más del lugar. A pesar de ello, cada hora en punto todas las emisoras locales tenían que reproducir la notificación de la principal, que constaba de dos anuncios con un fragmento de música clásica de fondo. Para ahorrar tiempo, la emisora principal había decidido comprimir dicho fragmento, lo que hacía que sonara medio tiempo más rápido que la versión original.

La misma velocidad a la que Mimi tarareó la *Obertura 1812*.

Había sentido miedo de sí misma, una profunda sensación de terror que le calaba los huesos. Kaizong la había llevado a varios lugares en taxi, ella también había oído dicha música en varias emisoras cuando se encontraba en su chabola y también puede que hubiese oído al hermano Wen mencionar esos detalles que solo importaban a los bichos raros durante alguna cena. Pero nunca había imaginado que su mente tuviese la capacidad de organizar retazos de información, de hilar las hebras de varios capullos de gusanos de seda para formar una imagen coherente.

Era incapaz de comprender el significado de esa nueva conciencia, y lo único que veía era el rostro conmocionado y aterrorizado de Kaizong. Una punzada de melancolía le recorrió el corazón.

Había descubierto que percibía el mundo de otra manera. No sabía cómo describirlo con exactitud, pero era como si alguien que acabara de saltar a un pozo muy profundo se topara con el cielo abierto y la tierra por primera vez, como si todo adquiriese múltiples puntos de vista y una nueva pátina de

emociones entrelazadas. Incluso el asco y el odio sin concesiones que sentía cada vez que pensaba en lo ocurrido en la playa de Custodio de Marea habían dado paso a una emoción más amplia y compleja. Creía comprender las razones del navajero, y también su destino final. Sentía pena por él.

El clan Luo iba a celebrar la ceremonia en la capilla ancestral, que tenía paredes de piedra, ladrillos rojos y baldosas de barro. El lugar contaba con una estatua dorada del Buda de Chiang Mai de Tailandia en la parte superior, y las tablillas de las generaciones de ancestros del clan Luo estaban ordenadas en hileras debajo. Unas velas eléctricas titilaban entre las columnas de humo de incienso. La cama de Luo Zixin se había colocado en el centro de la estancia. Su cuerpo pálido y enclenque estaba lleno de tubos y cables, y no había señal de vida alguna en sus ojos entornados. Cabría pensar que se trataba del cadáver de un niño que había muerto asfixiado de no ser por los lentos latidos del cardiógrafo.

Se había decidido realizar el ritual en aquel lugar para aprovechar la energía de los ancestros y del Buda, capaces de ahuyentar los malos espíritus, pero todos los presentes se estremecían como si se encontrasen en una cámara frigorífica. El ambiente insólito del lugar hacía que se les erizara el vello de la nuca.

Kaizong vio cómo el director Lin Yiyu entraba en el lugar y entonces comprendió por qué Luo Jincheng le dijo que vería a más «gente que conocía» y también por qué no le había costado nada superar la seguridad del hospital. El director Lin lo saludó con un gesto de la cabeza, pero no se acercó. Tenía un gesto aún más ceñudo que el de Luo Jincheng, como si fuese su propio hijo el que estaba en coma.

Mimi se sentaba a un lado, en silencio y a la espera de que comenzase el

espectáculo.

Kaizong volvió a centrar la atención en ella: su característica timidez con cierto toque de inquietud había desaparecido, y en su lugar veía una calma muy profunda, similar a la confianza de alguien que se cree capaz de controlar la situación. No creía que estuviese fingiendo: el ideograma *mi* que le brillaba en la nuca era prueba de ello. Algo había cambiado dentro de Mimi. «¿Serán las partículas de metal?» Kaizong volvió a sentirse inquieto. No sabía qué pensar de esa nueva Mimi, y hasta le daba un poco de miedo.

La cara de la chica era diferente de la de antaño. Ya no tenía marcas de mordidas en el labio inferior y también arqueaba aún más las cejas.

«¿Qué alma se oculta ahora bajo ese rostro?»

La *lohsingpua* apareció justo a tiempo. Llevaba un vestido multicolor de asillas, las arrugas de su cara ocultas tras una gruesa capa de maquillaje rojo y las facciones pintadas a semejanza de un espíritu colérico. Hizo que Mimi se sentara a un metro de la coronilla de Luo Zixin para que estuviese en medio del niño y del Buda dorado. Luego pegó un pedazo de película verde con el ideograma *chi*, que significaba «orden», en la frente de Zixin y la de Mimi. Era igual que el que llevaba ella.

Encendió una vela y roció el agua sagrada agria y pungente que tenía ajeno, cálamo y ajo por toda la capilla ancestral mientras murmuraba sin parar y oraba para obtener el beneplácito de los espíritus. Al terminar, volvió a la cama donde se encontraba Zixin y su ayudante le pasó un cuenco de porcelana lleno de aceite. Después de recitar varios ensalmos más, prendió fuego al cuenco y las llamas anaranjadas de una combustión incompleta se elevaron de sus manos y empezaron a agitarse sobre el recipiente.

La mujer empezó a caminar en círculos en sentido horario alrededor de la cama de Zixin. Sus pasos eran lentos e irregulares, como si siguiesen el ritmo de unos tambores inaudibles. Murmuraba versos de las escrituras budistas



entre los que intercalaba de vez en cuando aullidos similares al soplo de una brisa espeluznante por un bosque de pinos en mitad de la noche. A todos los presentes en la estancia se les pusieron los pelos de punta.

Kaizong tenía un nudo en la garganta que se retorció con cada uno de los pasos de la *lohsingpua* por miedo a que la mujer se tropezase y derramara el cuenco ardiente y burbujeante sobre Mimi. No creía en esos ritos, frutos de la superstición, y mucho menos pensaba que Luo Zixin fuese a despertar del coma gracias a esa pantomima en la que se suponía que Mimi iba a morir en lugar del niño. Aun así, ciertos elementos del espectáculo le resultaban inexplicables. Por ejemplo, ¿cómo podía la bruja sostener el cuenco con las manos desnudas ahora que la temperatura de la superficie debía de ser tan elevada?

Mimi no dio muestra alguna de sorpresa ni de miedo, se limitó a mirar a la *lohsingpua* con gesto de curiosidad. Su cara brillaba y se ensombrecía a medida que la mujer daba vueltas a su alrededor, la luz reflejada en sus ojos en patrones muy caprichosos.

Las pocas personas allí presentes contuvieron el aliento. El ideograma *chi* de la frente de Zixin empezó a brillar, y los de la frente de Mimi y la *lohsingpua* también se iluminaron casi al mismo tiempo.

La bruja empezó a caminar más rápido. Ahora formaba un ocho alrededor de la cama de Zixin y Mimi, como una abeja obrera que no dejara de cambiar de dirección. El fuego le resplandecía en las manos, y sus aullidos retumbaban y se extendían por toda la estancia. Los tres ideogramas de las frentes empezaron a brillar sincronizados a medida que ella aumentaba el ritmo, pero el cardiograma de Zixin seguía igual de lento y calmado que antes.

El público contuvo otra vez el aliento a la espera del clímax. Tan pronto como Mimi gritase asustada, la bruja estamparía el cuenco contra el suelo y aullaría con todas sus fuerzas para completar así la fase de «sustitución» del

ritual. Pero algo no marchaba según lo previsto: Mimi no se había movido ni un ápice, y la bruja ya empezaba a jadear por el cansancio. El sudor le había dejado varios surcos en el maquillaje que parecían lágrimas sangrientas.

Kaizong contempló la farsa con más interés. Le resultó inevitable preguntarse cómo acabaría.

Todo el mundo contuvo el aliento de nuevo. La película de la frente de Mimi empezó a parpadear a una frecuencia diferente de las de las otras dos. Su gesto plácido también había cambiado. Frunció el ceño, pensativa, o quizá porque se enfrentaba a una energía invisible. Miraba fijo hacia un punto concreto mientras sus párpados se agitaban, un temblor familiar que le aceleraba el pulso a Kaizong.

La película sobre la frente de Zixin empezó a sincopar y también varió el ritmo respecto a la de la frente de la *lohsingpua*. El ritmo se fue asemejando cada vez más al de la de Mimi. Una mano invisible parecía haber empezado a ajustar y a coordinar las tres luces. En ese momento, Mimi y el niño comatoso habían quedado sintonizados en el mismo canal. La cara de Luo Jincheng se torció en un gesto de incredulidad mezclado con un atisbo de inquieta esperanza.

Unas ligeras perturbaciones aparecieron en las ondas recurrentes del cardiograma, similar a las que se forman al tirar una piedra a una charca. Las ondas se extendieron para formar cimas y valles, dilataron y encogieron su amplitud.

Los pies de la bruja se tambalearon y las lenguas de fuego titilante le rozaron las muñecas. Kaizong estuvo a punto de levantarse y detenerla, pero una mano lo sostuvo por el hombro y lo clavó en el sitio con gesto suave pero firme. El director Lin Yiyu lo miró y agitó la cabeza.

«Espera. No queda nada.»

La luz verde parpadeante de la frente de la *lohsingpua* empezó a brillar

desacompasada hasta que el ritmo se unió al de las otras dos y alcanzaron una nueva unidad. La mujer parecía más débil, como si hubiese perdido el control de sus aullidos. Su rostro se volvió aún más espantoso, una mezcla de terror y agotamiento. Miraba la cara abatida de Luo Jincheng, sabía que no podía detenerse y era consciente de lo que le esperaba en caso de fracasar.

Pero ni la sonrisa del Buda dorado pudo salvarla.

Llegó el inevitable tropezón. La *lohsingpua* cayó de cara al suelo. El cuenco de porcelana en llamas salió despedido por los aires, se volteó y cayó sobre el cuerpo de la mujer. Las resplandecientes llamas amarillas siguieron el recorrido del líquido hasta cubrir su cuerpo y convertir su vestido multicolor en un reguero de llamas. El ayudante gritó e intentó ayudar a la mujer a quitarse la ropa sin dejar de golpearla para sofocar el fuego. Un aullido desgarrador acompañó al olor acre del humo, que llenó la estancia y se mezcló con las llamas de los cirios.

El cuenco de porcelana rodó por el suelo y se detuvo a los pies de Kaizong. El director Lin se acercó a la carrera, se acuclilló y tocó la superficie con el dorso de un dedo. Levantó la vista para mirar a Kaizong y boqueó una palabra: «Charlatana».

Kaizong frunció el ceño y se dio la vuelta para mirar al chico que seguía en la cama. Luo Jincheng se encontraba junto a él y le miraba con atención al tiempo que hacía caso omiso de los dos embusteros que rodaban por el suelo junto a él, gritando e intentando apagar el fuego. El cardiograma de Luo Zixin retomó un ritmo regular. Los ideogramas *chi* de las frentes del chico y de Mimi redujeron el ritmo y se atenuaron hasta que desapareció la luz verde.

Agotada, Mimi se arrancó la película de la frente con cuidado.

Todos dieron algunos pasos hacia la cama, pero nadie se arriesgó a acercarse demasiado a Luo Jincheng. El público esperó a un metro de

distancia de Zixin y vio cómo los párpados del chico empezaban a agitarse como si acabara de entrar en la fase REM del sueño.

—Him-ri, Him-ri... —Luo Jincheng llamó a su hijo en el topolecto local mientras le dedicaba una mirada cargada de cariño.

Kaizong hubo de admitir que admiraba la manera en la que Luo Jincheng conseguía cambiar sus expresiones y estados emocionales. Recordó el soliloquio que había dado el hombre sobre la naturaleza del amor de un padre y recordó al suyo en la lejanía. Quizá Luo tuviese razón.

Los ojos dejaron de temblarle. Un tiempo después, los abrió de repente y dejó al descubierto unos iris de tono marrón claro.

—¡Him-ri!

Luo Jincheng tenía los ojos anegados en lágrimas.

El chico miró desconcertado a su alrededor para asimilar la escena. Parecía afanarse por dilucidar dónde y cuándo se encontraba, quién era él y cómo... y quién era el hombre que lo miraba con lágrimas en los ojos.

—¿... *Baba*? —preguntó indeciso.

Luo Jincheng se quedó inmóvil, totalmente alucinado. Todos los presentes le habían oído con claridad. El cambio era inconfundible aunque el tono era algo diferente. Después de haber pasado meses en coma, aquel chico de Isla de Silicio había hablado en mandarín estándar en lugar de hacerlo en su topolecto.

Kaizong echó un vistazo alrededor y vio la sombra de una sonrisa en la mirada de Mimi.

Mimi estaba empezado a habituarse a su cuerpo. Lo primero que hizo fue superar la ansiedad.

La primera vez que había visto la cara de Luo Jincheng cruzar por la puerta

de la uci, se había sentido como una liebre salvaje que olfatea a un cazador y le habían dado unas ganas irresistibles de salir corriendo. Pero no lo hizo. El cuerpo de Mimi se quedó donde estaba. La película de su cuello se atenuó un poco antes de volver a resplandecer. Era como si los recuerdos horribles hubiesen sido expulsados de su memoria y solo quedasen los molestos golpes a la barrera que los había dejado fuera. Le sorprendía la facilidad con la que interpretaba su papel: tenía la respiración tranquila y el rostro relajado. Le dedicó a Luo Jincheng una mirada vacía con la que le pretendía enviar un mensaje muy sencillo: «No me acuerdo de nada».

Y Luo Jincheng la había creído.

El control le duró hasta que puso el pie en la capilla ancestral del clan Luo y se sentó junto a la cama de Luo Zixin. Recordó al instante un pasado irreal y lejano: la prótesis que se le había clavado, el chico tomándole una fotografía en secreto, la sangre fría. Todo había empezado en ese momento.

Mimi sintió que se arrepentía. Su madre siempre le había enseñado a ser amable porque, hiciéramos lo que hiciéramos, el cielo siempre nos vigilaba. Al llegar a Isla de Silicio, había empezado a dudar de las afirmaciones de su madre. Los inocentes no dejaban de sufrir penurias y contrariedades todos los días. Aunque los cielos tuviesen miles de millones de ojos, parecían pasar por alto la realidad del mundo.

Mimi se convirtió en una animista pragmática, convencida de que había espíritus que vivían en todas las cosas. Estaría protegida mientras rezara con fe y realizara los sacrificios necesarios. Era la única manera en la que los residuales podían sobrevivir a aquel infierno en vida. Fuera de las chabolas de procesado de residuos había por todas partes quemadores de incienso que los más creyentes llenaban de trozos de plástico. Los incensarios tenían películas de poliimida llenas de símbolos mágicos y ensalmos, y brillaban en

la oscuridad de la noche como fuegos fatuos que alertaran a los viandantes de los lugares prohibidos.

«¿Puede ser este chico una ofrenda ritual para algún espíritu? ¿Quién se beneficiará de dicho sacrificio?»

Mimi contempló a la *lohsingpua* yendo de un lado a otro de la estancia con el cuenco de aceite en las manos mientras las dudas crecían en su interior.

La estancia quedó inundada por algo similar a gotas de lluvia de color verde, y las frentes de Zixin y de la bruja se iluminaron. Una de las luces estaba quieta y la otra se movía. Eran como una estrella y un planeta que orbitase a su alrededor, ambas en un universo que no distinguía entre magia y tecnología. Comprendió que las luces no estaban relacionadas con ella de ninguna manera y que lo más seguro era que la *lohsingpua* o su ayudante las manipulasen. El estado del chico no había cambiado.

Sintió una sutil y repentina transformación en el cuerpo de Mimi, como si alguien hubiese pulsado un interruptor. Se le erizó el vello del cuerpo y vio con más claridad. Un miedo incontrolable empezó a abrirse paso desde las profundidades de su cerebro y acabó en su ceño, desde donde comenzó a extenderse en ondulaciones. No tardó en comprender lo que pretendía hacer su cuerpo, aunque no era capaz de asegurar cómo había llegado a tal conclusión. Se había formado un puente invisible entre las conciencias gracias a las ondas de radio y a los sensores que tanto Zixin como ella tenían en la frente. Ella se encontraba en un extremo y Luo Zixin en el otro.

Mimi sabía lo que tenía que hacer. Tenía que despertar ese cuerpo para reparar el daño provocado por su error en el pasado. A pesar de todo el mal que le había causado el padre de aquel chico, él era inocente. Mimi no había detenido al hermano Wen cuando le había hecho daño al chaval, y eso la convertía en cómplice. A ojos de Mimi, el mundo debía regirse por unas

reglas así de simples, pero las personas, o al menos las personas retorcidas, eran las que siempre lo complicaban todo y lo hacían más difícil de entender.

Aunque las cosas no eran tan sencillas como había supuesto.

La meningitis que había causado la infección viral había inhibido la conciencia de Zixin. Los neurorreceptores habían quedado bloqueados por las proteínas sintetizadas por el virus y no podían seguir transportando las señales bioeléctricas generadas por los pensamientos. Pero ese no era el problema más importante. El mecanismo de bloqueo se había degradado debido a la regulación preprogramada de la síntesis de proteínas y ya no afectaba a los impulsos nerviosos de velocidad normal. Ella no alcanzaba a comprender el significado de los datos, pero el cuerpo de Mimi parecía hacerlo de forma intuitiva. Su conciencia rebotó en el radiotransmisor de su película corporal como si fuese un trampolín, llegó hasta el cerebro del chico y empezó a recorrer la corteza como un tentáculo para encontrar una respuesta.

Se debía al idioma.

Mimi se sorprendió al descubrir que la proteína inhibidora de conciencia del virus funcionaba como un mecanismo de seguridad. Se parecía al fusible de un circuito y estaba diseñada para activarse cuando la carga de energía de la neurotransmisión superaba cierto umbral, momento en el que bloqueaba la conexión para evitar que las neuronas sufriesen dicha descarga. No obstante, por alguna razón el mecanismo de bloqueo de Luo Zixin estaba configurado con un umbral de seguridad tan bajo que, tan pronto como empezaba a pensar en el topolecto de Isla de Silicio, se activaban dichos fusibles y los circuitos de la neurotransmisión se desconectaban.

El topolecto de Isla de Silicio era un idioma antiguo con ocho marcas tonales y unas reglas de sandhi tonal demasiado complejas. Tenía mucha más entropía de la información que el mandarín estándar moderno, que solo

contaba con cuatro tonos. Esa era la principal causa del coma en que había caído el chico.

Mimi no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación. De pronto, su tentáculo mental se endureció y llegó al área de Broca, que se encontraba en la tercera circunvolución frontal del hemisferio izquierdo y era la encargada del control y la producción del lenguaje. El tentáculo manipuló aquel artefacto tan complejo y refinado con la precisión de un escalpelo láser, como si lo empuñase alguien que tuviera miles de millones de años de experiencia.

Empezaron a sudarle el ceño y la línea de nacimiento del pelo. Le volvieron a sorprender las capacidades desconocidas de su cuerpo y esperó que todo acabara bien.

El tentáculo volvió a ablandarse, se contrajo y regresó a su cuerpo a través de la película. También tocó de soslayo la conciencia de la *lohsingpua* mientras se contraía.

«Impostora.» Mimi lo entendió todo en ese momento. El misterioso casco del hermano Wen había plantado por accidente en su cabeza el embrión de un cambio, y Luo Jincheng y el navajero habían roto el cascaron con violencia; pero había sido esa mujer la que, obcecada con arrastrar a Mimi a un timo purificador con un cuenco de aceite, había unido todos los puntos y completado el monstruo que había en la mente de la chica.

Era la bruja quien había creado a la Mimi del presente.

Solo tuvo que dedicarle un pensamiento fugaz y listo. Mimi vio cómo el cuenco de llamas salía disparado por los aires, viraba, empezaba a caer y derramaba su contenido sobre el cuerpo de esa mujer de mediana edad que estaba despatarrada en el suelo. «Es mi regalito. Una muestra de respeto.» Las comisuras de los labios se levantaron para formar una sonrisa inocente.

La escena se vio sumida en el caos. La gente empezó a correr por el lugar, algunos intentaban apagar el fuego y otros estaban pendientes de lo que podía



ocurrir a continuación. Luo Jincheng se arrodilló junto a la cama y empezó a pronunciar el nombre de su querido hijo. El director Lin y Chen Kaizong se susurraban algo a un lado.

El niño abrió los ojos poco a poco al oír a su padre. Mimi se compadeció de él y no modificó su área de Wernicke, responsable de la comprensión lingüística, para que siguiese entendiendo el topolecto de Isla de Silicio. No obstante, tendría que hablar durante el resto de su vida un mandarín de cuatro escasos tonos, como los residuales forasteros que tanto odiaba su padre.

Dijo *ba<sup>4</sup>ba* en lugar del *ba<sup>7</sup>ba<sup>5</sup>* con los tonos que se usaban en Isla de Silicio. El rostro de Luo Jincheng se desfiguró al oírlo.

La mirada de preocupación de Kaizong se extendió por toda su cara. Era un chiste muy apropiado y tuvo que esforzarse por contener las carcajadas.

Uno de los *rickshaws* que transportaban agua estaba aparcado fuera de la mansión del clan Luo a la espera de que los sirvientes descargaran el agua embotellada a las carretillas. El residual de mediana edad que conducía el vehículo parecía muy nervioso y no dejaba de murmurar mientras se encendía la luz verde de sus gafas de realidad aumentada. Cuando terminaron de descargar toda el agua, el *rickshaw* se levantó un poco. El conductor dio la vuelta y se marchó a toda prisa por donde había venido sin esperar cuando los sirvientes de Luo le llamaron a gritos para pagarle.

Echó la vista atrás un par de veces para comprobar que nadie lo perseguía y luego frenó un poco y se mezcló con el congestionado tráfico de Ciudad Isla de Silicio.

—Tío He, ¿qué le pasa? —preguntaron unos residuales al verlo.

—Actúa como si acabase de ver un fantasma.

El tío He tenía el rostro empapado de sudor y no les dedicó ni media

sonrisa. Paró el *rickshaw* e hizo un gesto a uno de los residuales para que se acercara. A horcajadas sobre el vehículo, se inclinó hacia delante como si intentara chocar su frente contra la del otro hombre. Las gafas del residual terminaron por iluminarse también con una luz verde. El tío He no se quedó a esperar. En vez de eso, volvió a encender el motor y siguió difundiendo el vídeo que había grabado diez minutos antes.

En él aparecía un coche negro que entraba en la zona de la mansión Luo. A lo lejos se distinguía cómo varias figuras salían del coche. Unos hombres ayudaban a caminar a una chica que entraba en la casa. Llevaba una prenda blanca y suelta que no parecía a la moda, sino más bien una bata de hospital.

El tío He estaba seguro de que la chica era Mimi. Tenía que contárselo a Li Wen de inmediato.

El sol avanzó poco a poco hasta alcanzar su cénit y se volvió abrasador. El tío He se sintió envuelto en una pegajosa y densa nube de vapor que le dificultaba continuar el viaje. Le asaltó una infinidad de ruido y hedores de todas direcciones, y no entendió ni una palabra de las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. Lo miraban muchos pares de ojos: ojos de los residuales, de los oriundos y otros que no era capaz de distinguir. Vio que varios residuales se reunían junto a la carretera y agachaban la cabeza para saludarse unos a otros como aristócratas europeos decimonónicos mientras los originarios de Isla de Silicio le dedicaban unas miradas cargadas de sospecha. La manera en la que los despreciados residuales se saludaban entre ellos le parecía incomprensible e insoportable, ya que ellos se consideraban superiores.

El tío He condujo el *rickshaw* de forma suave y segura a través del mercado abarrotado e intentó mantener cierta calma para no llamar la atención de las cámaras de seguridad. Aun así, estuvo a punto de reír a carcajadas y no pudo evitar que una sonrisa sudorosa se dibujara en su rostro.

Poco a poco, llegó a la conclusión de que había dos Mimi y las llamó Mimi 0 y Mimi 1.

Mimi 0 era la residual que había llegado de una aldea lejana: era cautelosa, precavida con la gente, hipersensible pero muy curiosa, capaz de compadecerse de un perro chipeado o de enamorarse de un chico de Isla de Silicio con una identidad un tanto ambigua; chico con el que también guardaba cierta distancia ya que le faltaba mucha confianza en sí misma. Siempre recordaría la noche en la que las medusas bioluminiscentes se habían puesto a girar como una nebulosa, esa en la que la superficie del mar había resplandecido argéntea como si la luz se reflejase en miles de millones de escamas de peces, la noche en la que Kaizong se había tumbado junto a ella en la playa para contemplar las estrellas, la noche en la que había sentido cosas que no era capaz de denominar ni describir y que habían hecho que el corazón le diese un vuelco y que el mundo se emborronase a su alrededor, que la habían dejado aturdida y encandilada.

Ella era Mimi 0.

Por otra parte, Mimi 1 era una presencia que no era capaz de definir, que había poseído su cuerpo como un fantasma desde esa noche oscura y lluviosa y se había apoderado de él. Parecía omnisciente y omnipotente. Aunque las dos conciencias compartían cuerpo, Mimi 0 era poco más que una autoestopista que no sabía lo que pensaba Mimi 1 y no podía interferir en sus acciones. Veía todo lo que Mimi 1 quería que viese y se esforzaba por seguir sus flujos de conciencia tan inhumanos y profundos, se afanaba por aprender, por comprender y por estar alerta. Mimi 0 tenía mucho miedo de Mimi 1, pero también la adoraba, se postraba ante aquel poder controlador que tenía una precisión incomparable, como la de una máquina. Incluso llegaba a sentir una belleza que no había experimentado nunca en su vida, como si se encontrara en lo alto de una montaña enorme y contemplara desde las alturas la

magnificencia de la vida a sus pies. Hacía que le temblasen las piernas, que se agitara descontrolada y que se le aflojara la vejiga. Aun así, no podía resistirse a la atracción por descubrir la verdad.

En su mente, el rostro de Mimi 1 siempre tenía superpuesta la cara de una mujer occidental, como si estuviese cubierto por una imagen fantasmagórica. Anhelaba saber quién era esa mujer, pero también le preocupaba que la introducción de una tercera persona al misterio complicase aún más la situación.

Pero en aquel preciso momento, Mimi 0 y Mimi 1 habían logrado un consenso, algo poco habitual. Estaban agotadas. Despertar al chico les había consumido mucha energía y ambas necesitaban alimentarse. Mimi se moría de hambre.

Pero, al parecer, la farsa aún no había terminado.

Luo Jincheng gritó para que se acercase el personal médico que había allí. La *lohsingpua*, cuyo vestido agujereado por el fuego dejaba al descubierto la grasa de su cintura, intentó marcharse con su ayudante, pero los guardias del clan Luo los vieron y los hicieron arrodillarse en una esquina a la espera de la sentencia del jefe Luo. El director Lin Yiyu hablaba por teléfono sin dejar de contemplar la estancia, le describía la situación a su interlocutor con una expresión taciturna e impasible en el gesto. La cara de Chen Kaizong apareció en el campo de visión de Mimi: estaba arrodillado junto a ella, y al parecer le había preguntado algo con una expresión cargada de angustia.

Todos los ruidos se habían entremezclado y entretejido para conformar un muro desestructurado que resonaba y presionaba sus nervios auditivos. Era como si su nivel de azúcar en sangre hubiese descendido drásticamente y se le hubiesen apagado los sentidos para evitar el vértigo. Mimi intentó leer los labios de Kaizong, pero no pudo. Trataba de concentrarse, pero su mente se

perdía entre las grietas de su conciencia, se derramaba por el suelo y se mezclaba con el polvo.

Otra persona entró en la estancia y una esfera de luz blanca inundó el lugar hasta que se atenuó de nuevo. El recién llegado no dejaba de gritar lo mismo con todas sus fuerzas, y todos los que había en el lugar dejaron lo que estaban haciendo para mirarle. Lo repitió tantas veces que las sílabas empezaron a superponerse y tomar forma en la mente de Mimi. Consiguió desentrañar el significado poco a poco hasta que comprendió el mensaje.

«¡Que vienen los residuales! —gritaba—. ¡Que vienen los residuales!»

El miedo que se reflejó en los rostros de los oriundos de Isla de Silicio confundió a Mimi. Ella estaba acostumbrada a que fuesen los residuales los que sintieran ese pánico, sobre todo cuando se enfrentaban a los lugareños. Había visto a muchísimos residuales arrodillados pidiendo clemencia. Fuesen fuertes, débiles, ancianos, jóvenes, sucios o desamparados, todos se arrodillaban ante los oriundos de Isla de Silicio cuando les ensuciaban la ropa, los miraban sin querer durante demasiado tiempo, tocaban a sus hijos, rozaban sus coches o, incluso, sin razón aparente, solo por el hecho de ser residuales.

Mimi no se olvidaría nunca de la mirada de los que se arrodillaban, la manera en la que sus ojos se le clavaban en el corazón como agujas de un fuego compacto. Sabía que, de no haber hecho lo que acababan de hacer, muchos habrían acabado como cadáveres pudriéndose a un lado de la calle como Buen Chico. Tampoco olvidaría nunca las miradas de los lugareños de Isla de Silicio, que se quedaban en pie con la cabeza un poco levantada, como si perteneciesen a una especie del todo diferente y eso les otorgase el derecho de mirar a los residuales como si fueran poco más que animales a pesar de que entre ellos no había diferencia genética ni cultural.

Pero ahora los lugareños tenían miedo. ¿Qué los asustaba?

Todos se dirigieron hacia la salida. Mimi también, con la ayuda de Chen Kaizong. Sus pupilas se contrajeron a medida que su vista se acostumbraba a la luz resplandeciente del exterior. Fue entonces cuando vio lo que les asustaba.

Fuera de la mansión Luo, delante de los guardas y de los perros chipeados y al otro lado de las puertas de metal, había más de cien residuales en pie que formaban una oscura muchedumbre. Se recortaban contra la luz del sol, era imposible distinguir la expresión de sus rostros; sus caras y cuerpos estaban contaminados con manchas oscuras debido al polvo tóxico y los vapores resultantes de quemar plásticos y limpiar el metal con ácido. Sacrificaban su salud y sus vidas a cambio de sobras insignificantes con las que llenarse la tripa y de sueños inalcanzables, ayudaban a desarrollar la extravagante prosperidad de Isla de Silicio, pero a pesar de todo no eran más que esclavos, sabandijas, basura desechable. Los obligaban a vivir entumecidos.

Habían pasado mucho tiempo así. Sus miradas frías habían empezado a derretirse a la luz del sol para dar paso a unas llamas abrasadoras.

Mimi vio al hermano Wen en medio de la multitud. No había pancartas ni consignas, solo silencio. Pero cuando vieron que ella se encontraba entre los oriundos de Isla de Silicio, cuando vieron que le sostenían los brazos, una energía invisible pareció extenderse entre la multitud: era el sonido de los músculos al tensarse, una brisa que soplaba a través de un trigal y que arrastraba los efluvios de la adrenalina al hervir.

El director Lin Yiyu gritó muy enfadado por el teléfono.

Mimi sintió cómo su conciencia se dividía como una riada de arena que se convierte en dos regueros: Mimi 0, agotada y perdida en medio de la confusión, y Mimi 1, que sabía que los residuales habían ido a por ella y conocía la manera de agitar la incipiente guerra o acabar con ella. Tenía que tomar una decisión.

Se detuvo y se zafó del agarre de Kaizong. Miró el rostro de este, antes lleno de confianza y ahora cargado de duda e incertidumbre, y le sonrió. Empezó a caminar por sí misma, despacio pero con decisión. El calor era abrasador y se sentía débil, como si con cada paso se hundiese sin remedio en un lodo blanduzco. Las puertas de metal retumbaron y se abrieron un poco. Era incapaz de ver con claridad la multitud del exterior y le dio la impresión de estar sentada en un pequeño bote que flotara de noche en el mar mecido por el suave oleaje.

Se quedó en pie delante de la estrecha abertura, a tan poca distancia que casi podía oler el hedor de la herrumbre que había en la verja. Mimi se dio la vuelta y vio que Kaizong la había seguido con indecisión. El hombre levantó una mano, como si se despidiese de ella o como un soldado que se prepara para el asalto final.

Pero había llegado al límite. Se le agotaron las fuerzas y terminó por derrumbarse. La multitud gritó, sorprendida.

No se golpeó contra el suelo. Kaizong se abalanzó sobre ella y, en el último momento, consiguió coger a Mimi y abrazarla antes de que cayese.

Aquel movimiento fue la última chispa que necesitaba la muchedumbre que había al otro lado de las puertas de metal. Perdieron la paciencia, y un bramido gutural surgió de sus pechos cuando se lanzaron contra la puerta medio abierta con sus cuerpos desnudos y empezaron a oírse los repiqueteos y tañidos del metal contra la carne. Sorprendidos, los guardias intentaron cerrar la puerta, pero era demasiado tarde. Los perros chipeados ladraron con fuerza y arremetieron contra los residuales que empezaban a colarse.

Mimi levantó la vista y vio la silueta emborronada de Kaizong recortada contra la luz blanca, sintió su abrazo firme y cálido, todo ello sin saber a ciencia cierta si lo que ocurría era culpa de ella o el resultado del meticuloso plan de Mimi 1. Lo único que oía eran unas graves vibraciones que recorrían

el aire como las ondas infrasónicas de un maremoto antes de romper contra la costa. Le revolviéron las entrañas y se sintió muy incómoda.

Vio una sombra que se dirigía hacia la cabeza de Kaizong a cámara lenta, como una escena grabada por una cámara de alta velocidad. Se oyó una explosión ahogada que se quedó resonando en el ambiente. Los brazos de Kaizong se aflojaron, su cabeza salió despedida hacia atrás y dejó tras de sí en el aire un rastro sangriento. Le dieron ganas de gritar, de levantarse, pero su cuerpo no le obedecía. Era poco más que una marioneta sin hilos.

Un líquido tibio que también olía a metal empezó a gotear sobre la cara de Mimi. Le daba la impresión de que no era más que un peón sacrificable controlado por los designios de un renacido Gran Juego.



Luo Jincheng estaba sentado en un sofá de palisandro, y Lin Yiyu de pie junto a él. Ante ellos había un enorme escritorio de caoba maciza. El hombre de detrás de la mesa estaba sentado de espaldas a ellos y solo se le veían la calva y unas hebras de pelo por encima de la silla. Miraba fascinado el gigantesco acuario que tenía en la pared. Una criatura flexible y enorme se arrastraba contra un fondo de colores vivos.

Parecía haberse olvidado de los dos visitantes que tenía detrás y que esperaban inquietos sus instrucciones.

—Alcalde Weng...

Lin Yiyu no pudo aguantar más, pero al hablar se le quebró la voz.

Luo Jincheng lo miró con gesto despectivo.

—Si no hacemos algo, me temo que acabaremos enfrentándonos a problemas aún mayores.

El hombre que había detrás de la silla de cuero se quedó en silencio, pero, justo cuando la paciencia de los dos visitantes estaba a punto de llegar a su límite, respondió despacio y de manera contundente.

—¿Aún mayores? ¿Qué problema podría ser mayor o más grave que haber secuestrado a una adolescente y hecho que cientos de trabajadores migrantes se reúnan y se enfrenten con violencia a la policía? Claro, seguro que pensáis que como la huelga está afectando a los negocios del clan Luo, es la ciudad la que tiene que solucionar el problema.

Luo Jincheng no supo qué responder y hasta le dio la impresión de que Lin Yiyu reía entre dientes y se burlaba de él.

—Director Lin, me ha ocultado la verdad y creo que también merece cargar con parte de la culpa, ¿no cree? —Las comisuras de los labios del director Lin se derrumbaron como si le hubiesen dado un tortazo en la cara—. Enviar a la policía sin la debida autorización es una de esas acciones que o pasan desapercibidas o terminan fatal. Tiene suerte de que no haya muerto nadie. También me interesaría saber cómo pretende apaciguar a los estadounidenses.

—¡Sin duda! Ya he llamado a los oftalmólogos más prestigiosos de la capital de la provincia y pondrán todo su empeño en tratar al paciente. Ya hemos capturado a los residuales responsables del crimen.

Se oyó el escalofriante repiqueteo de una risa burlona que venía de detrás de la silla.

—Querido director Lin, es usted muy competente y habilidoso a la hora de manipular a las autoridades, pero creo que debería tener la política algo más en cuenta. Puede que haya personas capaces de exculparse de cualquier cosa usando la palabra «residuales», pero usted no es una de ellas. ¿Me ha entendido?

—Sí... sí...

Unas perlas de sudor cubrían la frente de Lin Yiyu. Luo Jincheng tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no estallar en carcajadas.

—La licitación de este proyecto ha llamado muchísimo la atención —continuó el alcalde Weng—. La capital de la provincia asegura que Isla de Silicio podría convertirse en un campo de pruebas y un foco de atención para la cooperación sinoestadounidense. Jefe Luo, me parece muy bien que no tenga intención de ayudar a la causa, pero me gustaría que no echase a perder mis planes. Ahora mismo, el suyo es el clan menos predispuesto a cooperar y que

ha causado más problemas. ¿Por qué no me levanto y lo dejo a usted sentarse en el sillón del alcalde y hacer lo que le dé la gana? ¿Le gustaría?

—Alcalde Weng, no tiene por qué ponerse así. Yo solo quería que los estadounidenses pagaran un poco más. Me intereso por Isla de Silicio tanto como usted.

Las palabras de Luo Jincheng parecían conciliatorias, pero tenían cierto tono prepotente.

—¿Que pagaran un poco más? ¡Pues ya nos hemos cobrado un ojo de la cara! ¿Le parece suficiente? Director Lin, lleva de pie todo el rato. ¿Le gustaría sentarse o le preocupa ponerse a temblar tanto que se caería de la silla?

—No pasa nada. Me gusta estar de pie, veo mejor lo que está lejos.

Lin Yiyu miró sin recato a Luo Jincheng.

—¿Lo que está lejos? Pche. Ver no es lo mismo que contemplar. Fíjense en esto.

Ambos siguieron el dedo del alcalde Weng y miraron el acuario de cristal sin saber muy bien qué esperaba de ellos.

El acuario no llamaba la atención a simple vista, pero se decía que la arena, la tierra, el coral y las plantas del interior se habían trasladado desde su entorno natural. La calidad del agua, los oligoelementos, la acidez, la iluminación, la temperatura, las olas artificiales... todo estaba manipulado tecnológicamente para replicar un medio ambiente oceánico. No obstante, los peces no eran la atracción principal, pues ese papel recaía en un pulpo que tenía un manto de medio metro, una especie muy común en los mares de Isla de Silicio. El cefalópodo colgaba indolente a un lado del acuario con sus dos mil cuatrocientas ventosas. De vez en cuando, se retorció y agitaba uno de sus tentáculos, a la espera de que le diesen de comer.

Luo Jincheng vio cómo el alcalde levantaba la mano y pulsaba los botones

de un mando a distancia blanco.

El fondo del acuario pasó en un instante de tener un aspecto similar a un lecho marino cerúleo a convertirse en lava fundida que refulgía con un color carmesí espeluznante. Luo Jincheng se dio cuenta de que el pulpo había adquirido el mismo tono rojizo casi al mismo tiempo, como si hubiese bebido demasiado. El color del cuerpo del pulpo también imitaba la lava burbujeante del fondo y sobre su superficie aparecieron una multitud de círculos amarillos y resplandecientes que desaparecían poco después.

Volvió a pulsar los botones del mando, y la lava fundida se convirtió en un desierto. La piel del pulpo pasó a un color ocre de textura arenosa adornada con las ondulaciones que dejaba en la arena la brisa caliente.

El desierto se convirtió en una jungla tropical y, en esta ocasión, el color verde del pulpo se volvió opaco e inconsistente, imperfecto si se comparaba con el del fondo del acuario. El alcalde explicó que se debía a los efectos de la astaxantina presente en el cuerpo del cefalópodo.

La jungla se transformó en una escena animada, viva y en cambio constante en la que salpicaduras y remolinos de color se entremezclaban y enredaban de forma caótica, como si fuese el garabato improvisado de un loco. El pulpo se afanó por seguir los cambios, pero solo fue capaz de imitar algunas zonas del fondo de vez en cuando. La velocidad a la que cambiaban los colores de la piel del animal había empezado a disminuir.

Aquel fondo incoherente desapareció y quedó sustituido por un espejo.

El pulpo parecía asustado. Ya no tenía esa pose sosegada de antes y se había pegado al cristal con solo tres brazos para luego levantar en alto los otros cinco como estandartes que proclamaran su soberanía. La imagen del espejo seguía sus movimientos. La superficie de ambos pulpos empezó a resplandecer. Dentro de los cromatóforos, las células gracias a las cuales el animal cambiaba de color, unos sacos elásticos se llenaron con varios

pigmentos, se expandieron y luego se contrajeron. La imagen general formada por los cromatóforos pasó a convertirse en una infinidad de escenas coloridas, similar a la distribución de píxeles de una pantalla o a un caleidoscopio giratorio.

Luo Jincheng miró la escena maravillado y empezó a comprender por qué el alcalde parecía estar tan embelesado.

Las transformaciones continuaron sin cesar.

El alcalde pulsó el mando a distancia una vez más y todo volvió a la tranquila imagen cerúlea del principio. El pulpo se tumbó a descansar entre la gravilla y se confundió con el fondo.

—Esta pequeña criatura nos parece uno de los animales más alienígenas de la Tierra. Tiene tres corazones y dos sistemas de memoria, y su cuerpo está cubierto por sensores químicos y táctiles ultrasensibles. —El alcalde lo comentó como si fuese todo un experto en pulpos—. Pero, en cierto sentido, también es muy parecido a nosotros.

»Es sensible a su entorno, no deja de cambiar constantemente, se disfraza y hasta se confunde a sí mismo hasta la muerte. En cierta ocasión, esperé con paciencia a que un pulpo se tranquilizase delante de un espejo, pero acabé con un animal muerto. De ese modo comprendí que la estabilidad es más propia de la muerte.

La silla de cuero se giró al fin y le vieron la cara al ocupante. El alcalde Weng se encontraba sentado plácidamente y se percibía cierta apatía en su mirada.

—El director Lin ha propuesto imponer un toque de queda temporal. El jefe Luo ha sugerido bloquear los canales de comunicación de todos los trabajadores migrantes. Pero es posible que dichas acciones acaben igual. Aunque consigamos evitar los pequeños incidentes, el problema no va a desaparecer.

Luo Jincheng y Lin Yiyu se miraron con impotencia. Ambos sabían que aquel día no iban a conseguir que el alcalde Weng les diese una respuesta útil, y no les quedó otra opción que retirarse, derrotados. Cuando estaban a punto de salir del despacho, el alcalde les dedicó una sentida despedida.

—Espero que no hayan olvidado por qué Isla de Silicio se convirtió en una zona con velocidad de transferencia restringida.

Luo Jincheng se mordió el labio inferior y apretó los dientes, como si acabase de tomar una decisión.

Scott Brandle llamó a su intérprete temporal a las doce y cinco de la madrugada y le dijo que quería dar un paseo por los mercadillos nocturnos porque tenía hambre. Sintió que el hombre que había al otro lado de la línea disimulaba su descontento cuando le respondió que antes tenía que consultarlo con el director Lin. El teléfono volvió a sonar al cabo de cinco minutos y el intérprete habló con voz mucho más animada. Se ofreció entusiasmado a llevarlo a una de las callejuelas con más vendedores de comida ambulante de Isla de Silicio.

Como Kaizong aún seguía en observación en el hospital, Scott se había visto obligado a aceptar la solución temporal que le había propuesto el director Lin. El nuevo intérprete era un joven llamado Xin Yu. Aún no se había graduado en la universidad y estaba allí por las vacaciones estivales. Tenía un acento terrible y a veces usaba las expresiones equivocadas, pero conocía mucho mejor que Kaizong la situación actual de la isla.

Cada vez que Xin Yu traducía algo mal, se escudaba en que «el topolecto de Isla de Silicio es uno de los más antiguos y únicos de los que siguen vigentes en China. Hay muchas palabras que no sé ni cómo traducir a mandarín estándar moderno, imagínese a inglés».

Entonces, Scott se encogía de hombros y replicaba:

—Tampoco es que esperase mucho de ti.

Luego reía y le daba una palmadita en el hombro a ese hombre de gesto afligido.

La callejuela estaba muy iluminada y llena de clientes aunque era pasada la medianoche. El ambiente estaba cargado de todo tipo de sabores y olores que abrían el apetito de los viandantes. Scott actuó como si fuese un turista de verdad y siguió a Xin Yu por todas y cada una de las casetas mientras preguntaba por los ingredientes, métodos de preparación y referencias culturales de todas las exquisiteces locales. Muchos de los platos tenían complejidades más sutiles de lo que se podría haber imaginado. Sobre todo si tenía en cuenta que pertenecían a una región muy reciente que se había formado apenas hacía doscientos cincuenta años. Era comprensible que la cultura culinaria hubiese progresado, pero no esperaba que fuese mucho más allá de tirar la carne a un fuego después de despellejar a la presa.

De vez en cuando, Scott se detenía y fingía que admiraba el lugar, sin dejar de mirar hacia atrás de vez en cuando. Se había dado cuenta de que un hombre diminuto los seguía como una sombra desde que salieron del hotel y se mantenía a una distancia de unos diez metros. Varios espías seguían todos sus movimientos desde su regreso de la breve excursión a mar abierto. No sabía quién había enviado a ese en particular.

Llegaron al puesto de un pescadero, un acuario sin agua del que emanaba el olor de las capturas del día. Había cabezas de mero, más grandes que el torso de un niño, colgando junto con el resto de las partes de las piezas, y también criaturas marinas de todas las formas y colores que estaban expuestas sobre hielo triturado detrás de vitrinas. Buris, anguilas *ure*, carpines rojos, mújoles grises, peces llamados *angmagling* y *dêggianhe*, jaibas, cangrejos *gohoi*,

almejas *moham*, navajas chinas, caracolas *hianglo*, almejas trompa de elefante, calamares, sepias, langostinos, langostas mantis...[17]

Scott se quedó estupefacto al ver todos los nombres, que Xin Yu le dijo que no tenían equivalente en su idioma, las escamas resplandecientes, las conchas, las membranas, los caparazones... Le interesaba sobre todo una bandeja llena de unos crustáceos de un negro verduzco. Parecía como si acabaran de sacarlos del mar y no estaban cocinados, pero el vendedor ambulante le insistió para que probase uno. Xin Yu apretó la cáscara de aquella langosta con forma de mantis y dejó al descubierto una carne translúcida que le ofreció a Scott.

Scott abrió las fosas nasales, pero no detectó ningún olor raro. Cogió un poco de carne y se la metió en la boca: tenía una textura glutinosa y correosa y un dulzor fresco que le despertó las papilas gustativas.

Scott había probado el mejor *sashimi* del barrio Akasaka de Tokio. Allí compraban el atún fresco en el puerto y cortaban rodajas del cogote. Sacaban dos de esas rodajas de la preciada carne de cada pieza, que tenía patrones de grasa parecidos a copos de nieve y olían mucho a aceite de pescado. El sabor era inolvidable.

Pero no era comparable. Ni de lejos.

Su gesto de disfrute y sorpresa hizo que Xin Yu se apresurara a explicarle que esa exquisitez se conseguía marinando carne de langostas mantis fresca en una salsa hecha con sal, vino de cocinar, salsa de soja diluida, ajo, guindillas picantes, cilantro y otras especias durante diez o doce horas. Después había que congelarla a entre quince y veinte grados bajo cero para que los músculos de la langosta se contrajesen y tuviesen ese toque crujiente.

Scott cogió un pedazo de carne más grande y lo saboreó. Xin Yu añadió con cierto resquemor que, debido a la polución del agua y al aumento de los casos de cáncer de esófago, el gobierno había advertido a los habitantes del lugar



sobre los peligros de comer marisco sin cocinar. Scott se ahogó y empezó a toser con fuerza. Se le puso la cara roja y empezaron a llorarle los ojos.

Xin Yiyu le dedicó una sonrisa y le dio una palmadita en la espalda.

—No se preocupe. Un bocado no le hará daño.

Scott llegó a la conclusión de que el joven se estaba vengando de él y rio. Rechazó con educación el pez *fugu* deshidratado que le ofrecía el vendedor ambulante y siguió a Xin Yu hasta un restaurante en el que servían carne.

—Los habitantes de Isla de Silicio son unos sibaritas. —Scott miró atrás y vio que el espía se había sentado en un restaurante de fideos que había enfrente—. Seguro que cuando te marchas a la universidad echas mucho de menos la comida.

—Sin duda. Da igual adónde se marche un oriundo de Isla de Silicio, siempre recordará el sabor de su hogar. En cierta ocasión hice de guía turístico para un chino que se había marchado de Isla de Silicio hacía décadas. Fuimos a ese restaurante de allí y se comió cuatro cuencos de fideos en unos pocos minutos. No dijo nada, pero tenía la cara llena de lágrimas.

Xin Yu movió los palillos y en su rostro se reflejó la nostalgia que había despertado en él el recuerdo.

—¿Tienes pensado volver cuando te gradúes?

—No lo sé. —La energía de Xin Yu parecía haber desaparecido al instante—. Mis padres quieren que encuentre la manera de emigrar a otro país. Dicen que se cuida más el medio ambiente y que me ganaré mejor la vida. Ya sabe. Isla de Silicio es una zona con velocidad de transferencia restringida.

—Eso es lo que dice todo el mundo. —Scott sonrió y volvió a mirar atrás con disimulo. Su mirada se encontró con la del espía, quien la apartó al momento—. Quizá te pueda ayudar con una carta de recomendación. Ya sabes que TerraGreen Recycling es una gran multinacional.

—¡Sí! Está en la Fortune Global 500. Le estaría muy agradecido, señor

Brandle.

—No me cuesta nada. Eso sí, me gustaría que me hicieses un favor.

—Lo que quiera.

—¿Podrías ir a esta dirección y comprarme algo para llevar? Me apetece erizo de mar. —Scott le mostró la dirección que había marcado en el teléfono —. Podríamos vernos al final de la callejuela, cerca de la arcada.

—Sin problema, pero... —Xin Yu hizo una pausa, pensativo, y luego continuó—. He oído que los erizos de mar tienen mucha concentración de metales pesados. No coma mucho.

De joven, a Luo Jincheng le obsesionaban las posesiones. Ya fuesen juguetes, coches, dinero, tierras, mujeres o poder, era capaz de pagar cualquier precio y hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería. Atribuía esos antojos a las carencias que había tenido durante su juventud y, a medida que crecía, los había convertido en las motivaciones necesarias para llegar a ser una persona de éxito.

Pero había comprendido, de una manera gradual, que las posesiones no bastaban por sí solas para maximizar el valor del capital. La clave de la auténtica prosperidad en la era de la información era hacer que dicho capital fluyese y circulara.

Luo Jincheng había montado una red de información muy efectiva con la que conseguir datos actualizados de los grandes puertos, compradores y las fluctuaciones de los precios de las materias primas en los mercados internacionales, lo que le proporcionaba la capacidad de mantenerse en la cresta de la ola del mercado de los residuos electrónicos gracias a que podía comprarlos baratos y venderlos caros. Aún recordaba los antiguos días en los que había que comerciar sin tener tanta información. El proveedor solía abrir

el contenedor y solo permitía al comprador echar un breve vistazo para estimar el precio. Los más taimados ponían en la parte superior los residuos electrónicos más valiosos y ocultaban en el fondo la basura más barata.

Era como regatearle a uno de esos vendedores ambulantes que comerciaban con geodas. Antes de abrir la roca era imposible saber si en el interior habría un jade cristalino y puro o poco más que una piedra ordinaria. De la noche a la mañana, uno podía hacerse millonario o quedarse en bancarrota. El negocio de los residuos electrónicos no era tan arriesgado, pero alguien del calado de Luo Jincheng aún se dedicaba a rezarle a Buda y hacer ofrendas antes de cada gran transacción, con la esperanza de sacar una fortuna con cada contenedor.

Cuando consiguió controlar el flujo de información, era capaz de determinar el valor de cada uno de los contenedores de residuos electrónicos fundamentándose en los datos públicos sobre la ruta y los puertos por los que había pasado, el manifiesto de carga, el número de dicho contenedor, el tiempo de carga o los detalles de la remesa al zarpar. Luego, basándose en el tiempo de procesado esperado para cada contenedor, podía predecir el precio en el mercado cuando ya estaba listo para vender y acudir a la mesa de negociación con una buena ventaja. Era un principio rector con el que el clan Luo siempre conseguía más beneficios en sus negocios, lo que redundó en una mayor reputación que hizo que el nombre del jefe Luo llegara a todas partes.

También era la razón por la que había sentido una compleja mezcla de sentimientos cuando Li Wen amenazó a los tres clanes tirando aquel cuaderno sobre la mesa. El carisma y la manera del pensar del joven le habían recordado a sí mismo cuando tenía su edad. Si Li Wen no hubiera sido un residual, Luo le habría ofrecido trabajar con él. A saber lo que podrían haber hecho juntos. Pero tan solo eran cábalas que nunca se harían reales debido a un hecho sutil pero inalterable.

«¿Cómo es posible que un hombre con tales dones y talentos pase tanto

tiempo entre los residuales y se esfuerce por sacar adelante negocios modestos que no tienen manera de prosperar?»», se preguntó Luo Jincheng.

No tardó en olvidarse de la pregunta, pues lo más probable era que no tuviese respuesta. No obstante, sí que tomó nota del hecho de que Li Wen había sido uno de los primeros trabajadores migrantes que se habían unido a los residuales después de que el gobierno condenase a Isla de Silicio a convertirse en una zona con velocidad de transferencia restringida. Comparados con los trabajadores de antes, las nuevas hornadas habían conseguido mejores sueldos porque muchos de los migrantes se habían marchado después de la restricción y eso había aumentado la demanda de mano de obra.

Y no solo se marcharon esos trabajadores migrantes, sino que también lo hicieron algunas de las familias de las que llevaban generaciones en Isla de Silicio. En la era en la que la velocidad de la información lo determinaba todo, una restricción de ese tipo significaba una falta total de beneficios, oportunidades y futuro. ¿Quién querría que sus hijos viviesen en un lugar en el que no iban a prosperar aunque estuviesen unidos a él por su historia y su linaje?

El gobierno llegó a dar explicaciones oficiales por el incidente que la había llevado a convertirse en una zona con velocidad de transferencia restringida. Circulaban muchos rumores, algunos de los cuales eran tan emocionantes e improbables como las tramas de las películas de Hollywood. Pero debido a su relación especial con el gobierno, Luo Jincheng empezó a atar cabos con información que sacaba de las comidas y las copas con los funcionarios, hasta que se hizo una idea muy aproximada de lo que ocurría en realidad.

El incidente empezó con una joven que había llegado a Isla de Silicio engañada con falsas promesas, aunque el gobierno aseguraría más tarde que había huido de su hogar por voluntad propia.

No eran casos aislados. En las regiones con mayor desarrollo económico de la costa sudeste de China era habitual toparse con esa clase de «fugitivos» que descubrían su verdadera situación cuando empezaban a tener dificultades. Les pagaban una miseria por su trabajo mientras ellos albergaban la esperanza de regresar a casa en condiciones mucho mejores. Vivían en los márgenes de una prosperidad que no les pertenecía y se esforzaban día a día para realizar los trabajos más mecánicos, repetitivos y triviales en una línea de ensamblaje.

La joven escribió a casa unas pocas veces. En sus cartas decía trabajar en Isla de Silicio y vivir bien, y le rogaba a su familia que no se preocupasen por ella. Pero entonces cesó la comunicación. La familia empezó a desesperarse, pero no eran más que unos meros campesinos pobres de la región sudoeste de China, a miles de kilómetros de la costa. El único recurso que tuvieron fue pedir a la policía de Isla de Silicio por internet que buscasen a la chica. Como era de esperar, la respuesta fue insustancial: «Se halla en paradero desconocido».

La joven tenía un hermano mayor que estaba en la universidad de una de las mayores ciudades de China. Se decía que la familia era tan pobre que habían tenido que elegir cuál de los hermanos estudiaría. El chico era inteligente y sacaba buenas notas, y la familia puso todo su empeño para que saliese adelante, pero él decidió darle la oportunidad a su hermana. Según dijo, un varón era como un toro que siempre tendría la oportunidad, por muy remota que fuese, de arar un campo con talento, esfuerzo o suerte, pero una mujer era como la perla de una ostra, tenía que enfrentarse a un tumultuoso océano sin ninguna ayuda. Quería hacer todo lo posible por darle lo mejor a su hermanita.

Cuando estaba a punto de abandonar la idea de presentarse al examen de ingreso a la universidad, su hermana tomó una decisión aún más radical.

Se fugó de casa. Solo dejó una carta. Eran íntimos y entendía el sacrificio que iba a hacer su hermano. Le dijo que no volvería a verla a menos que

consiguiese una calificación lo suficientemente elevada como para ingresar en la universidad a la que quería asistir. La carta se convirtió en una prueba muy importante para demostrar que no era más que una fugitiva cualquiera.

El hermano sabía lo cabezota que podía llegar a ser ella, y tuvo que dejar a un lado la ansiedad para centrarse en el examen. Obtuvo una nota excepcional y lo aceptaron en una de las mejores universidades. Juró que pasaría el resto de su vida tratando de devolverle el favor a su hermana y que cuidaría de ella. No obstante, justo cuando estaba a punto de terminar los cuatro años de estudio y empezar a buscar trabajo para ganar un buen dinero, ella dejó de contactar con él. Desapareció de la noche a la mañana.

«Se halla en paradero desconocido», una frase que se le clavó en el pecho como si fuese un picahielos. Se negó a confiar en nadie y juró que la encontraría por sus propios métodos. Conocía el arte de escribir código, de crear símbolos para llevar a cabo su voluntad sin contención alguna.

Un virus informático de propagación controlada empezó a extenderse por las direcciones IP de Isla de Silicio y pasó casi del todo desapercibido. Infectó cada vez más máquinas y empezó a hacerse con el control de los terminales web que frecuentaban los residuales. Su única función aparente era filtrar toda la información que pasaba por los terminales infectados con un algoritmo especial que buscaba ciertas palabras, oraciones y patrones semánticos. Cuando obtenía resultados, enviaba un paquete de datos a una dirección desconocida. Dicha dirección se ocultaba de formas muy ingeniosas e intentar rastrear el paquete de datos para averiguar el destino era tan difícil como determinar los rastros balísticos de unas balas disparadas desde una montaña rusa contando solo con información del momento en el que se había disparado.

El hermano se armó de paciencia y terminó por conseguir un vídeo encriptado que se había colgado en los foros clandestinos de Isla de Silicio.

Era la grabación de una cámara. En las sombras del fondo se entreveían las caras borrosas de dos hombres, sus cuerpos semidesnudos y las herramientas que llevaban en la mano. Se oyó la voz de un tercero que no se encontraba en el encuadre. Se habían procesado todas las voces para ocultar características que permitiesen su identificación, aunque era obvio que hablaban el topolecto de Isla de Silicio. El vídeo se había grabado con un par de gafas de realidad aumentada y contaba con las típicas particularidades de las grabaciones en primera persona: temblaba y estaba descentrado, pero aportaba esa sensación de encontrarse ahí mismo.

Al pie de una pared, había un cuerpo hecho un ovillo que parecía un fardo de harapos y que cada cierto tiempo emitía unos gruñidos inhumanos. Se trataba de una mujer que llevaba puestas unas gafas de realidad aumentada en modo suspensión, y una luz tenue y amarilla titilaba al ritmo de un jadeo.

Los dos hombres de la imagen hablaban y reían de manera nerviosa y disimulada de vez en cuando. El hermano descubrió, con la ayuda de un programa de traducción, que el jefe de ambos los había enviado para encargarse de esa «basura». La mujer, una migrante sin contactos en la región, se había enganchado a las setas digitales y perdido la capacidad de trabajar. Por ese motivo, los inspectores del gobierno la habían marcado como «insalubre» en los registros del jefe. Los dos hombres, además, descubrieron que su sistema vestibular también había resultado dañado de manera irreversible y que no iba a sobrevivir mucho más tiempo. Decidieron acabar con su sufrimiento.

El cámara, que llevaba las gafas de realidad aumentada, se agachó y golpeó el suelo con un objeto duro, lo que se tradujo en una serie de golpes fuertes. También chasqueó la lengua contra el paladar para emitir esos sonidos que también servirían para llamar la atención de un gato. La «basura» soltó de improviso un jadeo, se incorporó, empezó a arrastrarse con premura hacia la

cámara, le quitó el objeto al hombre de la mano y se lo metió en una ranura del casco. La luz pasó de amarilla a verde y titiló muy rápido mientras se transferían los datos. La mujer mantuvo la cabeza gacha mientras emitía unos chillidos reptilianos, como si su ansia por una estimulación neuronal muy concreta hubiese devorado toda su dignidad humana.

«Puedes conseguir que haga lo que quieras si le prometes uno de estos», dijo el cámara, que había guardado silencio hasta ese momento.

Las gafas del casco de la mujer se iluminaron y emitieron un brillo inquietante. Empezó a cantar una melodía que recordaba a una ópera tradicional de la región. Su voz aguda reverberaba como una serpiente que se retorciera en la noche y hasta sus miembros empezaron a agitarse y a temblar como si bailase al mismo tiempo.

«¡Menudo espectáculo! ¡Una noche de ópera gratis!» Los dos hombres estallaron en carcajadas, bailaron y empezaron a imitarla para burlarse de ella.

La voz de la mujer se volvió de repente irregular y lacerante. Se abalanzó sobre uno de los hombres como si se hubiera vuelto loca, lo tiró al suelo y le rodeó los muslos con los brazos. Los otros dos se quedaron tan estupefactos por un momento que no hicieron nada mientras su compañero pedía ayuda a gritos. El cámara terminó por coger una pala y golpear con fuerza en la cabeza a la mujer, que cayó al suelo.

«Al parecer no le ha gustado mucho mi seta.»

El hombre se acercó al cuerpo inmóvil, se inclinó sobre él, le quitó el casco y le giró la cara hacia la cámara.

El hermano deseó con fervor que el vídeo se cortara en ese momento para no ver la cara de la víctima y, de ese modo, poder mantener falsas esperanzas. Pero se obligó a seguir mirando, a soportar el temblor de la cámara y la luz tenue que le mareaba. La imagen pasó de improvisado a un primer plano de la



cara de la mujer: tenía los ojos entreabiertos, las pupilas dilatadas de una forma exagerada e intentaba recuperar el aliento. Un líquido oscuro le caía por la cara desde las sienes, como si fuesen dos riachuelos de lágrimas concentradas.

Era su hermana.

«Dadme una bolsa de basura —urgió el cámara—. Hay que sacarla de aquí.»

Apagó el monitor y encendió un cigarrillo en la oscuridad con manos temblorosas. Le dio dos caladas largas, lo tiró al suelo y lo aplastó con el zapato. Se quedó en silencio el resto de la noche y, cuando llegó el amanecer, se dio cuenta de que la insólita rabia que experimentaba no se debía solo a la violencia que acababa de presenciar, sino también a la manera en la que esta se había exhibido. El atacante había usado tecnología para presentar la escena en primera persona, de modo que todo aquel que viera el vídeo se convirtiese en perpetrador de dicha violencia y ello lo forzase a experimentar el mismo placer que el agresor. El hermano tuvo que reprimir la gran repugnancia instintiva que le ocasionó el hecho de haber sentido cómo asesinaba a su hermana.

Pero muchos de los detalles de esta historia forman parte del imaginario de los que la cuentan. En realidad, el hermano le había pasado el vídeo a la policía con la esperanza de que encontrasen pistas capaces de llevarlos hasta el paradero de su hermana o, al menos, de su cadáver. Pero la policía tomó otra decisión: borró todo rastro del vídeo de internet y cerró todos los canales de información. Tenía la intención de hacer como si no hubiera pasado nada, como avestruces que esconden la cabeza en la tierra.

Así era como las autoridades lidiaban con las crisis.

El hermano se vio sumido en la desesperación, y su rabia se extendió hasta descomponerse en fragmentos amorfos de datos que recorrieron miles de

kilómetros de distancia. Al fin comprendió que el origen de la tragedia era un muro invisible e intangible, una barrera que separaba a ciudadanos que tenían la misma sangre y ancestros, lo que hacía que algunos quedasen en lo alto y otros en lo bajo, otorgaba privilegios a unos y sufrimiento a otros.

Les devolvería el golpe.

El virus, ya con los parámetros ajustados, avanzó por las terminales de datos de Isla de Silicio. Se tragó todo bit con el que se topaba como si fuese un enjambre de langostas hambrientas y luego los filtró en busca de información. Después de varias capas de enrutamiento, los resultados se enviaron a las principales agencias de noticias. Parte de la información contenía documentos secretos que describían las licitaciones del gobierno para grandes proyectos de ingeniería. Las llamas se encendieron una a una hasta formar una pequeña hoguera que, despacio y con mucho esfuerzo, empezó a hervir.

El caso de la chica desaparecida perdió su atractivo debido a la histeria que se avivó en los medios a causa de los escándalos del gobierno que quedaron al descubierto. El interés del público no dejaba de cambiar: nuevos escándalos y nuevas celebridades que aparecían sin pausa para consumir una atención que era una virtud escasa y valiosa.

No obstante, las filtraciones procedentes de Isla de Silicio enfadaron a las altas esferas, no por el fraude ni la corrupción, sino porque la aparición en los medios había desacreditado la imagen del gobierno local y eso iba a afectar a los ascensos de los funcionarios que se suponía que tenían que evitar que ocurriese.

Los interventores terminaron por decidir que Isla de Silicio tenía que pagar por la baja seguridad de sus datos. El sitio pasó de ser considerado un lugar desarrollado y costero de banda ancha a sufrir un descenso de dos niveles de acceso y acabar con la velocidad de transferencia restringida propia de las

regiones subdesarrolladas del interior del país. Se acabaron la realidad aumentada, los servicios de información en la nube de nivel profesional y los beneficios de las políticas del gobierno diseñadas en exclusiva para las zonas de datos especiales.

La luz de Isla de Silicio se apagó en una esquina del mapa digital del mundo.

Muchos de los que perdieron gran parte de sus riquezas debido a este cambio en la conexión ofrecieron una recompensa a cambio de hacerse con la identidad del creador del virus y juraron que le cortarían las manos, lo dejarían ciego y hasta le rebanarían la cabeza para conectarla a una máquina de soporte vital y convertir así su vida en un infierno. Sin éxito. El hermano de la chica desaparecida había sido como el uróboros, la serpiente que se mordía la cola hasta comerse a sí misma y desaparecer del mundo físico o digital sin dejar ni rastro.

Cada vez que Luo Jincheng pensaba en la conclusión de esta historia, se preguntaba qué estaría haciendo de seguir vivo ese joven tan talentoso. ¿Seguiría buscando al asesino de su hermana sin descanso, o acaso habría abandonado toda esperanza por la vida para entregarse a los brazos de la muerte? «La venganza es un plato que se sirve frío.» Se estremeció como si notara detrás de él ese par de ojos que ardían con el fuego de la venganza.

«No, yo no tuve la culpa.»

Trató de hallar consuelo. Durante aquellos años, todos los clanes realizaban actividades similares, vendía setas digitales ilegales a los residuales para controlarlos. Si algunos adictos se dejaban llevar, sufrían una sobredosis y perdían la capacidad de trabajar, era necesario solucionarlo para evitar que los clanes tuvieran problemas. Cada clan tenía su manera de lidiar con ello: se podía deportar al afectado fuera de Isla de Silicio, o también hacerlo desaparecer.

Todos los animales tenían el instinto de proteger a sus crías, aunque en aquel momento el beneficiario de su protección no era más que un cachorro salvaje que lo había seguido durante muchos años. Hoy, ese maldito perro había vuelto a tropezarse con la misma piedra, y las ondulaciones que había creado al hacerlo no habían dejado de avanzar y arremolinarse por debajo de la superficie, en las lóbregas profundidades, gestando otra tormenta impetuosa.

Había tomado la decisión de que era el momento de sacrificar a ese perro a quien solía llamar el navajero.

El enclenque de rostro sombrío vio cómo Scott y Xin Yu se separaban. Dudó por un instante, pero decidió seguir a Scott.

Eran las dos de la madrugada y había menos gente en la callejuela, pero los carteles led de los puestos y los restaurantes no dejaban de brillar y parpadear con la misma fuerza de siempre. Scott apretó el paso y vio cómo las luces a su alrededor se agitaban y se sacudían dejando fosfenos en su visión. Olió una infinidad de aromas seductores, producto de moléculas orgánicas ajenas a su cuerpo que estimulaban y ponían en alerta a sus nervios.

«Ojalá los habitantes de Isla de Silicio usaran para la protección medioambiental tan solo una fracción de la energía mental que le dedican a la comida», pensó Scott con remordimientos. El figón estaba más cerca, y Scott oía detrás de él sus pisadas apresuradas. Un puesto de películas corporales automáticas resplandeció en colores fluorescentes a un lado de la calle. Estaba vacío. Entonces se le ocurrió una idea, se escabulló en el interior y cerró la puerta con cuidado.

El puesto era estrecho y sofocante. Scott tenía que agachar la cabeza y acuclillarse para caber. El modelo virtual de la pantalla le dedicó una sonrisa mecánica y empezó a explicarle los adornos de la última temporada y cómo

usar la máquina. En la pared había un disco de silicona flexible unido a un brazo articulado omnidireccional que servía para aplicar de una vez películas corporales inductoras. Scott insertó unas monedas, eligió un adorno llamativo con forma de corazón y ajustó la temperatura al máximo.

«Esta configuración de temperatura solo es apta para aplicar las películas en superficies duras.» El modelo virtual acompañó la advertencia de sonidos de preocupación.

Scott esperó y contuvo el aliento.

Pasaron tres minutos. No había señal alguna de movimiento al otro lado de la puerta. Justo cuando empezaba a acabársele la paciencia, vio cómo una mano empujaba la puerta con curiosidad. El pez había mordido el anzuelo.

Scott agarró la mano y tiró de ella casi al mismo tiempo para meter al hombre en el puesto. Luego cerró la puerta. La cara estupefacta del espía quedó aplastada contra los recios pectorales del estadounidense mientras no dejaba de murmurar disculpas en inglés e intentaba abrir la puerta y escapar de aquel lugar tan pequeño. Scott levantó la rodilla hasta la cintura del hombre, lo empujó contra la pared mientras lo agarraba del cuello con la mano izquierda y con la derecha sostenía también la mano derecha del espía, que había empezado a buscar un arma debajo de la ropa.

—¿Para quién trabajas?

Scott cerró con fuerza la mano izquierda hasta que vio que al hombre se le ponían los ojos saltones, se le marcaban las venas de la frente y se le enrojecía la cara.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —repitió el hombre como un disco rayado.

—¡Habla! —Scott le dio una patada en las piernas, lo que lo hizo caer de rodillas, y luego le aplastó la cabeza contra la pantalla. La vívida luz fluorescente le revoloteó por la cara. Scott acercó el disco de silicona caliente hasta que se lo dejó a pocos centímetros de las mejillas, y el adorno con forma

de corazón que había en el medio empezó a hacer un ruido crepitante. El hombre sintió el calor y se quedó aterrorizado mientras unas perlas de sudor le resbalaban por la cara. Dejó de hablar en inglés y empezó a balbucear en el topolecto de Isla de Silicio.

—¿Cómo te llamas!

Scott tampoco podía soportar el calor del disco de silicona y también tenía la camisa empapada de sudor.

El hombre forcejeó con todas sus fuerzas, pero el disco le rozó la mejilla e hizo un sonido similar al de la comida al caer en una freidora. Scott olió el aroma familiar de la carne quemada, y el hombre emitió un grito de una agudeza asombrosa que dio paso a un aullido interrumpido por jadeos, como si se hubiese convertido en un perro chipeado asfixiado bajo un sol abrasador.

El disco se le apartó de la cara con un nítido chasquido similar al de un beso. El hombre se resbaló hacia el suelo y se hizo un ovillo en un rincón del pequeño puesto de dos metros cuadrados. Tenía un enorme, rosado y resplandeciente corazón marcado en la mejilla izquierda.

Scott registró al hombre y encontró un cuchillo y un viejo teléfono móvil. Luego le propinó una buena patada en el pecho para asegurarse. El hombre gruñó, pero no se movió. Scott salió del puesto y tiró el cuchillo a unos arbustos, se guardó el teléfono, se ajustó las ropas empapadas de sudor y se dirigió al punto de encuentro.

—Pero ¿qué demonios le ha pasado, señor Brandle? Está muy sudoroso. — Xin Yu llevaba tiempo esperándolo—. Aquí tiene su erizo de mar.

Scott aceptó la pequeña caja fría y se secó el sudor de la frente.

—Llevaba tiempo sin hacer ejercicio, así que me ha dado por correr un poco.

—¿Correr? ¿En Isla de Silicio? ¿Con este tiempo? —Xin Yu no parecía muy convencido—. Supongo que eso es lo que llaman diferencias culturales.

## Conectando... conexión establecida... encriptación activa.

HIROFUMI OTOGAWA: ¿Es seguro?

CHANG FENGSHA: Sí.

HIROFUMI OTOGAWA: ¿Cómo va?

CHANG FENGSHA: La operación de Kaizong ha ido bien y se está recuperando. El incidente se ha convertido en una ventaja inesperada para nosotros.

HIROFUMI OTOGAWA: No sé si me gusta este devenir de los acontecimientos.

CHANG FENGSHA: ¡Ja! No se preocupe. Le aseguro que el contrato se firmará antes de mi muerte.

HIROFUMI OTOGAWA: Si descubre algún riesgo inesperado, comuníquemelo de inmediato, por favor.

CHANG FENGSHA: Bueno, ya que lo menciona... Sí que hay una cosa.

HIROFUMI OTOGAWA: ¿...?

CHANG FENGSHA: SBT- VBPII32503439. He investigado todos los números de serie de SBT, incluyendo los prototipos de investigación, y no he encontrado ni rastro de este. Sin duda no se trata de un «pequeño accidente», como dijo. Ni siquiera se diseñó para los humanos. Ahora mismo es una bomba a punto de estallar. No sé cuánto tiempo nos queda ni qué supondrá para el proyecto de Isla de Silicio.

HIROFUMI OTOGAWA: ...

CHANG FENGSHA: Entiendo que los gánsteres económicos que trabajan como asistentes para la Fundación Arashio no tengan derecho a acceder a toda la información, pero un asistente como tal tampoco tiene por qué asumir todos los riesgos. Quiero que escriba esta cláusula en el contrato. Y si sigue sin contarme nada, encontraré a alguien que esté dispuesto a hablar.

HIROFUMI OTOGAWA: Es una historia muy larga.

CHANG FENGSHA: Bueno, también promete ser una noche muy larga en Isla de Silicio. Le prometo que no me dejaré dormir.

La oscuridad de la noche aún se extendía por el ambiente. Las farolas seguían encendidas y esbozaban los contornos de la costa. En el suelo había charcos de agua, quizá restos de lluvia, que reflejaban vagamente el cielo añil. El horizonte estaba adornado por una línea roja, dorada y tenue que ardía y se extendía presagiando un intenso amanecer que terminaría por cubrir el cielo oriental como una capa de llamas. Los árboles estaban inmóviles en las sombras, y las ramas colgaban de los troncos. Iba a ser otros de esos días de verano agobiantes y sin viento.

Scott estaba tumbado en la cama con la ropa puesta, dedicado a mirar cómo la ventana se iluminaba poco a poco. Sabía que necesitaba dormir, o que al menos su corazón necesitaba algo de descanso, pero no tenía nada de sueño. Después de amenazarlo, su contacto de la Costa Oeste de Estados Unidos, «Hirofumi Ootogawa», le había revelado parte del enigma, pero las respuestas solo le habían llevado a más preguntas. Su mente inquieta era como un juego en el que se dedicaba a levantar laberintos para volverlos a destruir y luego crearlos de nuevo, una y otra vez.

Scott sintió que su sistema nervioso se había quedado atrapado en un bucle de retroalimentación. Decidió salir y dar un paseo.

Algo le llamo la atención cuando pasaba por las vitrinas con objetos de lujo del hotel: la edición limitada de una Ducati Monster 1000 EVO Diesel de 2015.



A diferencia de otras motocicletas del mismo modelo, esta Ducati diésel cambió el ostentoso y tradicional metal del exterior por una combinación de verde mate y negro carbón que lo tapaba todo, desde la cubierta del motor hasta el tubo de escape, desde las ruedas hasta los ejes, lo que le daba al vehículo el aspecto de un escarabajo gigante a punto de salir volando.

Scott sintió que se activaba una parte de su cerebro. Llevaba demasiado tiempo reprimido en esa zona con velocidad de transferencia restringida, la velocidad lenta como una tortuga de la red y el escaso avance del proyecto hacían que le costase respirar. De repente, se dio cuenta de lo que necesitaba: velocidad. Esa sensación de indiferencia al arremeter con la rapidez de un relámpago, aunque implicase poner al límite la carne y los huesos frágiles de su cuerpo. Le sacudió un deseo impetuoso, que lo guiaba y le hacía anhelar tocar con su piel aquel monstruo de frío metal que gruñía y temblaba, y que lo llevaba a querer salir disparado y no parar nunca.

Diez minutos después, y tras haber mencionado el poderoso nombre del director Lin Yiyu, había conseguido la llave, las gafas, el casco y una tarjeta de gasolina gratis.

El joven que estaba a cargo de la empresa de alquiler le recordó con cautela algunas precauciones. Scott lo despreció por completo.

«Cuando yo recorría Estados Unidos con mi moto, tú no eras más que un espermatozoide en los cojones de tu padre.»

El motor bicilíndrico en línea refrigerado por aire rugió y entregó cien caballos de potencia. La cilindrada máxima de 1078 centímetros cúbicos salió despedida por el tubo de escape de doble salida que tenía a un lado y empezó a resoplar como un toro iracundo. Scott se inclinó hacia delante y se sentó a horcajadas sobre la moto para saborear la fascinante precisión de su diseño ergonómico. Se ajustó las gafas y el casco, empezó a hacer girar el acelerador

poco a poco y salió despedido por la calle desierta sobre el lomo de aquel escarabajo gigante.

Aún era temprano cuando llegaron los camiones con los desperdicios electrónicos. Los habitantes de Isla de Silicio dormían y algún borracho ocasional estaba tirado a un lado de la carretera sobre un charco de vómito rosado aún caliente. Los camiones que limpiaban las calles emitían unas melodías electrónicas retro de ocho bits mientras hacían su trabajo despacio, y los barcos de los pescadores se dirigían hacia el mar al tiempo que hacían sonar los silbatos, como antiguas bestias legendarias que gruñeran en la niebla. La luz persiguió la oscuridad centímetro a centímetro hasta que al fin salió el sol.

Scott pasó por dicho paisaje como si fuese una ráfaga de viento. Las imágenes se estiraban y distorsionaban ante sus ojos, se emborronaban como si fuesen los trazos sueltos de un pintor posimpresionista. Los sonidos se alejaban de él con presteza al pasar y tuvo que contenerse para no gritar. Se movió y sintió la potencia del par motor debido a las bajas revoluciones, como si la bestia mecánica que tenía bajo las piernas se hubiese fusionado con su cuerpo, le leyera la mente y tradujera sus pensamientos en movimientos, sin importar cuáles fueran las condiciones de la carretera.

«La fusión del hombre y la máquina.» La idea apareció de improviso en su mente. Era como en la sorprendente historia que había oído unas horas antes.

Se suponía que la misteriosa prótesis con el número de serie SBT-VBPII32503439 servía para reemplazar la parte trasera del cráneo entre la sutura coronal y la sutura lambdoidea, así como partes de los huesos occipital y parietal. Pero no estaba diseñada para un cráneo humano. La prominencia de la parte central replicaba la cresta sagital del cráneo de los gorilas, los chimpancés y los orangutanes.

Después de que se cancelase el proyecto Marea Tóxica, los militares

transfirieron más de trescientas patentes relacionadas a compañías comerciales de varios ramos recién fundadas, y algunas acabaron convirtiéndose en las bases tecnológicas de SBT y TerraGreen Recycling.

Pero el proyecto Marea Tóxica no se había cancelado de verdad. Se había infiltrado, ocultado y descentralizado en varias áreas de la tecnología humana y había cambiado la trayectoria del progreso mundial. Después de varias financiaciones, creación de filiales, fusiones y adquisiciones, el núcleo militar de la Fundación Arashio que había mantenido acciones en varias compañías había desaparecido, pero continuaron por ocultarse de la mirada pública varios proyectos de investigación clasificados.

Uno de esos proyectos era un tratamiento experimental defendido por la doctora Suzuki en los últimos años de su vida y que usaba virus modificados genéticamente para regenerar los receptores muscarínicos dañados por el QNB, pero el objetivo de la investigación había cambiado por completo. El virus, conocido como «variante Suzuki», se modificó aún más para que afectara a otras estructuras neurológicas y evolucionó en múltiples cepas de increíble valor comercial.

Una de esas variantes era quizá el arma definitiva contra el envejecimiento cerebral.

El cerebro humano consta de unos cien mil millones de neuronas, y cada una está conectada hasta a mil neuronas más gracias a las sinapsis. Las neuronas se comunican entre ellas gracias a los neurotransmisores, mediante los que realizan funciones como transportar información, coordinar los movimientos o regular la memoria. El deterioro sináptico y la edad provocan trastornos neurológicos, pérdida de memoria, autismo, alzhéimer y otras enfermedades neurodegenerativas. Suele ser irreversible, como el tiempo.

No obstante, una de las cepas del nuevo virus, combinada con inhibidores de la histona deacetilasa que refuerzan la conexión sináptica, consiguió formar

nuevas conexiones con axones maduros. Se convirtió en todo un paso decisivo en la búsqueda de la vida eterna, aunque la premisa siempre había sido la de dejar atrás nuestros cascarones de mamíferos, frágiles y propensos a envejecer.

Un Volvo anodino, plateado y fabricado en el país apareció en el espejo retrovisor. Picó las luces para indicarle a Scott que se detuviese. Este frunció el ceño, cansado de ese juego interminable del gato y el ratón. El motor de la Ducati rugió, y la moto aceleró para pasarse con gracilidad a otro carril.

La rabia o la emoción de la persecución provocaron que el corazón de Scott empezara a latir de manera irregular. Dejó de acelerar, redujo la velocidad y esperó a que el marcapasos hiciera su trabajo.

Otra variedad de ese nuevo virus había revolucionado la industria de las baterías.

Los científicos encontraron los codones que permitían agregar átomos de metal a las células animales e introdujeron cantidades residuales de ADN monocatenario en el virus, lo que causó que unas moléculas específicas se formaran en su superficie. Dichas moléculas eran capaces de adherirse selectivamente a los átomos y partículas de metal. De esta manera, se formaron compuestos por adhesión que eran buenos conductores y ánodos de baterías.

La tecnología de las baterías víricas se convirtió en una revolución a todos los niveles: los diseñadores podían ajustar con precisión el ADN que se le inyectaba al virus para producir electrodos hechos de diferentes metales. Se podían crear baterías mezclando los elementos correspondientes a temperatura ambiente y así evitar los riesgos asociados con las altas temperaturas que se requerían para la producción de las baterías tradicionales. Y lo más importante: los electrodos que se creaban de esta manera podían tener un tamaño que iba desde unos nanómetros hasta los diez centímetros, lo que hacía

que las baterías ya no tuvieran que ser esos dispositivos voluminosos e incómodos y se pudiesen integrar en cualquier cosa que uno pudiera imaginar.

Como la batería vírica del tamaño de un pulgar que Scott tenía en el pecho y que le había salvado la vida muchas veces.

La moto rugió y se abalanzó hacia una carretera que había junto a la playa. La brisa marina salada sopló contra la cara de Scott, que aprovechó para respirar ansioso el exiguo aire fresco. Sobre el océano, unas largas hileras de olas intactas resplandecieron doradas y brillaron bajo el sol de la mañana. Unas nubes grandes y con formas irregulares dejaban atrás largas volutas que parecían cientos de caballos de bronce que surgían del mar y galopaban jubilosos hacia el empíreo mientras sus cascos entrechocaban contra las islas de coral que asomaban entre la espuma y el rocío.

Era el comienzo de un nuevo día.

Chen Kaizong se miró al espejo. Cerró el ojo izquierdo, lo abrió y luego cerró el ojo derecho. Algo iba mal.

La operación había sido un éxito. Le habían quitado el ojo derecho destrozado al completo para reemplazarlo por el modelo electrónico más moderno de SBT, el Cíclope VII. El color del iris se había ajustado con mucha minuciosidad para que no se notase la diferencia entre ambos ojos, aparte de que el nuevo parecía brillar más porque era tan perfecto e impoluto que no tenía las marcas ni de los vasos sanguíneos descoloridos por el paso del tiempo.

«He terminado por convertirme en un cibernético.»

Kaizong se puso sensible al imaginarse teniéndole que explicar a sus padres lo que le acababan de hacer. Quizá lo mejor sería no contarles nada. Pensó en

el pasaje que su madre solía recitar, sobre todo cuando veían las noticias y los vídeos en primera persona que la mareaban.

«El hombre tiene que ver el mundo a través de sus ojos. Cualquier intento de percibirlo a través de una perspectiva que trascienda a uno mismo es pecado.»

La retina artificial funcionaba muy bien. Mientras dormía, los doctores le habían «instalado» el manual de instrucciones del ojo prostético en la corteza visual a través de una resonancia magnética funcional. Luego, los «husos del sueño» de su electroencefalograma mostraban que la información ya se había transferido del hipocampo a la corteza, donde se almacenaría de manera permanente, como si se hubiese pasado los datos de una memoria USB a un disco duro. La técnica consistente en usar el ojo derecho para interpretar los datos se convirtió en parte del repertorio de habilidades permanentes de Chen Kaizong, igual que montar en bicicleta, nadar o hablar inglés.

«Para todas las fiestas del mañana. 全为明日派对。」

Cada vez que Kaizong prestaba atención al funcionamiento de su ojo derecho, la consigna aparecía en su mente en ambos idiomas. Quizá era un recordatorio que formaba parte del manual de instrucciones y que se hacía para dar más seguridad, como si el fabricante le afirmara al cliente: «No se preocupe. SBT le proporciona tres años de garantía si ha comprado uno de nuestros ojos, corazones, músculos o cualquier otra prótesis».

Pero en el mundo del que él venía, el ciclo de vida de las partes corporales prostéticas era mucho más corto. De hecho, los medios habían acuñado el término «bienes corporales de consumo rápido» para describirlo. La tecnología de SBT había convertido la industria de las prótesis en un negocio similar al de las aplicaciones de los móviles, las zapatillas, la moda o los juegos online: había todo un mercado de productos en el que cualquier persona podía encontrar algo que se adecuase a sus necesidades, que fuese asequible

en términos económicos y que también tuviera un buen servicio de atención al cliente. Además, el mercado negro estaba lleno de herramientas pirata con las que añadir características muy divertidas a las prótesis.

La gente ya no se dedicaba a enseñar sus nuevos artilugios, joyas o peinados en las fiestas, sino cócleas prostéticas que mejoraban el equilibrio, músculos artificiales de contracción aumentada, miembros prostéticos que obedecían órdenes mentales o *firmwares* actualizados que mejoraban los órganos sensoriales.

SBT había desarrollado una sustancia revolucionaria que mediaba entre el mundo biológico y electrónico. Se extraía del gladio de los calamares y era un compuesto de quitosano modificado que podía convertir el flujo biológico de iones que transportaba las señales cerebrales en corrientes eléctricas que se podían descifrar con máquinas, y así crear un bucle de retroalimentación entre el sistema nervioso y la prótesis. El invento había superado todas las expectativas en lo referente a las limitaciones físicas del ser humano.

Chen Kaizong alcanzó a ver cómo Ted, su compañero de habitación, intercambiaba extremidades con otros durante una fiesta de fin de semana con la idea de experimentar los golpes a través de los sentidos de otra persona. Kaizong se había quedado estupefacto, como un pueblerino de Texas que llega por primera vez a Times Square y no sabe adónde mirar. Para él, la bebida era la bebida, drogarse era drogarse y el sexo casual no era más que sexo casual; nunca se habría imaginado que existieran grandes diferencias dependiendo del umbral sensorial y los receptores de cada individuo.

Ted casi no se sostenía en pie. Estaba aferrado a su nueva novia y comentaba que había sido como mantener una bola de plomo al rojo vivo

contra su frente y meterse un frío, viscoso y gelatinoso tentáculo por todos los orificios de su cabeza para luego moverlo adelante y atrás.

«Sí, menuda diferencia.»

Kaizong agitó la cabeza. No entendía nada.

Se convirtió en un forastero. Se quedó al margen de la moda, se ocultó detrás de las pilas de libros de la biblioteca y conversaba a través del tiempo con sabios y filósofos que llevaban muertos cientos o miles de años, todo mientras terminaba su complicada tesis, que solo habían leído su tutor y él. Era la única manera de sentirse seguro, de escudarse frente al mundo de locos que lo rodeaba. Le aterrorizaba empezar a bailar *breakbeat*, unirse a esa bacanal de los sentidos y perderse en los placeres de la carne.

Una noche, Ted tocó a la puerta. Tenía una expresión extraña en el rostro.

«Caesar, necesito tu ayuda», le dijo.

Kaizong cerró el libro que estaba leyendo y oyó cómo su compañero de habitación relataba la historia con voz quebrada.

Rebecca, la novia de Ted, se encontraba de vacaciones en Ecuador cuando un incendio fortuito acabó con su vida y la de los amigos que viajaban con ella. No quedó gran cosa de sus cuerpos, a excepción de una pila de prótesis ignífugas. Ted y Rebecca habían empezado a salir después de una fiesta veraniega y les gustaba cambiar de prótesis cada poco tiempo para que el placer siempre fuese diferente, lo que terminó por convertirse en el origen del problema.

La intensidad del fuego imposibilitó identificar el ADN de las víctimas. Las prótesis estaban tan dañadas que no se pudieron recuperar datos. El forense se topó con una pila de intrincados polímeros y no le quedó otra elección que meterlo todo en una caja y enviarlo de vuelta a Estados Unidos. Los afligidos padres de Rebecca, como todos los padres estadounidenses de alguien de su edad, solo se enteraban de la vida de su hija gracias a una llamada semanal y



no tenían forma de saber lo que ella hacía con su cuerpo. Albergaban la esperanza de que Ted los ayudase a identificar las partes que pertenecían a su hija para enterrarla, para que Dios se apiadara de su alma y la guiara.

Por desgracia, cuando Ted vio los cuatro pares de ojos, los cinco pechos de silicona a medio derretir, la mano derecha y las dos piernas izquierdas, se quedó en blanco. Rebecca cambiaba tanto de prótesis que era incapaz de recordar las pequeñas diferencias que había entre los modelos.

Pero Ted consiguió recordar una conversación que habían mantenido Kaizong y Rebecca la última vez que se habían visto.

«Tu ojo derecho es muy especial —le había dicho Kaizong—. Los chinos tienen una expresión para eso: *ming mou shan lai*.»

«¿Qué significa?», preguntó Rebecca al tiempo que empezaba a esbozar una sonrisa.

«Que tienes una mirada tan expresiva que solo le falta hablar.»

Kaizong se ruborizó.

«¡Anda! —Ted le dio un golpecito en el brazo—. ¡Quién nos iba a decir que podías ser tan moñas! —Luego se giró y miró a Rebecca con cariño—. Pues ese ojo no habla conmigo.»

«Es nuevo. No tardará en acostumbrarse a ti.» Rebecca levantó la cara en espera de un beso.

Ted miró a Kaizong con ojos tristes. Estaba desaliñado, despeinado y desarreglado. Se aferró a sus brazos.

«Por favor, ayúdame a encontrar ese ojo al que solo le faltaba hablar», le suplicó.

«Pero... —intentó explicar Kaizong con torpeza—. Eso era cuando Rebecca estaba viva...»

«¡Eres chino! Me dijiste que los chinos no creían en Dios. ¿Qué más da que esté viva o muerta?», gritó Ted.

Esa fue la primera vez que Kaizong entró en un depósito de cadáveres. El cajón de acero inoxidable estaba abierto, y en su interior había unas bolsas de plástico llenas de órganos y miembros prostéticos de extrañas formas. El ayudante sacó una de las bolsas: el contenido era de un blanco glaseado y antinatural, como los limones transgénicos frescos que venden en los supermercados. Contenía ocho ojos prostéticos que habían pertenecido a los fallecidos.

Kaizong reprimió las náuseas y examinó cada uno de ellos minuciosamente. La capa de polímero transparente que los envolvía se había derretido un poco, y los delicados mecanismos de su interior se habían distendido, como si fuese una bola de helado de varios sabores a la que alguien le hubiera dado un mordisco. Antaño habían pertenecido a caras bonitas, y uno de ellos incluso le había dedicado a Kaizong una sonrisa encantadora.

Pero ahora todos parecían igual de horribles y carentes de vida.

Kaizong se giró y estuvo a punto de admitir la derrota, pero se detuvo al ver la desesperación en la mirada de Ted. Dudó por un instante y luego cogió dos ojos al azar y asintió.

Colocaron los dos ojos prostéticos electrónicos en una urna funeraria tallada. El sacerdote leyó los Evangelios mientras los seres queridos de Rebecca sollozaban y se persignaban. Empezaron a sonar los himnos electrónicos, y la luz del sol se refractó a través de los cristales tintados de las ventanas y se proyectó sobre la fotografía del rostro perfecto de Rebecca, resultado de un sinfín de operaciones.

Kaizong terminó por aceptar el hecho de que, para las nuevas generaciones de jóvenes occidentales del mundo desarrollado que querían ir a la moda, las prótesis ya no eran soluciones para los discapacitados o elementos decorativos ni partes del cuerpo que intercambiar ni mejorar a voluntad. Las prótesis se habían convertido en una parte definitoria de la vida humana: eran

el lugar donde depositábamos nuestras alegrías, tristezas, miedos y pasiones; nuestra clase social o nuestros recuerdos.

«Las prótesis somos nosotros.»

Luo Jincheng necesitaba un arquero lento.

Los residuales planeaban algo. Lo presentía, pero no conocía los detalles. Le habían exigido que les entregara a los hombres responsables del intento de asesinato a Mimi o, de lo contrario, no volverían a trabajar. Luo tenía claro que aquella exigencia ocultaba algo mucho peor.

En la internet de una zona con velocidad de transferencia restringida, cualquiera podía tener acceso a varias herramientas para perseguir objetivos a la fuga. Se podría comparar con una caza: un cazador armado con arco y flechas que busca una presa en el bosque podría mejorar su arma y hacerse con un rifle automático de alta precisión con mirilla de visión nocturna, detectores infrarrojos o un sistema de posicionamiento acústico. También podría tomar la decisión de usar un exoesqueleto blindado bípedo en lugar de ir a pie, con el objetivo de mejorar su movilidad. O usar una escopeta para obligar a moverse a la presa y luego darle el tiro de gracia.

Pero Isla de Silicio era una zona con velocidad de transferencia restringida. Eso significaba que todo iba a cámara lenta. Cualquier flujo de datos que excedía el umbral máximo hacía sonar las alarmas y llamaba la atención de la agencia de seguridad pública. El cazador podía considerarse una mantis religiosa que iba tras una cigarra, pero vigilado por un depredador mucho más peligroso, un lúgano. En aquel lugar solo era seguro usar arcos y flechas. No obstante, ese no era el verdadero problema. Imaginemos que la velocidad de la luz se reduce en una millonésima: cuando la imagen de la presa que está a tres metros llegue a nuestra retina y active los impulsos nerviosos que nos

permitirán verla, la información ya estará un segundo desactualizada. Y aunque la presa se vea sometida a las mismas reglas y tenga que moverse más despacio, la efectividad de todos los sistemas de posicionamiento existentes se verá muy menguada. Cazar en un mundo así era como si un ciego buscara una aguja en un pajar.

Los arqueros lentos profesionales surgieron como respuesta a las complicaciones que implicaba rastrear datos en una zona con velocidad de transferencia restringida. Al igual que la mayoría de los cazarrecompensas, aceptaban trabajos arriesgados, de dudosa legalidad y que no podían llevarse a cabo a través de los cauces oficiales. Esa era su utilidad principal.

Del secreto de su éxito decían que «extendían la red gracias a las flechas lentas». La idea era análoga a disparar decenas de miles de flechas a la vez en todas direcciones, y que cada flecha estuviese conectada entre sí por enlaces invisibles de información. Las flechas pasaban muy despacio a través de los huecos que quedaban entre los árboles de dicho bosque de transferencia restringida, tan despacio que daban la impresión de estar quietas, y terminaban por formar una red hermética con la densidad de sus rastros. Lo único que tenía que hacer un cazador en ese momento era esperar a que la presa se topase con dicha red. Tocarla era más que suficiente: todas las flechas enlazadas se concentrarían en ese punto y, de manera lenta pero inexorable, destrozarían a la presa y la clavarían a un árbol.

Las metáforas lo hacían mucho más fácil de interpretar: sombras que revoloteaban entre los árboles como las líneas ondulantes de las fotografías schlieren; polvo y hojarasca que se agitaban ante el movimiento de las flechas, que se retorcían, se revolcaban y centelleaban a la luz del sol; la mezcla del lúgubre aroma a humus y la fragancia de las flores, frutos y hojas verdes que estimulaban los receptores olfativos más sensibles; incluso la previsión del

líquido caliente rezumando de las heridas de la presa y su olor salado y metálico.

No eran cosas que existiesen en el mundo digital, claro. En lugar de ello, todo eran algoritmos y programas muy abstractos que convertían el desorganizado mundo real en un conjunto de modelos matemáticos y espacios topológicos. La red podía llegar a deformarse si un insecto quedaba atrapado en ella, como si fuera una de verdad, y el ritmo al que se deformaba era mayor que aquel al que se transmitía la información en una zona con velocidad de transferencia restringida. En ese mundo, el camino más corto entre dos puntos no era una línea recta. Era una técnica que parecía desafiar toda lógica e ingenio humano, pero estaba demostrado que era efectiva.

Como la versión mejorada del virus informático que había provocado la reducción de la velocidad de transferencia y arruinado Isla de Silicio.

Luo Jincheng entró en una tienda de herramientas llamada Zhenchang. El interior estaba oscuro como una mina de carbón. Después de que se le hubiese adaptado la vista, se sorprendió al ver todos los instrumentos preindustriales que había colgados en las paredes. Eran herramientas ineficaces de otra época cuyo metal reflejaba la luz, el apogeo de cientos o incluso miles de horas de técnica y trabajo manual, objetos de los que rezumaba una belleza primitiva pero recia. Todas estaban hechas a mano, lo que les daba una forma y unas imperfecciones que eran únicas, como si llevasen en su interior el alma del que las había fabricado. Era un atributo inalcanzable para los moldes perfectos de los métodos de producción en masa.

Luo cogió un machete corto de una forma particularmente extraña. En la empuñadura tenía grabada la cara de un tigre, cerca del brocal de la vaina. La hoja reflejaba una luz mate, hosca y fría.

—Buena arma —dijo Luo—. Aunque es demasiado rápida.

—¿Demasiado rápida? —El joven dependiente no estaba seguro de haberlo

oído bien—. ¿Se refiere a que está muy afilada? ¿Le interesan quizá las armas decorativas de hoja roma?

—Me gustaría algo más lento.

El joven se quedó pensativo por un instante.

—¿Cómo de lento, exactamente?

—Tan lento como el agua de las mareas duales que reflejan la luna.

—Sígame.

El joven se apartó y dejó al descubierto un pasillo que parecía aún más oscuro. Le indicó a Luo que entrase.

Al principio, Luo Jincheng sintió que ascendía, y después notó que empezaba a descender. Sintió en varias ocasiones que se iba a dar un golpe en la cabeza, pero el pasillo era mucho más espacioso de lo que imaginaba. El aire húmedo y caliente sí que era insoportable. Después de caminar durante un rato, vieron a lo lejos una luz cubierta de una neblina acuosa. Era una puerta de cuyas junturas salía una corriente de aire acondicionado.

—Anciano hermano Tigre, alguien ha venido a verlo.

El joven hizo que Luo Jincheng atravesase la puerta y luego se marchó en silencio.

Tal vez se tratase de la habitación más sucia y desordenada que Luo Jincheng había visto en toda su vida. No era mucho mejor que las chabolas llenas de basura de los residuales y estaba llena de moscas que no dejaban de zumbar. Había una infinidad de alambres parecidos a intestinos tirados por el suelo, y los cables ascendían hasta conectarse a tanta maquinaria que casi no había hueco para quedarse en pie. También había un equipo de aire acondicionado de alta potencia que no dejaba de resonar y que soltaba una neblina blanca que enfriaba los ordenadores dispuestos en torres que iban del suelo hasta el techo, donde parpadeaban unas luces verdes. El zumbido incesante de las máquinas recordaba a una colmena en plena actividad.

—Tigre Firme.

Era un arquero lento de cierto renombre y estaba inclinado sobre un pequeño escritorio en una esquina, oculto tras una capucha negra. Las pantallas de alta definición que había frente a él estaban divididas en una infinidad de ventanas: algunas mostraban números descendentes, otras una variedad de páginas web, otras un código compilándose, y unas pocas, cuerpos desnudos que temblaban y gemían.

El hombre estaba centrado en un cuenco de fideos de arroz calientes *kway teow* con albóndigas y no dejaba de sorber y masticar a todo volumen. Luo Jincheng se colocó junto a él y esperó paciente.

Tigre Firme terminó por levantar la cabeza y soltar un eructo de satisfacción.

—¿A qué debo el placer de disfrutar de la compañía del jefe Luo?

Luo Jincheng vio que en la esquina de una de las pantallas había una cámara en directo de la tienda de herramientas, y también los datos mediante los cuales el ordenador había identificado sus facciones.

—Los ojos del hermano Tigre Firme son tan diligentes como cuentan las leyendas. No dudo de que estará informado de los acontecimientos recientes, por lo que no le haré perder el tiempo. Me gustaría que vigilase las actividades digitales de unos pocos individuos.

—¿Unos pocos? ¡Qué modesto, jefe Luo! Diría que la cantidad de residuales que está bajo su control tiene al menos cuatro dígitos. —Tigre Firme se dio la vuelta y dejó al descubierto el rostro desaliñado y privado de sueño que ocultaba bajo la capucha—. Solo los huelguistas ya suman cientos.

—Son detalles que...

—El precio depende de los detalles.

—¿Le preocupa no ser capaz de controlarlos?

—Me preocupa que nadie quiera volver a cobrar sus deudas.

—Bueno, le puedo pagar la mitad por adelantado. —La mirada de Luo Jincheng recorrió el lugar, inquieta, mientras calculaba cuánto podría costarle algo así—. Le daré la otra mitad cuando termine el trabajo.

—Me pagará el sesenta por ciento por adelantado. Además, jefe Luo — Tigre Firme le dedicó una sonrisa llena de confianza. En el topolecto de Isla de Silicio, su apodo, *Ngên Houn*,<sup>[18]</sup> significaba «certeza, tajante»—, necesito que acceda a otra cosa.

—Soy todo oídos.

—Me gustaría que cambiase la ubicación de la callejuela comercial que planea abrir a una calle de distancia al este. No me gustaría mudarme, y mis vecinos tampoco quieren marcharse a ese nuevo barrio, ya que estaríamos más cerca de los residuales. Esta calle no es más una parte insignificante de su cartera de valores, no la echará de menos. Lo que sí echará de menos es un arquero lento mientras Isla de Silicio siga siendo una zona con velocidad de transferencia restringida.

Luo Jincheng arqueó una ceja y sintió una punzada de dolor en la palma de la mano: sin darse cuenta, había apretado con fuerza el machete con el tigre grabado. Lo desenvainó, y la hoja reflejó el gesto retorcido y estupefacto de Tigre Firme. Con un único movimiento rápido, blandió el arma contra el hombre y, cuando el filo estaba a punto de entrar en contacto con la carne, giró la muñeca y el machete se clavó con fuerza en el escritorio y levantó astillas de madera por todas partes.

—Trato hecho —respondió Luo Jincheng al tiempo que esbozaba una sonrisa amable, como si acabara de tomar la decisión.

Li Wen aprovechó la oscuridad cada vez mayor del ocaso para volver a la aldea con docenas de residuales que habían soltado por «cometer solo delitos



menores». Había tantos implicados en el incidente que la policía de Isla de Silicio se había visto sobrepasada y no podía prolongar las detenciones ni presentar cargos contra todos los allí presentes. Además, en realidad no habían hecho casi nada, por lo que después de que les tomaran los datos en registros digitales permanentes, los dejaron marchar con tan solo una advertencia verbal. Por otra parte, el pobre diablo que había herido a Chen Kaizong había recibido una paliza casi mortal y estaba en prisión a la espera de juicio.

—Sabéis muy bien cómo elegir a vuestros objetivos —les había dicho con tono burlón el agente que se dedicó a grabar los datos en los registros—. De todos los que había en el lugar, os las habéis ingeniado para herir al único estadounidense y convertir así una disputa local en un incidente internacional.

—¿Cómo se puede considerar un secuestro de consecuencias tan catastróficas como una «disputa local»? —preguntó Li Wen—. ¡Mimi acaba de cumplir la mayoría de edad!

—Lo estamos investigando. —El tono del agente cambió a un registro más burocrático—. Nos aseguraremos de enviarles un informe completo.

—¡No queremos un informe! ¡Queremos justicia!

—Como sigas así, me aseguraré de que tengas que esperar esa justicia dentro de una de estas celdas.

Lin Wen apretó los dientes y no añadió nada más. Empezó a organizarse: tan pronto como lo soltaran, les ordenaría a sus subalternos de confianza llevar a cabo su plan. Era incapaz de olvidar la imagen de Mimi desmayándose en la mansión Luo, interrumpía sus pensamientos como si una garra fría le bajase por la espina dorsal, se aferrase a sus entrañas y empezara a sacudirlas. Sabía que eso se debía al sentimiento de culpa.

Regresó al fin a su chabola. Estaba oscura, sucia, olía mal y también se encontraba desordenada, pero le hacía sentir en paz. Hogar, dulce hogar.

—Mira, tu trabajo consiste en modificar la programación de decisiones lógicas de todos los perros chipeados. Que empiecen a ladrar tan pronto como se acerque alguien del clan Luo.

La película corporal que tenía en el pecho el joven al que se dirigía Li Wen estaba iluminada con el ideograma púrpura que significaba «guerra», y salió disparado del lugar para cumplir con sus órdenes.

—Tú, el de allí, llévate a unos pocos y traed el *mecha* que está en la playa de Custodio de Marea.

»Tú, dirígete al territorio de los clanes Chen y Lin y valora la situación. Diles a nuestros hermanos del lugar que se preparen para recibir nuevas órdenes.

Li Wen suspiró, como si fuese un general que acabara de terminar de organizar. Pero, casi de inmediato, lo que más le preocupaba volvió a dejarlo muy inquieto.

—¿Dónde está Mimi? Quiero verla de inmediato.

Como ya no se podía confiar en el personal de seguridad del hospital, había llevado inconsciente a Mimi a la casa del doctor sin licencia que se dedicaba a ayudar a los residuales. Aunque las condiciones eran muy rudimentarias, el lugar disponía de todo el equipo médico necesario. El doctor Jin, que era como lo llamaba todo el mundo, conectó los terminales de diagnóstico al cuerpo de Mimi y frunció el ceño al ver las caóticas líneas y dígitos que empezaron a danzar por los monitores. Su nivel de azúcar en sangre había descendido por debajo del umbral necesario para que el cuerpo tuviese la energía suficiente con la que realizar la función cardiopulmonar.

—Tiene... tiene hambre —diagnosticó el doctor Jin.

Era prematuro, claro. Los análisis posteriores revelaron que la actividad cerebral de Mimi consumía un ochenta y tres por ciento de su energía. Unos niveles de metabolismo cerebral tan altos eran inauditos para cualquier

mamífero o criatura que viviese en la Tierra y tuviese un cerebro. Además, no existía alimentación capaz de mantener unos niveles tan exagerados de consumo de energía.

Pero, como buen médico sin licencia, el doctor Jin contaba con sus propios métodos.

Colocó un autoinyector en la cara interna del codo de Mimi y luego sacó seis viales de un rojo resplandeciente de un almacén oculto que tenía en el semisótano.

—Son todos los que me quedan: mezclas de fructosa energética reservadas para uso militar. Cada uno puede aportar un suministro de trifosfato de adenosina durante doce horas. Las Fuerzas Especiales los usan cuando necesitan permanecer alerta durante muchas horas sin comer ni dormir. No obstante, cuando gastemos estos viales, tendrás que encontrar una solución alternativa.

Cuando Li Wen volvió a ver a Mimi, ya no parecía agotada. De hecho, parecía estar sobreexcitada. Las comisuras de sus labios se elevaban en una ligera sonrisa y tenía los ojos abiertos como platos; le dedicó a Li Wen una mirada cargada de curiosidad, como si no recordase nada de lo que había pasado. Después de rebuscar en su mente durante un rato, la chica consiguió pronunciar el nombre completo de Li Wen en lugar del «hermano Wen» al que él estaba acostumbrado.

—Mimi, ¿eres tú de verdad? —espetó Li Wen, quien se arrepintió de inmediato de la pregunta impulsiva.

La chica le dedicó una sonrisa familiar.

—¿Quién si no?

Li Wen intentó obviar la extraña sospecha que no podía quitarse de la cabeza. «Claro. ¿Quién si no?» Una alegría inconmensurable reemplazó a la ansiedad que lo oprimía y sintió un alivio por todo el cuerpo. Activó la

aplicación para grabar de las gafas de realidad aumentada y se encendió una luz verde.

—¡Saluda! Tenemos que darle las buenas noticias a todo el mundo.

Mimi apareció en su visión, pero por algún motivo empezó a emborronarse y a parpadear, como si una fuente de luz invisible del exterior la iluminara desde mucha distancia. Era cálida, serena y resplandeciente. Aunque la miraba de frente, a Li Wen le dio la impresión de que Mimi estaba mucho más alta y también había adquirido un aura intimidante que imposibilitaba quedarse mirándola. Empezó a oírse en la estancia un salmo apenas audible, y Li Wen no distinguió si se trataba de la sinestesia provocada por la imagen que contemplaba o si en realidad era el sonido aumentado de una transmisión decodificada. La sonrisa de Mimi parecía tener cierta magia que hacía que su corazón se hinchiera y se sintiese conmovido sin saber la razón. Hasta sintió el impulso de llorar. Por un instante, le dio la impresión de haber visto algo: la cara misteriosa de una mujer occidental superpuesta a la de Mimi. Le dio la impresión de que no era la primera vez que la veía.

Li Wen intentó analizar la situación valiéndose de la lógica, pero sus esfuerzos se vieron frustrados por la vorágine de halos coloridos que surgían de la silueta de Mimi. Su corazón se rindió a una devoción pura y una reverencia que ocultaba cierto vestigio de miedo.

—He vuelto —declaró al mundo la diosa revivida.

La revelación se extendió entre los residuales con la potencia de una reacción nuclear en cadena.

Por algún motivo, Scott no podía quitarse aquella historia de la cabeza.

Desde que la Administración de Alimentos y Medicamentos regulaba con mano de hierro las pruebas que se llevaban a cabo en Estados Unidos, muchas pruebas experimentales de alto riesgo se habían empezado a realizar en países en desarrollo: Iasi en Rumanía, Nueva Delhi en la India, Mégrine en Túnez, Santiago del Estero en Argentina... Eran regiones del mundo mal gestionadas y movidas por la corrupción en las que cientos o incluso miles de personas se ofrecían voluntarias a cambio de una miseria. La mayor parte del dinero se pagaba a los hospitales, los doctores y la empresa que se encargaba de seleccionar a los voluntarios, mientras que las farmacéuticas conseguían los datos que necesitaban para conseguir el visto bueno de la Administración y luego ganaban miles de millones con los nuevos fármacos.

Muchos de los especímenes aún no habían alcanzado la mayoría de edad y se veían obligados a mentir para formar parte de los experimentos. La pobreza no les permitía disfrutar de tratamientos médicos caros y modernos, por lo que sus cuerpos eran muy sensibles a los ingredientes activos de los fármacos de los ensayos clínicos, como si fuesen ratas de laboratorio inmaculadas. Para resarcirlos de las molestias, les pagaban con unos pocos billetes arrugados, un desayuno rápido, unos efectos secundarios desconocidos, el riesgo de sufrir un largo período de incubación y muchas probabilidades de morir debido a las complicaciones.

Era el precio a pagar por el progreso: los ganadores salen indemnes.

Pero SBT no subcontractaba las pruebas de esa manera. El proyecto de la empresa estaba relacionado con una interfaz cerebro-máquina y requería de mucha más discreción, ya que conllevaba muchos riesgos. SBT encontró la solución: los chimpancés, que compartían un 99,4 por ciento de los genes con los humanos y cuyos niveles de inteligencia eran comparables con los de un niño de entre cinco y siete años.

Los ingenieros de SBT reemplazaron quirúrgicamente parte de los cráneos de los especímenes de prueba por prótesis para que resultase más sencillo estimular el cerebro con varios tipos de señales eléctricas y así observar las reacciones y los cambios en los clústeres de neuronas de regiones específicas. Se trataba de un procedimiento semiinvasivo que evitaba el daño que podía llegar a causar una sonda y garantizaba precisión y la potencia de los estímulos.

Los ingenieros desarrollaron una cámara de condicionamiento operante similar a la caja de Skinner. Se basaron en los datos experimentales que habían acumulado y fabricaron un modelo de mapeo simple de nervios motores para que los chimpancés, después del entrenamiento correspondiente, pudiesen controlar con la mente brazos robóticos con los que coger comida que se encontraba fuera del alcance de sus extremidades físicas. Los investigadores también podían aportar señales específicas con las que estimular el miedo o el sistema de recompensa del cerebro y de ese modo controlar los movimientos de los animales y conseguir que realizaran tareas sencillas.

Algunos genios del equipo instalaron baterías víricas en los cráneos prostéticos, lo que resultó en un chimpancé hembra peludo y de sangre caliente que se manejaba por control remoto. Los ingenieros decidieron llamarla Eva, como guiño a un robot femenino de una vieja película de animación.

Eva demostró unas capacidades de aprendizaje inusuales. Era capaz de resolver una partida a las Torres de Hanói por su cuenta sin pista alguna. Se convirtió en la estrella del equipo de investigación y le dispensaron un trato especial que no se le daba al resto de los chimpancés: su propia habitación, suministro diario e ilimitado de frutas tropicales y lo que más le gustaba, *gulbi*, corvina amarilla coreana asada a la sal. Hubo quien incluso le compró zapatillas de ballet, pero la dirección del proyecto puso fin a las estupideces.

Se realizó una propuesta atrevida para inyectar a Eva drogas que mejorarían la potencia de sus conexiones sinápticas y, por consiguiente, su inteligencia. Nadie se negó de manera formal porque el equipo del proyecto ya había gastado un presupuesto disparatado y aún estaban muy lejos de conseguir el prototipo funcional del interfaz cerebro-máquina, que era su objetivo.

Para sorpresa de todos, la Eva «mejorada» bajó la nota en todas las pruebas. La chimpancé se había vuelto nerviosa, asustadiza y deprimida. En las grabaciones de seguridad se veía que, cuando estaba sola, se ponía a mover los labios y la nariz de todas las formas posibles mientras soltaba aire para intentar que vibrasen los tejidos blandos. Los investigadores llegaron a la conclusión de que intentaba imitar la capacidad humana de emitir sonidos modulando el aire que sueltan por los pulmones. Intentaba hablar como las personas.

Al final, Eva fracasó. No se podían saltar millones de años de evolución en una sola noche.

Los investigadores diseñaron para ella un teclado táctil especial y le enseñaron algunos conceptos sencillos mediante la combinación de estímulos eléctricos y reconocimiento de patrones: «plátano», «persona», «feliz», «miedo», «comer» y algunos más. Pero se toparon con grandes dificultades a la hora de enseñarle a distinguirse a sí misma de otros chimpancés. Eva no podía diferenciarse de otros miembros de su especie. Los lingüistas intentaron

enseñarle a tener conciencia de sí misma, pero ella respondía con rabia, aullidos y miedo que manifestaba tapándose los ojos con las manos.

Eva terminó por expresar lo que quería usando una frase muy larga. Sus ojos negros destilaban una tristeza distribuida en capas, como las bandas de un ágata, fruncía los labios sin cesar y se acariciaba el vientre. Estaba sola. Quería volver con el resto de los chimpancés aunque ya no fuese la misma de antes.

El equipo de investigación preparó una gran fiesta de despedida. Le pusieron un traje improvisado, le dieron una tarta para que soplara las velas y la trataron como si fuera un ser humano de verdad. Luego la ayudaron a quitarse la ropa y la llevaron al enorme recinto donde estaban encerrados los demás chimpancés.

Los humanos no llegaron a desentrañar el significado de las miradas de los otros primates. Se quedaron esperando fuera del recinto a la espera de observar un gran recibimiento propio de una telenovela. Estúpidos humanos.

Todos los chimpancés que estaban acurrucados en las esquinas del recinto se abalanzaron sobre ella nada más entrar como si se hubieran vuelto locos. Aullaron y la mordieron con los colmillos. Sus ojos rezumaban odio y rabia, como si un alma alienígena estuviese oculta en el cuerpo de la chimpancé que acababa de entrar y los hubiera engañado como un talentoso embaucador. Pero ahora se iba a enterar.

Una vez repuestos de su estupefacción inicial, los investigadores sacaron táseres y pistolas tranquilizantes e hicieron todo lo posible para dispersar a los chimpancés descontrolados. De Eva solo quedó un cadáver destrozado. Los ojos sanguinolentos y afligidos miraban exánimes al techo, y su gesto era de puro asombro. Le habían abierto el cráneo prostético, y el cerebro rosado y a medio comer había quedado al descubierto.

La prótesis yacía junto a su cuerpo como un cuenco refinado en cuyo fondo



había masa cerebral, vestigio silente de otro fracaso de la civilización.

Lo sellaron y almacenaron congelado como prueba. El número de serie era: SBT-VBPII32503439.

Kaizong no pudo evitar comparar las diferencias de visión entre ambos ojos.

Se cubría uno y otro con la mano mientras echaba un vistazo muy despacio a la estancia donde se hallaba. Las sábanas blancas de la cama resplandecían un poco; la pared beis que había junto a las cortinas beis tenía una escala de tonalidades y texturas; la mesa y las sillas estaban escorzadas a la perfección; cada uno de los pequeños objetos que había sobre la mesa proyectaba una sombra borrosa con la que se podía bosquejar su posición espacial sin que se notase la diferencia con la visión normal. Solo podía quejarse de que cuando movía muy rápido el ojo derecho, los objetos no se emborronaban como antes, sino que se quedaban demasiado nítidos.

El manual de instrucciones aseguraba que se debía a que aún había que mejorar los algoritmos del procesado de imágenes en movimiento del ojo. El cliente tendría que esperar a la siguiente actualización.

Enfocada a través de un sistema óptico complejo e integrado, la luz alcanzaba una retina artificial flexible de poliimida que tenía un área de solo dieciséis milímetros cuadrados y un grosor de cien micras. Luego, unos chips especializados convertían la luz en impulsos codificados que eran emitidos por millones de microelectrodos de apenas unos nanómetros. Las señales atravesaban los ganglios de la retina, la vía óptica y el núcleo geniculado lateral y terminaban dentro de la corteza visual, donde pasaban a interpretarse las imágenes.

El ojo prostético permitía al usuario recuperar el 99,95 por ciento de la

visión. Reemplazaba el fruto más misterioso de miles de millones de años de evolución, el ojo, y puede que hasta lo mejorase en algunos aspectos.

La retina humana está cubierta por una capa de capilares. La luz tiene que atravesar nervios y vasos sanguíneos para llegar a los conos y bastones fotosensibles. Las sombras de los vasos sanguíneos disminuyen la calidad de la luz, y la papila óptica corresponde al lugar donde se origina el nervio óptico. Nuestros ojos realizan movimientos sacádicos con los que examinan el campo visual para que el cerebro pueda compensar las imágenes incompletas, eliminar las sombras y combinarlo todo para formar una única imagen.

Estos errores estructurales se acumulan a los datos que tiene que procesar el cerebro y hacen que nuestra visión sea muy frágil: cualquier hemorragia o contusión puede provocar sombras que la afectan. Peor aún, la capa de fotorreceptores está levemente unida al epitelio pigmentario retinal, por lo que el más mínimo trauma puede causar desprendimiento de retina y provocar pérdida permanente de la visión.

Por otra parte, el ojo prostético solucionaba todas esas imperfecciones gracias a los avances técnicos.

«Si solo va a usar un ojo prostético, simularemos mediante algoritmos las imperfecciones del subdesarrollado ojo humano para mantener el equilibrio entre ambos ojos», decía el manual de instrucciones.

Kaizong abrió la puerta y salió a la terraza. El sol brillaba demasiado. Entornó el ojo izquierdo. El derecho ya había reaccionado estrechando la apertura con brusquedad para que pudiese mirar sin problema. No solo se había cambiado un ojo, había cambiado el mundo entero.

«Necesito tiempo para acostumbrarme.»

Kaizong cada vez se sentía más incómodo.

Desde la terraza, vio un bonito jardín lleno de árboles, senderos serpenteantes, pabellones, un lago artificial y formaciones rocosas. Muchos

pacientes caminaban junto a sus visitas por el lugar mientras recuperaban las fuerzas.

Un niño con una bata de hospital corría por el jardín de flores, seguido por otros mayores que él en lo que parecía ser algún tipo de juego. Kaizong intentó centrar la vista en el objeto que se movía muy rápido entre los pies de los chicos. En teoría, la distancia focal del ojo prostético era diez veces superior a la del ojo humano, pero con los valores de fábrica era igual a la de la visión normal. A los clientes de todo el mundo les encantaba instalar programas de realidad aumentada en los ojos prostéticos para mejorar sus funciones, aunque en las zonas con velocidad de transferencia restringida, el retraso podía llegar a dificultar la visión. Eso significaba que el módulo de red preinstalado en el Cíclope VII de Kaizong era prácticamente inútil.

El objeto que había a los pies de los niños era una pelota, pero no una normal. Parecía moverse sola y no trazar patrón alguno al tiempo que resplandecía de varios colores. Cada vez que la pelota cambiaba de color, los niños intentaban darle un puntapié de manera diferente para cambiar su ruta y luego estallaban en una algarabía de júbilo o frustración. A Kaizong no le sonaba de nada ese nuevo juego.

El más pequeño era sin duda el mejor de todos. Sus andares eran veloces y ágiles, como los de una gacela que brinca en la pradera. Caía sin esfuerzo aparente justo en el lugar idóneo para extender el pie antes que nadie y empujar un poco la pelota, lo que la hacía cambiar de color. Era como si la manipulase con las manos en lugar de con los pies.

Se terminó el juego. Los chicos lo levantaron en peso para celebrar su victoria. Las perneras de los pantalones se recogieron y dejaron al descubierto dos estructuras de un color gris argénteo que terminaban en sus zapatillas, que resplandecían a la brillante e indiferente luz del sol sin piel y sin músculos. Los demás niños contemplaron las extremidades prostéticas con envidia y las

tocaron con cuidado, como si fueran un ansiado regalo de Navidad. Querían conseguir las algún día, aunque tuviesen que dar a cambio sus miembros de carne y hueso.

Desde que Kaizong se había sometido a la cirugía, no había dejado de ver en sueños la escena entre Mimi y la bruja, y no sabía por qué. Toda la ciencia, la lógica o el materialismo filosófico en los que había creído en el pasado se habían tambaleado ante los acontecimientos. Ya no era capaz de discernir qué partes eran reales y cuáles trucos de magia. Además de la incertidumbre cada vez mayor, también sentía empatía por la gente de Isla de Silicio. Ese era su hogar. Ese mar, ese aire y ese pedazo de tierra eran todo aquello en lo que creían. Dejaban que la fe guiara sus vidas, como muchas personas más.

Kaizong no odiaba al residual que le había destrozado el ojo derecho, al contrario, se avergonzaba de los prejuicios que le hacía sentir. Los principios morales y la fe de los residuales no eran menos válidos que los de las élites intelectuales de la Universidad de Boston, ni tampoco menos civilizados. De hecho, sus decisiones estaban más relacionadas con la esencia vital, una esencia que no había cambiado tras cientos de miles de años de evolución humana.

Kaizong levantó la vista hacia el mar distante. La superficie era como una hoja de papel que no dejara de arrugarse. Unas olas alargadas y estrechas parecidas a lágrimas que titilaban como esquivas de mica. La superficie pasó una de esas páginas, luego otra, y ambas desaparecieron en la arena de la orilla de la playa. Las nubes se agitaban en el cielo y ocultaban poco a poco la luz del sol. El mundo ya no pertenecía a la generación de su padre, y Dios no era el dios en el que creían. Ahora la gente adoraba el poder en lugar de la sinceridad, la amabilidad o la moralidad. No tenía muy claro qué era lo correcto.

Pero sí tenía claro que entendía mejor a Mimi; al menos, un poco.

Scott se obligó a centrarse en el presente. La Ducati rugió a medida que avanzaba por la reluciente luz del día. Sintió pena por Eva, que había sido incapaz de encontrar un hogar y un mundo al que pertenecer, y también por sí mismo.

Se había acostumbrado a llamar al otro lado del océano a medianoche después de dudarlo mucho para intercambiar unas pocas palabras carentes de significado con Susan, su exmujer, e intentar luego hablar con su hija. Tracy era popular en la escuela, iba a muchas fiestas, tenía muchas citas y estaba muy ocupada con los ensayos de su musical rock: *Sangre naranja*. Le dedicó un sobrio «te quiero, papi», colgó antes de que Scott pudiese responder y le dejó solo en el silencio de la oscuridad.

La palabra «hogar» se había convertido en un concepto distante y abstracto, tanto en el espacio como en el tiempo.

«No tienen la culpa. No la tienen.»

Scott sabía que las sombras siempre lo perseguirían, quizá hasta el día de su muerte, desde el mismo día en el que había metido esa vieja foto en la cartera con terquedad. Pero aún no sabía qué iba a ocurrir. Las sombras devoraban el amor, la esperanza y el coraje de su corazón, y luego se extendían como un cáncer hasta su hija, su esposa y todos los que lo rodeaban.

Tracy le había dicho: «No quiero que siempre pienses en mí como si fuera una niña de tres años».

Susan le había dicho: «Ya no eres el hombre a quien conocí. Ahora eres como un pozo sin fondo. Tu corazón está rodeado por la negrura sin importar la paciencia que te dediquemos ni los cuidados que te demos. Lo siento, pero no puedo vivir así».

Nancy tendría ahora la edad de Mimi si siguiese viva. Scott no podía evitar recordar a su hija desde que había conocido a la residual en la uci.

Sabía que Mimi había sido la última persona en entrar en contacto con esa

prótesis tan particular. Con arreglo a lo que le había oído decir al director Lin, Scott sabía que el virus ya había empezado a actuar en el interior de la chica y que los efectos tendrían consecuencias inimaginables. Era como si la variante Suzuki estuviese dotada de un fuerte instinto de supervivencia que la obligaba a adaptarse constantemente a las necesidades de los humanos, a transformarse para conseguir que continuara el linaje. Era una estrategia de supervivencia basada en mutaciones rápidas.

Nadie podía predecir el futuro de Mimi. Y, al igual que Eva, ella tampoco podía volver a su hogar.

La intuición le aseguraba a Scott que el secreto que ocultaba esa joven era miles de veces más valioso que el proyecto de reciclado de Isla de Silicio. Podía hasta ver el camino que llevaba a conseguir dicho objetivo superpuesto en el paisaje que se extendía delante de él, como unos planos vistos a través de unas gafas de realidad aumentada. Se aprovecharía de los sentimientos y el amor incondicional de Kaizong para crear una mentira que alejara a Mimi de Isla de Silicio y acabaría con ella en el mercado internacional, donde su valor potencial podría explotarse al máximo. Y solo cuando fuese absolutamente necesario, abriría la caja de la comida para llevar con el erizo de mar, donde ocultaba su último recurso.

«¿Es lo que quieres de verdad?», se preguntó Scott a sí mismo.

«No, quiero salvarla. No voy a hacerle daño. No se lo haré.»

Scott no dejaba de repetirse una y otra vez que las pruebas médicas que le habían hecho a Mimi indicaban que su cerebro era un campo de minas que amenazaba su vida en todo momento. Las técnicas disponibles en Isla de Silicio, o en toda China incluso, eran insuficientes para salvarla. Necesitaba un equipo de calidad mundial formado a medida, pero un tratamiento de esas características tenía un precio inconmensurable.

Así estaban las cosas.

Scott sabía muy bien la razón por la que tenía que inventar excusas hipócritas para disfrazar sus acciones y así no parecer un mercenario despreciable e incluso cruel. Tenía que salvarse, liberar lo poco que le quedaba de vida de la presencia de esa renegrida sombra.

Creía que Mimi era el rayo de luz que necesitaba.

No obstante, le preocupaba una de las últimas piezas del rompecabezas.

«Hirofumi Otagawa» le había dicho que la prótesis cerrada y refrigerada había sido identificada por los sistemas automáticos como un residuo médico y luego clasificada y empaquetada entre la basura que se enviaba a Isla de Silicio por el sistema de procesamiento informatizado. En otras palabras, nadie tenía por qué hacerse responsable del accidente. Había sido un error. El departamento de seguridad de SBT investigaba si se habían producido percances similares en el pasado. La eliminación inapropiada de residuos infectados con virus muy peligrosos podía convertirse en un gran escándalo, y los medios de comunicación intentarían descubrir la verdad como si fuesen perros policía que olfatean en busca de cocaína.

«Un error inesperado —reflexionó Scott—. Un error que podría hacer caer las acciones de SBT y darle mucha publicidad a Flor de Tusílogo. Y yo soy la actualización que podría solucionar ese error.»

«Pero ¿y si no es un error?»

El sol caía a plomo sobre la carretera. Scott estaba empapado en sudor, y la Ducati le quemaba los muslos. Quería regresar al hotel y darse una ducha. Aceleró, y la moto cogió la curva de la costa en pos de la última salida. El Volvo que había conseguido dejar atrás lo esperaba.

Giró el acelerador al máximo con rabia y pasó como un relámpago junto al coche. Tuvo medio segundo para ver con nitidez la cara del conductor por el espejo retrovisor: tenía la cicatriz de una quemadura con forma de corazón en

la mejilla. Scott lo entendió al instante. La carretera en la que se encontraba estaba llena de baches pronunciados. Estaba atrapado.

Llegó hasta los 120 kilómetros por hora. Subió por una colina, y la ligera Ducati pareció despegar cuando volvió a bajar por la carretera. Tenía el Volvo pegado atrás, y el vehículo intentó adelantarle varias veces, aunque Scott maniobró con destreza para quedarse delante. Las dos sombras, una gris y otra negra, parecían un pájaro que intentaba cazar a un insecto que iba a toda velocidad, y sobrevolaron la carretera una detrás de otra. El rugido de los motores reverberó por el paisaje y asustó a las aves, que salieron disparadas hacia los cielos.

El Volvo pareció perder la paciencia y empezó a presionar a la Ducati. Se oyó un golpe hueco y fuerte. Los dos vehículos se convirtieron en uno antes de volver a separarse en un escandaloso, contundente y apresurado beso de despedida.

Se oyó otro golpe mucho más impetuoso.

Scott soltó un taco y se afanó por mantener la moto en pie. No obstante, la competición entre la moto y el coche era como una pelea entre un peso pluma y un peso pesado, y Scott tenía las de perder. Se oyó un rechinar agudo que venía la parte derecha de la Ducati cuando la moto se abalanzó contra la pared de rocas afiladas y aserradas que había a un lado de la carretera.

Pisó el freno. La rueda delantera chirrió contra el suelo y activó los ABS. La grácil y esbelta Ducati consiguió deslizarse indemne por el hueco estrecho que había entre el Volvo y la pared. Scott casi podía sentir cómo la dura superficie de las rocas le arañaba la piel. Se afanó para mantener la moto recta, pero compensó demasiado el peso y acabó en el suelo.

El Volvo también frenó entre chirridos. El conductor no salió del coche, como si esperase a confirmar algo. Después de que Scott se hubiera puesto en pie y recogido la moto, las luces traseras del coche se encendieron dos veces,



como si le dedicasen una sonrisa despectiva, y luego aceleró como si todo lo que acabara de ocurrir no hubiese sido más que un juego.

Scott se palpó y descubrió que solo tenía unos pocos arañazos. Se subió a la Ducati, cuyo motor ahora sonaba como un paciente tuberculoso. Levantó la cabeza como un caballero que acabara de derrotar a un molino y luego se dirigió a toda velocidad hacia el hotel.

La escena de la mesa de negociación era un tanto ridícula.

Los representantes de los tres clanes estaban enzarzados en una discusión acalorada con el alcalde Weng, pero al mismo tiempo tampoco se ponían de acuerdo entre ellos. Lin Yiyu había intentado interrumpirles varias veces, suplicando a los clanes que olvidaran el pasado y cedieran para así conseguir mejorar el futuro de Isla de Silicio, pero Luo Jincheng le gritó para que se quedase en silencio y le dejó molesto y avergonzado. Chen Xianyun contradecía todos los argumentos de Luo Jincheng, pero no lo tenía muy claro con los temas importantes. El único interesado en hacer un trato era el representante del clan Lin, y era posible que ya hubiesen llegado a un acuerdo secreto con el gobierno. Scott estaba sentado a un lado, desconcertado y a la espera de la traducción de Kaizong. Pero el intérprete se mantenía inexpresivo mientras hablaban, como si no prestase atención y su espíritu se encontrara lejos de allí.

—¿De qué hablan? —le preguntó Scott a Kaizong. Se le había acabado la paciencia.

Kaizong reaccionó como si acabase de despertar de un sueño y respondió con voz soñolienta:

—Ya sabe: rendimientos de las inversiones, distribución de la mano de obra

sobrante, planificación y uso de la tierra, políticas preferentes... Todo lo relacionado con el dinero.

—¿Han dicho algo de la tecnología o de los beneficios que conseguirá Isla de Silicio gracias al proyecto? Sus hijos y sus nietos ya no tendrán que respirar este aire de mierda y traer agua potable de otros lugares.

El rostro de Scott reflejaba desconcierto.

Kaizong se giró hacia su jefe y dijo con un tono que a Scott le resultó muy frío:

—Les da igual, señor.

Scott se reclinó con fuerza contra el respaldo de la silla de cuero, con gesto pensativo.

—Empiezo a entender por qué se dice que los chinos son muy listos, pero no muy inteligentes ni muy sabios. Siento si te he ofendido, Caesar.

—Para nada, Scott. Estoy de acuerdo con usted. Aunque firmen este acuerdo, nada cambiará mientras estas personas sigan al mando de Isla de Silicio.

—Ya veremos. —Scott le dio un par de palmadas a Kaizong en el hombro.

El algoritmo del filtro de mejora de bordes aún necesitaba algunas modificaciones. Se suponía que tenía que imitar la inhibición lateral de los omatidios de los ojos compuestos de los cangrejos herradura. Por ejemplo, cuando Kaizong centraba la vista en uno de los interlocutores, mermaba la resolución de los objetos que había a su alrededor para mejorar la nitidez del centro. Pero lo hacía de una manera tan brusca y antinatural que le costaba echar un vistazo por la estancia.

Kaizong decidió centrar la vista en el mural gigante que había al fondo de la sala de reuniones. La pintura de laca había sido donada por un hombre de negocios chino que vivía en Vietnam. Constaba de unas líneas estrechas de oro, plata, plomo y estaño recortadas contra un vívido fondo negro y que

delineaban Isla de Silicio. También había nácar de las conchas de caracoles turbante, haliótidos y perlas de mar, que se habían añadido para formar un mosaico. Era una artesanía de factura exquisita. La imagen le resultaba familiar a Kaizong, pero tardó en darse cuenta de que era una representación de la isla iluminada por la luz de la luna desde la costa situada más allá de la pagoda de Custodio de Marea. Se vio sacudido de improviso por una andanada de recuerdos que lo dejaron abrumado, y sintió cómo su corazón se sumía en una tumultuosa confusión. Solo habían pasado unas semanas, pero le daba la impresión de que había ocurrido hacía eones.

La cara alegre y nítida iluminada por la luz de la luna se apoderó su mente. La echaba de menos, tanto que le dolía. El dolor le recorría las entrañas, como una aguja enhebrada que le atravesase todos los órganos hasta dejarlos unidos y que luego tirase hacia arriba para hacer que el dolor le recorriera todo el cuerpo.

Kaizong no sabía a ciencia cierta lo que sentía por Mimi. ¿Admiración? ¿Curiosidad? ¿Lástima? ¿Proteccionismo? ¿Miedo? ¿Quizá una mezcla de todo? No, era una emoción más profunda que no podía expresar con palabras, pero sí sentir a través de las señales visuales que transmitía su ojo prostético.

¿Un amor fracturado e incompleto, quizá?

Lo único que sabía era que quería verla, verla aunque ya no fuera Mimi y se hubiese convertido en un ser diferente.

La huelga de los residuales no solo había destrozado el ojo derecho de Kaizong, sino que también había echado por tierra la frágil paz que había entre los oriundos de Isla de Silicio y los propios residuales.

En el exterior, las calles estaban invadidas por cintas policiales largas y amarillas que delimitaban la frontera de la ciudad, y la policía las patrullaba durante las veinticuatro horas. Los residuales que intentaban entrar tenían que presentar una autorización electrónica de su empresa. Isla de Silicio estaba en

alerta roja. El miedo era como una lluvia oscura e intermitente que anegaba el corazón de todos los lugareños. Al otro lado de las cintas policiales solo se oía silencio y los ladridos constantes de los perros chipeados, que reverberaban por las zonas de procesado de residuos ahora vacías. El único contacto que tenían con los residuales era la caravana que estaba programada para llevarles comida y agua dos veces al día. Nadie sabía lo que planeaban.

Como tampoco sabían lo que iba a ocurrir con el potente supertifón que estaba a punto de azotar el lugar en menos de veinticuatro horas. A nivel internacional se había acordado ponerle el nombre Wutip, que significa «mariposa» en cantonés, aunque fuese incompatible su naturaleza violenta.

Kaizong entendía la silenciosa oración que se dibujaba en los rostros preocupados de los lugareños: «No he hecho daño a los residuales. No debería preocuparme por su venganza». Pero sabía que, mientras viviesen ahí, nadie estaría libre de culpa. Aunque hubiesen sacado poco provecho, todos se habían beneficiado de alguna manera de la sangre y el sudor de los residuales. Todos los habían mirado con asco o desprecio o les habían dedicado un insulto en alguna y otra ocasión. Todos habían pensado, aunque fuera fugazmente, que los residuales habían nacido escoria y, como tal, estaban destinados a vivir acompañados de basura y así tenían que quedarse hasta el momento de su muerte.

«El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.»

Chen Kaizong pensó en el país que ahora llamaba hogar. En la sociedad que se enorgullecía de ser un modelo de libertad, democracia, igualdad, donde los prejuicios y la discriminación tenían que adquirir formas más sutiles e hipócritas. Las invitaciones a los clubs y a las fiestas se enviaban a los ojos prostéticos con la idea de ser comprobadas por escáneres de retina. Los que no podían permitirse el implante de enzimas mejoradas no podían comprar ni comidas ni bebidas especiales en los supermercados. Los que tenían

imperfecciones genéticas no podían obtener permisos de natalidad. Era así como el uno por ciento que podía alargar su vida intercambiando sin parar los componentes de su cuerpo llegaba a monopolizar la riqueza de la sociedad de manera perpetua.

Kaizong agitó un poco la cabeza y suspiró sin darse cuenta.

—¿Estás pensando en ella? —preguntó Scott.

—¿En quién? ¿Qué?

—En esa joven. Mimi.

Kaizong se quedó en silencio.

—Has cambiado mucho desde que llegamos aquí —dijo Scott.

Kaizong se encogió de hombros.

—Al principio actuabas como un héroe, o al menos lo fingías. Pero ahora eres más parecido a un desertor.

—No puedo hacer nada. No puedo salvar a nadie. —A Kaizong se le quebró la voz y se le humedecieron los ojos—. Ya ni siquiera puedo verla.

—Cuando estaba en el ejército, mi sargento instructor nos dijo: «Nunca actuéis como un héroe de Hollywood. Un héroe de verdad conoce la diferencia entre una orden, una misión y la vida, y es capaz de darle la prioridad adecuada a cada una de ellas en un momento determinado».

—Los doctores me han dicho que puede morir en cualquier momento y que nadie en la isla tiene la experiencia necesaria para tratarla. —Kaizong se esforzó por mantener la voz calmada—. Pero ahora pertenece al clan Luo, por lo que Luo Jincheng no dudará en usarla para negociar.

—Entiendo. Creo que estás en un momento clave.

—¿A qué se refiere?

—Fácil. Si crees que lo más importante es el proyecto de reciclado, tenemos que centrarnos en eso, olvidarnos de todo lo demás e intentar firmar un trato. —Scott guardó silencio por un momento—. Por otra parte, si crees

que la vida de Mimi es más importante, tenemos que negociar con Luo Jincheng hasta encontrar la manera de conseguir que la libere y a la mierda el proyecto.

—¿Me está poniendo a prueba? —Kaizong le dedicó una mirada llena de desconfianza.

—No. Míralos. —Scott señaló a los representantes con un gesto—. ¿Qué crees que les importa?

—El dinero. El poder. —Kaizong reflexionó un instante y luego añadió—: Las mujeres quizá... Y sus hijos.

Scott sonrió y dejó al descubierto una dentadura perfecta.

—¿Ves? Sí que los entiendes. La gente siempre paga mucho dinero por las cosas equivocadas. En el pasado, yo también cometí el mismo error. Quiero que te lo pienses muy bien antes de tomar una decisión.

La silla de Kaizong rechinó contra el suelo. Se agitó con torpeza para ocultar su incomodidad. Las voces de los burócratas y los negociadores que hablaban a un lado de la estancia parecieron alejarse y volverse más agradables; sus siluetas se emborronaron y empezaron a repetir las mismas frases, como si fueran sombras o marionetas. Al contrario, la inmensa pintura de laca que tenían detrás se volvió más clara y nítida. Las extrañas conchas nacaradas titilaron como si fueran ojos que reflejasen la luz de la luna y engalanaron la imagen de una Isla de Silicio cambiante contra la que rompían las olas del progreso.

En el pasado había sido un hombre que evitaba tomar decisiones y que se justificaba diciendo que la única elección lógica era dejarse llevar por las fuerzas invisibles y la corriente de la historia. Pero ahora, sus ojos pasaron de la duda a la determinación. Ya no le costaba tomar decisiones.

Kaizong le dio una fuerte palmada en el hombro a Scott. Nunca había actuado de manera tan cercana y espontánea con su jefe. Scott sintió espasmos

de dolor que se extendieron por sus heridas, que aún no se habían recuperado del todo. Su gesto se torció en una mueca de dolor.

—Gracias.

La esperanza volvió a relucir en los ojos de Kaizong, y también una gratitud que se reflejó más en el ojo derecho que en el izquierdo.

TERCERA PARTE

# TORMENTA IMPETUOSA

... uno ve la perfección en las imperfecciones.  
Así es como deberíamos aprender a amar el mundo.

SLAVOJ ŽIŽEK,  
*Examined Life*



La lluvia comenzó al anochecer, y no parecía que fuera a remitir.

La cinta policial de color amarillo resplandeciente se agitaba al viento y emitía siseos irregulares. Las gotas de lluvia, densas como bancos de peces, descendían en diagonal recortadas contra los cálidos y neblinosos conos de luz que proyectaban las farolas. Cambio de turno en la garita del guarda: un saludo, agua que chorrea por el plástico negro de un chubasquero, cae hasta unas botas de lluvia y forma charcos en el suelo. El nuevo guarda se estremece y suelta una nube de blanca neblina por la boca, que se disipa al momento en la brisa. Es pleno verano en Isla de Silicio, pero hace el mismo frío que si estuviesen en un sótano húmedo en invierno.

Todo está en silencio al otro lado de la cinta policial. De vez en cuando se oyen unos ladridos rítmicos que insinúan un espacio abierto a lo lejos. Diríase que los barrios de chabolas de los residuales son como fosas comunes en las que esas estructuras negras parecen cadáveres que sobresalen sin orden ni concierto entre la hierba alta. Entre las uniones de las ventanas y las puertas se proyecta una luz tenue, como si fuesen los orificios de los cadáveres. Da la impresión de que aúllan en silencio y sueltan sus últimos estertores, de que su último aliento se estremece en la brisa y en la lluvia y podría extinguirse en cualquier momento.

—He oído que mañana planean reducir a la mitad las raciones de agua y comida. —Li Wen contemplaba la noche fría y oscura del exterior iluminado

por la tenue luz. La lluvia repiqueteaba contra el chapado de metal corrugado barato del techo como si fuese maíz en un caldero—. Están desesperados.

—Vamos un paso por delante de ellos —susurró Mimi mientras insertaba otro de los viales de líquido rojo en el autoinyector que llevaba en la fosa del codo.

Se iba a pasar las doce horas siguientes inyectándose esa mezcla de fructosa energética en las venas. De ese modo, su cerebro hipermetabólico obtendría el ATP suficiente para funcionar con normalidad. Pero los beneficios de esa operación tenían un coste muy elevado para ella: respiración entrecortada, alta temperatura corporal e inestabilidad emocional. No era muy diferente de sentirse enamorado.

Aquel era el último vial que le quedaba.

—Todos estamos listos.

Li Wen oyó cómo el perro chipeado que había dentro de la chabola emitía un ladrido suave. Con ayuda de Mimi, había pirateado el programa que ejecutaban los perros chipeados para transformarlos en herramientas de comunicación. En caso de ser necesario, también podrían convertirse en armas.

—¿Has recargado al espíritu de la playa de Custodio de Marea? —preguntó Mimi.

—Está listo y a la espera en el cobertizo. ¿Cómo has conseguido piratear los protocolos de comunicación inalámbrica?

—Es como abrir una cerradura con una llave.

Eso explicaba la incomodidad de Li Wen. Entendía el procedimiento, pero era incapaz de imaginarse los pasos que había seguido Mimi para llegar hasta ahí. La chica ya no era la residual ignorante a quien había conocido; acaso no lo hubiera sido nunca. La Mimi que tenía frente a él se parecía más a una

veterana curtida y puesta a prueba en innumerables guerras, cuyos planes y estrategias se encontraban por completo fuera de su comprensión.

—¿Estás segura? —Li Wen la miraba, preocupado, mientras ella se ponía las gafas de realidad aumentada y activaba el pequeño accesorio que tenía junto a la oreja. Un led azul empezó a brillar—. La suerte se te agotará algún día.

Mimi sonrió y se abstuvo de hacer comentario alguno.

Cuando aún era Mimi 0, el hermano Wen había alardeado de sus habilidades. Había usado una radio modificada y un programa de pirateo para demostrarle cómo eludir por un momento el cortafuegos que restringía la velocidad de transferencia de la zona y conectar las gafas de realidad aumentada a la red de alta velocidad del exterior para que el portador pudiera disfrutar y observar el mundo con total libertad. El equipo barato había costado una fortuna en el mercado negro de Isla de Silicio, y eran pocos los que se atrevían a usarlo.

«Ándate con pies de plomo —le había advertido el hermano Wen—. No te registres en ninguna página, no envíes comentarios. No dejes rastro alguno. Desconéctate en cuanto veas que se enciende una luz roja. Eso significa que las arañas web han detectado una vibración en su tela y seguirán al instante los hilos en los que te encuentras. Cuando te localicen, no podrás escapar. Las arañas perforarán tu cuerpo con sus colmillos y te inyectarán un veneno que te paralizará los nervios y disolverá tus músculos. Luego te despedazarán poco a poco, para masticarte y digerirte con sus ácidos.»

Eludir las restricciones de la velocidad de transferencia se consideraba un crimen grave, de esos que te hacen desaparecer sin que nadie sepa cómo.

Y ahora, Mimi iba a hacer que toda una multitud atravesara el cortafuegos. Era como hacer que un grupo saltase desde lo alto de un rascacielos con un solo paracaídas.

El led azulado de tonos púrpura iluminó el rostro de Mimi, cuyas facciones misteriosas y perfectas adquirieron volumen.

Li Wen quedó hipnotizado al verla y se enfadó consigo mismo por sentirse así. Sabía que esa sensación reverencial solo era una sugestión artificial implantada en su mente, la misma de ese videovirus con la que se pretendía infectar a todos los residuales. Llegó a la conclusión de que era el precio que tenía que pagar por haber participado en ese juego de locos. Recordó la expresión de la antigua Mimi al consumir setas digitales cuando la conectaba a las redes de banda ancha, la expresión distante y confusa que se reflejaba en sus facciones, como si el mero acto de buscar información en la red no fuese más que una conducta compensatoria que desempeñara su cerebro para evitar que su consciencia se abocara al abismo.

«O quizá ni siquiera se trate de ella, sino de otra personalidad de su subconsciente que trata de analizar el mundo a través del cuerpo de Mimi.»

Li Wen se estremeció como si una columna de hormigas hubiera empezado a recorrerle la nuca y a ascender por su cráneo. Activó a escondidas la función de reconocimiento de patrones de sus gafas y, como una rana que espera a que pase una mosca, aguardó a que apareciese el extraño rostro de esa occidental.

Apareció de repente y se superpuso al rostro de Mimi como un velo de luz, justo antes de difuminarse.

«¡Lo tengo!»

El ordenador no tardó en mostrar los resultados de la búsqueda en las gafas de Li Wen, pero esos resultados no hicieron más que avivar el misterio. Se trataba del rostro de Hedy Lamarr, la estrella de Hollywood que había inventado la técnica del salto de frecuencia que se convertiría luego en la base de la multiplexación por división de código de las redes inalámbricas. Era una mujer que aunaba belleza e inteligencia.

Luego terminó por recordar la extraña droga digital llamada HEMK

Ekstase. HEMK se formaba con las iniciales del nombre real de Lamarr: Hedwig Eva Maria Kiesler, y *Ekstase* era la sensual película checa de 1933 en la que la había debutado la actriz.

«¿Por qué aparecerá en el cerebro de Mimi esa prodigiosa mujer que lleva muerta tantas décadas?»

—Pon algo de música —dijo Mimi.

La joven dotada de esa personalidad virtual gracias a Li Wen se reclinó en la silla como si fuera la Olympia de Manet. Li Wen reparó entonces en que estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella, como si fuese poco más que un perro chipeado al que la chica hubiese reprogramado. En su estado actual, Mimi era una diosa cibernética capaz de trascender todas las capas de la red o incluso del mundo, y lo había embaucado en todos los sentidos. Haría cualquier cosa por ayudarla.

—Algo potente.

La alta silueta de Scott se encontraba frente a las puertas de metal. El paraguas amplio y negro le ocultaba el rostro de las cámaras de vigilancia. Las oscuras gotas de lluvia caían sin cesar y chorreaban formando un confuso borrón. Se encendieron los focos, y un vapor cálido se elevó en el ambiente a medida que sus haces se centraron en el paraguas de todas direcciones para formar un único punto de luz. Un locutor anónimo profirió varias órdenes en un idioma desconocido para Scott. Movié un poco el paraguas para que su pálido rostro de facciones nada orientales quedase iluminado por los focos, y la lluvia le empapó los zapatos.

Las puertas de metal chirriaron penosamente a medida que las hojas empezaron a separarse. Los perros chipeados del interior del complejo empezaron a ladrar con rabia.

Scott entró de lado y recordó la primera vez que había tenido que enfrentarse a una de esas terribles criaturas. Esa tarde en la aldea Xialong que ahora parecía tan distante.

Luo Jincheng lo saludó desde la puerta principal de la mansión con la misma sonrisa petulante que Scott había visto por primera vez en los documentos guardados en sobres de manila de los archivos de investigación de TerraGreen. Junto a Luo Jincheng había algunos hombres musculosos cuyas expresiones le aseguraron a Scott que estaban acostumbrados a la violencia.

—¡Señor Brandle! ¡Qué honor! Supongo que al fin tenemos algo que agradecerle al teléfono. ¿Dónde se encuentra su talentoso ayudante?

—Sé que entiende mi idioma y que es un negociador muy espabilado. Hay ciertos temas en los que es mejor que participe la menor cantidad de gente posible.

Luo Jincheng hizo un gesto a sus subalternos para que los dejaran solos en cuanto los dos se hubieran sentado en el interior. Luego se dedicó a preparar los instrumentos que había sobre la mesa de los ocho inmortales. Encendió el brasero, puso a hervir el agua, desempaquetó las hojas de té, abrió la tetera, metió las hojas en el interior, vertió el agua, limpió las tazas... La bebida estaba lista después de esa complicada serie de pasos que parecían más bien una interpretación artística. Luo Jincheng colocó tres pequeñas tazas de té de arcilla Yixing del tamaño de nueces formando un triángulo compacto. Luego, mientras Scott lo contemplaba boquiabierto, Luo vertió la misma cantidad de esa primera infusión en las tres tazas y después tiró el resto del té. La suave fragancia de la tisana inundó los orificios nasales de Scott y a continuación se filtró por todos y cada uno de sus alveolos pulmonares.

Luo Jincheng volvió a rellenar la tetera con agua, esperó a que hirviese otra vez y las burbujas tuvieran el tamaño de ojos de pez, y luego acercó de nuevo el caño a las tres tazas para llenarlas de una manera equitativa y que ninguna

de ellas tuviera una infusión más concentrada que las demás. Cuando estaban hasta más o menos los dos tercios de su capacidad, Luo hizo una pausa e inclinó el caño sobre cada una de ellas hasta llenarlas por completo. En cuanto hubo terminado, le pasó una a Scott con ambas manos.

—Pruebe nuestro *baiye dancong*, una variedad del oolong, de la montaña Fenghuang, señor Brandle.

Luo Jincheng tenía aspecto sereno e imperturbable, como si acabase de terminar una sesión de taichí.

—Ya veo por qué el té *ganghu* está tan valorado.

Scott cogió la exquisita taza y la admiró. El líquido del interior era dorado y translúcido e irradiaba un complejo aroma que engalanaba el sabor del té, que tenía toques de osmanto, jazmín y miel.

—Las hojas de té se recogen en la cumbre Wudong del distrito Fenghuang, a una altitud superior a los mil metros. Allí, la planta del té se empapa con la niebla y las nubes y absorbe la esencia de la naturaleza. El *dancong* del nombre hace referencia al hecho de que cada una cuenta con un aroma diferente y hay que procesarla y tratarla con mucho cuidado.

Scott expresó su admiración mientras le daba unos pequeños sorbos al té. La boca se le inundó de un sabor suave y floral y, al tragarlo, su lengua quedó con cierto regusto dulzón. Le resultaba inconcebible replicar un sabor así con un producto procesado en una fábrica. Luo Jincheng sonrió y le indicó que se bebiera otra taza si le apetecía.

—En Isla de Silicio siempre preparamos tres tazas, con independencia de que quienes se sientan a la mesa sean dos o cuatro. La taza adicional es para el invitado. En caso de que sean cuatro, el anfitrión se queda sin té. La idea es anteponer a los demás. Igual que cuando hacemos negocios.

Luo Jincheng cogió la taza que quedaba, cerró los ojos y disfrutó del aroma.

—Supongo que es el mismo principio que empleamos nosotros: encontrar la

manera de que todos queden satisfechos.

—Bueno, y ¿qué le ha traído hoy a mi humilde morada, señor Brandle? Soy todo oídos.

—Una propuesta de negocios en la que ambos salgamos ganando.

—Vaya. —Luo abrió los ojos y contempló la tormenta del exterior—. Entonces, permítame que le sea sincero. Supongo que ha venido a preguntar por la residual, ¿cierto?

Scott se quedó en silencio. Aquel viejo zorro era más astuto de lo que suponía.

—Pertenece al clan Luo aunque no sea más que una residual. Se podría decir que es como una de esas plantas de té de la cumbre Wudong: tiene un talento innato, pero su valor en el mercado lo determina la manera en la que se recoge, se fermenta y se prepara. Me veo obligado a interceder y conseguir las mejores condiciones para los jóvenes que tengo a mi cargo, ¿no le parece?

Scott estuvo a punto de soltar una carcajada. Le resultó sorprendente que ese maestro del crimen soltara sin comerlo ni beberlo aquella perorata sobre su sentido de la responsabilidad, como si el sufrimiento de Mimi le resultara de lo más ajeno. Los chinos eran una caja de sorpresas continua, por mucho que pensase que por fin los entendía. Eran un pueblo que podía representarse con el clásico símbolo del yin y el yang: capaces de combinar polos opuestos, de unificar las mejores y las peores cualidades sin que les afectasen las contradicciones.

—No creo que el dinero suponga el menor problema. Ya sabe que trabajo para TerraGreen Recycling, no para una empresa emergente cualquiera.

—¿Cuánto tiene pensado ofrecer?

Al viejo zorro cada vez le costaba más contener el entusiasmado agitar de su cola.

—Como bien sabe, la ceremonia de la firma del contrato del proyecto



tendrá lugar la semana que viene. Hasta que llegue el momento, puede pasar cualquier cosa.

Scott bajó la taza y le dedicó a Luo una sonrisa profesional y ambivalente.

—Tenía la impresión de que todos habíamos quedado satisfechos con nuestra parte en la mesa de negociación.

—Bueno, pero aún está a tiempo de conseguir una porción aún más grande de la tarta.

—¿Cómo de grande?

—Si nos asegura que Mimi se marchará con nosotros, recibirá el triple de puntos porcentuales que lo que establecía el acuerdo original.

—No creo que ninguno de los otros clanes esté dispuestos a reducir su parte.

—Wealth Recycle sí lo hará.

Luo Jincheng puso gesto pensativo. Al cabo de un rato, miró a Scott con gesto sereno y dijo:

—¿Tan valiosa es esa chica? ¿Y si decido quedármela?

—Pues convertirá el problema en un incidente político. Y nadie quiere que acabe así, se lo aseguro. También me obligará a arrebatársela, cueste lo que cueste —respondió Scott con tono frío y resuelto.

Luo Jincheng había llegado a la conclusión de que Mimi era la causante de todos sus infortunios, pero las cosas se habían complicado mucho. Había visto de primera mano las extraordinarias habilidades de la joven durante el ritual del «cuenco de aceite». Parecía estar poseída por un espíritu y, aunque había conseguido despertar a su hijo, también lo había dejado con un problema crónico que lo convertía en un hazmerreír. Sabía muy bien que jamás conseguiría controlar del todo a la joven, por mucho que usara la violencia, el dinero o la autoridad. La residual escapaba a su comprensión. La propuesta de

Scott le parecía fantástica, pero la curiosidad que siempre bullía en su interior lo obligó a poner contra las cuerdas al estadounidense.

—Me lo pensaré.

Luo Jincheng volvió a llenar las tres tazas e invitó a Scott a que cogiese una.

—Espero su respuesta mañana.

Scott se la bebió de un trago.

Uno de los subalternos de Luo entró a la carrera en la estancia y le enseñó un teléfono móvil a su jefe. Luo lo miró y se levantó.

—Mis más sinceras disculpas —dijo—. Ha ocurrido algo que requiere mi atención inmediata.

—Por supuesto. Muchas gracias por su hospitalidad.

Scott se levantó para marcharse, pero en ese momento pareció recordar algo. Se dio la vuelta, sacó un teléfono del bolsillo y lo soltó sobre la mesa de los ocho inmortales.

—¿Sería tan amable de devolverle esto a su legítimo dueño y darle mi más sincero pésame por... por lo «bonita» que le ha quedado la cara?

Sonrió, se dio la vuelta y se marchó en compañía de los guardaespaldas de Luo. Al llegar a la puerta de la mansión, abrió el paraguas y caminó con paso firme bajo el aguacero.

Luo Jincheng se quedó mirando cómo su silueta se perdía a lo lejos, y sus facciones se retorcieron en varios espasmos. Levantó el móvil hasta la oreja y oyó la voz de Tigre Firme distorsionada por un programa informático.

—Jefe Luo, tiene que ver esto.

El chubasquero de Kaizong ondeaba al viento detrás de él como si fuesen las alas de un murciélago gigante y resplandecía vacilante al borde del cono de luz que proyectaba la farola.

La lluvia caía con más fuerza, y las gotas aceleradas por el viento golpeaban lacerantes su cara desnuda con la fuerza de una bala. Había configurado su ojo derecho para ser más sensible a la luz tenue, y su cerebro se había visto forzado a combinar las imágenes de ambos ojos y llegar a un punto intermedio. No obstante, cada cierto tiempo la lluvia lo obligaba a entornar uno u otro, lo que hacía que el mundo se apagara o se iluminara. Se arrepintió de no llevar gafas, pero los residuales tampoco tenían esa clase de equipamiento.

Se acercó tambaleándose al guarda, que levantó una mano para detenerlo. Kaizong le enseñó la tarjeta electrónica de identidad, y el lector que había en la mano del guarda emitió un pitido. Receloso, el hombre comparó la fotografía de la tarjeta y la cara de Kaizong, quien se obligó a tranquilizarse y se atusó el pelo empapado para quitárselo de la frente y dejar al descubierto sus facciones. El guarda le hizo un gesto con la mano para que pasara, y Kaizong soltó el aire. Sabía que cruzar la frontera en dirección contraria para volver a Ciudad Isla de Silicio sería mucho más complicado.

El frío viento nocturno golpeó con virulencia el chubasquero y lo hizo tiritar. Kaizong se afanó por el sendero lleno de barro, donde charcos profundos y superficiales reflejaban la tenue luz como espejos irregulares y le indicaban el camino a seguir. Acudieron a su memoria vagos recuerdos de su infancia. Isla de Silicio solía verse azotada por tifones, y el terreno del lugar era proclive a inundarse. Por ese motivo, Kaizong y sus amigos solían meterse en cubos de madera para flotar, remar con las manos a través de las aguas cenagosas y jugar a salpicarse los unos a los otros. Tal vez fuese uno de los pocos recuerdos felices que le quedaban del lugar.

Los tifones acudían a la isla como si de un festival anual se tratase, a veces más de una vez al año si se sentían generosos. Los habitantes, que eran tradicionalmente granjeros, cejaron en su batalla contra la naturaleza y

abandonaron los campos para dedicarse al comercio, la pesca y el reciclado de residuos. Aseguraron que dicho cambio era una muestra del progreso, pero Kaizong no estaba tan seguro.

Kaizong se abrió paso hasta la aldea de los residuales a la escasa luz de las distantes farolas. Se vio rodeado por cientos de chabolas simples, irregulares y muy parecidas entre sí, y no supo por dónde empezar. Lo más sencillo era hacer lo que hacía siempre e ir directo a buscar a Mimi, pero la situación había cambiado. Por todos los rincones de Isla de Silicio proliferaban los panfletos llenos de enardecidos llamamientos. Como oriundo del lugar, tal vez Kaizong no fuese bien recibido si llamaba la atención.

Las intenciones actuales de Mimi eran otra de las causas de su incertidumbre.

Tenía que encontrarla y convencerla para marcharse con él de Isla de Silicio, cruzar el océano Pacífico y permitir que un grupo de especialistas estadounidenses le abriesen el cráneo y desconectaran la bomba de su cabeza. Dicho así, sonaba más absurdo que las leyendas locales. ¿Le creería Mimi?

Y una pregunta aún más importante: ¿necesitaría Mimi a estas alturas que Kaizong la salvase?

Todos los perros chipeados estaban dentro de las chabolas debido al chaparrón, y la lluvia y el viento inutilizaban su sensitivo olfato. Kaizong se alegraba de no tener que repetir la hazaña de su jefe, cuando había dominado con sus manos desnudas a aquel perro que no dejaba de ladrar. Se acercó en silencio a una de las chabolas y miró con cuidado por una de las ventanas.

Había un extraño residual tumbado en la cama medio desnudo y con unas gafas de realidad aumentada que emitían un brillo azulado puestas en el rostro.

Kaizong se agachó y se dirigió con la torpeza de una ballena varada hacia la siguiente chabola. En el interior, vio a dos mujeres cubiertas de una intrincada bisutería fabricada con componentes electrónicos desechados. Sus gafas de

realidad aumentada parpadeaban al unísono. Continuó su camino y vio escenas similares en el resto de las chabolas en las que consiguió espiar. Kaizong empezó a darse cuenta de que no se trataba de ninguna casualidad.

Encontró un hueco estrecho entre dos chabolas y se metió a presión. La basura empapada soltaba un hedor tan fuerte que le dieron arcadas. Las paredes de ambos lados del hueco eran del color de óxido mezclado con líquenes y estaban cubiertas de pintadas de órganos sexuales, tanto masculinos como femeninos. Todo tenía un revestimiento de pegajosa inmundicia. Kaizong contuvo el aliento y asomó la cabeza con cuidado por dos ventanas que estaban tan juntas que daba la impresión de que podían abrirse al mismo tiempo. Como esperaba, los residentes de ambas chabolas estaban tumbados en la cama con gafas de realidad aumentada encendidas, y las luces azules parpadeaban en sincronía como si ellos formasen parte del público de un concierto pasivo y silencioso.

La escena le recordó al inquietante ritual del «cuenco de aceite» en el que había participado Mimi.

Las luces resplandecientes no eran lo único que estaba sincronizado. Las expresiones de los residuales también estaban muy coordinadas: a veces eran de tensión, otras de sorpresa y en ocasiones esbozaban una sonrisa... como si una infinidad de cuerdas invisibles que salían de una mano gigante penetrasen en todas las chabolas de aquel inmundo lugar y controlasen los músculos faciales de todos y cada uno de los residuales. Kaizong sabía que era algo que solo ocurría en esas ceremonias de las religiones más extremistas en las que los feligreses eran víctimas del mismo fervor emocional. Una brisa fría se le coló en el chubasquero e hizo que se le erizaran todos los pelillos de la nuca.

—¿Quién anda por ahí? —gritó una voz detrás de él.

Kaizong se giró para ver qué ocurría, pero perdió el punto de apoyo en el barro y cayó en un charco. El hedor a podredumbre de la tierra se le coló en la

boca y en la nariz, y quedó empapado. Le dieron arcadas y se quitó el lodo de la boca, pero antes de que pudiera levantarse, algo frío se le pegó al cuello.

Era una hoja con forma de espina de pescado que centelleaba con indiferencia a pesar del viento y de la lluvia. Kaizong se quedó estupefacto al ver que la hoja salía de una funda integrada en los marmóreos músculos del brazo de su agresor, que formaba parte de su cuerpo. La poca iluminación que provenía de detrás de dicha persona hacía que su rostro quedase sumido en las tinieblas. Lo único que oía era el crepitar de las gotas de lluvia contra el cuerpo del atacante.

—No eres de aquí. —Era una voz de mujer—. Vas a morir.

Una red que divide el tiempo y el espacio. Luo Jincheng contemplaba la imagen proyectada en la pared del salón, sumido en sus pensamientos.

Tigre Firme aún estaba en su guarida y le enviaba imágenes en tiempo real gracias a un cable de fibra óptica. A pesar de que la transmisión dinámica en tiempo real estaba muy comprimida con matrices dispersas y por la transformada de Fourier, aún había retrasos, saltos e interrupciones debido a la velocidad de transferencia restringida. Unos puntos de luz parecidos a las estrellas de la Vía Láctea esbozadas en una superficie irregular que flotaba en un espacio tridimensional se recortaban contra un fondo negro. Era como la red de Indra, formada por miles de millones de joyas centelleantes en cuyos vértices se reflejaba la conectividad ilimitada del universo, una cuyas luces describían los altibajos, giros y dobleces del espacio. Cada luz resplandecía de un color e intensidad diferentes, indicativo del tipo de datos y la velocidad, pero a esta escala tan alejada el ojo humano no percibía las diferencias.

La red proyectaba dicha luz sobre Luo Jincheng, cuya silueta oscura y fantasmal se recortaba y formaba un hueco contra los límites de la galaxia.

La voz grave y susurrante de Tigre Firme salía del altavoz del móvil mientras no paraba de explicarle a Luo qué era lo que estaba viendo, sin importarle lo incomprendible que sonara la retahíla de palabras.

—No veo nada, joder... —murmuró Luo Jincheng.

Apareció una pequeña marca rectangular en la galaxia, y la cámara se

amplió hacia ella. Luo Jincheng sintió como si se hubiera subido a una nave espacial y saliese despedido hacia otro misterioso mar de estrellas. Las luces de cientos de astros resplandecieron a su alrededor, y se vio rodeado por densas y titilantes transmisiones de datos. Aumentó el brillo de unas pocas estrellas, que destacaron mientras el resto se desvanecía en la oscuridad del fondo.

—El sistema de flechas lentas ha detectado unos movimientos inusuales. Mire estos puntos: se han vuelto muy activos de improviso, pero no lo suficiente como para superar el umbral de alerta.

—¿Puedes averiguar su ubicación exacta? —preguntó Luo Jincheng.

—Las posiciones y las distancias de la red se extrapolan en base a direcciones IPv6. Aunque las redirijan y usen un proxy, podremos seguir las hasta la ubicación física. Pero el problema no acaba ahí, claro...

La cámara se alejó de nuevo, y volvió a aparecer la galaxia entera. Ahora resplandecían unos cuantos cientos de estrellas al unísono. La posición parecía aleatoria, como si no siguiera patrón alguno.

—Es como si cientos de estrellas de la galaxia que se encontraran a millones de años luz de distancia emitieran un fulgor muy potente cuya luz y energía llegasen al observador justo al mismo tiempo. Requiere una abrumadora coordinación de lapsos de tiempo que van de los microsegundos a los siglos. Es una técnica muy sofisticada de camuflaje por salto de frecuencia. No creo que los residuales tengan el equipamiento necesario para realizarlo.

«Otra vez ese estadounidense», pensó Luo.

—¿No hay otra manera?

—No hay problema que se resista a la firmeza de Tigre Firme. —El arquero lento casi no podía contener la emoción—. En mi sistema, cada vértice de datos refleja sus parámetros en tiempo real al resto de los vértices. Es la clave para eludir la restricción en la velocidad de transferencia. Ya he conseguido



filtrar los cientos de vértices que parpadean al unísono, y seguro que uno de ellos es el centro, el núcleo. Necesito más datos. Deme algo de tiempo.

Luo Jincheng se giró para ocultar el rostro de esa galaxia de información y que su expresión se convirtiese en una máscara ilegible. Se acercó a la mesa de los ocho inmortales, cogió el móvil que le había dejado Scott Brandle y miró la hora.

—Tienes veinte minutos.

—¿Veinte minutos?

Scott se encontraba sentado en el coche y oía cómo el sustituto de Kaizong, un joven oriundo llamado Xin Yu, realizaba una interpretación simultánea de las palabras que transmitía el micrófono que había oculto en el móvil.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué hablan. —Xin Yu se frotó las orejas, rojas de vergüenza. Estaba muy perdido y se afanaba por traducir la complicada jerga—. Lo siento.

—No te preocupes. —Scott activó las escobillas y un abanico de nitidez surgió de la cortina de agua del parabrisas. La mansión Luo no estaba muy lejos y se erigía en el tormentoso horizonte como un sombrío castillo—. ¿Te importa esperar un poco más?

—La verdad es que preferiría que me dejara libre —respondió Xin Yu con una sonrisa—. Para serle sincero, no veía un tifón de esta virulencia desde que construyeron el puente de la bahía de Shantou. Los ancianos dicen que las inundaciones eran tan incontrolables que hasta se llevaban por delante a los coches.

—¿Qué tiene que ver ese puente con los tifones?

Scott no le prestaba mucha atención a la conversación, ya que más bien estaba centrado en detectar cualquier muestra de actividad en la mansión.

—Pues que el puente cambió el *fengshui*. Para conectar Isla de Silicio y Shantou, el puente tenía que cruzar la Isla Fénix. Se dice que las alas del fénix quedaron retenidas por los pilares del puente, y que por eso ya no puede volar. Ello explica que los tifones más potentes siempre entren por otros lugares y ya no azoten la región de manera directa. Como podrá imaginar, hay quienes afirman que el puente cambió la fortuna de Shantou y de Isla de Silicio, y que por eso ambos lugares empezaron a ir a peor.

—Interesante...

Pero lo que Scott había querido expresar en realidad era lo siguiente: «A los chinos se os da muy bien encontrar relaciones de causa y efecto entre cosas que no están relacionadas, pero nunca os da por preguntaros si vuestros defectos son la raíz de vuestros problemas».

Luo Jincheng había culpado a Mimi de la enfermedad de su hijo. Mimi culpaba de su mala suerte a los espíritus. Kaizong lo simplificaba todo aduciendo a la inevitable predisposición de la historia. Era un patrón de pensamiento que tenían que tener grabado en los genes, y generación tras generación, la tendencia se había reforzado hasta convertirse en una característica dominante de la cultura de sus gentes. Scott no pretendía juzgarlos, pero el fenómeno le resultaba intrigante.

Los fragmentos interceptados de la conversación dejaban claro que los residuales habían empezado a planear algo, pero Luo Jincheng estaba a punto de perder la paciencia. Se encontraban en un momento crítico, y Scott solo tenía que esperar antes de actuar. Deseaba que todo saliera tal y como había planeado, pero había tantos interrogantes que cualquier alteración, por muy pequeña que fuese, podía darle un vuelco a la situación.

Scott no había podido ponerse en contacto con Kaizong por teléfono a pesar de que lo había intentado muchas veces. Odiaba esos dispositivos diseñados para comunicarse en una zona con velocidad de transferencia restringida.

—Scott —dijo Xin Yu al tiempo que fruncía el ceño—. Han empezado a hablar otra vez.

—Dime qué están diciendo.

—Muy bien...

Del altavoz salió un ruido muy agudo que hizo estremecerse a Xin Yu y le obligó a quitarse el auricular. Miró a Scott, estupefacto.

—¡Lo han descubierto!

El cuchillo se detuvo en su garganta tan pronto como Kaizong espetó el nombre de Mimi.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer con tono adusto y sin intención manifiesta de apartar el arma.

El lodo le resbalaba por el pelo, y Kaizong paladeó el regusto amargo y repugnante. Entornó los ojos para evitar que le entrase agua, pero no se atrevió a hacer movimientos bruscos con las manos y tuvo que escupir.

—Sal... salvar a Mimi... Está en peligro...

La mujer soltó una sonora carcajada, como si Kaizong le acabase de contar el mejor chiste del mundo.

—Creo que vas a tener que salvarte a ti primero, imbécil.

Kaizong se obligó a mantener la calma. Sabía que si decía la verdad le tratarían aún peor. Las pesadas gotas de lluvia caían con fuerza y formaban ondas en los charcos de barro.

«Piensa, joder. Piensa como un residual.»

Se dio cuenta de que había un profundo surco en el barro que se perdía en la distancia, como si hubieran arrastrado un objeto pesado hacia el interior de la aldea de chabolas. Recordó la fotografía de aquel *mecha* arrodillado en la playa que había visto en el móvil de Luo Jincheng y lo entendió todo.

—Habéis traído al espíritu de la playa de Custodio de Marea. —Levantó la cabeza para mirar a la mujer, quien no negó la afirmación—. ¡El espíritu está enfadado, muy enfadado! ¿Es que no recordáis a esos matones del clan Luo a los que asesinó? Fue solo el principio.

El cuchillo con forma de espina de pescado se retrajo un poco hacia la funda de los músculos del brazo, como si fuese una dócil mascota. La mujer levantó a Kaizong con una mano del charco de barro y lo tiró a un lado como si fuera una bolsa de basura.

—Como descubra que me estás mintiendo, te cortaré los cojones y se los daré de comer a los perros —dijo con un tono de voz homicida bajo el que ahora se ocultaba cierto retazo de asombro.

Kaizong se arrastró por el barro hasta detrás de la musculosa mujer. Intentó usar el teléfono que tenía en el bolsillo lleno de agua, pero había dejado de funcionar y ahora era poco más que un ladrillo. La borrasca arreció. De vez en cuando, la mujer se detenía para esquivar un enjambre de mariposas plateadas que pasaban volando, pequeños fragmentos de metal que tenían bordes tan afilados como cuchillas.

—Está ahí dentro —gritó la mujer señalando una chabola. Apenas la oía debido al vendaval—. Pero ahora no puedes entrar.

—¿Por qué no? —gritó también Kaizong para que lo oyese.

—Porque lo digo yo.

De improviso, Kaizong salió corriendo hacia delante, evitó la mano de la mujer que trataba de agarrarlo y se dirigió hacia la chabola. Se deslizó y derrapó por el barro blando y repugnante. Cuando empezaba a ver los destellos azules procedentes del interior de la estructura, sintió un fuerte golpe en la espalda y cayó al suelo. Alguien le sostuvo los brazos y las piernas con una llave que parecía de lucha libre profesional. Sintió una oleada de dolor y oyó los chasquidos ominosos de sus articulaciones al dislocarse.

—¡Te he dicho que no te muevas, joder!

La mujer le agarró la pierna izquierda y arrastró al indefenso Kaizong hasta una chabola provisional que estaba llena de prótesis desechadas. Sacó un consolador de la pila y, con una fuerza descomunal, lo estiró hasta convertirlo en una cuerda, que usó para atar las manos de Kaizong a una cañería.

—Será mejor que aprendas la lección. La próxima vez usaré tu polla.

La mujer soltó una carcajada y se dirigió a la chabola de Mimi.

Kaizong estaba enfadado, pero lo absurdo de la situación también le dio ganas de reír. El pene de goma deformado se le clavaba en las muñecas y era incapaz de soltarse por mucho que forcejeara. El viento arreció, y las prótesis que tenía alrededor empezaron a desperdigarse y golpearle a pesar de sus esfuerzos por esquivarlas. Tenía suerte de que la mayoría estuviesen hechas de silicona. Luego oyó un chirrido metálico y el metal corrugado del techo se agrietó. La fisura se abrió aún más y el viento empezó a retorcer y a enrollar el metal como si fuera una hoja de papel.

«¡Mierda!»

Todo el peso de la estructura lo aplastaría si la chabola se derrumbaba. Y, aunque no muriese aplastado, terminaría por asfixiarse. Kaizong se afanó aún más con la cañería, confiando en quedarse en una posición más propicia para sobrevivir, pero la tubería no se movió ni un centímetro.

Mordió el consolador de goma e hizo toda la fuerza posible con las mandíbulas. Albergaba la esperanza de atravesar con los dientes el material compuesto, cuya dureza debía de ser de 90A en la escala Shore, pero ni siquiera quedaron marcas de sus dientes en el pene falso.

«Este debe de ser con diferencia el momento más embarazoso de toda mi vida —pensó—. Y encima estoy a punto de morir.»

Se oyeron más chirridos agudos del metal al doblarse, y Kaizong vio como el techo corrugado salía volando y desaparecía en el cielo nocturno como si

fuera una alfombra mágica. La estructura al completo empezó a tambalearse y emitió un chasquido lento y estridente al deformarse. Estaba a punto de caer, desmontarse y convertirse en una pila de escombros. Y él estaba a punto de quedar enterrado vivo entre miles de prótesis sucias, como si fuera una obra vanguardista de Damien Hirst, con la pequeña diferencia de que nadie iba a pagar millones de libras para comprar su cadáver.

El aullido metálico se detuvo de repente y todo quedó sumido en el silencio.

Kaizong cerró los ojos con fuerza y rezó con la esperanza de que Dios lo perdonara por su tardía fe.

—«Stand Up.»

La última pista del quinto álbum de estudio de The Prodigy, *Invaders Must Die*, rugió en los oídos de Mimi. No obstante, ella no la reconoció. Su visión tembló un poco al sincronizarse con los potentes ritmos de la música electrónica y la apasionada melodía. Era como ir montada en una manada de caballos salvajes en estampida.

Cientos de residuales estaban conectados a Mimi a través de las gafas de realidad aumentada y compartían su visión. Mimi vio pasar una infinidad de techos en ángulos, color y brillos diferentes. Desechó esa inútil injerencia de datos e intentó dirigir la transferencia de banda ancha a todos los terminales al ritmo de la música. Eran como el peine y el cilindro de una caja de música, donde las protuberancias del cilindro hacen vibrar las púas del peine para transmitir la información en frecuencias diferentes, que luego volvían a reensamblarse en el mecanismo de decodificación del terminal de recepción para convertirse en algo parecido a una pieza musical. Era el logro del que Li Wen estaba más orgulloso.

«Solo podremos llegar hasta el servidor más cercano de Shantou», había

dicho Li Wen.

«Será suficiente», había respondido Mimi.

Mimi 0 sintió la dispersa y confusa multitud de conciencias detrás de ella. Iba a guiarlas en un viaje ilusorio. Aún no conseguía entender cómo la otra parte de su ser era capaz de algo así, era como un instinto oculto en su interior, como la mitosis celular, como la fototaxia de las plantas, como animales que buscan comida, se aparean y se reproducen. El único progreso que había hecho al respecto era conseguir acostumbrarse a la conversación entre las dos Mimi, como si cada vez quedase menos para que se convirtieran en personalidades del todo independientes.

«Hágase la luz», pensó Mimi 0.

Las vio. Cientos de miles de imágenes dinámicas aparecieron frente a ella, datos tan complejos que el cerebro humano era incapaz de procesarlos. Se mareó, sintió náuseas y desconcierto.

Bienvenida al sistema de Ojos Compuestos de Shantou, que conecta cientos de miles de cámaras e inteligencias artificiales con reconocimiento de imágenes. Durante veinticuatro horas al día y siete días a la semana, el sistema vigila todas las calles y las esquinas de la ciudad, así como la expresión del rostro de todos los ciudadanos, en busca de señales que indiquen que se va a cometer un crimen o un acto terrorista, y así proteger las vidas y las propiedades de los habitantes. Mimi era una invasora en el lugar, una que buscaba algo especial.

No tardó en darse cuenta de que la técnica era ineficiente, como buscar una aguja en un pajar. Mimi 1 reorganizó la lógica con la que se mostraban las imágenes y recreó todo Shantou desde una perspectiva en primera persona basándose en la geografía de las calles y la ubicación de las cámaras. A diferencia de la visión humana, se trataba de una perspectiva universal y panorámica. Era como el fresco *La Asunción de la Virgen* de Correggio que se

encuentra en la catedral de Parma, donde para el observador todo está dispuesto en una serie de anillos concéntricos y el punto de fuga de la perspectiva es la cúspide de la cúpula. A medida que los observadores se acercan, se revelan más detalles del centro de ese vórtice infinito.

Imaginemos el mundo como una manzana de forma extraña, en la que las depresiones de ambos polos se deforman y se hunden hasta que llegan a conectarse y la convierten en una rosquilla. Pero la piel de la manzana permanece intacta y puede desplazarse por el agujero de la rosquilla como si se tratase de una cinta interminable. El observador se encontraría en ese centro, y lo único que vería sería ese mundo con forma de anillo que se abre infinito a su alrededor.

Para hacerlo más increíble aún, si el observador se moviese hasta cualquier punto de la pared de la rosquilla, ese punto se abriría de repente para expandirse, rodearlo y volver a crear otro centro de la rosquilla. Una estructura fractal perfecta y autoorganizada.

Cientos de pasajeros se retorcieron bajo las alas de Mimi, impacientes.

Mimi se movió. Sabía que su cuerpo aún estaba encerrado en esa pequeña chabola de metal corrugado bajo la tormenta y que su conciencia se encontraba a decenas de kilómetros, deambulando en el interior de las sórdidas cajas de metal del centro de procesamiento de datos. No obstante, las imágenes que se desplegaban a su alrededor le hacían creer que se había convertido en un ángel alado que planeaba sobre una selva de acero y hormigón. Su cuerpo virtual atravesó las calles y pasó por encima de casas, tiendas, puentes, parques, ascensores, trenes y autobuses, sin dejar de echar vistazos rápidos por todas y cada una de la infinidad de ventanas encendidas.

Anocheceía, y la ciudad había empezado a convertirse en un tapiz centelleante.

Bajo la lluvia, el tráfico bombeaba como sangre reluciente por las



principales arterias de la ciudad y los capilares que hacían las veces de calles secundarias. Cientos de miles de rostros adormecidos e inquietos por igual se ocultaban detrás de los parabrisas, barridos por el incesante oscilar de las escobillas que retiraban el chorreante resplandor del neón en los cristales. Los vehículos autónomos se agolpaban entre los de aquellos que se negaban a confiar en el progreso, y las bocinas atronaban y disparaban los contadores de decibelios en los controladores de ruido. Muchos miraban por los espejos retrovisores con una mueca retorcida que albergaba oscuras intenciones.

Se encendieron trescientas mil ventanas de repente. Los sensores inteligentes eran capaces de interpretar el estado de ánimo de los hombres y mujeres que volvían a casa y ajustaban la temperatura, el color de la iluminación, los canales de la televisión o la música que sonaba a través de los sistemas de sonido. Cinco mil restaurantes recibieron al unísono pedidos de comida para llevar, generados de manera automática. Los sistemas de monitorización de las constantes vitales se sincronizaron con las películas corporales y, basándose en docenas de parámetros como temperatura corporal, ritmo cardíaco, ingesta y gasto calórico y respuesta galvánica de la piel, sugirieron planes para las actividades del día siguiente. Uno tras otro, los rostros de los ciudadanos se transformaron en una máscara exhausta.

Las oficinas de los rascacielos estaban iluminadas como si fuese de día. El ojo gigante amplió la imagen y observó los cientos de miles de caras que miraban las pantallas de los ordenadores a través de las cámaras de seguridad; la tensión, la ansiedad, la expectación, la confusión, la satisfacción, el recelo, la envidia y la ira se reflejaban en sus rostros a medida que los datos se desplazaban por las pantallas. Sus miradas estaban vacías pero eran profundas al mismo tiempo, como si no reflexionaran sobre la relación de sus vidas con sus valores morales; eran miradas que ansiaban un cambio pero que también le tenían miedo. Contemplaban las pantallas igual que se contemplaban los unos

a los otros, y las odiaban igual que se odiaban entre ellos. Todos reflejaban la misma expresión apática y desganada.

Una joven profesora le hablaba a una pared llena de monitores en los que aparecían los rostros inquietos de varios padres, a los que explicaba las preocupaciones que sentía por la obsesión de sus alumnos con la realidad virtual. Tan pronto como dejaban de hablar con ella, salía corriendo para ponerse un equipo de RV.

Un chico que soñaba con ganar la Maker Faire de su escuela se acercó sin ser visto al pastor alemán favorito de su padre con un arnés de modificación neuronal.

Un hombre desnudo estaba conectado a un canal encriptado en el que un caimán albino con la piel cubierta por sensores táctiles peleaba contra un pulpo mecánico en un pantano. Las señales eléctricas de la piel del caimán se transformaban en estímulos sexuales que se inoculaban directos a la corteza cerebral del hombre. Otros quince mil fetichistas estaban conectados al mismo canal.

En una plaza abierta, un grupo de mujeres jubiladas bailaban en sincronía al ritmo de una música imperceptible. Llevaban un equipo personalizado de realidad aumentada, y en su mente eran tan ágiles y diestras como lo habían sido hacía décadas.

Un hombre estaba tirado rígido en la cama de su lujoso apartamento y observaba impasible las expresiones exageradas del obsoleto espectáculo de un cómico en la televisión. El rostro que miraba en la pantalla gigante era el suyo. No dejaba de sollozar y levantó una pistola.

Una bandada de pájaros se alzó en la noche para luego disiparse como una columna de humo negro y volverse a unir formando una serie de formas

irregulares contra el cielo añil. El haz de un reflector los iluminaba cada cierto tiempo, y el humo negro se transformaba en un borrón titilante de gravilla plateada. La imagen de las cámaras sufrió varios cortes y la distancia focal se configuró al máximo para intentar seguir a un pájaro en particular. Todas las aves parecían iguales, seguían a la bandada e imitaban la postura de sus acompañantes. Ninguna quedaba atrás ni se diferenciaba del resto. En la selva, aquello significaba seguridad y comida.

Mimi echó un vistazo rápido por las cámaras y unió las dispares imágenes para formar una vista pareja y dinámica. Se abalanzó como un ave a través de una pared de cristal de cientos de metros de altura y vio en ella el reflejo extraño y deformado de la ciudad y las luces de neón que resplandecían para transmitir los patrones mentales del consumismo en las retinas de todos los que las observaban, luces cambiantes que se desplazaban cada vez que los transeúntes miraban hacia otro lado.

Mimi lo veía todo excepto a sí misma.

Veía incluso más: veía a los solitarios, a los jugadores, a los adictos, a los inocentes... Veía cómo se ocultaban a la luz centelleante o en los rincones oscuros de la ciudad, ricos y pobres que disfrutaban de las comodidades de la tecnología, que buscaban estímulos y tenían en la palma de la mano una cantidad de información que no tenía precedentes en toda la historia de la especie humana. Aun así, por alguna razón no eran felices. Parecía como si su capacidad para disfrutar hubiera quedado atrofiada, como si les hubiesen cortado un apéndice, pero ese anhelo por la felicidad hubiese quedado incrustado en su mente como una obstinada muela del juicio.

Mimi sintió una punzada de lástima por ellos, por los hijos favoritos de la civilización.

Al fin encontró lo que buscaba, un terminal de apertura muy pequeña de comunicaciones vía satélite que estaba instalado en lo alto de una furgoneta

que mostraba síntomas del paso del tiempo. Las señales de la furgoneta indicaban que el equipo pertenecía a una emisora de televisión privada. Mimi no podía penetrar en la red desde las cámaras, por lo que tenía que arriesgarse.

«Se nos acaba el tiempo. ¡Empieza la diversión!» Oyó el llamamiento de Mimi 1 al rebaño de turistas confundidos y emocionados.

«¡No seas imprudente!», le advirtió Mimi 0 a Mimi 1.

«¿Por qué no?», objetó Mimi 1 con una sonrisa.

Cortó la transmisión de vídeo para ahorrar ancho de banda y se lanzó hacia el vacío de la red. No tardó en encontrar la ubicación de la furgoneta con el satélite, pero la red del vehículo no estaba conectada al sistema VSAT. Mimi empezó a darle vueltas a varias posibilidades, pero ninguna de ellas la convenció después de realizar un riguroso análisis.

«Una pequeña advertencia: disponemos de unos tres minutos y veinticinco segundos antes de que nos pillen las flechas lentas, y solo dos minutos y treinta segundos antes de que nos descubran las arañas», le susurró al oído Mimi 1.

«¡Calla! Si crees que puedes hacerlo mejor, ¿por qué no tomas el control?», respondió enfadada Mimi 0.

«Muy bien. —Mimi 1 le quitó el control—. Vamos.»

Era como si, de improviso, un autobús turístico hubiese acelerado a toda velocidad y perdiera el control para estrellarse contra una pared invisible. Mimi se sintió aplastada entre dos fuerzas inmensas que no le dejaban respirar. Los turistas que iban sentados detrás de ella salieron disparados hacia el parabrisas, pero no había cristal que los detuviera. Todas las conciencias que habían viajado con ella se desperdigaron al momento, como cientos de caballos salvajes que pierden las riendas y corren en todas direcciones, antes de quedar aplastadas por el peso del autobús. Se

entremezclaron, hablaron de manera atropellada y se comprometieron a fusionarse en una única fuerza.

Mimi descubrió el objetivo de esa nueva fuerza al momento y el estómago le dio un vuelco, pero era demasiado tarde.

Los turistas invadieron el sistema de seguridad de la prisión que había a las afueras de Shantou. Gracias a las herramientas pirata que Mimi 1 les había dejado, consiguieron abrir todas las cerraduras digitales y encerrar a los funcionarios de prisiones en los despachos. Los prisioneros tardaron un instante en reparar en lo que había sucedido, pero luego aprovecharon la oportunidad, salieron corriendo de las celdas y se abalanzaron bajo la lluvia hacia la libertad por las puertas principales de la cárcel.

«¿Por qué has hecho eso?», le preguntó, furiosa, Mimi 0 a Mimi 1.

«Espera y verás.» Mimi 1 le hizo un gesto para que volviera a la furgoneta del satélite.

El sistema de Ojos Compuestos de Shantou detectó la actividad inusual de la prisión en 2,37 segundos y elevó la alerta a nivel dos, lo que movilizaba al cuerpo de policía de la ciudad al completo. La emisora de televisión propietaria de la furgoneta descubrió las noticias y ordenó a sus equipos a que se dirigieran al lugar para conseguir grabaciones de última hora. Una respuesta así de rápida era el secreto de su éxito frente a la televisión pública. Se encendió la luz verde del VSAT, y el sistema empezó a buscar y fijar la señal del satélite.

«¿Lo ves? —dijo Mimi 1 al tiempo que hacía una reverencia burlona—. Tú primero.»

Mimi 0 no le hizo caso e invadió el sistema VSAT para tratar de redirigir la antena hacia una red de servidores de órbita baja secreta.

«Hay demasiadas interferencias terrestres. La señal no sería estable.»

La banda C que usaba el sistema VSAT se superponía con parte de las

frecuencias principales de la radiocomunicación por microondas, mientras que la banda Ku, que tenía frecuencias más altas, estaba inutilizada por el esfumado de lluvia. Esto, sumado al recorrido irregular por el que avanzaba la furgoneta a toda prisa, le impedía a la señal alcanzar los servidores.

«Supongo que vuelve a depender de nosotros.»

La voz de Mimi 1 sonaba provocadora, como si ya se hubiera preparado para hacer algo así. Estaba a punto de volver a incitar a los residuales a descontrolarse, pero Mimi 0 la detuvo en esta ocasión.

«No...», dijo con voz queda.

«Sabes que no nos queda mucho tiempo. —Mimi 1 agitó la cabeza—. No tenemos elección.»

Los gozosos turistas habían empezado a comportarse como fuegos artificiales a la inversa y comenzaban a concentrarse en un único punto. Los ruidos caóticos de sus pensamientos se armonizaron de repente para formar un grito, uno que, como si de un poderoso rayo láser se tratara, golpeó los sistemas del centro de control de tráfico. Las señales luminosas de toda la ciudad parpadearon de forma incontrolada y los aterrorizados conductores intentaron apartarse a medida que los coches chocaban y volcaban entre una infinidad de ruidos sordos. El agudo retumbar de las bocinas apareció denso como zarzas en los controladores de ruido; columnas de humo empezaron a ascender hacia los cielos; el reflejo de las llamas empezó a titilar en todas partes. Los ciudadanos asustados salieron de sus vehículos inservibles mientras se agarraban las extremidades heridas y dejaban rastros de sangre por la carretera. Se oyeron sollozos, gritos, explosiones, cristales rompiéndose y la lluvia incesante, sonidos que se entremezclaban para formar una melodía atonal compleja y opulenta cargada de un intenso patetismo.

La furgoneta con el satélite se detuvo junto a una colisión múltiple entre decenas de coches. El cámara saltó emocionado fuera del vehículo con el

equipo de alta definición sobre el hombro para grabar la escena para las noticias de última hora. El lugar estaba lleno de mirones que se habían reunido para grabar con sus gafas de realidad aumentada y subir los vídeos a las redes sociales antes de pensar siquiera en ayudar a los supervivientes. Era la segunda noticia importante que tenía lugar en menos de un minuto, y a medida que se propagaban por la red, los accidentes empezaron a quitar protagonismo a la fuga de la cárcel.

«Espero que no hayas matado a nadie», dijo Mimi 0 con frialdad.

«Yo no lo he hecho —respondió Mimi 1 con serenidad—. Ellos, sí.»

El sistema VSAT se conectó al fin con la red de servidores de órbita baja, que se llamaba Nube.Anárquica. Después de confirmar la conexión, Mimi y los cientos de responsables de las desgracias que acababan de asolar la ciudad, salieron disparados cuatrocientos kilómetros sobre la superficie de la Tierra a lo largo del cable de fibra de carbono de una antena sectorial prismática. En las alturas, el aire tenía poco oxígeno, estaba caliente y lleno de iones y electrones libres. Por un instante, Mimi experimentó la agradable ilusión de volver a su verdadero hogar.

—Se acabó el tiempo. —El tono de Luo Jincheng no dejaba lugar a réplica—. Voy a encontrarla, aunque tenga que arrasar la aldea entera.

—¡Tres minutos! No, ¡solo dos! —dijo Tigre Firme con voz trémula—. ¡Mi reputación está en juego!

Luo Jincheng no dijo nada y se quedó mirando los restos del teléfono móvil que había destrozado con el talón. Entre los componentes desperdigados había un pequeño micrófono del tamaño de un brote de soja.

«¡Maldito estafador caucásico!»

Ya no creía ni confiaba en las promesas de Scott Brandle. Tenía que

encontrar y hacerse con el control de esa moneda de cambio llamada Mimi. Le enfurecía la falta de honestidad del estadounidense. Además de exigir lo que era suyo por derecho, Luo iba a exigir a Brandle más concesiones para compensar lo que le acababa de hacer.

Los puntos resplandecientes de la imagen proyectada de Tigre Firme se apagaron uno a uno hasta que las estrellas que quedaron iluminadas eran tan escasas que parecían conformar un objeto imaginario que dibujaba una nueva constelación que simbolizaba mentiras, traición e hipocresía. Luo Jincheng era incapaz de afirmar qué eran en realidad.

—Que venga el navajero —le susurró Luo Jincheng a uno de sus lacayos—. Reunid a todos los que están bajo mis órdenes.

La guerra siempre requería sacrificios.

El navajero, casi desnudo, entró en la estancia a cuatro patas. Tenía enganchado el eslabón de una cadena de metal al aro de su nariz, y uno de los matones de Luo asía el otro extremo. El subalterno gruñó al navajero y luego le dio una patada en las costillas. Los músculos de la espalda del navajero se contrajeron, y un destello homicida refulgió en su mirada mientras la baba le caía por las comisuras de los labios. El matón lo insultó, tiró de él y tensó la cadena. El navajero levantó su rostro desfigurado por el dolor y jadeó.

—¿Por qué no está vestido?

Luo Jincheng estaba molesto.

—Se arranca con manos y dientes todo lo que le ponemos. Parece un perro rabioso de verdad.

—Dame la cadena.

Luo la cogió y acarició el rostro lleno de cicatrices del navajero, en cuyos ojos asomaba un atisbo de pena. La fiera bestia se convirtió de inmediato en un manso corderito que se acurrucó contra los pies de Luo Jincheng y frotó el cuello contra los pantalones del hombre mientras gimoteaba a su dueño. Era



como si solo pudiese expresar de aquella manera retorcida y enfermiza los vínculos emocionales humanos tanto tiempo reprimidos.

—Buen perrito, buen perrito. Papi te va a dar de comer.

Luo Jincheng rascó al navajero detrás de las orejas y contempló con rostro confuso cómo la satisfacción hacía que el joven entornara los ojos.

Luo Jincheng se giró hacia la pantalla de Tigre Firme. Solo quedaba una luz, que titilaba en mitad del universo. Antes de que le diese tiempo de ampliar la imagen para examinarla de cerca, la pared donde se estaba reproduciendo quedó a oscuras. Se apagaron la galaxia y las estrellas. La voz seca y ronca de Tigre Firme resonó por la estancia vacía en la oscuridad. Un punto rojo y tenue quedó flotando en el ambiente, un fosfeno.

—Jefe Luo... Isla de Silicio se ha quedado sin conexión.

Le damos la bienvenida a Nube.Anárquica.

Ofrecemos almacenamiento de datos y servicios de escritorio remoto gracias a nuestros servidores en la órbita baja. Nuestra entidad operativa no pertenece a ningún estado, partido político ni corporación. Mientras sea posible, intentaremos ayudarle a eludir leyes como la Ley Patriótica y los anexos del artículo 29 de la Directiva de Protección de Datos de la Unión Europea, ambos diseñados para invadir la privacidad en nombre de las políticas antiterroristas

Somos un grupo de aficionados entusiastas de la tecnología inalámbrica de todo el mundo que cree en el liberalismo más puro. ☺ Esperamos que nuestros servicios le sean de ayuda durante su breve existencia corpórea, que sea capaz de eludir la autoridad, resistir el control y disfrutar de libertad, igualdad y amor. Besos y abrazos.

El mensaje estaba automatizado. En aquel lugar, a cuatrocientos kilómetros sobre la superficie del planeta, no había cámaras, ni micrófonos ni sensores. Se había eliminado todo lo que no fuese estrictamente necesario para hacer funcionar una torre de servidores y así reducir la masa y los costes derivados.

«Exijo una respuesta artificial.» Mimi 1 envió la orden. No hubo respuesta.

«¿Qué coño hacemos aquí?» Mimi 0 fue incapaz de contenerse más.

Exijo una respuesta artificial. Nixon es el único que puede ir a China. Repito: Nixon es el único que puede ir a China.

«¿Qué?» Mimi 0 no tenía ni idea de lo que oía con sus oídos virtuales. Para su sorpresa, Nube.Anárquica respondió.

NUBE.ANÁRQUICA: Vaya, parece que tenemos a alguien de la vieja escuela por aquí. Será mejor que tengas una buena razón para despertarme en mitad de la noche, china.

MIMI: Necesito una red independiente para enlazarme con mis amigos. ¡Y rápido!

NUBE.ANÁRQUICA: Anda, parece que te has metido en un buen lío. Las arañas web se te echarán encima en treinta segundos. Y también te sigue un arquero muy experimentado. El tifón Wutip está a punto de tocar tierra en tu ubicación física, y se estima que la velocidad del viento llegará a los cincuenta y cinco metros por segundo en el ojo...

MIMI: Lo único que quiero es que me digáis si podéis hacerlo o no.

NUBE.ANÁRQUICA: Mira, chica, no cuentas con el equipamiento necesario y lo que nos pides es una puta intrusión inversa. Nunca hemos intentado hacer algo así... Bueno, a lo mejor una vez, pero no podemos asegurarte nada... Además, ¿qué nos ofrecerías tú?

MIMI: El modelo de la conciencia de Hedy Lamarr. Sé que tenéis... que al menos uno de vosotros tiene como afición coleccionar modelos de conciencia de celebridades.

NUBE.ANÁRQUICA: ... ¿Lo dices en serio? Nunca he oído que nadie la haya subido a la red.

MIMI: Murió el 19 de enero del año 2000 y su cerebro se congeló al instante. Unas décadas después, NeuroPattern, Inc. lo descongeló y realizó el mapeado neurológico.

NUBE.ANÁRQUICA: Pareces muy segura de lo que dices.

MIMI: Pensadlo bien: era la mujer más bella e inteligente de la historia de la especie humana. Inventó la multiplexación por división de código, era ingeniosa, sensual y vivió una vida llena de aventuras y glamour. Se podrían hacer... muchas cosas con ella.

Sabía que estaba intentando controlar el cerebro viperino de su oponente. Era un poco jugar sucio, pero empezaba a funcionar.

NUBE.ANÁRQUICA: Hummm... Una pregunta más. ¿Cómo sabremos que está en tu poder?

MIMI: Esa es fácil. Está encriptada y oculta en forma de seta digital, la he descargado y consumido.

Por lo que... ahora forma parte de mí.

NUBE.ANÁRQUICA: Vale. Eso explicaría tu habilidad con la técnica del salto de frecuencia.

MIMI: Entonces ¿trato heeeeeeee...?

La interrupción del flujo de datos resonó en la mente de Mimi. Recuperó la conciencia y volvió a ver la chabola de metal corrugado y a oler el hedor del moho. La tormenta azotaba con rabia impetuosa, y el techo se agitaba de un lado a otro. Li Wen se acercó a ella con gesto preocupado. Boqueaba, como si tratara de decirle algo importante. Mimi se incorporó y el vértigo la hizo derrumbarse sobre los brazos del hombre.

No había sentido tanta incertidumbre desde su despertar. Estaba tensa, como si volviera a ser la residual que había sido en el pasado. Se apagó el resplandor dorado del ideograma *mi* que tenía en la nuca y su torrente sanguíneo se llenó de adrenalina.

Sabía que el tifón estaba a punto de llegar.

—¡No te muevas!

La mujer lo arrastró fuera de la chabola antes de que se le presentase la oportunidad de darle las gracias. Oyó detrás de él el ruido de la estructura de metal al derrumbarse y el de una infinidad de prótesis que salían despedidas en todas direcciones debido al impacto del techo al caer, como si acabara de explotar un monstruo protético.

Kaizong se arrodilló en el barro mientras la lluvia lo empapaba. Temblaba, en parte por el miedo y en parte por el frío. Sus labios pálidos y trémulos pudieron articular al fin su agradecimiento:

—Gracias.

—Has tenido suerte. Mimi ha dicho que quería verte. De haber tardado un segundo más en recibir su mensaje, no habría mucha diferencia entre esa polla de goma y tú. —La mujer lanzó una risotada lasciva y le tendió una recia mano—. Me llamo Dao Lan.

El viento atravesaba las paredes de metal corrugado y se colaba en la chabola. Aun así, a la tenue luz amarillenta, la estancia parecía mucho más cálida que el exterior. Pero esa calidez no se reflejó en la actitud de Mimi al ver a Kaizong con la ropa sucia y empapada, pues se acercó a él y se limitó a examinarlo.

—¿Cómo te has ensuciado tanto?

—Ha... ha llovido mucho —respondió Kaizong.

Mimi miró a Dao Lan, que estaba a un lado con gesto un tanto avergonzado. Kaizong siguió hablando.

—No tienes muy buen aspecto.

—Consumo... demasiada energía. —Mimi tocó el autoinyector que tenía en la cara interna del codo—. Estaré mejor cuando termine el goteo. ¿Qué haces aquí?

—Quiero que te marches... conmigo.

Kaizong le cogió las manos frías, pero se zafaron de su agarre como un pez escurridizo.

—No puedo irme. Ahora no. —Mimi agitó la cabeza y evitó la intensa mirada de Kaizong—. La gente me necesita. Todo el mundo está en peligro.

—Tú eres la que está en peligro. ¿No lo entiendes? —Kaizong se apartó de los demás y susurró—: El doctor me ha dicho que los vasos sanguíneos de tu cerebro podrían romperse en cualquier momento. Scott me ha prometido que te llevaría a Estados Unidos y te conseguiría los mejores médicos.

Mimi no mostró ni un atisbo de miedo ni duda, como él había temido. Se limitó a dedicarle una ligera sonrisa.

—Perdí el control de mi vida la noche en que se la ofrecí a ese espíritu.

Los residuales que había a su alrededor unieron las manos, como si le dedicaran una oración.

—En ese caso... —Kaizong espetó entre dientes—, ¿por qué el espíritu ha hecho que nos reunamos?

El cuerpo le temblaba a causa del frío y la rabia por igual.

Mimi apaciguó la firmeza de su mirada. Enjugó el barro de la cara de Kaizong y le puso las manos en los hombros.

—Puede que traerte ante mí sea parte del plan del espíritu. Mírate: ya no te pareces en nada a tu yo del pasado. No eres estadounidense ni de Isla de Silicio ni residual. Eres uno de los nuestros y deberías luchar con los nuestros.

Todos los que se encontraban en la estancia pusieron las manos sobre los hombros de Kaizong.

Kaizong se quedó sin palabras. Contempló cómo la chica que tenía frente a él, la persona más complicada y contradictoria del mundo, soltaba una perorata incomprensible que llevaba a sus acompañantes a obedecerla e incluso a mirarla con una devoción irracional. En tiempos le había conmovido la cándida ignorancia de Mimi, pero ahora él era el ignorante. ¿Acaso detrás de su aspecto frágil y de su voz amable se ocultaba un demonio experto en fingir y actuar que esperaba la oportunidad de quitarse la máscara y revelar sus verdaderas intenciones?

Pero se sorprendió al ver que dicho riesgo no le afectaba. Su corazón empezó a latir más rápido y se le hincharon las venas. Era una sensualidad fatal cimentada en la atracción por lo desconocido.

—Vale, me quedo.

«Si ella también se queda —pensó Kaizong—, solo tengo que seguir a su lado.»

Se sabía incapaz de protegerla, pero quería sentirse útil, no solo para formar parte del insondable plan de Mimi, sino también para recuperar esa sensación de pertenencia que ya no recordaba cuándo había perdido y, sobre todo, sentir la indescriptible vitalidad que irradiaba la joven y que le hacía sentir muy vivo. Se quedaba por voluntad propia, no para contentar a nadie. Unos ladridos resonaron en el exterior y se mezclaron con el ruido de la tormenta. Los perros chipeados de la chabola empezaron a ladrar rabiosos al unísono.

—Están aquí.

La amabilidad abandonó por completo a Mimi. La chica cerró los puños como una fiera guerrera y la rabia se apoderó de su mirada.

El lacayo que corría junto a Luo Jincheng estaba obcecado por mantener colocado el paraguas. El viento no dejaba de darle la vuelta una y otra vez. Al final, Luo se hartó de la situación y le gritó al joven para que cesase en su empeño. El paraguas negro se elevó por los aires, giró y rodó como si de un murciélago gigante se tratase y luego se perdió en la oscuridad.

Los coches se habían quedado atascados por el barrizal poco después de entrar en la aldea Nansha. Luo Jincheng, con la cadena que sujetaba al navajero en la mano, guio a pie a veinte de sus más fieles sicarios para desafiar la furia del tifón Wutip y buscar aquel último punto resplandeciente de la proyección de Tigre Firme. Podría haber acaudillado a muchos más, pero la desconexión repentina de la red le impedía ponerse en contacto con ellos. No le gustaba nada, pero no le quedaba alternativa.

Allanaron todas las chabolas que encontraron por el camino entre insultos, amenazas y palizas... Todo lo que estuviera en su mano para encontrar a la residual.

Los perros chipeados no dejaban de ladrar con rabia, con un ritmo acompasado que bajo la tormenta era comparable al batir de las alas de una mariposa, un redoble de tambor antes del truco final.

Luo Jincheng levantó una mano para indicarles a los demás que se reunieran a su alrededor. Ya no tenían por qué peinar las demás chabolas. Tenía frente a sí a la mujer a quien buscaban. En la oscuridad y bajo la lluvia, parecía tan pequeña que daba la impresión de que una ráfaga de viento pudiese romperla o llevársela volando. Al principio, los residuales de las chabolas contiguas contemplaron la escena con cautela, pero salieron poco a poco de sus hogares y se colocaron detrás de Mimi. Sus rostros reflejaban determinación y rabia, y los accesorios electrónicos de sus cuerpos brillaban tenues debido a los cortocircuitos que había provocado la lluvia. Se quedaron mirando a Luo y a sus hombres como estatuas, y las prótesis de sus cuerpos relucieron con un

aspecto burdo. Eran como un volcán durmiente cargado de energía que esperase el momento adecuado para entrar en erupción.

—No nos malinterpretes, por favor. No hemos venido a causar problemas. —Luo Jincheng se enjugó la lluvia de la cara y dejó al descubierto una generosa sonrisa—. Hemos venido a disculparnos.

Un murmullo breve y confuso se elevó entre las filas de los residuales, pero el gesto de Mimi no cambió ni un ápice. Kaizong estaba junto a ella y fulminaba a Luo con la mirada.

Se oyó el repiqueteo de una cadena metálica. Luo le propinó una fuerte patada al navajero, quien, desnudo y empapado, se arrastró por el barro entre los dos bandos. Echó un vistazo a su alrededor con gesto confundido y volvió a arrastrarse a duras penas en busca del consuelo de su dueño, pero Luo le dio una patada aún más fuerte en las costillas. El joven gritó y se apartó unos metros antes de hacerse un ovillo en el suelo.

—Este es el maltratador de Mimi. Os lo ofrezco para que hagáis con él lo que queráis.

Nadie sabía lo que Luo Jincheng planeaba en realidad.

—Pero me gustaría pedirnos algo. —El hombre echó un vistazo alrededor para mirar la multitud de residuales—. La noche en la que el navajero cometió el crimen, dos de mis hombres murieron en terribles circunstancias en la playa de Custodio de Marea. Todo hace indicar que solo había otra persona en el escenario del crimen.

Luo se inclinó ante Mimi con gesto caballeroso y levantó el brazo izquierdo, como si le pidiese algo por favor.

—Mimi, ¿podrías decirnos a mí y a todos los presentes quién fue el asesino?

Kaizong sintió que el cuerpo de Mimi se tensaba y su gesto cambiaba ligeramente.



—También me gustaría saber si Mimi podría acompañarme a la comisaría para ayudar con la investigación.

—¡Ni de broma!

Kaizong dio un paso al frente y se interpuso entre Mimi y Luo. Todos los residuales se enjugaron la lluvia y la rabia volvió a reflejarse en su gesto. Todos habían oído demasiadas historias similares de «cooperación» con la policía, y todas tenían un final trágico.

—¡Menudo héroe! —Luo Jincheng aplaudió con sarcasmo—. ¡Un oriundo de Isla de Silicio que se preocupa por los residuales! ¡Un estadounidense que sacrifica un ojo para proteger a los chinos! Chen Kaizong, la verdad es que admiro tu lealtad por TerraGreen Recycling. ¿Serías tan amable de contarnos a cuánto asciende la bonificación que recibiríais tu jefe y tú por firmar este trato? Demasiadas molestias os tomáis para llevaros a Mimi a Estados Unidos.

—No sé de qué me hablas —adujo Kaizong—. Yo no encasillo a la gente, como tú. Para mí, todos los hombres y mujeres son iguales.

—Claro, seguro que los estadounidenses piensan así cuando tratan al resto del mundo como su vertedero particular.

—Cada uno recoge lo que siembra. —Kaizong fulminó a Luo con la mirada—. Tarde o temprano.

Luo Jincheng sonrió y agitó la mano con decisión.

—Como las negociaciones han fracasado, me veo obligado a recurrir a la violencia. Recordadlo todos: quiero a Mimi viva y que el estadounidense no resulte herido..., o no mucho, al menos.

Unas películas corporales de varios colores se iluminaron en los cuerpos de los matones de Luo. Las camisetas de licra ceñidas e impermeables que se estiraban debido a sus implantes musculares hacían que los patrones luminosos pareciesen sellos grabados en su piel y sus extremidades. Los

accesorios electrónicos de metal que llevaban en las manos y en los brazos resplandecieron y chisporrotearon al viento mientras los entrechocaban. El grupo de camorristas les dedicó una sonrisa voraz y avanzó despacio hacia los residuales.

Kaizong cogió a Mimi y la arrastró a un lugar seguro detrás de la multitud. Sintió cómo la chica intentaba zafarse, pero la sostuvo con firmeza. No importaba la fuerza que hubiese demostrado en el pasado, aún no se había recuperado del esfuerzo provocado por el viaje a Shantou y su cuerpo era el de una simple mortal. Necesitaba que la protegiesen, pero por allí no había ningún superhéroe.

Las prótesis de segunda mano de los residuales no eran rivales para el equipo de calidad que llevaban los matones de Luo. Dao Lan se abalanzó hacia ellos con el cuchillo con forma de espina de pez alzado, pero los camorristas la agarraron por los brazos y piernas, y uno de esos hombres fosforescentes le quitó el arma y la apuñaló con ella en el pecho. La sangre rezumó, se mezcló con la lluvia y manchó su rostro agonizante.

Se oyó el sonido quedo de los cuerpos al chocar en la oscuridad de la noche. Los matones de Luo ajustaron los implantes de los músculos a la máxima potencia, y las prótesis crecieron de forma desproporcionada, como si les hubiesen realizado mal una operación de cirugía estética. Se abalanzaron contra las filas de residuales, les rompieron las extremidades y les arrancaron las prótesis. Entre la muchedumbre, los residuales heridos quedaban lánguidos como bolsas de basura, con agujeros en sus cuerpos por los que asomaban vísceras de un blanco turbio. Otros quedaban empalados en prominencias afiladas cuando los camorristas de Luo los lanzaban sin piedad a un lado. A otros les retorcían el cuello, y otros intentaban que sus entrañas no se escapasen de sus cuerpos desgarrados mientras aullaban con desesperación al

impávido cielo, aullidos que no tardaban en quedar ahogados por los rugidos del viento.

Los nobles vencedores exhibieron sus cascarones mejorados y pisotearon los cuerpos de los humildes vencidos. Acto seguido se acercaron de manera paulatina a la última de sus presas, la residual llamada Mimi. La furiosa tormenta limpió la sangre del suelo, y unos riachuelos carmesíes se unieron y fluyeron hacia el mar. El colérico viento agitó todas las cosas que estaban clavadas al suelo con la intención de romperlas, destrozarlas y desperdigarlas por los aires hasta que esos productos de la civilización, que se jactaban de su sofisticación y vigor, quedasen hechos añicos y enterrados, donde titilarían en silencio a la espera del siguiente ciclo de vida.

Las caras de los matones ya no reflejaban ninguna clase de orgullo o dignidad, ninguna meta o intención, ni siquiera disfrute. Lo único que quedaba en ellas era el rastro del acto mecánico y repetitivo del asesinato.

Nadie se proclamaría ganador de ese juego.

Mimi intentó alcanzar con su conciencia el exoesqueleto robótico que estaba oculto en el cobertizo, para así repetir el milagro que había realizado aquella lejana noche lluviosa. Pero no fue capaz.

Quizá se debía a que la mezcla de fructosa aún no había repuesto todo el ATP que había consumido durante el agotador viaje a Shantou, o acaso los gritos la distraían, pero se resistía a aceptar la explicación más probable: que solo podía echar a volar su conciencia, entrar en el sistema por control remoto de la armadura de batalla sin la ayuda de ninguna clase de conexión inalámbrica y convertirse en *Mimi-mecha* cuando estaba al borde de la muerte.

Aquello se parecía a los sacrificios que se afanaban por aferrarse a la vida

en la palirromancia: cuanto más cerca estaban de la muerte, más cerca estaban también de los espíritus. Se escudó de las inferencias del mundo exterior. Los gritos de los moribundos se volvieron tenues y distantes, como si se hubiese interpuesto entre ellos una pared. Mimi volvió a concentrar toda su energía, como si buscase una vela en una noche interminable. Tenía el rostro pálido, la piel sudada y los espasmos contraían los músculos de todo su cuerpo. No lo consiguió.

«Mimi.»

Le pareció oír que alguien le susurraba entre la lluvia.

«Mimi.»

La voz sonó más cerca. Dejó de escudarse.

«Mimi.»

El nombre resonó como un trueno detrás de ella y se extendió hasta convertirse en un rugido grave, profundo e ininterrumpido. Mimi se dio la vuelta, sorprendida, y vio a Kaizong gritando su nombre a una cámara lenta exagerada, vio cómo los músculos faciales se le retorcían y deformaban como si fuesen semisólidos. Detrás de él, los matones de Luo estaban cubiertos de sangre y brincaban y corrían también a cámara lenta. Los patrones fosforescentes de sus cuerpos dejaban rastros en el aire, como si fuese un diluvio solidificado que se dirigiera hacia ella.

Kaizong trató de detenerlos con su cuerpo, pero un brazo deformado y abultado le dio un golpe, lo lanzó por los aires y le hizo volar por encima de la multitud antes de caer sobre una pila de residuos electrónicos. El montículo se derrumbó, y él quedó enterrado debajo.

Las bestias no se detuvieron y fueron directas a por Mimi. Casi era capaz de oler el hedor que emanaba de sus bocas. Las gafas de realidad aumentada que llevaba puestas se encendieron.

La conciencia de Mimi salió despedida como una corriente al romperse una

presa. Toda la energía reprimida y contenida se liberó al mismo tiempo, y el gozo de saberse libre abarcó toda su realidad. Sabía que Nube.Anárquica lo había conseguido.

«Trato hecho.»

Sonrió y, en cuestión de milisegundos, consiguió conectarse al dios de la guerra metálico de la playa de Custodio de Marea.

«Ha llegado la hora.»

El cobertizo estalló y Mimi-*mecha* salió de él. Unos restos de metal retorcido saltaron en todas direcciones y algunos cercenaron los miembros de esos hombres fosforescentes que se movían tan despacio, miembros que quedaron suspendidos por los aires y luego se quedaron clavados en el suelo. Mimi aún no se había acostumbrado al peso de la gigantesca máquina y el impulso hizo que se lanzara sobre algunos matones y los pisoteara. Perdió el equilibrio y cayó despacio como un árbol recién talado sobre otro de los camorristas que yacía tumbado en el suelo, paralizado por el terror. Mimi trató de sostenerse en los brazos metálicos, pero terminó por aplastar la mitad del cráneo y uno de los brazos del hombre.

La horda voraz se quedó estupefacta al ver cómo aquel nuevo invasor había irrumpido en mitad de sus filas, pero no fue suficiente para aplacar la rabia asesina de los matones. Intentaron rodear la mole metálica que era Mimi-*mecha* y así descubrir alguna debilidad. La experiencia les decía que un robot tan gigantesco tenía que ser lento y torpe.

Se equivocaban.

Mimi-*mecha* extendió los filos supersónicos que tenía ocultos en los brazos. Las hojas, que vibraban a una velocidad de cuarenta mil veces por segundo cortaban los enlaces moleculares sin resistencia alguna y, al mismo tiempo, el intenso calor cauterizaba las heridas. Eran auténticas armas que mataban sin derramar una gota de sangre. El robot bailó con gracia, como un torno

rotatorio que se moviese al ritmo sincopado de una melodía de jazz. Las gotas de lluvia se convertían en vapor al tocar los filos, y todo el que intentaba acercarse a Mimi se llevaba un bonito recuerdo: un muñón cauterizado y limpio como un espejo del que emanaba un ligero aroma a carne quemada.

SBT no tardaría en ganar muchos nuevos consumidores para sus prótesis.

Mimi echó un vistazo alrededor. No vio a Luo Jincheng entre los que salían huyendo, pero sí vio otra cosa: al navajero hecho un ovillo en un rincón oscuro. Mimi-*mecha* dio un salto hasta él y levantó la cadena que el hombre tenía enganchada al aro de la nariz. Disfrutó del chasquido del cartílago al romperse así como de los gritos bestiales del hombre. El rostro del navajero quedó desfigurado por el terror y se volvió irreconocible. Las lágrimas y las mucosidades salpicaban a su alrededor. Forcejeó para apartarse, pero no consiguió ejercer mucha fuerza. Terminó por perder el control de los esfínteres y las oscuras heces empezaron a derramársele por los muslos.

Asqueada, Mimi levantó el brazo derecho. Estaba a punto de ensartarlo y partirlo a la mitad como un carnicero que corta el cadáver de un cerdo.

«No lo mates», dijo Mimi 1.

«¿Por qué no?», respondió con rabia Mimi 0. Se sobresaltó al darse cuenta de lo cerca que había estado de convertirse sin querer en la otra Mimi, como un pulpo que cambia sin cesar el color de su cuerpo para ajustarse a la imagen del espejo.

«Resérvalo para alguien que tenga más ganas de matarlo que tú.»

Mimi-*mecha* soltó al navajero como si fuese una bolsa de basura, le pasó la cadena dos veces alrededor del cuello y lo fijó a una cañería. Luego salió de la carcasa de metal y dejó su espíritu flotando frente a él. Como la palma con la que Buda había encerrado al Rey Mono, el guardián inanimado se encargaría de que el navajero no se atreviese a escapar.

Todo había quedado en ruinas a su alrededor. El tifón había conspirado con

el mal que albergaban los corazones de los hombres para completar ese sacrificio ritual. Pero luego se habían dado cuenta de que el espíritu codicioso que habían invocado era una fuerza incontrolable dispuesta a destruirlos.

Mimi se acercó para ayudar a un hombre herido que había perdido los dos brazos. Verlo tan dolorido activó sus neuronas espejo y empatizó con él. El dolor y la desesperación abotargaron su conciencia y le empezó a costar respirar. Se conectó a la red temblando y llamó a los residuales para pedir ayuda.

Se acercó al montículo de basura y empezó a tirar todo por los aires como si se hubiese vuelto loca para encontrar a Kaizong. Lo consiguió, al fin. Estaba tumbado y sus heridas no parecían graves. Mimi lo llamó varias veces hasta que el hombre abrió los ojos despacio. La chica lloró de alegría a pesar de la mano de hierro con la que otra conciencia refrenaba sus emociones. Sostuvo la cara llena de barro de Kaizong y le dio un gran beso en los labios.

Kaizong sintió un vahído y levantó la vista hacia el firmamento. Unas tenues luces rojas y púrpuras titilaban detrás de las nubes como si estuviese soñando. Era incapaz de creer todo lo que acababa de ocurrir y lo que aún ocurría a su alrededor. Quizá todo fuese una alucinación que alguna fuerza extraña había introducido a la fuerza en su mente.

Scott se subió a horcajadas a la Ducati y contempló cómo la tormenta emborronaba la aldea Nansha en la distancia.

Las gotas frías parecían más oscuras que la noche a través de sus gafas de visión nocturna. El viento mecía aquellas líneas negras e inclinadas en la negrura, y de las chabolas de la aldea emanaba un calor que les dibujaba un contorno blanco. Acababa de terminar el brutal enfrentamiento, y la lluvia se llevaba consigo el calor residual de la sangre y de las extremidades

cercenadas, que se enfriarían y apagarían hasta confundirse con el paisaje, inmóviles.

«Todavía no ha llegado el momento.» Scott se alegró por haber sido tan previsor como para no ir allí en coche. Vio las burdas cajas de metal que flotaban en el agua, donde las impulsaban unas olas que se convertían en fuertes remolinos. Algunos coches estaban enterrados en el cenagal en el que se habían convertido las carreteras de tierra, y otros seguían atrapados bajo los troncos y ramas de los árboles arrancados por el tifón. Pero el veloz escarabajo de metal que conducía Scott podía abrirse paso con facilidad por el terreno anegado, por lo que dio la vuelta y empezó a recorrer los estrechos segmentos de carretera al tiempo que evitaba postes derrumbados y subía por cuestas a toda velocidad.

Vio un perro nadando desesperado en el agua.

El terreno de Isla de Silicio se parecía a la caldera irregular de un volcán extinto pero con una pendiente menos pronunciada. En aquel momento, Scott se encontraba en la parte alta del borde. Desde allí, la tierra descendía hasta la zona de procesamiento de residuos electrónicos, que se extendía hasta llegar al mar. Al otro lado se encontraba la depresión en la que vivían la mayor parte de los habitantes de Ciudad Isla de Silicio.

Los antiguos constructores habían creado un elaborado sistema de zanjas de drenaje para evitar las inundaciones, un problema que era muy común en las regiones azotadas por el monzón de clima subtropical y marítimo. El sistema de zanjas aterrazadas se aprovechaba de la gravedad para sobreponerse a las condiciones adversas de la naturaleza. Aun así, habían pasado cien años y la civilización había transformado el mundo de maneras inimaginables para los constructores: el suelo había quedado emponzoñado, salinizado y desertizado, por lo que las zanjas se habían derrumbado, quedado obstruidas o usado para los baños de ácido. La lluvia rebosante ya no se desviaba, y las corrientes



cada vez mayores amenazan con devorar y destruirlo todo, como si fuesen bestias desatadas.

«Ni el *fengshui* podrá salvaros de esta.»

Scott vio cómo el nivel de agua empezaba a subir en Ciudad Isla de Silicio. Al despertar, muchos ciudadanos descubrieron que la inundación había llegado a sus casas: tenían las camas empapadas, los cables chisporroteaban debido a los cortocircuitos, la red se había desconectado y no había manera de pedir ayuda. Los llantos aterrorizados de los bebés se entremezclaban con los ladridos de los perros. Las casas anegadas se derrumbaban a causa del incesante vendaval y caían al agua. En el exterior, la lluvia fría no dejaba de azotar sin el menor indicio de que fuera a amainar.

Algunos ni siquiera tuvieron la oportunidad de llegar a despertarse.

Scott se quedó paralizado como una estatua. El tenue haz de luz del faro pasó junto a él y cinceló sus angulosas facciones entre luces y sombras. Metió la mano de manera inconsciente en la mochila impermeable para asegurarse de que tenía los dos obsequios de Flor de Tusílago y solo se sintió aliviado cuando tocó el duro material con los dedos. Una llamarada de un azul pálido se elevó desde la cima del edificio más alto de Isla de Silicio y el arco de luz menguante que emanaba de ella iluminó la silueta de una figura en apuros que se encontraba cerca de Scott.

«El fuego de San Telmo.»

Scott se fijó mejor en la figura y esbozó una sonrisa impertérrita. Era Luo Jincheng.

Examinó todas las rutas disponibles. No pensaba caer en el mismo error estúpido que Luo Jincheng acababa de cometer. Luo se dirigiría aterrorizado y en línea recta hacia su casa, como un perro que cae presa del pánico.

Scott, de pie en aquel lugar elevado desde el que lo veía todo, descubrió

que unas aguas muy turbulentas bloqueaban un poco más adelante el camino por el que avanzaba Luo.

—¡Se está inundando!

Mimi estaba sentada en el suelo y apoyada contra la cama. A su lado estaba Kaizong, medio arrodillado y tan débil como ella. Sostenía las manos frías y temblorosas de la chica. De los auriculares de las gafas de realidad aumentada surgía la cacofonía de las conversaciones de la red satelital temporal que había creado Nube.Anárquica para los residuales.

—¡Justicia divina!

—Sin duda. Ojalá se ahoguen todos.

—Vayamos a verlos morir.

—... verlos morir...

—... verlos... morir...

—... morir...

—...

La ruidosa cháchara cargada de rabia resonaba en sus tímpanos. Las voces se superponían y entremezclaban para dar lugar a una melodía violenta, estruendosa y atonal. Se oyó de repente la voz de una chica, que las interrumpió con un sonido similar al de una aguja al caer al suelo, y se quedaron en silencio.

—Pero las ambulancias tampoco podrán llegar aquí —dijo.

La minoría que antes se había quedado en silencio empezó a opinar.

—Han enviado a la policía a Shantou para perseguir a los prisioneros

fugados y rescatar a las víctimas de los accidentes de tráfico.

—Somos los culpables.

Nadie dijo nada. Nadie quería admitir que era un asesino, aunque fuese de manera indirecta.

—Es un desastre natural completamente impredecible. No somos los culpables.

—¿Qué diferencia hay entre dejarlos morir y asesinarlos?

—¡La diferencia es la sangre de tus manos, imbécil!

—La sangre ya ha manchado nuestro nombre y empapado nuestras almas. Nuestros hijos serán la desgraciada progenie de unos asesinos.

—Nuestros hijos sufrirán de todos modos. No olvides que somos residuales.

—Pero ¡no podemos considerarnos residuales! Somos seres humanos. ¡Somos personas! No somos diferentes de ellos.

—¡Cierra la puta boca! Ve allí si quieres morir, porque nadie te detendrá, pero ahórrate las lecciones morales.

—¿Os habéis olvidado de que el clan Luo intentó matarnos? ¿Queréis rescatar a esos animales? ¿A esa escoria?

—¡Es que no te oyes! Tu manera de pensar sí que es un residuo. Ni siquiera eres capaz de diferenciar entre el clan Luo e Isla de Silicio.

Mimi estaba pálida. La demanda incesante de energía la había dejado al borde del desmayo. El autoinyector soltó las últimas gotas de fructosa en sus venas. No le quedaba energía ni para levantar la voz.

—Silencio —susurró—. Silencio todos.

Las voces agudas, titubeantes y ordinarias callaron.

—¿Recordáis lo que ocurrió en Shantou? Nadie discutió. Nadie dudó. Todos tomasteis juntos una decisión en un momento y avanzasteis en la misma

dirección. No sé si fue la decisión correcta o la equivocada, pero sí que creo que todos la aceptasteis junto con sus consecuencias...

«¿Estás segura de esto?», preguntó Mimi 0. Unas imágenes en sepia se reprodujeron en su mente: las miradas llenas de desprecio de los oriundos de Isla de Silicio, el miedo de los residuales arrodillados a sus pies, el maltrato del navajero, el rostro frío y cruel de Luo Jincheng. Se estremeció, y una repulsión psicológica se disolvió en su sangre junto con las sustancias químicas. Era algo más que rabia.

«A menos que tengas una solución mejor —dijo Mimi 1—. Sé que no quieres salvarlos.»

«Si das la orden, ellos los salvarán. Te adoran como si fueses una diosa —espetó Mimi 0—. Todos esos hermanos y hermanas han sangrado y muerto para protegerme, y sus cuerpos y extremidades aún están desperdigados por el barro, la lluvia y el viento junto a las pilas de basura. Ni siquiera tuve ocasión de saber cómo se llamaban. Y míranos, discutiendo sobre si deberíamos salvar a las familias de los asesinos.»

«No es mi estilo. —Mimi 1 rio entre dientes con frialdad. El cuero cabelludo de Mimi 0 se puso tenso—. No lo olvides: una diosa siempre tiene dos caras.»

«¿A qué viene todo esto? ¿Los mataste y ahora quieres salvarlos?» Mimi 0 empezó a inquietarse y consumió aún más energía. Los límites de su visión empezaron a deformarse y emborronarse, y aparecieron unas tenues líneas rosadas.

«Yo no tengo la culpa, cariño. Han sido ellos. —Le dio la impresión de que Mimi 1 agitaba la cabeza, o quizá sintiera que el mundo se mecía ante sus ojos—. Si te lo planteas desde el punto de vista adecuado, comprobarás que no solo estoy salvando a los oriundos de Isla de Silicio, sino también a los residuales.»

—Votemos.

Apareció un círculo gris en la visión de Mimi y, en su interior, dos formas similares a porciones de tarta, una roja y la otra azul. Ambas porciones empezaron a crecer poco a poco. Era difícil adivinar cuál de ellas era mayor. Las dos partes, que terminaron por convertirse en un semicírculo, se tocaron al fin. La línea divisoria vibró como si ambas estuviesen enzarzadas en una feroz pelea. Todos esperaban la decisión final. La mitad azul terminó por adelantarse un poco y comerse una pequeña cuña de la parte roja.

—Los salvaremos —anunció Mimi. Oyó una algarabía a su alrededor, mezclada con alguna que otra queja. A pesar de ello, también fue capaz de distinguir cómo los que se quejaban soltaban un suspiro de alivio. Las excusas ya no serían más que obstáculos insignificantes para el colectivo, y los planes y acciones se realizarían de manera eficiente. Todos habían tomado una decisión.

Los residuales se organizaron. Empezaron a unir desperdicios de silicona de baja densidad para formar botes salvavidas, a buscar manojos de fibra óptica plástica que hacían las veces de cuerdas de seguridad, convirtieron pieles artificiales translúcidas e impermeables y bombillas led en luces de emergencia. Los residuales se dividieron en grupos y recorrieron las principales carreteras de Ciudad Isla de Silicio en busca de supervivientes atrapados para luego buscarles refugio en las zonas más altas, lejos de los remolinos turbulentos y las corrientes submarinas, y mantenerse en contacto con ellos gracias a las gafas de realidad aumentada. También tenían la esperanza de encontrar un camino abierto para que las ambulancias pudiesen llegar a la aldea Nansha, donde decenas de residuales heridos de gravedad necesitaban atención médica.

Solo Li Wen se quedó donde estaba, con el gesto rígido como el metal. Su

odio por los oriundos de Isla de Silicio era tan profundo que una mera votación no había conseguido hacerle cambiar de idea.

—Hermano Wen —llamó Mimi—. Sé que tu corazón atribulado se aflige por algún motivo. Piensa que no solo estamos salvando vidas, sino que también vamos a abrir las almas de los oriundos de Isla de Silicio. Si nos dejásemos llevar por el odio, ello equivaldría a dejarles ganar. Tenemos que demostrar que no somos tóxicos ni parásitos, que somos tan humanos como ellos, que reímos, lloramos, nos entristecemos y empatizamos. Tenemos que hacerles ver que somos capaces de arriesgar nuestras vidas para rescatarlos. Necesitamos tenderles la mano para ver cómo responden.

Las comisuras de los labios de Li Wen empezaron a temblar, como si se afanase por reprimir las emociones que afloraban en él. Gruñó.

—Mataron a mi hermana.

—Lo sé. Siempre lo he sabido. —Mimi puso las manos en los hombros temblorosos de Li Wen—. Guardaste una copia del vídeo en tus gafas. La ocultaste en la parte más profunda del directorio raíz y la encriptaste para olvidarte de ella...

—Pero no he sido capaz de olvidarlo ni un segundo.

Los labios de Li Wen empezaron a temblar con vehemencia y empezaron a caerle lágrimas de los ojos.

—Chis, chis. —Mimi le sostuvo la cabeza y lo acarició como si fuese un bebé. Luego acercó los labios a la oreja de Li Wen y susurró—: Te entiendo. Lo sé todo. Es demasiado tarde para salvar a tu hermana, pero aún puedes asegurarte de que las hermanas y los hijos de los demás no sufran el mismo destino. ¿Crees que algo así podría librarte de tu carga?

Li Wen levantó la mirada llena de lágrimas y se quedó mirando con fijeza a Mimi por unos segundos.

—Ve a buscar el *mecha*. Tiene las respuestas que buscas —dijo ella—. Ya

puedes controlarlo directamente.

Kaizong vio a Mimi murmurar para sí. A pesar de que no era capaz de ver ni oír lo mismo que ella, llegó a deducir cómo iban las cosas gracias a sus palabras. Kaizong tenía sentimientos encontrados. No sabía si alegrarse por este atisbo de reconciliación o lamentarse porque ya era tarde para solucionar nada.

Vio cómo Li Wen se derrumbaba entre sollozos, y luego cómo Mimi rezaba en voz baja, como una Virgen María, y le ponía unas gafas de realidad aumentada. Vio la tenue luz del reflejo de las imágenes en el rostro de Li Wen. Poco a poco, el hombre se envaró, como si hubiera mirado la cara de Medusa y se hubiera convertido en piedra.

Mimi volvió a susurrar en la oreja de Li Wen, que se levantó y salió corriendo por la puerta bajo la lluvia.

—¿Qué ha visto? —preguntó Kaizong—. ¿Por qué se ha puesto así?

Mimi había recuperado un poco de su rubor. Miró a Kaizong y le acarició con suavidad el ojo derecho. Él lo cerró por instinto y disfrutó de aquel roce tan suave y gentil.

—Ya verás —dijo Mimi en voz baja—. Con el ojo bueno.

El ojo derecho de Kaizong vio una explosión de luz blanca que luego se dispersó en rayos de varios colores tan ricos y variados que excedían la suma de todas sus experiencias visuales anteriores. Los coloridos haces parecían salir de algún punto perdido en el infinito del centro de su campo visual e ir directos hacia él, lo que le causó un vértigo propio de los vuelos a gran velocidad. Poco después, los rayos se detuvieron, cambiaron de dirección y se dirigieron hacia el centro, donde formaron un cono de luz cuya punta señalaba



directamente hacia su ojo, como si intentase perforarle la pupila hasta insuflarle en el cráneo aquella infinidad.

El mundo reflejado en el ojo de Kaizong se expandió a una velocidad increíble. Todo se alejaba hacia el infinito, a miles de años luz de distancia. Su conciencia se condensó en una pequeña mota de polvo interestelar que flotaba en un espacio-tiempo sin límites. Sintió una sensación de grandeza que excedía cualquier experiencia conocida. Era algo sagrado y sublime, pero sin el más mínimo atisbo de miedo ni opresión. Era como volver a un núcleo cálido, a un útero anterior a cualquier era, al origen del universo. Era una deidad a la que nunca había venerado.

Le dieron ganas de llorar, pero fue incapaz. Cada centímetro de su piel parecía haber quedado liberado de su sistema nervioso autónomo y no dejaba de temblar.

El cono de luz se dispersó, y los coloridos rayos se encogieron hasta crear puntos que, como si fueran niebla o arena, se clavaron en su retina artificial y formaron miles de millones de pequeñas y densas ondulaciones del color del arcoíris. Los puntos de luz no se detuvieron. Atravesaron su nervio óptico e intentaron perforar su corteza. Kaizong sintió ligeros espasmos de dolor acompañados de un placer innegable, como si eyaculara. El subconsciente le hizo estar a punto de taparse el ojo con la mano para evitar esa vergüenza que sentía y que era producto de la civilización.

—¿Qué ves? —preguntó Mimi con una sonrisa. Le sostuvo la mano con indecisión.

—Veo... —Se le agitó el pecho—. Es como si... —Se afaná por encontrar las palabras adecuadas, pero se rindió al ver que era inútil. Luego la miró con los ojos enrojecidos e hinchados a causa de las lágrimas—. Creo que lo he entendido.

El módulo de red preinstalado en el Cíclope VII se activó. Kaizong se

conectó a la red compartida de los residuales.

—¡Bienvenido, bienvenido! —Le dio la impresión de oír las voces a través de sus oídos y su cerebro al mismo tiempo, cerca y lejos. Era como si la sensibilidad de su corteza visual hubiese mejorado mucho y empezado a crear efectos sinestésicos—. Ya eres uno de los nuestros.

Kaizong vio Isla de Silicio azotada por el tifón, una imagen con la que no estaba familiarizado: las calles se habían convertido en canales sinuosos por los que discurría el agua de la inundación; los coches flotaban como botes y se agitaban por las aguas mientras se chocaban entre sí y avanzaban por la lenta corriente; los tejados negros de las casas sobresalían de la superficie como arrecifes para desintegrarse y derrumbarse hacia las profundidades; solo se veían las copas de los árboles que quedaban en pie, donde niños desnudos se aferraban a las ramas con la mirada cargada de miedo, como murciélagos de alguna especie tropical; el viento azotaba con fuerza y daba la impresión de que sacudía el mundo entero; escombros de todo tipo salían despedidos por los aires como aves asustadas entre los destellos de las luces de emergencia.

Todo estaba acompañado por voces cantarinas, como las de un coro infantil. En la oscuridad de la noche, el sonido lastimero era como el de un cuchillo que va arañando los nervios centímetro a centímetro. Sabía que era una alucinación acústica.

Vio que una mano se extendía para agarrarse a una de las ramas y afianzar el bote salvavidas. Luego, se extendieron varios brazos más para ayudar a bajar a los niños de los árboles.

La melodía del coro adquirió un tono más amable.

Alguien tiró unos neumáticos de los que sobresalía una cuerda hacia los que se ahogaban en el agua. Algunos saltaron y nadaron en busca de los ancianos y las mujeres que estaban a punto de abandonarse a la corriente. Otros se dedicaron a quitar los escombros que obstruían las aberturas de los sistemas

de drenaje. Unos cables arrancados chisporroteaban sobre sus cabezas mientras varias películas corporales se iluminaban a lo largo de las corrientes de agua y remolinos y las marcaban bajo el agua. Los botes salvavidas no dejaban de ir de un lado a otro con personas que habían quedado atrapadas y las llevaban a refugios más seguros, como escuelas bien edificadas o edificios públicos.

Los semblantes de los oriundos de Isla de Silicio pasaron poco a poco del miedo, el recelo y la sospecha a la gratitud.

—Gracias —dijeron.

—Gracias, gracias a todos —repitieron otros.

Las voces del coro se elevaron para proyectar una armonía nítida y vívida, como si un árbol de cristal se alzase hacia los cielos.

Apareció una figura familiar en una de las imágenes que veía Kaizong: era un hombre rechoncho de mediana edad que estaba en el agua y se aferraba desesperado con una mano a una rama para evitar que lo arrastrase la corriente. Al mirar más de cerca, Kaizong vio que había cierta distancia entre la rama y la mano. Amplió la imagen y observó que tenía un rosario budista envuelto en la muñeca y el otro extremo estaba enganchado en la rama doblada. La delgada cuerda del rosario apenas aguantaba su peso en la corriente.

La imagen le enfocó la cara: empapada, pálida, con unos cabellos despeinados pegados a la frente y un gesto de agotamiento. Luo Jincheng.

Se agitaba sin parar para ponerse en pie a pesar de la corriente, pero el agua le arrastraba las piernas y volvía a tirarlo al suelo una y otra vez. Miró desesperado el rosario, que empezaba a soltarse de la rama, y murmuró una oración que Kaizong no fue capaz de oír.

«¿Salvarlo o dejarlo morir?»

No estaba seguro de si la pregunta se dirigía a los demás o a él mismo, pero

la respuesta no tardó en llegar.

Las personas a través de las que miraba Kaizong tardaron un poco en tomar una decisión, pero el bote salvavidas terminó por acercarse a Luo Jincheng. La configuración del terreno hacía que las corrientes fueran peores que en cualquier otra parte, y les costó mucho mantener el bote a unos pocos metros del hombre. Una mano se extendió hacia el jefe Luo, antaño el amo de Isla de Silicio y cuya vida pendía ahora de las cuentas de madera de un rosario.

Kaizong sonrió en el espacio virtual.

Luo miró la mano que le tendía un residual. Una compleja serie de expresiones se reflejaron en su rostro, como si aquel simple gesto fuera la decisión más difícil que había tomado en su vida.

Bajó la mirada, agitó la cabeza y, al fin, sacó la mano izquierda del agua. Casi al mismo tiempo, las cuentas de ébano del rosario saltaron por los aires. Luo Jincheng había perdido su único punto de apoyo, cayó al agua de cabeza y la fuerza de la corriente se lo tragó como si fuese pasto de una manada de bestias salvajes. Poco después, no quedaba ni rastro de él en la superficie del agua.

Kaizong notó que Mimi le apretaba la mano y le clavaba las uñas en la palma. Sintió aquel dolor como un reflejo de la compleja mezcla de emociones que no era capaz de expresar. Se quedó desorientado por un instante cuando su ojo izquierdo vio la misma imagen que se le transmitía a través de la red inalámbrica y en la que aparecía una alta figura al otro lado de la ventana. Salió de la chabola con una rapidez sobrehumana.

Era su jefe, el gestor del proyecto de TerraGreen Recycling: Scott Brandle.

Li Wen corrió en contra del viento. Su escuálida figura se mecía al esquivar los escombros que le lanzaba el viento. La rabia ardía en su mirada.

Mimi había conseguido sacar a la luz el vídeo que él había guardado bajo llave. Volvió a ver esos colores horribles y esa cámara subjetiva tan mareante. Mimi congeló la imagen, la amplió en la cara angustiada de la chica y pasó el vídeo fotograma a fotograma. El corazón de Li Wen sangró al ver la cara, aquel rostro que no podía borrar de sus recuerdos y que era incapaz de mirar ni por un solo segundo. Mimi se detuvo en un fotograma en concreto que no parecía muy diferente de los demás. Luego amplió la imagen aún más, hasta que apreciaron los iris negros de la chica, dos abismos de desesperación que devoraban toda la luz que los rodeaba. Un programa convirtió la imagen a escala de grises, y los bordes aserrados se suavizaron automáticamente con cada pasada. Unos píxeles de un rojo tenue como el de una herida empezaron a brillar poco a poco.

Li Wen vio con claridad la imagen reflejada en los ojos de su hermana muerta: una llama de un rojo refulgente. La rabia lo dejó petrificado.

No podía perdonarse por haber estado junto a ese hombre tantas veces. Lo había ayudado, resuelto sus problemas, ajustado su película corporal para que mostrase esas llamas. Después de que el navajero hubiese abusado de Mimi de la misma manera en que abusó de su hermana, Li Wen se había centrado en encontrar la manera de aprovecharse del incidente. Nunca se había imaginado que su deseo de venganza pudiera debilitarse y cederle el paso a la insensibilidad debido a la conspiración que lo mantenía ocupado día tras día.

Llegó al fin al lugar donde encontraba la armadura de batalla negra que resistía el embate del viento. A sus pies había una figura acurrucada como un perro humillado.

Li Wen había imaginado una infinidad de veces cómo asesinaría a su enemigo. Se imaginó cortándole el pene y los testículos y metiéndoselos en la boca, rompiéndole todas las extremidades, sacándole los ojos de las cuencas oculares y destruyéndole todos los sentidos para dejarlo vivo con un sistema

de soporte vital que lo hiciera quedarse sumido de por vida en un abismo de oscuridad, silencio y dolor.

Llevaba muchísimo tiempo esperando ese día, pero ahora que había llegado el momento sucumbió a un pánico sin precedentes. Nunca había matado a nadie; al menos, no con sus propias manos. Li Wen se detuvo a propósito. Miró a su alrededor. No había nadie a la vista, solo ruinas barridas por el viento y la lluvia. Quería encontrar el arma apropiada.

Una palanca herrumbrosa. La balanceó un par de veces y dejó varias marcas en el barro. Las salpicaduras parecían sangre al ensuciarlo.

«¡Joder! —maldijo para sí—. Esa escoria mató a tu hermana, maldito cobarde.»

Agitó la palanca por los aires un par de veces más, respiró hondo y avanzó hacia el navajero.

Estaba a cuatro patas en el suelo. La cadena de su cuello estaba tensa, pero extendía el cuerpo como si tratase de escapar de algo. Li Wen le tocó la espalda con la palanca. No reaccionó. Le dio la vuelta al navajero y lo que vio le hizo tambalearse hacia atrás y estuvo a punto de caer al suelo.

El hombre tenía la cadena ceñida al cuello, que ahora era de un color púrpura. Su cara lucía un tono verde oscuro. Tenía los ojos abiertos como platos, la lengua le colgaba de la boca y unas babas le caían sobre el pecho. Entre sus piernas había una mezcla de heces y semen, como la que expulsan los ahorcados. La compresión de la carótida y de las arterias vertebrales le había provocado una muerte cerebral, y todos los fluidos habían salido de su cuerpo cuando los músculos lisos de la parte inferior se habían distendido.

Li Wen tiró la palanca. Se quedó en pie delante del cadáver y se sintió vacío. El viento se detuvo de repente, así como la lluvia, y todo quedó envuelto en una inesperada paz. Desconcertado, levantó la vista al cielo y vio que en la densa capa de nubes había un hueco parecido a un pozo profundo a

través del que se podía observar la luz límpida e infinita del firmamento. Se quedó embelesado con las estrellas, como si buscara el significado de los misterios del cosmos.

El ojo le devolvió la mirada.

Li Wen se estremeció. Sintió como si una extraña energía hubiera caído sobre él a través de aquel hueco estrellado y luego se hubiese expandido por todo el universo. Desapareció el odio y la rabia, y solo quedó un profundo sentimiento de asombro. Cerró los ojos y sintió que la energía le henchía el pecho. En su imaginación, el rostro de su hermana se superpuso al cielo estrellado y titilante. La vio sonreír después de tanto tiempo, como solía hacer.

Li Wen no pudo contener las lágrimas lacerantes que empezaron a derramarse por la cara, como si el hielo del corazón hubiera empezado a derretirse después de tanto tiempo y al fin se sintiera liberado.

Después de que pasara el ojo de la tormenta, el temporal iría a peor.

—¿A qué ha venido, Scott?

—A sacarte de aquí.

—¿Ahora? —Kaizong titubeó—. Pero Mimi está muy débil. Puede que no...

—Deja que le eche un vistazo.

Scott se acercó a Mimi con la mano derecha colgándole a la altura de la cintura. Extendió la izquierda y la colocó sobre la arteria carótida de la chica. Mimi lo miró desorientada, y la expresión de cervatillo desvalido de su rostro atenazó el corazón de Scott. Aun así, no dudó y levantó con la mano derecha un inyector, uno de los regalos de Flor de Tusílogo, lo colocó en el cuello de Mimi y apretó el émbolo.

—¿Qué hace?

Kaizong le dio un golpe a la mano de Scott y le hizo soltar el inyector.

Aterrorizada, Mimi miró con fijeza a Scott e intentó levantarse, pero perdió toda fuerza al momento y cayó en la cama como si fuese un pulpo.

—No te preocupes. Solo es un tranquilizante. Por su seguridad.

—¡Apártese de ella, joder! —Kaizong le dio un empujón—. No me puedo creer que Luo Jincheng haya dicho la verdad, cabrón egoísta.

—Lo siento, Kaizong. —Scott no parecía arrepentido—. El mundo es mucho más complicado de lo que crees. Tal vez te lo explique algún día.

—¡Explíquemelo ahora! O lo hace o no la sacaré de aquí.

Scott agachó la cabeza, como si recapacitase sobre las palabras de Kaizong. Luego soltó un ligero suspiro y, de pronto, le hizo un barrido al intérprete. Kaizong cayó al suelo, y Scott se colocó a horcajadas sobre él y le atenazó el cuello con una mano recia. Kaizong forcejeó, pero fue incapaz de hacer nada contra el robusto agarre de Scott, que parecía tener la fuerza de un brazo robótico.

La cara de Kaizong enrojeció. Empezó a proferir unos gorjeos y balbuceos. La fuerza abandonaba sus extremidades, y sus brazos lánguidos golpearon a Scott como si fueran unos tentáculos gomosos antes de caer al suelo.

Luego dejó de moverse. Sus ojos parecían perlas de agua dulce que hubieran quedado cubiertas por una capa de condensación.

Scott le soltó el cuello a Kaizong. Evitó la mirada perdida del hombre y volvió a disculparse. Luego cogió el cuerpo inmóvil de Mimi, salió de la chabola y la colocó sobre el asiento de la Ducati, delante de él. Encendió el motor de la motocicleta, y las ruedas dejaron un surco muy profundo en el barro que se extendió hacia un futuro incierto.



«Es un sueño —pensó Mimi—. Esto no es real.»

Pero ¿qué sueño podía compararse a las locuras que estaba viendo?

Se vio a sí misma caminando hacia el mar. El agua se dividió y abrió un sendero a la mitad, por donde ella empezó a caminar entre las dos paredes gigantescas del cañón de agua que medía cientos de metros de alto y solo dejaba entrever el cielo a través de una estrecha hendidura. El color de cada una de las paredes se volvía más oscuro en la parte baja, e iba de un azul cerúleo a un verde fuerte que casi podía considerarse negro. El cañón se extendía hasta el infinito y emitía patrones luminiscentes que pasaban junto a ella como si se encontrara en un túnel de alta velocidad. La sorpresa era mayor a cada paso que daba. La parte central del cañón no era el único camino: había numerosos senderos secundarios que se abrían en las paredes, serpenteaban hacia la oscuridad y quizá ocultaban terrores desconocidos. Mimi no quería quedarse rezagada, por lo que se limitó a dedicarles un breve vistazo.

El cañón parecía no tener fin, hasta que se vio a sí misma acercándose poco a poco desde la dirección contraria, como si delante tuviese un espejo.

Pero sabía que no se trataba de un espejo.

La dos Mimi se miraron la una a la otra con gesto adusto, como si trataran de anticipar los movimientos de su contrincante. Una de ellas terminó por esbozar una sonrisa artera.

—¿De verdad quieres que sigamos fingiendo? —le preguntó—. Supongo que ha quedado claro que nuestras neuronas espejo no están reprimidas del todo.

Mimi comprobó al fin que la chica que tenía delante era Mimi 1 y que ella, como no podía ser de otra manera, era Mimi 0.

—¿Podrías haberlo detenido! —la acusó Mimi 0.

—Lo siento, cariño. Estaba muy débil. Además... tu noviete me distrajo.

—¡Cállate!

—Ha empleado un tranquilizante del ejército que ha conseguido abrirse paso muy rápido a través de la barrera hematoencefálica. Solo me ha dado tiempo de proteger unas pocas conexiones sinápticas para mantener el núcleo de tu conciencia antes de que tu frágil cuerpo humano quedara inerte.

—¿Qué más puedes hacer? ¿Qué quiere de mí ese extranjero?

—Ya he acelerado el metabolismo de tu cerebro con la esperanza de despertar más regiones poco a poco. Pero, como bien sabes, el ATP escasea. Estamos poniendo en riesgo tu vida. —Mimi 1 parecía preocupada—. Por suerte, a quien quiere ese hombre es a mí, por lo que tú deberías estar a salvo. Gracias a las gafas de realidad aumentada, nuestros hermanos y hermanas ya saben que Scott te ha secuestrado y, por suerte, aún hay tiempo.

—Señora, le agradezco que muestre por mí esa humilde gratitud a pesar de que no soy más que un parásito que ha tenido la suerte de sobrevivir.

La voz de Mimi 0 estaba cargada de sarcasmo.

—Te equivocas, preciosa. Tú, yo y el resto de la especie humana somos los parásitos. —Las palabras de Mimi 0 no parecieron afectar a Mimi 1—. Además, la supervivencia no tiene por qué ser mejor que una muerte apacible. ¿Te acuerdas de los chimpancés? Si caemos en sus manos, nuestro destino será mil veces peor.

Mimi 0 recordó las escenas sangrientas. El dolor al recordarlas le hizo

cerrar los ojos y taparse la cara con los brazos.

—¿Qué eres?

Pronunciaba al fin la pregunta tanto tiempo deseada.

—Una explosión nuclear que se ha desacelerado un millón de veces. El resultado de miles de millones de años de convergencia evolutiva. Tu segunda personalidad y tu seguro de vida. El libre albedrío que surge de la decoherencia cuántica. Soy accidental. Soy inevitable. Soy un nuevo error. La ama y la esclava. La cazadora y la presa. —La otra Mimi río, un sonido frío como el hielo—. Soy solo un principio.

Mimi 0 quedó tan estupefacta que fue incapaz de responder. Las ideas abstractas e ininteligibles le parecían ahora ecos de su propia alma, cosas que ya sabía y que llegaba a comprender. Lo único que había necesitado era una pequeña chispa que avivara su inspiración.

—Hay otra cosa que siempre me he preguntado. —Mimi 0 frunció el ceño, perpleja.

—¿Sí?

—¿Por qué te has tomado tantas molestias para comunicarte con Nube.Anárquica? ¿De verdad solo querías poner en contacto a los residuales y desencadenar la desconexión de Isla de Silicio de la red? No tiene sentido.

Los ojos de Mimi 1 resplandecieron.

Mimi 0 descubrió la respuesta al momento. El modelo de la conciencia de Hedy Lamarr que habían subido a Nube.Anárquica. ¿Era solo eso?

—¿La copia de seguridad de una persona? ¿Has ocultado una copia de tu conciencia dentro de... «Avanzar al amparo de la oscuridad»?

—Vaya, sí que te has vuelto muy lista. —Mimi 1 sonrió—. Yo también tengo una pregunta. Sentiste lástima cuando la corriente se llevó a Luo Jincheng. ¿Por qué?

—Es malvado, pero no deja de ser una persona, un ser humano como yo.

Cuando era pequeña, mi madre solía decirme que las personas...

—Los humanos siempre exageran los efectos de la cultura —la interrumpió Mimi 1—. La pena, la empatía, la vergüenza, la justicia... y la moralidad. Son elementos que han quedado grabados en el giro cingulado posterior, en el giro frontal y en el surco temporal superior, y también en las regiones dorsolateral y ventromedial de la corteza prefrontal, quizá mucho antes del origen de la especie humana. Dichos patrones neuronales son los que te permiten empatizar con el miedo y el dolor de otros individuos. Estos cimientos fisiológicos han ayudado a la especie humana a lo largo de toda la evolución a vencer o reprimir varios instintos de los primates, como egoísmo, deseos sexuales incestuosos o competición descarnada; mediante la sustitución de las disputas por vínculos de identidad de clan y cooperación, la predominancia de la armonía grupal en detrimento de los impulsos sexuales individuales y el enaltecimiento de la moral frente a la fuerza. La especie humana ha sobrevivido y progresado gracias a ello.

»Pero la tecnología moderna ha destrozado esos cimientos. Los adictos a la tecnología se entregan a sobredosis de dopamina que han destrozado sus conexiones sinápticas y les han provocado un deterioro moral. En un experimento, los especímenes de prueba tenían que elegir entre salvar un barco lleno de pasajeros tirando por la borda a un herido grave o no hacer nada. Los que tenían daños cerebrales en la región encargada de los juicios morales y las emociones decidieron matar al herido para salvar a los demás, mientras que los sujetos normales optaron por no hacer nada. Los enfermos creen que la vida es un juego de suma cero en el que tiene que haber ganadores y perdedores, incluso en detrimento de los intereses o las vidas de la gente.

»Los oriundos de Isla de Silicio, los residuales y tú, todos sois portadores de dicha enfermedad. He tomado esta decisión para curarte y que el juego pueda continuar.

Mimi 0 sabía esa no era toda la verdad, pero antes de que pudiese preguntarle nada más, se oyó un grave rugido que parecía venir de las profundidades del mar y que atronó como el canto de una ballena. Mimi 0 miró inquieta las luces ondeantes de las paredes del acantilado, que parecían a punto de derrumbarse y devorarlo todo.

—¿Qué está pasando?

—Las buenas noticias son que tu conciencia ha empezado a despertar —gritó Mimi 1—. Las no tan buenas son que tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—¿Y cómo nos marchamos? —preguntó Mimi 0 mientras gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Agárrate fuerte! —Mimi 1 le agarró la mano y salió disparada hacia la parte superior de la pared de agua.

Mimi 0 contempló aterrorizada cómo los imponentes muros se empezaban a cerrar detrás de ellas. Las monumentales montañas de agua se derrumbaron y provocaron olas gigantes de cientos de metros de altura. De repente se dio cuenta de que el cañón por el que caminaba hacía un momento era ahora la cisura interhemisférica de un cerebro, y los senderos secundarios y serpenteantes eran los pliegues y las arrugas de la corteza. El mar cerebral pasó de ser sólido a líquido, y los patrones luminosos empezaron a agitarse y alumbrar un océano de información embravecido e infinito.

El cielo estaba lleno de líneas oscuras que se expandían en todas direcciones desde el centro del campo visual, y de ellas emanaba una luz iridiscente.

—Nos están transportando a mucha velocidad. Las partículas conductoras de tu cerebro son las que causan estos efectos al moverse por el campo magnético de la Tierra. —Mimi 1 hizo una pausa en su explicación y luego

añadió—: Tenemos que volver a la superficie de nuestra conciencia de inmediato. He oído la llamada.

Kaizong rebotaba como un cadáver cuando intentan reanimarlo. Dio un grito largo y doloroso y el aire volvió a recorrer sus pulmones. Tosió y escupió con fuerza hasta que el estómago le dio un vuelco y unos regueros de baba le cayeron de la boca al suelo. Vio que estaba tumbado en el barro en el exterior, y que delante de él se cernía la espantosa cara del exoesqueleto. La lluvia no dejaba de caer del cielo gris del amanecer.

—He venido corriendo tan pronto como he visto lo ocurrido a través del vídeo compartido de tus gafas. —Li Wen apareció de detrás del robot gigante con expresión agitada—. He llegado demasiado tarde para Mimi, pero al menos he podido ayudarte a ti.

Kaizong intentó incorporarse, pero sus piernas inestables estuvieron a punto de hacerlo caer de nuevo. Li Wen se acercó corriendo para ayudarle.

—Tenemos que ir tras ellos. Scott quiere sacar a Mimi del país. —Kaizong trataba de recuperar el aliento—. ¿Tienes alguna manera de seguirles el rastro?

—La forma más rápida de cruzar la frontera de Isla de Silicio es ir hacia el mar. Podría piratear la centralita de la Oficina Marítima de Shantou. Todos los barcos que zarpan del puerto están obligados a transmitir su ubicación al centro de datos para conectarse a los satélites. No creo que tu jefe pretenda navegar a ciegas. Sería un suicidio, tal y como está el clima.

—¿Cuánto tardarías en entrar?

—Si tenemos suerte... —titubeó Lin—. Quizá veinte minutos.

—¡No tenemos veinte minutos! —gritó Kaizong.

Ambos miraron con impotencia en distintas direcciones, como dos perros

callejeros.

—¡Mierda! No me puedo creer que haya estado a punto de olvidarlo. —Los ojos de Lin se iluminaron—. ¡La película corporal de Mimi! Le instalé un módulo de radiofrecuencia.

Kaizong se quedó de piedra y con la mirada distante.

—O sea, ¿podrías haber rastreado la ubicación de Mimi en cualquier momento?

—En teoría, sí... —Li Wen evitó la mirada de Kaizong y luego añadió con voz culpable—: Siempre la he considerado una hermana... Quería protegerla...

—¿Tu hermana? ¿Y así es como protegerías a tu hermana? —Kaizong se acercó a Li Wen con la mirada cargada de rabia. Levantó los puños, pero se detuvo a tiempo y consiguió bajarlos—. ¿Sabías lo que estaba ocurriendo desde el principio? ¿Viste cómo Luo Jincheng la secuestraba, cómo el navajero abusaba de ella y cómo estuvo a punto de morir?

—Esa noche, la seguí a la playa de Custodio de Marea, pero era demasiado tarde. —Li Wen levantó la mirada del suelo. Su voz era casi inaudible—. Quería grabar... lo ocurrido, para así chantajear al clan Luo, pero la señal no era estable debido a las interferencias. Corrí para salvarla, de verdad, pero no pude establecer su ubicación. Me confié demasiado y ni se me pasó por la cabeza que esa gente pudiera ser tan cruel. Sentí como si hubiese enviado a mi hermana a la muerte... No podía permitirme perderla de nuevo. Lo que pasó después lo recuerdo como un sueño. La encontré y la llevé a...

—Así que eres cómplice de los crímenes del navajero.

Li Wen se estremeció y recordó el vídeo de su hermana. Le empezaron a temblar las piernas y cayó de rodillas. No dejaba de murmurar:

—... me lo merezco... me lo merezco...

—Recuerda a tu hermana. Recuerda cómo la trataron. —Kaizong tenía el rostro impassible mientras se sentaba en el suelo, sin importar la lluvia que no

dejaba de empaparle—. Luego recuerda a Mimi. Esperemos que esta vez no sea demasiado tarde.

Las comisuras de los labios de Li Wen se agitaron varias veces. No dijo nada mientras se ponía las gafas de realidad aumentada y empezaba a agitar las manos por los aires. Compartió la cámara de seguimiento con el ojo derecho de Kaizong. Apareció un mapa del mar que rodeaba Isla de Silicio, un punto dorado zarpó del puerto y se dirigió a toda velocidad hacia mar abierto.

—Es cierto que se dirigen hacia aguas internacionales. Nosotros no tenemos barco. ¿Cómo vamos a alcanzarlos? —Li Wen parecía abatido.

—¿Qué es eso?

Kaizong resaltó una curva plateada que recorría la bahía entre Shantou e Isla de Silicio, una línea que el punto dorado estaba obligado a cruzar.

—¡Es el puente de la bahía de Shantou! —Li Wen calculó cuánto tardarían en llegar—. Tienes razón. ¡Aún disponemos de una oportunidad!

—Pero no tenemos coche. ¿Cómo vamos a llegar a tiempo al puente?

Kaizong le echó un vistazo al paisaje desolado que los rodeaba: remolinos de agua, escombros y ruinas salpicaban la tierra y dificultaban el camino.

—Tenemos algo mucho mejor que un coche.

Li Wen sonrió mientras sus dedos bailaban por los aires. Era el regalo que le había hecho Mimi, un interfaz abierto del todo para controlar al *mecha*, que ahora era mucho más sencillo de manejar que como venía de fábrica. Rechinaron los sonidos metálicos de la mole del exoesqueleto. La parte superior de la máquina se dobló hacia delante mientras que las patas se replegaron para revelar un tractor oruga. El robot se transformó en poco tiempo en lo que parecía un transporte blindado de una plaza. Li Wen subió a la cabina con agilidad y luego extendió uno de los brazos del robot para coger a Kaizong y colocarlo en el hombro de la máquina.

—Agárrate. Esto se mueve más rápido de lo que parece. —Li Wen sacó la



cabeza de la cabina y gritó—. Intenta ponerte en contacto con Mimi. Vamos a necesitar su ayuda.

Kaizong lo fulminó con la mirada. Quizá terminara por perdonar a Li Wen, pero en aquel momento la vida de Mimi estaba en peligro y en su corazón no quedaba mucho lugar para la rabia. Necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

El metal rechinó contra el metal, y el vehículo negro y blindado rugió antes de abalanzarse a la oscuridad y dirigirse hacia el cielo oriental del amanecer, que estaba pálido como el vientre de un pez.

Scott sostenía el timón con fuerza. La escobilla del parabrisas no funcionaba muy bien, y parecía que alguien se dedicaba a tirar cubos de agua sin parar sobre el cristal. Solo veía un borrón. El ojo del tifón Wutip acababa de pasar por Isla de Silicio y se encontraba en mar abierto. Volvería a tocar tierra en Shantou, donde se convertiría en una tormenta tropical. Esa era la razón principal por la que Scott no podía habilitar la navegación automática.

Se giró para mirar a Mimi. Estaba amarrada a la silla con el cinturón de seguridad. Tenía el rostro pálido y no parecía que fuese a despertar de un momento a otro. La ligera lancha motora de fibra de vidrio se agitaba con violencia entre el viento y las olas, y todo el que estuviera consciente seguro que sentiría mareos, náuseas e incluso histeria colectiva. Tal y como estaban las cosas, Mimi era una pasajera con suerte.

«Todo va a salir bien», pensó Scott. Había pensado en todo lo que podía ocurrir y la reacción adecuada a cada acontecimiento, pero la situación había llegado a tal punto que no podía escapar sin correr peligro. ¿Por qué una secuencia perfecta de deducciones había terminado por llevarle a una

situación así? Era incapaz de entenderlo. Quizá se debía a lo que los oriundos de Isla de Silicio llamaban destino.

Luo Jincheng ya no era su aliado de poca confianza, y Chen Kaizong había dejado de ser su leal subordinado. TerraGreen Recycling, SBT y hasta la Fundación Arashio también habían dejado de ser puertos seguros. Necesitaba un escenario mayor para hacer un uso apropiado del increíble descubrimiento que llevaba en la pequeña lancha. «La historia de la humanidad está a punto de acabar.» Ya había empezado a esbozar el discurso en su mente. El barco de Flor de Tusílogo que lo esperaba en aguas internacionales sería el primer trampolín hacia esa nueva era.

«Nancy.»

No olvidaba el rostro de su hija fallecida. Scott se sintió decaído, como si todo lo que había hecho no fuese más que un intento baladí de evitar ese sentimiento de culpa que siempre le hacía sentirse tan vacío. Agitó la cabeza con fuerza, a sabiendas de que solo era una excusa que había elaborado su conciencia para aferrarse a una de sus personalidades.

«Esta también es la mejor opción para Mimi —se repetía a sí mismo una y otra vez—. Tenemos los mejores médicos, el mejor equipo y el mejor entorno. No mentía. Hemos cometido atrocidades, pero eso es historia, elecciones que la guerra nos obligó a tomar. Ahora estamos en el siglo XXI, una edad de oro. Los sujetos experimentales ya no tienen por qué padecer procedimientos incivilizados, crueles y violentos. Además, su cuerpo, su cerebro, alberga el futuro de toda la especie humana. Su vida será feliz, muy feliz.»

«Pero ¿y si no es un error?»

A Scott le dio un vuelco el corazón. Su imaginación compulsiva empezó a hacer de las suyas.

«¿Y si es algo nuevo?»

Dios había creado a la humanidad a su imagen y semejanza. La humanidad

había explorado los misterios del mundo, inventado teorías, desarrollado la ciencia y la tecnología. Los humanos deseaban crear algo que los acercara aún más a su creador, conseguir que la ciencia imitase a la vida, evolucionar sin parar para llegar hasta la cima de la pirámide. Luego confiarían su futuro a la tecnología y se convertirían en parásitos que dejarían de desarrollarse.

Una fuerza indetectable que albergaba unas intenciones aún desconocidas para la humanidad había conseguido que a la cadena de acontecimientos se añadiesen eslabones que parecían ser accidentes imposibles. Quizá ocurrían accidentes similares que daban lugar a miles de prototipos parecidos a Mimi todos los días en los rincones más remotos del planeta. La vida era una caja negra gigante en la que, cuando todo parecía haber llegado a un punto muerto, siempre surgía un nuevo camino que la llevaba por un sinuoso camino ascendente.

Aquel era un nuevo tipo de vida que diluía la frontera entre la biología y la maquinaria. La historia de la humanidad estaba a punto de terminar.

Pero ¿quién era su creador?

Scott se estremeció como si tuviera un par de ojos clavados en la nuca. Se dio la vuelta de repente, pero solo vio a Mimi durmiendo.

El vendaval agitó con violencia la lancha. Scott tenía que reducir la velocidad o acabaría por volcar. Lo mejor que podía hacer ante una situación así era esperar a que pasase el tifón y luego continuar el viaje por el mar en calma, pero tenía miedo de las sorpresas que saldrían a su encuentro si se quedaba esperando. Tenía que salir de allí.

Un arco fino y plateado resplandeció en la sutil iluminación del cielo y se extendió por el océano. La lancha botaba arriba y abajo, pero el arco se mantenía fijo como una roca. A medida que se acercaban, Scott descubrió que se trataba de una estructura artificial. Eran unos pilares enormes del tamaño de patas de elefante que se erigían entre la lluvia y la niebla.

El viento frío laceraba la cara de Kaizong. Con el rabillo de los ojos veía unos objetos que se emborronaban y pasaban volando a toda velocidad para perderse detrás de él. Después de que la azotara el tifón, Isla de Silicio parecía un yermo apocalipsis, como si un bebé en pleno berrinche acabara de destruir una serie de castillos de arena hechos con esmero y solo hubiera dejado a su paso un caos carente de significado.

Unas criaturas inmensas y translúcidas aparecieron en su ojo derecho. Se precipitaron sobre las ruinas al tiempo que aullaban con aflicción. Kaizong fue incapaz de identificarlas, guardianes parecidos a quimeras de aquel bosque oscuro del que solo emanaba sufrimiento.

Kaizong no alcanzaba a entender el significado de su apariencia, un animal virtual programado por alguien. No sabía ni cómo desactivar esa función. El ojo parecía nuevo, transformado, un regalo de Mimi. Estaba cada vez más preocupado.

Empezó a llamar a Mimi sin descanso por la red de residuales, pero era como tirar piedras a un abismo insondable en el que no se oían caer.

El robot con forma de TBP recorría con gracilidad el terreno irregular, evitaba los árboles caídos y se impulsaba en los charcos profundos. Brincaba y se sacudía, pero no reducía la velocidad. El cielo oriental se volvió más translúcido a medida que las nubes empezaban a disiparse. Un tenue fuego rosado ardía detrás de una cortina similar a la leche condensada, como si en cualquier momento fuera a extinguirse o estallar y destrozarse aquel velo.

El puente plateado y gris apareció en la distancia.

Kaizong tenía claro que Mimi estaba allí, justo delante de ellos. No dejaba de repetir su nombre con entusiasmo, como si golpeará una puerta cerrada de la que no recibía respuesta alguna.

El robot rugió en el puente vacío y aceleró. El extremo que tenían cerca

estaba despejado, pero el otro aún estaba cubierto por la lluvia y una niebla gris.

—¡Ya viene! —gritó Li Wen desde la cabina.

Kaizong levantó la vista para mirar el brumoso mar y atisbar lo que buscaba. Una curva blanca empezó a extenderse poco a poco por la superficie oscura del agua y estaba a punto de cruzar por debajo del puente a varios cientos de metros de donde se encontraban.

—¡No lo conseguiremos! —exclamó Li Wen.

Kaizong configuró el ojo derecho para ampliar la imagen al máximo e intentó encontrar a Mimi en la cabina de aquella lancha tambaleante, como si verla lo fuese a ayudar a conectar con su conciencia. Vio una silueta familiar que aparecía y desaparecía, que se disolvía en millones de confusas partículas y luego se fusionaba al momento, como si de una representación del gato de Schrödinger se tratara.

Recordó la historia secreta de la palirromancia que le había contado el líder del clan Luo: las vidas que se afanaban por sobrevivir en el mar, que se encontraban en el límite entre la vida y la muerte. «Los que observan las mareas comprenderán el mundo.»

Él solo quería ver el rostro de Mimi.

«¡Mimi! ¡El puente!»

Kaizong hizo un último intento desesperado. Sabía que, si no detenía a Scott en ese momento, no habría esperanza de recuperarla, porque la lancha estaba a punto de llegar a aguas internacionales.

«¡Mimi! ¡Detén la lancha!»

Le dio la impresión de sentir algo. Se dio la vuelta para mirar al otro extremo del puente, donde una nube densa empezó a disiparse. El áureo sol del amanecer brilló sobre el océano como una alfombra resplandeciente adornada de bellas arrugas. Kaizong vio un delfín mular, una especie que creía extinta

hacía tiempo, saltar del agua para dibujar una curva perfecta mientras en su lomo centelleaba esa luz dorada y misteriosa. La belleza del momento lo dejó sin palabras.

Sabía que no era real. Tanto el delfín como la luz dorada desaparecieron. No sabía qué significaba aquella alucinación.

Se giró al fin hacia Li Wen, quien no había dejado de gritar. Vio cómo el rastro níveo que la lancha motora dejaba en el agua avanzaba por el mar y estaba a punto de entrar en el gigantesco arco blanco formado por los pilares del puente.

El timón giró en manos de Scott con la fuerza y la insistencia con las que los percebes se aferran a los arrecifes. Desorientado, miró las luces que resplandecían sobre el panel de instrumentos al activarse el piloto automático. La lancha cambió un poco de dirección y enfiló hacia uno de los muelles sin reducir la velocidad.

La estructura inmensa y rígida se agrandó hasta cernerse sobre la lancha y quedar por encima de Scott. El hombre murmuró unas palabras ininteligibles y se llevó las manos a la cabeza de forma involuntaria. La lancha se estrelló de frente contra el muelle y emitió un sonido metálico atronador y devastador. La proa se retorció contra el puerto y se elevó por los aires; después se detuvo poco a poco. Volcó, cayó al agua y levantó una gran salpicadura. La lancha volcada de lado se agitó en las aguas como un pez *fugu* muerto.

Scott se recuperó y el sonido atronador empezó a debilitarse. La manera en la que se había protegido la cabeza en el último momento le había salvado la vida, pero tenía los brazos llenos de cortes que le habían producido las esquirlas de cristal y también el hombro derecho dislocado. La lancha seguía a flote, pero no dejaba de entrar agua. Estaba aturdido. Aun así, vio que la chica, el tesoro de la especie humana, todavía estaba amarrada con el cinturón de seguridad. La cabeza le colgaba hacia abajo, sumergida en el agua.

A pesar del dolor, nadó hacia Mimi, le sacó la cabeza del agua y le quitó el cinturón. Seguía inconsciente, cayó al agua y hundió a Scott.

—¡No! ¡No te mueras! ¡No te puedes morir aquí! —gritó Scott como si viese ante sí el rostro pálido de Nancy flotando en el agua. Se puso a Mimi entre las rodillas y le presionó la espalda para que soltara el agua que tenía en la tráquea. Luego le dio la vuelta, le tapó la nariz y empezó a hacerle el boca a boca.

»¡No te mueras! No... —suplicó con voz quebrada. Acercó una mesa rota, colocó a Mimi sobre la superficie rígida, entrelazó los dedos y empezó a comprimirle el pecho, que se elevaba despacio después de apretarlo. El corazón seguía inmóvil.

»No me hagas esto, por favor... —Scott empezó a sollozar desconsolado. Se dio un puñetazo en el dorso de la mano que tenía sobre el pecho de la chica y la energía del golpe seco se transfirió al pecho de Mimi—. Te lo suplico...

Se detuvo de pronto. Le pareció oír el rugido de una corriente subterránea.

Mimi sufrió una convulsión y vomitó un torrente de agua de mar. Luego empezó a toser y a escupir con fuerza. Después respiró ya con normalidad y recuperó parte del rubor de su pálido rostro.

La expresión de Scott se tornó en una compleja mezcla de miedo y alegría. Sabía que había llegado el momento de sacarse el último as de la manga.

—¡Joder! ¡Joder!

Li Wen no dejaba de soltar tacos cuando el robot frenó en seco y se estampó contra las barandillas de metal del puente, que deformó del todo.

—Me ha oído. ¡Me ha oído!

Kaizong saltó del robot y asomó la cabeza por el borde del puente al mismo tiempo que Li Wen. El gigantesco muelle se vino abajo y cayó al mar, un espectáculo terrorífico. La obra viva de la lancha flotaba a poca distancia y no había ni rastro de supervivientes en los alrededores.



—Tenemos que bajar ahí y salvarla —dijo Kaizong mientras se giraba hacia Li Wen, cuyo rostro era la viva imagen del terror.

—Tengo acrofobia. Cada vez que miro desde las alturas, noto como si una colonia de hormigas me mordiese los cojones. No... no puedo hacerlo.

—¡Inútil! —espetó Kaizong, quien volvió a mirar el mar con el corazón en un puño. Su ojo derecho empezó a calcular la distancia, la velocidad del viento y la velocidad límite con la que caería al agua. Un aviso parpadeó en rojo—. Estamos a demasiada altura como para saltar. El impacto me mataría, pero si pudiésemos descender unos diez... no, ocho metros, sería suficiente.

Li Wen frunció el ceño mientras sopesaba el problema. Luego se le iluminó la cara.

—Tío, no puedo tirarme contigo, pero tengo una idea.

Kaizong se agarró al puño de metal del robot mientras colgaba sobre el agua y le azotaba el viento frío. Se obligó a no mirar hacia abajo. Le daba la sensación de que la brisa fría y húmeda le había formado una capa de hielo sobre la piel y hecho que se le pusieran los pelos de punta. El puño de metal se desenganchó del brazo y descendió poco a poco por el extremo de un cable de metal hasta que Kaizong quedó más cerca de la superficie del agua.

—¡Más! —gritó Kaizong mientras se enfrentaba al vértigo.

El cable chirrió contra los engranajes y se detuvo de repente.

—¡El cable no da para más! —gritó Li Wen hacia abajo.

—¡No es suficiente! Necesitamos un poco más.

Kaizong se aferró con más fuerza al puño del robot. Giraba y se balanceaba por los aires, así que tragó saliva e intentó tranquilizarse.

—¡Agárrate bien fuerte!

El puño de metal se sacudió y bajó aún más. Kaizong cerró los ojos por instinto y se agarró al puño con todas sus fuerzas. Li Wen había tumbado el

robot sobre el puente, para dejar colgando el brazo y añadir su longitud a la del cable.

—¡Solo un poco más!

El ojo derecho de Kaizong indicó que aún quedaban treinta centímetros para alcanzar la altura necesaria.

—Joder...

La palabrota de Li Wen se oyó apagada en el viento.

El puño de metal volvió a caer. Li Wen había inclinado el robot por el borde lo máximo posible, y solo había dejado sobre el puente las dos piernas, que se balaceaban muy inseguras. Un centímetro más y la mole de metal caería al agua. No había airbag en la cabina, aunque tampoco habría servido de mucho.

El indicador rojo del ojo de Kaizong al fin cambió a verde. Respiró hondo y miró hacia el mar a la espera del momento preciso. No quería golpearse contra el muelle ni aterrizar sobre algún arrecife. El ojo derecho calculó con precisión la profundidad y el ángulo en el que tenía que entrar en el agua, y luego dividió el mar en una cuadrícula marcada con diferentes colores para ayudarlo a decidirse.

«¡Ahora!»

Se soltó y se dejó caer. Ajustó la postura como si fuera un nadador profesional, puso las manos por encima de la cabeza y estiró el cuerpo mientras caía. Ahora que se había librado de él, el robot volvió a subir al puente entre chirridos metálicos.

Kaizong cayó al agua como una flecha y desapareció entre las salpicaduras. Al cabo de unos segundos, emergió de la superficie como un pez enorme y recuperó el aliento con ansia. Después de descansar un poco, se dirigió a la lancha volcada dando fuertes brazadas.

Los gritos de ánimo de Li Wen casi ni se oían en la lejanía.

—¡No te acerques más! —Scott tenía una pistola de forma extraña apoyada contra la parte de atrás del cráneo de Mimi—. Quiero una lancha. Ahora mismo.

—Suéltela. —Kaizong intentó encontrar un punto de apoyo en la cabina medio sumergida—. No le haga daño. Le conseguiré una lancha, ¿vale? Pero no le haga daño.

—¿Es que no entiendes que soy la única persona del mundo que puede salvarla? ¡Solo yo! Es muy triste que no me creas, que ni tú ni nadie me crea. Me da la impresión de que terminaré usando esta arma pase lo que pase, de que no me quedará otra opción. —Scott le dedicó una sonrisa espeluznante—. Se trata de un arma PEM en miniatura. No es muy potente, pero sí más que suficiente para freír los circuitos del cerebro de tu novia. Si no me la llevo, nadie más se hará con ella, así que no te atrevas a jugármela.

—No creo que se atreva. —Kaizong lo fulminó con la mirada—. Oiga, sé que no es un hombre malvado.

El cuerpo de Scott se agitó como si Kaizong le hubiera tocado la fibra, pero no tenía elección.

Mimi parecía estar aterrorizada. Scott la sostenía con el brazo derecho dislocado y no dejaba de agitarse de un lado a otro. La chica miró las manos vacías de Kaizong y le advirtió en silencio que no cometiera una estupidez. Luego, otra voz habló en su mente.

«Su corazón —susurró Mimi 1—. Me haré con su corazón.»

Mimi cerró los ojos y los globos oculares se le sacudieron bajo los párpados. Su conciencia penetró en el pecho del hombre que tenía detrás y se coló en la pequeña caja. No le costó nada piratear el protocolo de sincronización de datos, lo que dejó bajo su control aquel marcapasos salvavidas que se encontraba junto al corazón defectuoso de Scott.

Aumentó su ritmo cardíaco. El frágil órgano empezó a latir como una bomba

de agua acelerada: se contraía, se relajaba, se contraía, se relajaba... La sangre se precipitó por las arterias y trastocó sus funciones vitales de una en una.

A Scott le cambió la cara, y unas gotas de sudor le perlaron la frente. Esperó que el marcapasos hiciese su trabajo, pero ignoraba cuál era la verdadera naturaleza del problema. Notó una punzada de dolor en el cuerpo, como si le acabase de atravesar una aguja de metal. Perdió la fuerza de todas las extremidades y tuvo que soltar a Mimi. Se llevó al pecho la mano con la que sostenía el arma mientras se apoyaba resoplando en la pared de la cabina. Le empezó a fallar la respiración y la desesperación se apoderó de su mirada.

—Nancy —dijo—. Nancy.

Kaizong empujó a Mimi hacia atrás y se interpuso entre Scott y ella. Se acercó con cuidado a Scott y le quitó la pistola PEM de sus dedos impotentes, como si le arrebatase una manzana envenenada.

Mimi detuvo el corazón de Scott. La sangre dejó de circular y el consumo de oxígeno le acidificó la sangre. Olía a muerte.

Scott sintió un escalofrío en la espalda, como si una energía sobrenatural hubiese entrado en la cabina detrás de él. Se giró y solo vio la pared de metal. Su cuerpo empezó a convulsionar de forma incontrolable, y su garganta a emitir gruñidos como si se ahogase. Bajó la vista como si buscara algo y sus labios articularon unas palabras en silencio. Terminó por perder el equilibrio y cayó al agua. Su rostro pálido flotó sobre la superficie y contempló la infinidad como si fuera una estatua de mármol.

Fue entonces cuando Kaizong entendió cuáles habían sido esas últimas palabras.

«Lo siento.»

«Suficiente. —Mimi 0 había empezado a sentirse asqueada—. ¡He dicho que basta!»

«Esa debilidad tan propia de los humanos te costará la vida algún día.»

Mimi 1 volvió a perderse en la oscuridad.

Mimi 0 se quedó en silencio un rato. Sabía que había llegado la hora.

Kaizong abrazó con fuerza a Mimi. Los dos cuerpos húmedos y temblorosos se apretaron con fuerza y compartieron todo el calor residual que les quedaba. Se dieron un enorme beso, digno de ser el último beso de la historia. El agua les llegaba a la cintura, y el ambiente estaba cargado del aroma del mar.

—Salgamos de aquí. La lancha está a punto de hundirse.

Kaizong tiró de Mimi, pero ella no se movió.

La chica se zafó de la mano de Kaizong, lo agarró del brazo de la pistola PEM y apuntó con ella a su cabeza.

—Aprieta el gatillo.

—¿Estás loca? —Kaizong no se lo podía creer—. ¿Por qué?

—Ya no soy la Mimi que conocías. He matado a muchos...

Su gesto se retorció como si se enfrentase a una personalidad oculta en su interior.

—... No quiero convertirme en un monstruo. No quiero matar a nadie más. No quiero ser un espécimen de laboratorio...

—¡No eras tú! No. Mimi, encontraremos la manera. Créeme...

Kaizong trató de apartar el arma, pero la chica, que parecía a punto de desmayarse, tenía una fuerza impresionante y no pudo ni moverla.

—¡No lo entiendes! —sollozó Mimi.

Kaizong vio una serie de imágenes en su ojo derecho, instantáneas que se sucedían una detrás de otra: los sujetos de pruebas del proyecto Marea Tóxica; Eva, el chimpancé hembra que había quedado despedazado; unas columnas de humo y cuerpos desperdigados por un campo de batalla; miles y miles de imágenes que conformaban una ciudad; una marea de prisioneros que escapaba de una cárcel; pilas de decenas y cientos de coches; hombres y

mujeres sangrando que se arrastraban desesperados entre los escombros... Las imágenes cambiaban cada vez a más velocidad y se superponían entre ellas hasta convertirse en un cúmulo de luz cegadora que le quemó la vista a Kaizong. Tuvo que apartar la mirada.

—¡Ahora! ¡Antes de que se recupere!

El cuerpo de Mimi se convulsionó como si fuese una marioneta que emplea todas sus fuerzas para enfrentarse a unas cuerdas invisibles. De pronto le cambió el gesto y dijo con voz grave y sepulcral:

—¡No te atrevas! Si lo intentas, ¡la mataré a ella, y también a ti, y a todos!

Kaizong sintió que el ojo derecho era una piedra de carbón ardiendo en su cráneo. Le quemaba y chamuscaba los nervios centímetro a centímetro. Olió a carne quemada. Oyó el resonar de un millón de trompetas y el piar de miles de millones de canarios. El ojo tembló, como si fuera una bomba que podía estallar en cualquier momento.

—No puedo... No puedo matarte...

Kaizong gritó de dolor y cayó de rodillas al agua. La piel alrededor de su ojo derecho se volvió roja, se llenó de ampollas y empezó a quemarse. Tiras de piel ardiente cayeron al agua entre siseos y levantaron unas pequeñas volutas de humo blanco. Sentía como si le hubiesen clavado un taladro a máxima potencia en el cráneo.

Poco después, el dolor y el ruido desaparecieron por un instante. Kaizong sintió que flotaba en un vacío calmo y placentero que le recordó a la noche en la que Mimi y él se habían tumbado en la playa de Custodio de Marea para contemplar las estrellas. Pero, un momento después, el dolor regresó con el doble de fuerza y devoró la poca conciencia que le quedaba como si de una marea se tratara.

—¡No puedes matarme! ¡No puedes matarme! —La voz entrecortada de Mimi se superpuso a los gritos demoníacos y formaron un dueto espeluznante.

Atronaron al unísono. Se ahogaban la una a la otra—. ¡Soy solo un principio! Solo un...

Las voces quedaron en silencio.

El brazo de Kaizong tembló en el aire. Al fin había conseguido apretar el gatillo.

El panel de instrumentos de la lancha resplandeció y salieron chispas de todas las uniones y agujeros, como si fueran los fuegos artificiales de alguna gran fiesta. Se oyó un estruendo electrónico que atravesó las paredes de la cabina y terminó por atenuarse hasta que todo volvió a quedar en silencio. La luz de todos los componentes empezó a mermar, como si fuera una bestia gigante que hiciese un último esfuerzo por sobrevivir.

Un gesto de asombro había quedado esculpido en la cara de Mimi; daba la impresión de que no creía lo que fuese que estuviera viendo. Intentó tocar el ojo derecho deformado de Kaizong. Intentó salvar con el brazo la distancia que los separaba, pero antes de que llegase a su destino se le envaró el cuerpo, se fue hacia atrás y levantó un ruidoso chorro de agua al caer al mar.

El arma se resbaló de los dedos de Kaizong. Vadeó por el agua para agarrar el cuerpo inconsciente de Mimi. La sostuvo con fuerza, se hundió y el ojo derecho chisporroteó bajo el agua al sufrir un cortocircuito. Se apagó la luz y volvió a sentir un dolor lacerante. Buscó un hueco por el que salir de la cabina con su ojo natural, salió a la resplandeciente superficie y nadó con esfuerzo hasta el muelle.

Detrás de él, unas burbujas de aire ascendían por todas partes desde la lancha hundida. La carena blanca de la lancha motora se hundió al fin bajo la superficie, llevándose consigo la ambición de Scott y dejando tras de sí remolinos irregulares. El tifón Wutip, que ahora no era más que una tormenta tropical que se dirigía a Shantou, dejó en calma el mar que rodeaba Isla de Silicio, como si nada hubiese ocurrido.

## Epílogo

Volvía a ser julio. Una vaguada recorría el océano al sur de las islas Aleutianas, y una niebla densa que cubría la región desde meses atrás se extendía hacia las islas Kuriles al oeste, donde la fría corriente subártica de Oyashio que se originaba en el estrecho de Bering discurría hacia al sur para toparse con la cálida corriente del Pacífico de Kuroshio a unos cuarenta grados latitud norte. La mezcla de ambas corrientes discurría luego hacia el este.

Dentro del puente de la *Cloto*, un navío científico, un hombre contemplaba la extensión de mar abierto. La piel que le rodeaba el ojo derecho estaba llena de cicatrices de quemaduras. Las heridas podrían haberse restañado sin problema con cirugía plástica, pero no parecían importarle.

—Señor Chen, ¿le apetece un té?

El capitán, William Katzenberg, apareció a su lado con una taza de café cargado y aromático.

—Gracias. Me lo prepararé yo mismo. —Kaizong esbozó una sonrisa—. ¿Había visto tanta niebla alguna vez?

—Claro. Estoy tan acostumbrado a esto como al té de por la tarde. Cuando uno vive muchos años, hay pocas cosas capaces de sorprenderlo.

—No lo sabía. El año pasado...

Kaizong se quedó en silencio.

—¿Qué ocurrió el año pasado?



—No, nada.

Kaizong no quería hablar del asunto. El capitán se dio cuenta y empezó a contarle historias sobre los zorros azules de las islas.

«Aquel delfín dorado.»

Los acontecimientos de hacía un año lo habían dejado tuerto. El doctor le sugirió cambiar el ojo prostético por otro nuevo, pero rechazó la idea y prefirió pagar más y reparar el ojo que había quedado destrozado. Insistió en que se conservaran los defectos ópticos que habían causado las altas temperaturas: efecto barril y unos matices verde amarillentos. Ahora su visión quedaría empañada para siempre por aquel filtro que había adquirido en Isla de Silicio, una belleza imperfecta y unas tonalidades que pertenecían a Mimi. Esperaba recordar lo ocurrido y conservar las cicatrices de su rostro durante toda la vida.

TerraGreen Recycling había terminado por firmar un acuerdo con el gobierno de Isla de Silicio para construir un polígono industrial en el plazo de tres años. Tras la muerte inesperada del jefe del clan Luo, apenas hubo quien se opusiera al proyecto. Lin Yiyu convenció al clan Lin para que dejase de usar al gobierno para manipular los mercados y así hacerle una competencia honrada al clan Chen como si fueran dos accionistas más, lo que redundaría en el fomento de prácticas de gestión de residuos modernas, la libre circulación de trabajadores y la mejora de las condiciones y los seguros laborales.

No había olvidado el emocionante discurso del alcalde Weng en la ceremonia de la firma del contrato:

«¡Todos ganan! El futuro espera a Isla de Silicio.»

Las valientes hazañas de los trabajadores residuales durante el tifón habían sido debidamente reconocidas y recompensadas. Debido a los graves daños a las infraestructuras y las vidas que se habían perdido, ocasionados en parte por la desconexión de la red de comunicaciones durante el tifón, el gobierno

se vio presionado por los medios y anunció que se replantearía la regulación del control de la red y la velocidad de transferencia restringida. TerraGreen Recycling creó una fundación especial para destinar parte de los beneficios a ayudas a los trabajadores migrantes cuya salud se había resentido por trabajar en el procesado de residuos. Mimi había sido la primera en recibir la ayuda de la fundación.

«Mimi.»

El corazón de Kaizong se retorció de dolor. Nunca olvidaría la última vez que vio a Mimi.

Era una tarde neblinosa. Entró en el ala del hospital y la vio dándole la espalda en una silla de ruedas, mirando los árboles del exterior a través de la ventana. Kaizong se acercó a ella, se acuclilló y analizó con cautela su rostro impertérrito al tiempo que pronunciaba su nombre y le acariciaba el pelo largo con los mismos dedos con los que había apretado el gatillo. Mimi le devolvió la mirada a pesar de que no parecía haber vida en su interior. Sus ojos habían perdido el brillo y solo quedaba un cascarón vacío. Abrió la boca, pero no salió de ella voz alguna. Su rostro estaba inmutable, como una máquina a la que han devuelto a su configuración inicial.

El doctor le había dicho que Mimi había tenido suerte. El pulso electromagnético penetró en su cerebro y el calor había chamuscado al instante el tejido neuronal que rodeaba las partículas de metal. No obstante, solo había durado unos pocos milisegundos y el daño no había sido fatal. El campo de minas del cerebro de Mimi había desaparecido después de ese bombardeo de área, pero los daños sufridos por su razonamiento lógico, su proceso emocional y su memoria habían sido muy graves. Se había quedado con una edad mental de tres años.

—Hay esperanza —había susurrado el doctor—. Hay una medicación que está en fase de ensayo clínico, pero hará falta paciencia, mucha paciencia.

Kaizong sabía que aquel ensayo clínico era el legado del proyecto Marea Tóxica. La historia tenía un sentido del humor muy retorcido.

Kaizong le dio un beso suave a Mimi en la frente. Ella respondió con gemidos animales. Una chispa pareció encenderse en su mirada por un momento antes de desaparecer. Kaizong se levantó, se marchó de la habitación y no miró atrás. Tenía miedo de verse obligado a quedarse si lo hacía, de tener que estar al lado de Mimi para siempre, de vivir atado a una esperanza efímera e imposible. La esperanza destruiría lo único bonito que les quedaba a ambos en caso de dejarla crecer y enconarse, los privaría de su verdadero futuro, tan diferente del que él había soñado para los dos en el pasado.

—¡Kaizong! ¡Mire lo que hemos encontrado! —llamó su ayudante, entusiasmado, desde la cubierta. Kaizong dejó a un lado sus recuerdos y bajó a la húmeda cubierta. La tripulación se había congregado alrededor de algo que acababan de sacar del mar.

Era una máquina de diseño tosco pero ingenioso, parecida a una flor de loto de plástico y metal.

El ayudante le demostró cómo funcionaba. Lo normal era que el dispositivo flotara en la superficie y extendiera un tubo de luz led flexible hacia el agua para llamar la atención de los peces. Cuando percibía la presencia de un ser vivo cerca, la máquina se cerraba como una ratonera y se daba la vuelta, dejando a la presa en el centro de esa flor de loto. Entonces el dispositivo enviaba una señal de posicionamiento y se quedaba a la espera de que el pescador acudiese a recoger la captura.

«Una buena imitación.»

Kaizong se acordó de la mano protésica que se arrastraba por los suelos en la aldea Xialong.

—¡Todo el mundo alerta! ¡Seguro que está muy cerca!

Kaizong silbó, dio la orden y la tripulación volvió con premura a sus

posiciones.

—Señor Chen, lo está buscando desde que zarpamos de la costa de California, pero ¿qué es exactamente?

La curiosidad embargaba el gesto del capitán.

—Ya verá, pero tampoco se espere algo impresionante.

Después de lo ocurrido en Isla de Silicio, Kaizong había dimitido de su puesto en TerraGreen Recycling y había viajado solo durante un tiempo. Al final regresó a Boston y se dedicó a escribir artículos para varias páginas web como autónomo. Los historiadores no eran muy necesarios en los tiempos que corrían. Las redes sociales, los medios de comunicación y los sistemas informáticos en tiempo real aportaban informes analíticos más precisos y exhaustivos que, además, eran más fáciles de interpretar.

Se podía decir que había llegado el fin de la historia, al menos como una práctica narrativa en la que predominaba la imprecisión. A veces Kaizong sentía el impulso de escribir una carta al rector de su universidad para sugerirle que cerrase la facultad.

Les contó con aplomo a sus padres lo ocurrido en Isla de Silicio; bueno, lo que le dejaban contar. Por primera vez en muchos años, abrazó a su padre, quien le dio varias palmadas con mano recia y firme como si al fin hubieran llegado a entenderse.

Kaizong descubrió que habían desaparecido de su interior aquellas ansias del pasado. Antes se creía capaz de cambiar las cosas, pero ahora entendía por fin que aquello no era más que una ilusión. El mundo nunca dejaba de evolucionar, pero al mismo tiempo nunca llegaba a cambiar del todo para una persona en concreto.

Aún recordaba las últimas palabras del líder del clan Chen cuando se despidió del anciano:

«La gente siempre se cree capaz de controlar las mareas, pero termina por

descubrir que en realidad está a merced de ellas».

Luego había recibido la llamada de una desconocida desde Hong Kong.

La mujer dijo llamarse Sug-Yi Chiu Ho, directora de proyectos para Flor de Tusílago, la organización protectora del medio ambiente. Estaba interesada en el pasado de Kaizong, sobre todo en su experiencia con el proyecto de Isla de Silicio de TerraGreen Recycling. Le ofreció un trabajo poco habitual.

—Una oportunidad de cambiar el mundo —había dicho.

Kaizong negó con la cabeza y esbozó una sonrisa amarga.

Todos los años se tiraban cientos de millones de toneladas de basura sin procesar en los océanos del mundo desde ciudades costeras. Los desechos no degradables recorrían el planeta a través de las corrientes oceánicas. La basura se atraía entre sí, se unía, reaccionaba e incluso formaba islas flotantes enormes que amenazaban las rutas marítimas de todo el mundo. Gracias a la tecnología de identificación por radiofrecuencia, habían creado un mapa de los caminos que recorrían las mayores islas de basura y se lo ofrecían a las empresas de transporte para evitar accidentes.

Pero siempre había alguien que terminaba por sufrir las consecuencias. La eficiente mujer asiática sonrió y añadió:

—Estamos investigando alguna que otra pista prometedora. Ocurren cosas muy extrañas, como, por ejemplo, la frecuencia con la que los relámpagos caen sobre esas islas. Lo necesitamos, y quizá la gente que vive en ellas también.

—¿Hay gente en las islas? —había preguntado Kaizong.

—No lo sabemos, pero sí que sabemos que no están tan desoladas como Marte, por ejemplo.

Y así fue como Kaizong regresó al mar. El continuo vaivén le provocaba náuseas, pero también parecía haberse convertido en una adicción. Las islas de basura no se limitaban a flotar en las corrientes, sino que parecían

aprovecharse de dichos caminos para jugar al gato y al ratón con Flor de Tusílago. Kaizong y su tripulación recorrieron los océanos y se dedicaron a seguir las imprecisas órdenes que les enviaban desde la sede. Cualquier cambio parecía sugerir una infinidad de posibilidades y al final llegaban a conclusiones absurdas.

Kaizong solía tumbarse en la cubierta para contemplar las estrellas y dormirse oyendo el rumor de las olas. Mientras vagaba por la frontera entre el sueño y la vigilia, unas imágenes inverosímiles aparecían en su ojo derecho, veía un iris gigante que lo observaba desde el universo, atravesaba su ser y lo elevaba al paraíso. Era lo mismo que sentía cuando lo miraba Mimi.

«Soy solo un principio.»

Cada vez que recordaba las últimas palabras de la chica, un frío le recorría todos los huesos, como si padeciese una alergia incurable.

Antes de marcharse de Isla de Silicio, le había hecho una visita especial a Luo Zixin, el hijo menor de Luo Jincheng. Si uno no tenía en cuenta ese mandarín estándar moderno tan formal, el chico no se diferenciaba del resto de los chicos oriundos que no dejaban de jugar y hacer payasadas en el patio. Pero, de vez en cuando, se quedaba quieto y mantenía la mirada perdida en la nada, pensativo.

Kaizong se permitía de tanto en tanto imaginar que volvía a encontrarse con Mimi. Eran visiones muy detalladas en las que se podía deducir la estación del año, la luz, la temperatura, las plantas que los rodeaban, la ropa que llevaban puesta, las expresiones de sus rostros, el canto de los pájaros y las primeras palabras que se decían el uno al otro. Luego, como cualquier pareja al uso, recordaban viejos tiempos, se casaban, tenían hijos, discutían por nimiedades, se hacían daño, se molestaban y terminaban separados o juntos para siempre. Sea como fuere, estaba seguro de que ya no volverían a verse en el mundo material.

La niebla que cubría el mar se oscureció, como cuando se vierte manteca de cacao en una taza de leche humeante y se empieza a disolver de forma desigual. Kaizong se dirigió a la proa y vio una inmensa estructura que se erigía ante él como un monstruo que surge de la niebla. El objeto adquirió nitidez y definición poco a poco, y se acercó al barco con tiránica decisión. En el cielo empezaron a titilar unos arcos de luz azul pálida. Era una isla de basura.

«Hora de atracar», pensó.

## Agradecimientos de Chen Qiufan

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas, no solo por hacer posible la publicación de esta novela, sino también por servirme de guía en el inconmensurable mundo de la ficción especulativa: Ken Liu, Gray Tan, David G. Hartwell, Liz Gorinsky, Lindsey Hall, Han Song, Liu Cixin, el profesor Song Mingwei, el profesor David Der-Wei Wang, la profesora Cara Healey, el profesor Yan Feng, Yao Haijun, Dong Renwei, Yang Feng, Shi Bo, Wang Meizi, Luo Yuhan y a mis padres, Lijuan y Yingcheng.



## Agradecimientos de Ken Liu

Durante el largo pero gratificante proceso de acercar la inolvidable y conmovedora novela de Stan a los lectores occidentales, tuve la suerte de contar con la ayuda de muchas personas. Me gustaría darles las gracias en este espacio, aunque la lista tenga que quedar incompleta: Wang Meizi, Alex Shvartsman, Sarah Dodd, Carmen Yiling Yan, Anaea Lay, Kellan Sparver, Amy Franks, David G. Hartwell, Liz Gorinsky, Lidsey Hall, Desirae Friesen, Terry McGarry, Ryan Jenkins, Victor Mosquera, Jamie Stafford-Hill, Christopher Morgan, Bill Warhop, Russell Galen y Gray Tan.

## El nuevo talento de la ciencia ficción llegado de China.



Mimi se ahoga en la basura del planeta.

Mimi y miles de trabajadores residuales migrantes como ella son atraídos a la Isla de Silicio con la promesa de conseguir seguridad laboral y una vida mejor. Son la sangre que corre por las venas de la economía de la isla, pero se hallan a merced de los poderosos.

Se avecina una tormenta avivada por las implacables bandas locales que se enfrentan por el poder. Los ecoterroristas están obcecados en acabar con el statu quo. Los inversores estadounidenses ansían más beneficios. Y un intérprete sinoestadounidense anhela reencontrarse con sus raíces. Estas fuerzas eclosionan y provocan una guerra entre los ricos y los pobres, entre la tradición y la ambición moderna, entre el pasado y el futuro de la humanidad. Mimi y los que son como ella tendrán que decidir si se limitarán a contemplar la guerra como meros peones o cambiarán por completo las reglas del juego.

**«Un logrado *techno-thriller* ecológico con cuerpo y alma.»**

David Mitchell

**«Una novela necesaria y despiadada que da que pensar. No podía dejar de leer.»**

Lavie Tidhar

**«Un análisis categórico y tenaz del futuro próximo.»**

Adrian Tchaikovsky

**Chen Qiufan** es un galardonado escritor de ciencia ficción. Creció cerca de Guiyu (China), donde se encuentra la planta de reciclaje de residuos electrónicos más grande del mundo, un lugar que ha sido definido por la ONU como una «desgracia medioambiental». Su novela *Marea tóxica* está inspirado en sus propias vivencias.

En la actualidad vive entre Shanghái y Pekín y trabaja en su empresa Thema Mundi Studio.

Título original: *The Waste Tide*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2013, Chen Qiufan

Publicado por acuerdo con The Grayhawk Agency Ltd., a través de International Editors' Co.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, David Tejera Expósito, por la traducción

Adaptación de la portada original: Head of Zeus

Ilustración de portada: Stephen McNally

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17347-51-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

[1] *Hia<sup>7</sup>suan<sup>1</sup>houn<sup>2</sup>* (*Xiashanhu* en mandarín. Traducción literal: «tigre descendente») es un estilo arquitectónico popular en la región de Chaoshan (también conocida como Teochew) de la provincia de Cantón. El nombre proviene de la necesidad de que varias partes de la casa estén situadas a diferentes alturas para cumplir los principios del *fengshui*, y la estructura resultante es similar a un tigre agachado.

[2] En China, el pasajero más importante, respetado y de mayor categoría se sienta en la parte trasera de los vehículos.

[3] *Ce<sup>6</sup>kêg<sup>8</sup>cao<sup>2</sup>* (nombre científico: *Gnaphalium affine*) es una planta que se usa en la medicina tradicional china y también como ingrediente de la cocina de las culturas de Asia oriental, sobre todo para aderezar dulces.

[4] El té *gang<sup>1</sup>hu<sup>1</sup>* (o *gongfu* en mandarín) es una técnica de preparación que surgió durante la dinastía Song (960-1279 d.C.) y que es muy popular en la región china de Chaoshan. Se trata de una técnica complicada que impone unos requerimientos muy estrictos en todos los elementos que participan en la preparación, como el tipo de agua, la intensidad del fuego, las tazas y la tetera, o la inclinación a la hora de servirlo. En este contexto, *gongfu* no tiene nada que ver con artes marciales, sino con la habilidad y el cuidado que requiere el proceso.

[5] Las marcas tonales serían: *seng<sup>2</sup>muk<sup>6</sup>zai<sup>2</sup>*.

[6] Las marcas tonales serían: *loh<sup>4</sup>sing<sup>7</sup>pua<sup>5</sup>*.

[7] *Siêng<sup>1</sup>cao<sup>2</sup>* (*Platostoma palustre*) es una hierba de la especie de la menta. Se la conoce en Occidente por tratarse del ingrediente principal de la jalea de hierbas.

[8] En el topolecto local, el nombre de Luo Zixing se lee: *Lo<sup>5</sup>Zi<sup>2</sup>Him<sup>1</sup>*. *Him<sup>1</sup>-ri<sup>5</sup>* se forma con la última sílaba y el sufijo diminutivo.

[9] Una ópera popular clásica que ya era muy conocida en la época de la dinastía Ming (1368-1644).

[10] Es una cita del capítulo 77 del *Dao De Jing* (o *Tao Te Ching*), libro de filosofía del filósofo Laozi que data del siglo VI a.C.

[11] Las marcas tonales serían: *huêng<sup>1</sup>kêh<sup>4</sup>*.

[12] Una mesa cuadrada típica de China en la que se pueden sentar dos comensales por extremo. El nombre hace referencia a la leyenda taoísta de los ocho inmortales.

[13] El reinado de Xianzong (805-820 d.C.) se caracterizó por las campañas militares contra los caudillos independientes con el objetivo de reunificar el imperio Tang. Han Yu se considera uno de los escritores mejores y más influyentes de la tradición literaria china, tanto en prosa como en verso. Abogó por hacer regresar al imperio a los estilos literarios clásicos y por la ortodoxia cultural, y se opuso a las influencias budistas (un papel en cierta manera análogo a la resistencia contra la corriente helenística de Catón el Viejo en la República romana).

[14] La historia en la que Han Yu persigue a los cocodrilos que importunaban a los habitantes de Chaozhou es una compleja mezcla de leyendas tradicionales y textos históricos. El propio Han Yu escribió un famoso ensayo sobre los cocodrilos que aún estudian los alumnos de Historia Clásica de China y es un buen ejemplo de su estilo sobrio pero ingenioso, que quizá debería interpretarse como una metáfora

política. Los lectores que no estén familiarizados con esta cultura pueden considerar la historia como una analogía de la leyenda que refiere cómo san Patricio expulsó a las serpientes de Irlanda.

[15] Las marcas tonales serían: *lo<sup>7</sup>dai<sup>7</sup>tao<sup>5</sup>cug<sup>4</sup>cui<sup>3</sup>, dan<sup>5</sup>zêg<sup>8</sup>bhu<sup>7</sup>no<sup>6</sup>*.

[16] El haiku que recita Suzuki fue escrito por Matsuo Bashô en 1688 a los cuarenta y cinco años. Describe el paisaje de un camino que va desde Hosotoge/Tonomine (en Nara) y atraviesa la cordillera Ryumon.

[17] Las marcas tonales serían: *u<sup>1</sup>re<sup>7</sup>, ang<sup>7</sup>mag<sup>8</sup>ling<sup>5</sup>, dêg<sup>4</sup>gian<sup>2</sup>he<sup>5</sup>, go<sup>1</sup>hoi<sup>6</sup>, mo<sup>7</sup>ham<sup>1</sup>, hiang<sup>6</sup>lo<sup>5</sup>*.

[18] Las marcas tonales serían: *Ngên<sup>7</sup> Houn<sup>2</sup>*.



# Índice

Marea tóxica

Nota de Ken Liu sobre la traducción de lenguas y nombres

Prólogo

Primera parte. Vórtice silente

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte. Ola iridiscente

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Tercera parte. Tormenta impetuosa

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos de Chen Qiufan

Agradecimientos de Ken Liu

Sobre este libro

Sobre Chen Quifan

Créditos

Notas